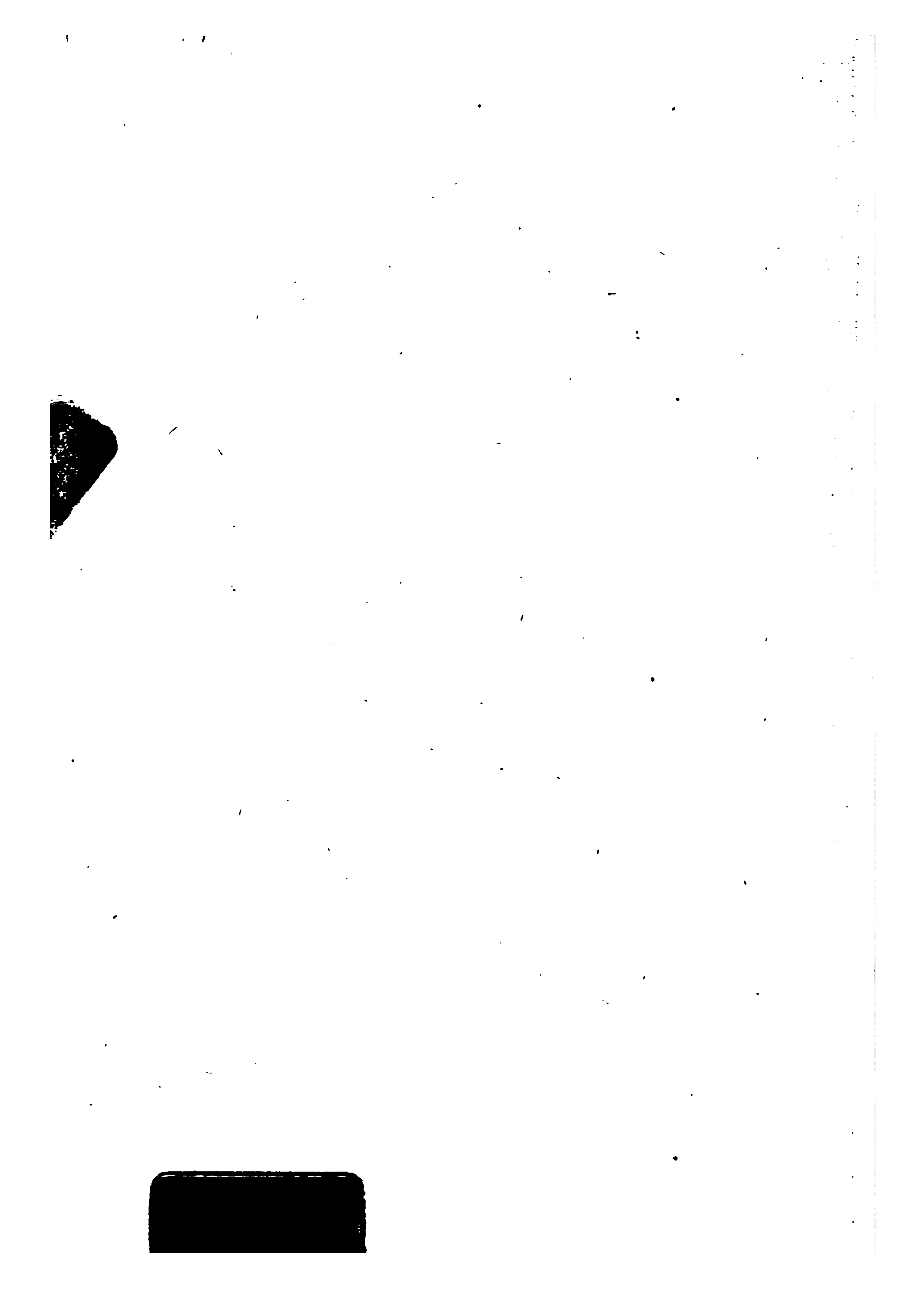




JOAQUIN N. ARAMBURU



PRÓLOGO DE

RAFAEL MONTORO

HABANA

IMPRENTA "AVISADOR COMERCIAL"

30 AMARGURA 30

1907

1. Essays (Cuban).

2. Poetry (Cuban).

JOAQUIN N. ARAMBURU

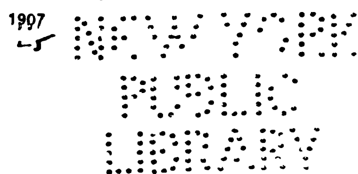


Colección de trabajos en prosa y verso

PRÓLOGO DE
RAFAEL MONTORO

HABANA

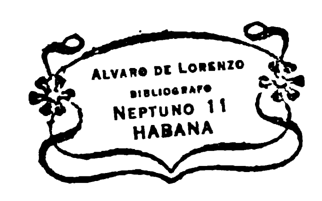
IMPRENTA AVISADOR COMERCIAL
30, AMARGURA 30
1907





Joaquin N. Aramburu

PRÓLOGO



PRÓLOGO

HACE años, largos años, en los tiempos cada vez más remotos por la trascendencia y el carácter irrevocable de los sucesos, y por la profunda subversión que han causado en toda nuestra vida social y política, comenzó Don Joaquín N. Aramburu su admirable labor periodística en "La Luz" *de Guanajay, señalándose muy pronto por su talento y por la brillantez y sonoridad de su estilo, entre los publicistas más notables de la extrema izquierda del partido liberal autonomista, la cual operaba, por decirlo así, con independencia del núcleo directivo y solía tener sus avanzadas en pleno separatismo.*

No era esa, en verdad, la actitud del que esto escribe en el seno de aquel gran partido; antes bien, es lo cierto que acentuaba cada día más, mi inclinación á la derecha, hacia las más conservadoras interpretaciones de la doctrina y los procedimientos que estimaba más cautos, mesurados y previsores y como los que con mayor seguridad, aunque con lentitud, podían llevarnos á un triunfo verdadero; es decir, á la fundación de un régimen plenamente autonómico, tanto ó más libre y desembarazado que el del Canadá, y del cual pudiera pasarse á la independencia plena, sin

derramamiento de sangre, cuando el problema se les plantease á las nuevas generaciones, y éstas, en la madurez de una educación y preparación políticas de que nosotros colectivamente carecíamos, llegasen á estimarlo necesario.

Fueron tan notorias estas convicciones mías y con tal devoción y perseverancia las mantuve que nadie habrá de extrañar el recuerdo, ni de suponerlo encaminado á otro fin que el de justificar lo que paso á decir ahora.

Es á saber que entre el Sr. Aramburu y yo, aunque empeñados las más veces como buenos cubanos y leales autonomistas en campañas muy semejantes, no hubo realmente durante algún tiempo por razón de esos diferentes puntos de vista relaciones políticas muy estrechas, ni trato personal. Yo leía, sin embargo, como mis compañeros de la Junta Central y de "El Triunfo" *y de su sucesor* "El País", *con gran interés los artículos de Aramburu, no sólo por el valor intrínseco de muchos y la elocuencia y el brío de todos, sino por ser uno de los más importantes órganos de la opinión en el interior de la Isla; opinión que en la Habana no se estudia casi nunca con la atención debida por los hombres políticos, lo cual es grave yerro, pues aquélla se forma por motivos y factores extraños muchas veces á la acción moral y política de la capital, y es la que siempre decide y la que decidirá por largo tiempo todavía, los destinos de Cuba.*

No es tiempo todavía de poner en claro quién tenía razón, no ya teóricamente, que desde este punto de vista pienso que nadie me la negará, sino con relación á las condiciones especiales y á las circunstancias históricas de nuestro país y de España en aquel período. Pero una cosa puede tenerse ya por demostrada, y es que no faltaban motivos muy fundados á los que como Aramburu desde 1888 en adelante pensaban que ni el cúmulo de los errores políticos y administrativos de los Gobiernos, ni el estado del sentimiento cubano, daban ya á la política de evolución gradual tiempo

bastante para realizarse. Los acontecimientos no se sujetan casi nunca á las previsiones de los partidos ni á la voluntad de los hombres. La Historia, como diría Hegel, tiene su dialéctica. Y la Razón suprema que rige al Universo no está al alcance de ningún individuo. No puede elevarse hasta ella la razón individual sino mucho más tarde—á veces siglos después—cuando el plan divino de la historia se ha desenvuelto de un modo completo, y el historiógrafo lo describe y narra, y el filósofo lo contempla y explica. Los contemporáneos van siempre empujados por el eterno oleaje de la vida universal, hacia lo desconocido. En este concepto tiene cierta razón el gran historiador de Italia G. Ferrero en su admirable obra no terminada aún, sobre la grandeza y decadencia de Roma, cuando dice que la historia, como todos los fenómenos de la vida, es la obra inconsciente de esfuerzos infinitamente pequeños realizados desordenadamente por determinados hombres y por grupos de hombres, casi siempre por motivos inmediatos cuyo efecto definitivo trasciende *siempre de la intención y del conocimiento de los contemporáneos y apenas se revela, alguna que otra vez, á las generaciones siguientes.*

El Sr. Aramburu ha asistido con profunda emoción al desenvolvimiento de los sucesos: su vibrante prosa lo demuestra. Algunos de sus artículos de estos últimos años están escritos, como diría Michelet, con sangre del corazón. *¡Cuántas ansiedades patrióticas, cuántos desengaños crueles, cuántas dolorosas sorpresas! La realidad no ha correspondido; parécele en ocasiones que no puede corresponder ya nunca á sus patrióticos ensueños de otro tiempo. Las grandes conmociones de la sociedad son como las del globo: el seismógrafo las percibe á grandes distancias, pero no puede prever su curso ni aun determinarlo. No se detienen tampoco ante las ruinas que causan, ante la inmensa perturbación moral que producen. Sobre suelo ensangrentado y cubierto de escombros tarda mucho en reconstituirse el orden social, cimiento indispensable del orden político. Y cuando empieza á reconstituirse, ¡cuán diferente aparece de*

como lo imaginó la fantasía y sobre qué líneas arquitectónicas tan diversas de las que imaginó la ardorosa fe del patriota! De todas suertes, el deber es siempre el mismo. El ciudadano no debe mirar jamás, no está autorizado en ningún caso, á mirar como cosa extraña la suerte de la patria. Es la suerte de sus hijos; la suerte de la sociedad á que pertenece y á la que está ligado por raíces hondas é invisibles que no podría romper aunque quisiera porque se extienden en larga serie de años hasta los remotos antepasados de quien desciende . . .

Fiel á este principio, el Sr. Aramburu no se ha conformado con meditar á solas y con lamentar estérilmente las desgracias públicas ó los errores y perturbaciones éticos que las han producido. El periodista es el hombre político por excelencia. Es el único que diariamente toma activa y resuelta parte en la política. Podrá combatir determinadas tendencias y aislarse de todas las organizaciones existentes por no satisfacerle ninguna; pero es el político militante por antonomasia. A diario discurre sobre los asuntos públicos, forma opinión acerca de ellos, la expone, la divulga, y procura convencer de ella á sus lectores. Bluntschli, en su política señala como típicos de la clase de los hombres políticos al "diputado" y al "periodista". Cuando algunos de éstos abominan, en tesis general, de la política y de los políticos, y, en un acceso de mal humor, recomiendan á los ciudadanos que no se ocupen en lo que más debiera interesarles, en la cosa pública, me hacen el mismo efecto que me haría un coronel ó un general, con derecho perfecto al retiro, pero siempre en activo servicio, por su propia voluntad, que maldijese una y otra vez de la milicia y de los militares; y antójanseme muy parecidos al predicador del cuento que exclamaba: ¡haced lo que digo, no lo que hago!, *temeroso sin duda de que algún receloso feligrés se extrañara de no verle practicar las abstinencias que encarecía y pregonaba.*

El Sr. Aramburu, no se coloca en semejante actitud ni enarbola tan peregrinas banderas, que acaso no sean otras que las famosas banderas

blancas de aquel gran Condestable de Bretaña que no quitaba ni ponía rey, pero ayudaba á su señor. *Su actitud es otra: clara, correcta y patriótica, desde su punto de vista; aunque yo no siempre esté de acuerdo con él, y ansíe verle en empeños de mayor eficacia. Desconfiando de los elementos que la política activa puede suministrar hoy, ó durante algún tiempo, á los partidos de gobierno, cree preferible despertar la conciencia pública, educar, moralizar; y en el entretanto, apoya individualmente las soluciones prácticas que puedan preservar al país de nuevas crisis nerviosas, sin comprometer él su libertad de acción, laborando por su propia cuenta, con celo y decisión nunca desmentidos.*

El acento sincero y profundo de Aramburu llega siempre al corazón del pueblo, y hará mucho bien en la predicación de su espíritu de progreso y de concordia. Uno de los puntos en que difiero de él es su juicio de los sucesos de los últimos años y de la presidencia de D. Tomás Estrada Palma, cuyo gobierno me parece que sólo puede ser apreciado con acierto, y con la equidad que es rasgo tan distintivo en Aramburu, abarcando todo el período de la dificilísima gestión del Sr. Estrada, desde sus nobles y sinceras declaraciones de solidaridad y de unión entre todos los habitantes de Cuba, al desembarcar en la Isla, hasta que en sus últimos mensajes pudo, con legítima satisfacción, revisar su obra, y registrar el hecho de que se había caracterizado por un largo período de orden, de paz y de prosperidad, gozados por todo el país, sin distinción de clases ni de procedencias, en medio de la consideración exterior y de una tranquilidad y bienestar nunca superados; recordando que si no se habían acometido y realizado los progresos y reformas que uno y otro año venía proponiendo, no era por falta de iniciativa y de excitaciones y empeños por su parte.

El célebre informe del Honorable Secretario de la Guerra de los Estados Unidos al Presidente Roosevelt paréceme que contiene en sustancia todo lo que imparcialmente ha de consignar la historia en materia de res-

ponsabilidades. Pero no debo ir más lejos por el camino de estas consideraciones. Non est hic locus.

El Sr. Aramburu escribe con facilidad y fluidez admirables, cualidades que unidas al arte que posee de dar novedad á todos los asuntos y á todas las teorías por trillados que estén, permítenle realizar la obra hercúlea de escribir diariamente de dos á tres columnas de periódico tan leído como el "Diario de la Marina", *sin dar muestra alguna de fatiga ni de apocamiento. Sus artículos, siempre* de actualidad, *amenos siempre, de singular elevación de miras y sugestiva elocuencia, aparecen con perfecta regularidad, sin que en ellos se note esfuerzo para escribirlos ni otra preparación que la muy variada del autor en todo lo que atañe á las cuestiones cubanas.*

El colaborador, á quien se deja, en calidad de tal, toda la amplitud y latitud que pueda necesitar para la exposición de sus ideas é impresiones, no se absorbe, como el redactor de planta, en la personalidad colectiva del periódico, en ese anónimo de la prensa *que Emilio Zola reconocía como una necesidad, como el factor decisivo de la autoridad é importancia incomparables del periodismo inglés. El colaborador tiene un papel muy diferente, que puede ser interesantísimo, como el mismo Zola con su ejemplo, en la campaña* pro Dreyfus, *lo demuestra.*

Las buenas letras, la educación política de nuestro pueblo y el periodismo que sabe serlo y mostrarse digno de su gran misión patriótica y civilizadora, quedan constituídos en estrecha obligación de gratitud para con el Sr. D. Wifredo Fernández, Director de "El Comercio", *el señor López Seña y sus compañeros del grupo de cultos y entusiastas vueltabajeros á quienes se debe la iniciativa de la publicación de las obras de Aramburu.*

Lo que hace verdaderamente grande á las naciones—y la Historia con ejemplos de todas las edades lo prueba—no es un centro único de cultura, riqueza y esplendor que cuando se constituye como enorme cabeza en ra-

quítico cuerpo, es nuncio de fatal apoplegía, sino la variedad y diversidad de los focos de luz, de actividad y de cultura, que distribuyéndolas en la proporción correspondiente, por todo el organismo social, le mantiene robusto, fuerte y lozano. Vuelta-Abajo decididamente despierta. ¡Honor á sus hijos ilustres!

RAFAEL MONTORO.

12 Noviembre, 1907.

PÁGINAS

Prefacio

NO HAGO yo este libro: hácenlo mis amigos, rindiendo á las solicitaciones de su cariño las resistencias de mi voluntad.

Las insistentes excitaciones de algunos lectores, más generosos que justicieros, iniciaron el propósito; prestóle calor un periodista ilustre—Wifredo Fernández—y vueltabajeros entusiastas, paisanos míos cuya bondad tiene perfecto derecho á mi gratitud, llevan á cima la empresa; no de lucro, que repugno; ni de vanidad, que desconozco: de mero amor á la región bellísima de Occidente, tumba de gran parte de mi estirpe, cuna de mis hijos, objetivo de mis ansias en el diario bregar de la prensa.

Hojillas de un arbusto prematuramente envejecido, acaso la historia de mi país agradecería que se las dejara rodar por los suelos y desaparecer entre la humedad del olvido.

Un libro es obra que debe durar muchos años más allá de la vida del autor. Y esos pensamientos míos, nacidos en horas de abatimiento ó de patrióticas rebeldías; de pobre forma y sencillas galas vestidos, ni como modelos de retórica, ni como fuente didáctica, tienen merecido puesto en páginas que hojearán inteligentes y examinarán pensadores.

Pero es fuerza resignarse cuando la amistad ordena, y la ajena obstinación en nuestro honor redunda.

Afectos personales, simpatías secretas, identificaciones de criterio en la apreciación de problemas políticos y sociales del momento; acaso la sugestión que produce el esfuerzo del humilde

por elevarse; causas que no me explico bien, pero que existen y cuya influencia palpo en el propio sentimiento, determinan la edición de estos trabajos sacados al azar del depósito inmenso de mis producciones.

Pues ha sido preciso complacer á los alentadores del propósito, de ellos, y no mía, será la responsabilidad del fracaso. Sea de ellos el éxito, si lo hubiere, para que puedan ofrecerlo en homenaje á la provincia que nos vió nacer.

Yo recabo una sola satisfacción, atenuante de mi complicidad. Escribí eso en distintas fechas, bajo la impresión de cada circunstancia, á ratos robados á la dura faena corporal, sin ideas de ulterior provecho; vaciando el corazón en el papel, y abriendo el alma á la caricia de mi pueblo, ó á sus reproches, cuando mis frases pudieran herir sus pasiones tratando de excitar su patriotismo; con la mirada puesta en el ideal, y creyendo siempre cumplir un deber cívico.

No fué el Arte mi guía: fué la Inspiración mi consejera. No fueron Ciencia y Erudición mis maestros: el Dolor fué mi Musa, y Cuba mi religión.

Si la intención buena, el medio ingrato, lo penoso del esfuerzo y la honradez del procedimiento no logran mi absolución, ablanden, al menos, los fallos de la crítica.

PÁGINAS no es un monumento: es un simple manojillo de flores vueltabajeras, pobres de tintas, pero con olor propio de sinceridad y virtud, olor de campiñas cubanas.

Vivan ellas siquiera lo que los morados aguinaldos que festonan las cercas de *piñón florido*, ó lo que los blancos lirios que se abren al beso del sol en las márgenes de mis amados, susurrantes arroyuelos...

JOAQUIN N. ARAMBURU.

Martí

No son solamente símbolos las imágenes de las iglesias y los atributos de las sociedades secretas; no sólo *Isis* y *Minerva*, *Júpiter* y *Venus*, en la Grecia antigua, los ídolos de piedra, en las tribus primitivas y las reproducciones en lienzos y mármoles del Cristo y de María, en el proceso del cristianismo, han representado las aspiraciones y los sentimientos de la humanidad, caracterizando épocas de la vida mundial, ó respondiendo al estado psíquico de las generaciones.

También hay nombres que son símbolos, que lo serán mientras vivan los pueblos que aprendieron á pronunciarlos con religiosa veneración; que representarán—mal que pese á la obra demoledora de los años—las altiveces de una raza, los heroísmos de una familia, las amarguras de un cautiverio, los arrebatos de una epopeya y la dulce fe de millares de corazones, saturados de la esencia del patriotismo y curtidos por incontables adversidades.

Hay un nombre muy breve, de dos sílabas, fácil de pronunciar, que simboliza la historia de un pueblo sin fortuna. Más fácil que Washington, más breve que Garibaldi, más sonoro que Kosciusco, del mismo origen que Daoiz; nombre con cinco letras formado y por un millón de labios dicho en horas de júbilo que pasaron; nombre que abrió un paréntesis glorioso en la vida cubana, que encarnó el patriotismo y fué síntesis de abnegaciones; nombre que no debiera invocar quien no se sienta ciudadano

honrado y puro, como no debe fingir amor al Cristo quien no profese su culto, como no debe confiar en Dios quien de su grandeza hizo menosprecio y de sus maravillas escarnio; nombre que conforta, que restablece, que anima, que aviva las esperanzas y lleva al corazón efluvios de amor y harmonía de creencias, aun en esta hora de dolorosos decaimientos en que nos disponemos á las exequias del ideal de otros días.

¿Para qué escribir esas letras que van borrándose ya de la memoria de un pueblo adolorido?

Para mirar frente á frente á los astros, sorprender sus secretos, ponerse en comunicación con sus leyes y concebir hipótesis cautivadoras, es preciso subir á lo alto del observatorio, ayudarse del lente que construyó el arte, abstraer el espíritu, olvidar las miserias que abajo quedan, saturarse del hálito de la ciencia, y ensimismarse en la contemplación de lo infinito.

Para ponerse en inefable comunión con el Dios de los católicos, fuerza es depurar el alma en la confesión y la penitencia, sumergirse en las delicias del éxtasis y elevarse á la santa adoración de Jesucristo.

Ahí viene el 19 de Mayo, aniversario de la muerte de un hombre.

Días estos de incredulidades y ambiciones, de bastardas luchas por lo que es mísero; cuando el ángel malo se cierne en los aires y zumba amenazadora la voz de tremendas condenaciones; cuando parece que retiembla el suelo de la nacionalidad, se agrietan los muros del templo y aires caliginosos enrarecen el ambiente—como si al conjuro de una maldición apocalíptica hubieran de hundirse ensueños y esperanzas, ansias de rehabilitación y empeños de libertad,—todavía es grato admitir la posibilidad de un milagro producido en la conciencia cubana por la evocación de aquel nombre, último excelso de una leyenda que debió cerrar con broche de exquisiteces fraternales una República honrada y libre.

Dejadme recordar al caído con más derecho que esos otros que infamaron su tumba y hoy son, por arte del demonio, herederos de su obra.

Para honor grandísimo y satisfacción imperecedera de mi conciencia, mi nombre humilde fué pronunciado más de una vez por aquellos labios que no manchó la indignidad. Más de una vez, en aquellos aciagos días de la emigración y la propaganda

revolucionaria, convinimos en la posibilidad de un justo medio, y nuestros ayes de dolor por la suerte de la tierra esclava, y nuestros suspiros de esperanza por la redención del pueblo envilecido, se encontraron en mitad del Golfo; los míos, camino del país de la libertad; los suyos, camino del país amado; y se confundieron en un ósculo de hermanos, y se fortalecieron y compenetraron en la religión patriótica, como se confunde la palabra del Maestro al ruego del discípulo, la exhortación del Apóstol al respeto del creyente, y tornaron á nuestros corazones para reanimarlos y embellecerlos.

Después... después... él murió. Habría sido una crueldad del destino no matarlo á tiempo.

Todos nosotros tenemos derecho á vivir entre el lodo de nuestras propias concupiscencias; podemos acomodarnos á las impurezas de esta realidad, renegar de la leyenda, abjurar de la personalidad nacional, provocar con la anarquía una eterna servidumbre. Sólo él se ahogaría en este ambiente fatal.

Ahí viene la fecha triste, la de las banderitas avergonzadas, la de los himnos que parecen sollozos, la de los discursos que tienen toda la pesadumbre del lamento y toda la insinceridad de la ingratitud.

¿Cómo vais á conmemorar el 19 de Mayo, cubanos, en este año de la segunda Intervención? ¿Con otra revolucioncita, tal vez...?

Hacedlo, pues. Pero no me pidáis que comulgue en la hostia de una patria muerta á vuestras manos. Dejadme confesar con la propia conciencia antes de merecer á Dios. Para sorprender las maravillas siderales hay que abstraerse en la contemplación de lo infinito, desde lo alto del observatorio y ayudado del telescopio de la fe. Y vosotros y yo la hemos perdido.

Cuando el duodécimo aniversario sea, y vosotros los intervenidos, vayáis á invitar á Mr. Magoon á vuestros mitins jeremiacos, yo imitaré las prácticas del creyente oriental: abriré un hueco en la pared del templo de los recuerdos y le confesaré, unciosamente, mis debilidades de aquellos días y mis desesperanzas de estos otros días...

La Vejez

INVIERNO de la vida, diciembre helado de las ilusiones, en que la luz de la esperanza es más débil y el soplo de los recuerdos más persistente: ¿qué falta haces al hombre, nacido en el tibio ambiente de la juventud, y desarrollado bajo el influjo de ambiciones y ensueños, aspiraciones y creencias?

Para envejecer tan pronto, no valía la pena de haber nacido.

Cada un año que pasa, como raudo torbellino de impurezas, arrastra, de la existencia humana, ilusiones no realizadas, proyectos frustrados, idealismos deshechos por la realidad y visiones de luz desvanecidas por el infortunio.

Como el ciclón que arranca las hojas de las plantas y derriba las molduras de los edificios, dejando, en cambio, turbias las aguas y estropeados por las ramas los troncos más lisos y brillantes; así la vejez, vorágine de alegrías é inundación de tristezas, á cambio de todo lo bueno que se lleva, nos deja hilos grises en el cabello y extrañas arrugas en el rostro.

Es la avenida de polvo—el polvo de las esperanzas muertas—sobre el fondo límpido de la vida. Es el choque duro de las pasiones y los sentimientos, sobre las fibras sensibles del corazón. ¿Por qué Dios no habrá dispuesto que el hombre viva en primavera eterna, como las selvas de mi patria? ¿Por qué no ha de morir el hombre, como la palmera herida por el rayo, en todo el esplendor de su vegetación? ¿Por qué han de ir amarilleando una á una las hojas, desprendiéndose una por una las ramas,

muriendo uno, así, lentamente, día por día, con esa desesperante monotonía de los años y en medio de esa terrible excitación de la impotencia?

Envejecer es morir.

La tercera parte de la humanidad está muerta muchos años antes de caer en la fosa.

¿Compensan, acaso, las ventajas de la experiencia, las tristezas inenarrables de la desilusión?

Saber uno que ya no puede hacer lo que hacía algunas horas antes, es un tormento.

La voluntad siempre es joven; pero el cuerpo envejecido es el ataúd de los ensueños.

¿Cómo podrá la savia poderosa producir brotes lozanos en un tronco carcomido?

El amor, ese sentimiento, alma del mundo y destello de la Divinidad, se muere de frío en un corazón atosigado por el reuma y en un cerebro descubierto por la calvicie.

Cuando no se tienen fuerzas para amar, con ese amor impetuoso y ardiente que ha realizado tantos heroísmos y escrito tantas páginas de gloria en los anales humanos, ¿para qué sirve la vida?

La inteligencia, realizando los altos fines de la civilización; la fantasía, sublimando las concepciones del arte y haciendo un poema de grandezas de cada detalle natural; y el sentimiento, poetizando lo más grotesco y vistiondo con ropaje celeste las más nimias manifestaciones del espíritu, han sido concedidos por Dios á las criaturas para algo más grande que amar cuatro días, creer y esperar otros cuatro, y consumirse luego entre sorbos de tisana, regaños de viejo, rezos de rosario y estériles lamentaciones de lo pasado.

Yo he visto en las florecidas campiñas de mi patria, en los días más crudos de la estacion invernal, extenderse, impenetrable y densa, la niebla gris, envolviendo en sus pliegues al verde cañaveral, la seiba centenaria, la sierra altiva que limitaba el horizonte, y el arroyuelo murmurador donde sacian su sed los pajarillos.

He sentido el martilleo de la lluvia sobre las hojas, y el soplo del cierzo agitando el ramaje. Las tortolillas se han refugiado en lo intrincado del bosque, y el carpintero real en el hueco tallado por él en la palma. Parecía que todo moría en aquella extensión

de tierra, poblada antes de seres parleros y vestida de inmutable verdura.

Y he visto después disiparse la niebla, huir las nubecillas, cesar la lluvia, iluminar el sol, calmarse el viento. ¡Y allí estaban las verdes hojas adheridas á las cañas, los retoños sonrosados brotando de la almáciga, y las frutas pendiendo del mango y la pomarrosa, con sus mismos colores y sus propios perfumes!

Y yo no he estudiado jamás el invierno de una existencia humana, sin ver inmediatamente las flores del recuerdo deshojadas en tierra, y los renuevos de la ilusión cuajados por el hielo del escepticismo.

El arbusto tiene su postrera florescencia. El frutal está produciendo, con más ó menos vigor, hasta que enferma y muere. La chispa eléctrica suele derribar el árbol más lozano que, por lo mismo, es el más alto. Hasta el preciso momento de armarse la turbonada, el hombre pudo aprovecharse de sus hojas y de sus frutos.

Pero ¡ay! desde que envejecemos, cesa la florescencia del espíritu. No hay frutos aprovechables para la humanidad en el huerto de la senectud.

Mucho antes de que el rayo nos derribe, ya somos una carga para la sociedad y casi casi un estorbo para la familia. ¿Y á eso llaman vivir?... La vida es luz, calor, movimiento. Es conjunto de sensaciones dulces y contrariedades desagradables. Es lucha de ideas, pugna de ambiciones, kaleidoscopio incesante de esperanzas y manantial inagotable de anhelos. Luchar es vivir. Creer y esperar; agitarse por lo que se desea y alcanzar lo que no se tiene, eso es ser. Caen unas hojas, pero en el acto surgen brotes nuevos. La satisfacción de lo obtenido presta alientos para batallar por lo que falta. Y por encima de todo eso, embelleciendo el cuadro de la vida con tintes de ternura, y halagando los sentidos con música de risas y de besos, el Amor, la pasión divinal que impera en el Cosmos desde el génesis de la vida, iluminando con destellos de cielo las horas de la existencia humana y oreando los corazones con ráfagas del Paraíso. Eso es vida.

De mí sé decirlo: desde los principios de mi año, asomó para mí la estación invernal de la vejez. Soy un pájaro aterido por los cierzos, que ya no puede cantar, en armoniosos trinos, la belleza de la alborada. Tronco carcomido por la desilusión, en vano pugna por romper la corteza la savia del deseo.

¡No había nacido este corazón para recibir fricciones de alcanforado en la piel que le cubre! ¡No cultivé este cerebro para mantenerlo hoy en equilibrio á fuerza de hipofosfitos!

Cuando oigo decir de un sabio que muere joven, de un literato distinguido que sucumbe en la flor de la edad, cuando el más brillante porvenir le sonreía, tengo envidia de ellos. Cayeron, como la erguida palmera de mi Cuba, sin llegar al triste amarillear de la vejez, heridos por el rayo bienhechor del destino.

Se supone que hubieran podido producir muchos deliciosos frutos, y se les admira más por eso.

Murieron en el Limbo de la fe, aureolados por el aplauso popular, mecidos por la santa vanidad del mérito propio.

¿Qué mayor ventura?

Lo triste es esto: tener alientos y carecer de fuerzas; sentir ambiciones y consumirse en la impotencia; soñar con nimbos de amores y besos de diosas, y despertar entre almohadas, cubierto de emplastos, con la taza de cocimiento y el pomo de licor vigorizante sobre la mesa de noche; sintiendo un mundo de recuerdos en la mente y otro mundo de dolores en los huesos; sin esperanza de mejores días ni indicios de un rejuvenecimiento inverosímil.

¡Bienaventurados los que teniendo un cerebro capaz de concebir y un corazón capaz de amar, no pasan del otoño de la existencia!

Para ellos ya no asomará este implacable invierno de la vejez, que es el purgatorio de las almas; el suplicio tremendo de ese infeliz Prometeo que se llama «la imaginación soñadora del poeta».

Del tronco derribado y carcomido
que entre maniguas y peñascos nace,
suelen brotar efímeros retoños,
póstumas energías de la sangre.

Así mis versos, fruto de la savia
que en las celdas recónditas no cabe,
son los brotes efímeros de un árbol
que elevó hasta las nubes su ramaje.

Apóstrofe

¡Pueblo infeliz; conjunto abigarrado de bien y mal, de infamias y grandezas: apenas te redimes de un pecado, nuevo camino de expiación empiezas!

Siempre mendigo de la extraña ayuda, contigo ingrato se mostró el destino; cubren tu sol las sombras de la duda, y está lleno de abrojos tu camino.

En vano quieres la menguada suerte, airado, sacudir con férrea mano, y rasgar esos símbolos de muerte, que la heráldica fueron del tirano; en vano del letargo te levantas, y revivir para el honor intentas, y hallar pretendes ilusiones santas, del ayer en las páginas sangrientas.

Pobre, ulcerado Lázaro, no has visto brillar en el zenit la luz divina, ni has encontrado todavía un Cristo, que te diga ¡levántate y camina!

¿Dónde tus hijos, los honrados, fueron? ¿qué con su noble sangre fecundaron? La tierra infortunada en que nacieron, no es la patria bendita que soñaron.

Siempre te he visto con la cruz á cuestas, y hoy al Calvario caminar te veo. Pilatos, que es el mundo, está de fiestas, viendo á Herodes trocado en Cirineo.

Hambre y presidios, balas y tormentos, y ultrajes viles, todo lo sufriste; diste á la libertad tus pensamientos, y á morir con honor te resolviste. Y cuando á fuerza de heroísmo ingente,

llegabas de tus sueños á la cumbre, preferiste entregarte á extraña gente y caer otra vez en servidumbre.

¡Oh: deben ser muy grandes tus pecados, cuando la dicha del perdón no alcanzas, y no hay Dioses que quieran, apiadados, vestir de realidad tus esperanzas!

Y desciendes, conjunto indefinido de bondad y bajezas, incontables, dejando á tus profetas en olvido, y cediendo á pasiones miserables.

La injuria vil, contra el hermano asesta, del odio atroz envenenados tiros; cada gloria una lágrima nos cuesta, y son ayes de tumba los suspiros.

No nos amamos. Bárbara y grosera, va la calumnia, con furor salvaje, esparciendo su baba por doquiera, y dejando una mancha en cada traje.

Cubanos y cubanos se aborrecen. Ni hermanos somos, ni siquiera amigos. Los que un halago del Poder merecen, ya no pueden contar sus enemigos. Anarquista, traidor, sucio, cobarde, tiranuelo, ladrón: ¡ah! de este modo, los que vinieron al honor más tarde, son los que escriben la ignominia en todo.

¿Y los otros? Rehacios ó rendidos, sufren en calma el infamante yugo; y estrechan muchas manos de bandidos, que reclaman el hacha del verdugo.

Cuando á vista de cuadro tan sombrío, que el extranjero con fruición presencia, al hondo arcano interrogar ansío, ¡siento que me remuerde la conciencia!

Que yo también mi parte no pequeña, tengo en la obra que soñé grandiosa; que yo adoré de redención la enseña, y la mostré á las gentes victoriosa.

Hoy que las aguas al nivel volvieron, y el estrago pasó de la tormenta, ¡cuántos gusanos á la luz salieron, para hacer perdurable nuestra afrenta!

Pigmeos, miserables y podridos, gusanos son y morirán gusanos; mas no sin devorar flores y nidos, en el huerto de paz de los cubanos.

¿Dónde volver los ojos? ¿Al acaso?

Allí están las amargas ironías, de un sol que se derrumba en el ocaso, sin dar á conocer sus alegrías.

Pueblo infeliz: al mundo apareciste con negro sino. Borra tu quimera. Arranca esas leyendas que escribiste; forma con ellas destructora hoguera. Y sentado en las piedras del camino,

donde luchaste, generoso y bravo, ponte á llorar, cuitado, tu destino. ¡ Naciste siervo y morirás esclavo!

¿Sabes por qué? Porque faltó en tus duelos, la dulce fe que alienta y fortifica. No elevaste los ojos á los cielos; te fijaste en la tierra, que es muy chica. Tentaste á Dios. De la victoria avaro, olvidaste que hay una Providencia, que torna todo triunfo pobre y caro, cuando no es ella todo en la conciencia. Proscribiste al Señor de tus altares, excluiste su amor de tus costumbres, voz de blasfemo fueron tus cantares, en el palacio y las agrestes cumbres.

Y engreído, soberbio, vanidoso, lanzando á las cosechas tu codicia, olvidaste que Dios es bondadoso, pero muy dura á veces su justicia.

Caminando á tu lado, sobre abrojos, voy por la estrecha inacabable vía, dejando entre las zarzas los despojos del hermoso ideal que nos unía.

¿Hasta cuándo? No sé. La fe perdida, yo también, como tú, suspiro en vano. No hemos de renacer á nueva vida, ni de crecer como en la tierra el grano.

La planta cuajada de frutos sabrosos.
    á tierra se inclina;
la planta de adorno, acaso sin flores,
    elévase altiva.
No están en lo alto las pomas doradas,
    tesoros de almíbar.
Del mar en el fondo, los ricos corales
    y perlas, se crían.
Así ciudadano que buscas ejemplos
    mirando hacia arriba,
verás sólo espumas que juntan las olas
    y rompe la brisa,
y en medio del parque copudos laureles
    de sombra benigna:
mas no blancas perlas, ni frutas cuajadas
    de mieles riquísimas.
Se rinden al peso las almas que llenan
    misión grande y digna,
en tanto se yerguen, soberbias y vanas,
    las almas vacías.

La casa de la Condesa

Al costado Norte del elegante parque de mi villa natal, limitada por las calles que hoy se denominan Martí y Agramonte, existe una amplia, vetusta, medio derruída casa, que viene á ser algo así como el compendio, escrito por la mano del tiempo, de la historia local; jeroglífico de madera y piedra, que habla al alma del observador el lenguaje melancólico de los recuerdos.

En esos muros, que el musgo de la humedad viste de verde oscuro; en esas galerías que el polvo llena y donde pululan distintas variedades de insectos, se tradujo en otros tiempos el esplendor de la sociedad cubana, y se desarrollaron conmovedoras escenas de etiqueta social. Por ahí, por esa casa que afea en la actualidad á una población que pretende ser barrio de la capital, paseó sus exquisiteces una familia, fundadora de mi villa, benefactora de los pobres, tronco de varias ramas genealógicas, que hicieron simpática la aristocracia cubana del siglo XVIII y mitad del XIX.

Construyóla para su señorial mansión la Excma. Sra. Condesa de Jibacoa, Dª Asunción de la Barrera, esposa de D. Miguel Antonio Herrera, á quienes pertenecían los ingenios de azúcar *San Francisco, San José, San Gabriel, Nazareno;* casi todas las extensas fincas que constituían el *corral* Guanajay; millares de esclavos, millares de reses, palacios en la Habana, haciendas dilatadas en varias zonas; una fortuna inmensa, no tan grande, empero, como el respeto de que disfrutaba el conde; ni tan envi-

diable como la aureola que en torno de la condesa reflejaban el cariño y la gratitud de los míseros.

Ya no hay ricos como aquellos ricos en mi tierra.

Ceder un pedazo de terreno, construir una casa y regalarla á una familia, hoy, mañana, muchas veces; legar crecidas sumas al culto cristiano; dotar á virtuosas niñas; sostener hospicios de huérfanos y hospitales; repartir grandes limosnas; albergar á desheredados y mantener á hambrientos: hé ahí la ocupación ininterrumpida de la Condesa de Jibacoa, Providencia inefable en el oriente vueltabajero.

De tal mujer, provinieron tales hijos y nietos; de tal origen, tales ilustres apellidos cubanos.

Barones de Kessel, Condes de Cañongo y Casa-Bayona, Marqueses de Villalta y Calderón, los Cárdenas, los O'Farrill, los Morales; cien familias que han enaltecido con sus virtudes y colmado con sus esplendideces la historia patria, de semejante fuente provienen; bien así como el árbol lozano que en medio de la floresta se cuaja de doradas frutas, retoña en primavera y de cada brote sonrosado surge la nueva rama que dará idénticos frutos, porque de la misma savia se nutre y por las mismas raíces está adherida á la corteza terrestre.

El extranjero que visita mi villa, al cruzar por delante de esos muros y fijar la mirada en esos horcones desnudos, que la saña de un guajiro hecho personaje y la embriaguez patriotera de la turba entregaron á la piqueta demoledora, no podrá presentir el sello de grandeza que en esas ruinas resiste á la acción del tiempo y al desamor de los hombres.

Ahí, tras esas paredes que la dinamita de falsos revolucionarios pretendió volar en 1901, ahí discurrieron, pernoctaron y vivieron eminentes personalidades.

Ahí bailaron con las lindas cubanitas de otro siglo, Luis Felipe de Orleans, el que fué rey de la cultísima Francia, y el Duque de Joinville, el mismo que desempeñó la triste misión de recoger en Santa Elena y volver al regazo nacional, al vencido de Waterloo; montón de huesos de aquel Napoleón I, genio de la guerra y ejemplar rarísimo de talento y audacia. Ahí rieron y gozaron, ahí curaron sus nostalgias patrióticas, bajo los rayos de nuestro sol ardiente y en la dulce contemplación de nuestras bellezas naturales, príncipes que luego jugaron importante papel en los acontecimientos del mundo.

Andando el tiempo, otros hombres y otras ideas surgieron. Y la histórica casa de la Condesa, vino á ser morada de plebeyos enriquecidos, de tenderos afortunados, de inmigrantes engrandecidos en los trabajos de la industria. ¡ Instabilidad de las instituciones humanas; irónicos caprichos de la suerte !

En esas mismas habitaciones donde durmieron el sueño de la bienaventuranza los representantes de la nobleza cubana y de la monarquía francesa, se combinaron después planes contrarios á nuestro derecho, y aun á nuestras vidas; y ahí hicieron hogueras para cocer su rancho los infelices soldados que la obstinación de un mal gobierno traía al sacrificio estéril y á la muerte sin gloria ni poesía.

Más tarde, vino el cubano, creyéndose redimido, y de nuevos prejuicios esclavo, quiso barrer con todo eso, arrasar el vetusto edificio, por cuyos salones y patios habían discurrido otras generaciones y pasado la sombra de tantas grandezas; el jeroglífico de madera y piedra que es compendio de nuestra pasada opulencia, de ideales y martirios, en la historia confusa, accidentada, á veces riente, casi siempre triste y melancólica, de nuestro Calvario.

Cualquiera de estos días, la barreta del albañil derribará esas paredes que el musgo viste de verde-oscuro, y pilares de azulado cemento sustituirán á esos horcones de quiebra-hacha que han resistido, tan sanos como el primer día, la acción de dos siglos.

Acaso en lo que fué mansión señorial de Dª Asunción de la Barrera, se levante un hotel, con todo el *confort* moderno, ó un café, con grandes depósitos de *whisky* y mesas de *poker* y *ruleta.*

Quizás un rubio hijo de Virginia ó Kentucky, de dorada cabellera y abultado abdomen, venga á ser dueño de lo que fué palacete de la aristocracia criolla.

Será la civilización que viene en sustitución de la civilización que se va.

¡ Paso al sajón, invasor de los trópicos, heredero inesperado del solar que ennobleció una raza meridional, sensible y delicada; un grupo latino tan tierno como mal aventurado !

Así es la vida: renovación incesante, metamorfosis ininterrumpida; esperanzas que llegan y amores que se extinguen.

¿Qué extraño que se nos vayan esas ruinas, si la personalidad se nos escapa, y se llama Magoon nuestro virrey?

Habló un Grande

« Templad mi lira; dádmela, que siento
en mi alma estremecida y agitada
arder la inspiración.... »

Así clamó el poeta de Cuba esclava, enfermo de la dolorosa nostalgia de la patria, en presencia de la gran maravilla de la Naturaleza, oyendo la voz rugiente de la poderosa sirte, y contemplando la grandiosidad de aquel espectáculo, la caída de las aguas, el atropellamiento de las olas como de las ideas del genio; los cambiantes del iris en el vapor que asciende, la inagotable fecundidad de los senos proveedores y la imponente tenebrosidad de los profundos senos receptores.

Limpiad mi pluma; dádmela, que quiero hundirla en suave tinta de recuerdos, y homenajes rendir de admiración.

Habló la experiencia; brilló el genio, la voz apocalíptica resonó; otra vez se destacó en lo alto de la tribuna cubana, tantas veces profanada, la figura excelsa de una majestad indiscutible.

Diez mil personas escucharon, conmovidas, sugestionadas, vencidas en sus pasiones y en sus puerilidades por misteriosos avisos de lo alto, la palabra candente y fascinadora de Rafael Fernández de Castro.

¡ Ay, sí ! En la callada noche, cuando las sombras borran los horizontes, y duermen las actividades de los seres, la astronomía anuncia conjunciones astrales, aproximación de tal ó cual planeta, intensidad del brillo, aparición de cometas lejanísimos; todo eso que está fuera del alcance de la vista del vulgo, y que

sólo puede apreciarse tras paciente observación y con auxilio de potentes aparatos.

Pero apenas la acción rotatoria incesante de la tierra presenta á la luz del astro-rey la porción del planeta que habitamos, desiertos quedan los observatorios, ociosos los instrumentos, obscurecido todo brillo, y sólo impera, señor magnífico, dios único del prisma y los colores, soberano del fuego y suprema expresión de la vida, ese sol radioso, cada una de cuyas chispas alumbra un hemisferio y calienta un mundo, y cuyo apagamiento instantáneo produciría espantoso cataclismo sideral, el destrozo de todo un sistema, la noche eterna en porción importantísima del Cosmos.

Así en la noche de nuestros hondos desaciertos, no sin poderosos telescopios se descubren lejanísimas glorias. Pero amanece, y la luz envuelve los paisajes, azulea el cielo, cantan los pajarillos, brillan las olas, surge de la tierra el himno fecundo del trabajo, y la humanidad discurre, crea, lucha y se engrandece.

Cuando Fernández de Castro habla, Cuba se queja, suspira ó protesta. No es un hombre el que amonesta: es la Patria adolorida que pide cuentas á sus enemigos; es la historia criolla que revive sus glorias; es la conciencia nacional, viril y amenazadora, confundiendo á réprobos, advirtiendo á torpes, y anunciando sus intentos de despertar, reivindicarse y confundir.

Como yo no tuve el honor de oir al maestro, porque mis invariables prácticas de huraño, hasta al encanto de su voz se resisten, leí con avidez cuanto se dijo en la prensa del monumental discurso pronunciado en la inauguración del «Centro de Dependientes».

Y al leer en una de las crónicas que ello había sido un hermoso alegato en pro de las aptitudes de esta sub-raza para el Gobierno propio; una nota de esperanza y optimismo consoladora, yo que conozco el alma del maestro y leo en cada una de sus líneas las exquisiteces de su gran corazón, arrojé el periódico, indignado del moderno reporterismo, herido porque se suponía, ó infantilmente equivocado, ó miserablemente convencional, á quien atesora caudal inmenso de experiencia y dolores, vista de águila, dominio completo del medio y una honradez de granito, una civilidad de acero, que ni en el martirio claudicaría.

Y fué el *Conde Kostia* quien me reveló la síntesis del gran discurso; quien me mostró en toda su exactitud los perfiles del hombre, siempre severos y sugestivos.

Nadie tiene permiso para desfigurar uno solo de los conceptos de esas personalidades excepcionales de nuestra historia. A Fernández de Castro se debe uno de esos respetos guardados á los ídolos, aun por quienes no crean en ellos, porque son ídolos de otras almas, almas de otras creencias, creencias de otros cultos; que pueden ser discutidos científicamente, pero no deformados, escarnecidos ó mutilados.

Lo que Valdivia dice es Evangelio: «La palabra de Fernández de Castro, desgarrando velos de hipocresía y raspando llagas de envilecimiento, fué anoche la palabra misma de la Patria, clamando su pavoroso duelo por todas las heridas.»

Eso; eso sí: él no podría, simulando optimismos enervadores, echar nuevos velos de hipocresía sobre úlceras gangrenosas de su pueblo.

«El orador necesita entusiasmo en el alma, ideas en el cerebro y fe en el corazón; y ya yo no siento fe ni entusiasmos, ni acaricio ideas salvadoras», dijo él. Y no dijo del todo bien, porque su cerebro es laboratorio incesante de ideas; pero sí fué honrado confesando su excepticismo en frases sombríamente penetrantes.

El silencio de iglesia; el frío de duda que sintieron los corazones al oir ciertos párrafos, ¿sabéis qué era? La losa del remordimiento cayendo sobre las conciencias, la voz del pecado hiriendo los oídos; miedo del porvenir y pesar del presente, deslizándose, como una corriente de electricidad homicida, por las venas de la multitud.

Cuba apostrofaba, y todos se sentían pecadores ante Cuba.

«Nunca la reja del arado de la ironía ha penetrado más hondamente desgarradora en el subsuelo cubano, que la impulsada por la mano de este cultivador, que tuvo ayer en sus labios, quemados por el carbón del patriotismo, la voz ruda y poderosa del *payisú* del Danubio.»

¡Ave, maestro: casi de ti solo puede decirse tanto, en esta sociedad de descreídos! Pocos como tú viven en la superficie, trepan á las alturas de la elocuencia y comulgan con la hostia de la sinceridad: los más viven ahí donde tu ironía escarbó: en el subsuelo. Tus labios, quemados por el carbón del patriotismo, se agitaron para hablar por Cuba. Casi todos los demás representativos, se comen el carbón candente, envuelto en el manjar del presupuesto.

¡Ave, maestro!

Mariel

A poco más de doce kilómetros en dirección N. O. de la villa de Guanajay, en la falda misma de la extremidad septentrional de la sierra de Anafe, levántase, sonriente y tranquilo, el poblado de Mariel, antigua cabecera de un importante partido judicial, y asiento de los primeros Tenientes Gobernadores que representaron en aquellas comarcas la autoridad de España, y el espíritu colonizador de aquellos tiempos.

Ruina doliente de un pasado de esplendor material, aunque de hondas inquietudes morales, adviértese á simple vista, recorriendo las calles del olvidado pueblecillo, ese sello de tristeza que llevan todas las ruinas. La imaginación se figura ver, prendidas á las paredes medio derruídas, yedras trepadoras, y cubriendo escombros, y germinando en los aleros achatados y carcomidos, el amarillo jaramago de los climas europeos, el musgo verdinegro, el triste romerillo, y el *marilope* de los climas tropicales. Impresión desconsoladora de vetustez, fabricación anticuada, los tejados polvorientos, las callejuelas enhierbadas, el tabique apuntalado, la ventanilla derruída, todo eso que caracteriza á las poblaciones moribundas, semeja los trastornos naturales de la edad, el desgaste de los años en el organismo humano: la nieve en los cabellos, la arruga en el rostro, el encorvamiento en la espina dorsal, la boca sin dientes, el ojo sin expresión, el paso tardo y vacilante, la voz balbuciente y trabajosa.

¿Por qué no habían de ser eternos, la negrura del cabello y al

fortaleza de los músculos, la riqueza de los países y el bullicio juvenil de los pueblos?

Desde que se asciende por la cuidada carretera, á la loma llamada de Cañitas, la mirada distingue, allá, tras las curvaturas del camino, el conjunto de casitas, bandada de palomas cenicientas, dormidas en el fondo de la hermosa bahía, donde repercuten incesantemente las oscilaciones de las aguas del golfo, en su eterno vaivén de flujo y reflujo.

Espacíase el espíritu contemplando á ambos lados, las inmensas sabanas de verdura, ondulantes y bellas; inmensas extensiones de caña-miel, coronadas por güines, interrumpidas, á trechos, por las fábricas del Central, la choza del colono, la casita que cobija el pozo, ó el corral donde se recluye durante las noches el ganado.

Versículos del evangelio del trabajo; notas deliciosas de la santa armonía del progreso; revelaciones de virtud individual, de patriotismo inteligente, de esfuerzos ordenados y productivos en la lucha fatigosa por la existencia, la mirada inquisitiva del observador ve, más allá de las arrobas de caña, de los sacos de azúcar y de las talegas de oro, la energía indomable de una raza honrada y laboriosa, ni enervada por la colonia, ni prostituída por la guerra; y advierte, á través de las satisfacciones materiales que produce el mejoramiento agrícola, la salud de la patria asegurada, el esplendor futuro de la joven República, llenando los horizontes de la historia humana en la glorificadora apoteosis de la libertad y de la ciencia.

San Francisco, Jabaco, Zayas, Cañitas, Martín Mesa, fincas que bordean la accidentada carretera, ahí están como ejemplares vivientes de una época grande y miserable, tranquila y amenazadora, pletórica de riquezas y ayuna de verdadera civilización, en que el trabajo esclavo llenaba las arcas de oro, que la dilapidación y el vicio desparramaban por todos los ámbitos del mundo; días horribles para el hombre de negra tez, arrancado á sus hogares africanos para bestia de carga; días de corruptoras enseñanzas para el pueblo nativo, á quien se educaba para odiar al hombre y para sacrificar á la satisfacción de materiales placeres, sentimientos que tienen su raíz en la conciencia, y aspiraciones que tienen su génesis en el alma.

¡Cuántas amarguras ignoradas, cuántos ultrajes, cuántas violaciones del derecho humano; cuánta soberbia y cuánta impiedad,

dormirán el pesado sueño de la reprobación en aquellos campos, medio esterilizados por el excesivo laboreo, donde hoy pacen, más felices que los negros de entonces, vacadas y yeguadas !

Sobre las cercas que limitan los distintos predios, enredadas de las ramas del piñón, del *árbol desnudo*, de la almáciga y el guamá, se extienden y entrecruzan los aguinaldos blancos y violetas, festoneando la campiña, saturado el ambiente de su delicado perfume; cortinas tejidas por la madre naturaleza, salpicadas de colores por la mano de la primavera, para embellecer el paisaje, ofreciendo, á la vez, suavísimo nido al vocinglero tomeguín, y refugio contra los ardores del sol á la parda tortolilla que canta diariamente, al airecillo de la mañana, la dulce estrofa de sus amores. Allá al fondo, el viejo poblado, contenido en sus límites de hace un siglo, haciendo la vida monótona y triste del sibarita, en medio de los atractivos sonrientes de la creación; con sus almacenes vacíos, sus dos ó tres edificios de construcción moderna, sus casitas de madera, su aduana destrozada, sirviendo de albergue á míseros y de criadero á las alimañas, sus baños de factura primitiva; y su *puntilla*, ennegrecida y solitaria, llorando á los siglos que vendrán, las bárbaras torturas de la Reconcentración, el espectáculo doloroso y sin ejemplo de un pueblo, de cuatro mil almas de todos sexos y edades, pereciendo de hambre y sed cabe las riberas de aquel mar, que no supo sentir un ímpetu sublime, para ahogar en tres minutos á tantos infelices, en ahorro de sufrimiento para ellos y de vergüenza para la humanidad.

Confundiéndose con los últimos muros del poblado, las primeras olas de la grande, de la hermosísima bahía, abierta á todos los vientos, tras las colinas y montículos que la aprisionan.

Al extremo Norte, la Boca, entrada al puerto, cuyas dificultades sortean con habilidad suma los marieleños. A ambos lados de la Boca, el Fuerte, el Torreón, el Lazareto, útil edificio que los americanos construyeron y los cubanos abandonan, y alguna que otra casita de pescadores, albergue humilde de humildes hijos del trabajo, que allí nacieron y allí morirán, sin ambiciones ni vanidades de esas que en el mundo privan; pero sin miedos ni sonrojos de esos que enferman las almas; vecinos del Océano, familiarizados con el líquido elemento, á quienes una borrasca no quita el sueño ni amilana un peligro; hombres de acero, curtidos por el sol y curados por el frío en los largos días de la

navegación y en las largas noches de la pesca; pero niños, todo corazón y sentimiento, cuando de llorar una desgracia ó realizar una buena acción se trata.

Allí el *Alfonso XII*, medio hundido, encallado en los bajos de la costa, agujereado por las balas de los cañones, azotado constantemente por el oleaje, parece el doliente monumento levantado por la mano del Destino, como epitafio doloroso de un Poder colonial, en honor de la Nación generosa y desgraciada, más grande en sus infortunios que en sus prosperidades, señora de dos mundos, condenada á pobre condición por los errores de sus propios hijos.

Panorama poético y melancólico: concierto inefable de recuerdos gratos y remembranzas dolorosas, se desarrolla día tras día, con precisión matemática, á la vista de aquella elevada loma de la Vigía, que el palacio en construcción de un rico extranjero profana; como si Dios hubiera dispuesto que en extraño idioma sea trasmitido, á los espacios sidéreos, el eco misterioso de aquel himno que forman la voz de los hombres convocando al trabajo, el suspiro de las mujeres, invocando al Dios del amor, y el rumor acompasado de las olas, quebrándose sobre los acantilados graníticos de la playa. Vuelta Abajo, Mariel; pueblecillos de mi terruño: vuestras callejuelas sombrías y vuestros tejados polvorientos, reflejo son de la incuria de vuestros hijos.

¡Ah: si algún día dejamos de vivir en la incertidumbre, y renacemos á la esperanza de mejores destinos, ya crecerán, en vez de romerillo y musgo en los aleros, mirto y siempre-vivas en vuestros jardines!

La envié, desde abajo, una censura,
y su pupila azul se humedeció;
cuajóse en sus petañas una perla
que por el rostro pálido rodó.
Suspiré conmovido; mi suspiro
subió, pidiendo gracia, á su balcón,
tropezó con la perla en el camino
y con su vivo fuego la fundió:
la mitad del supiro fué á sus labios,
y la mitad volvió á mi corazón.

Tres tumbas

ALLÁ, en la región hermosa por donde nos viene el día; en el Oriente indomable, el de la leyenda altiva, de los héroes de la patria y las arrogantes hijas, tres esqueletos descansan en lechos de tierra tibia.

Proyecta su sombra el sauce; sobre la losa reclina el rosal sus verdes ramas, y lirios y margaritas se deshacen, en la tarde, en muchas hojas finísimas, cual si fueran de Natura tristes lágrimas caídas.

Junto á los tres epitafios—que son la misma elegía—tres ángeles soñolientos, descansan, más que vigilan. Son tres virtudes cristianas, que bajo el mármol dormitan, y tres fases de la historia de la nación, simbolizan.

CÉSPEDES: la fe radiosa que el alma esclava ilumina; MARTÍ: la dulce esperanza, consoladora y benigna; MASÓ, la piedad suprema en los trances de la vida; la bondad, trocada en bálsamo de las sociales heridas; el dolor, que se hace propio viendo la ajena desdicha.

Sobre la primera tumba se extiende ya la manigua. Se han borrado los senderos que hasta la cruz conducían, y ya se oculta la piedra, que un tiempo fué blanca y lisa, bajo las zarzas del tedio y las ingratas espinas. Ah: la fe fué lo primero que las almas indecisas perdieron, en el Desierto de la vieja Palestina. Larga pareció la ruta; distante la prometida mansión, que dijo el

Profeta; cara la gloria, y no digna del esfuerzo realizado en diez años de fatigas.

Sobre la segunda fosa, aún quedan flores fingidas, coronas medio borrosas, rosas de biscuit, prendidas de alambres amarillentos, como la esperanza misma del pueblo que las llevara, en horas de fiestas frías, de entusiasmos calculados y mascaradas indignas.

Sobre la tercera tumba, la tierra está removida. Se abrió muy recientemente aquella bóveda tibia, á recibir de un honrado las venerables reliquias. Aún huellan el trillo abierto, los tristes de la familia. Aún sobre el pobre epitafio alguna lágrima brilla, al rayo de la mañana que por las hojas se filtra. Y algún curioso viajante, que recuerda la noticia de la muerte de Masó, la necrópolis visita, más por ver si un monumento á las nubes desafía, que por llevar un recuerdo de la majestad caída.

El tiempo; el olvido...: al cabo se extenderá la manigua sobre las tres inscripciones que son la misma elegía.

Cuando los héroes se alejan del mundo de la mentira, como á los mismos tiranos, la sociedad les olvida, si ella vive sin creencias, de egoísmos y codicias, del presente descuidada, del porvenir indecisa.

Patriota: si vas á Oriente, á aquella región altiva, la de las bellas leyendas y las hazañas magníficas, antes de hollar esas tumbas de majestades caídas, date un paseo á lo largo de aquellas playas vecinas; recorre aquellas riberas que vieron rodar, y hundidas, embarcaciones guerreras, de hombres-leones guaridas. Sube á las rocas peladas, que vieron la acción indigna de ser cazados á tiros, los derrotados que huían. Interroga á aquellas olas por qué fueron, homicidas, de tantos valientes tumbas; sepulcro de tantas vidas. Recoge, del mudo fondo de aquella fosa marina, balas de cañón y huesos, la metralla, en sangre tinta, cráneos partidos en trozos, y brazos hechos astillas.

Y cuando el dolor comprendas, y entiendas la valentía, y sepas cómo los hombres al deber se sacrifican, con la bandera por madre, y por Dios la disciplina, baja, patriota, á la tierra; el cementerio visita; desde la tumba de Céspedes á la de Martí, camina; y en la de Masó haz un ruego hacia la piedad divina, por los incontables mártires de las luchas fratricidas.

Recorre aquellas praderas, del ancho Cauto en la orilla; sube á San Juan; besa el árbol que es prenda de paz, bendita; y otro

recuerdo consagra, con el alma agradecida, á aquellos jóvenes yankis, que nuestro error hizo víctimas.

Y cuando á Occidente vuelvas, patriota que haces política, y la pasión te reclame, y te saquen á la liza, odios de gentes pequeñas, de gentes malas codicias, diles tú que hay mucha sangre por la libertad vertida, mucho luto en los hogares, mucho llanto en las familias; y muchas tristes escenas están en la historia, vivas, palpitantes y sangrientas, acusadoras justísimas, de la ceguedad de un pueblo que no quiso hacer justicia; de la obstinación del otro, que el suicidio prefería, y de la cruel impaciencia de una diplomacia altiva.

Pide á tu conciencia sola la luz del deber por guía; y al Cielo —que es de tu patria áncora de amor, divina—demanda la fe que guardan los ángeles, que dormitan en las tres tumbas de Oriente, sobre las muertas reliquias de los héroes legendarios, de los grandes de otros días.

Creer es vivir tranquilo. *Esperar*, sabrosa dicha. La *Caridad* con la Patria, que es dulce amor de la vida, á los pueblos pecadores, con su Dios los reconcilia.

Toca aquí: ruge el infierno!
Ahora aquí: reina el invierno
y un viento de muerte zumba!
¿Quién mitigará este afán,
si es mi cerebro el volcán
y mi corazón la tumba?

¿Que no puedes dormir, porque te acosan
en medio de la noche los espectros:
que hasta la luz del sol te sobresalta;
que cuando todos rien, tienes miedo...?
acude á la oración, y no á la ciencia:
eso es remordimiento.

Homenaje de cariño

Cada vez que una sociedad regional, ó cualquiera otra colectividad prestigiosa, me ha hecho objeto de uno de esos homenajes de afecto que honran y regocijan, he creído insuficiente la manifestación personal de gratitud que debe seguir á todo favor recibido.

Pobre la palabra, escaso el auditorio; bajo la tensión nerviosa consiguiente mi espíritu; preocupado el ánimo por el temor de no encontrar en el léxico expresiones bastante elocuentes y por la seguridad del contraste que ofrecían la respetabilidad y el buen nombre de los visitadores, con el cuadro humildísimo del bohío en que tales actos se realizaban, á nadie debí hacer partícipe de mi satisfacción, si en efecto ella fuera exclusivamente mía.

Pero es que, repasando en sus menores detalles toda mi labor periodística, consultando mi conciencia y haciendo cabal disección de mis actos todos, he deducido, con fuerza de convicción, que no es á mí, el oscuro obrero, á quien principalmente se discernían lauros; que era yo, meramente, el pretexto para generosas aproximaciones entre importantes elementos de la sociedad cubana; el punto de convergencia de energías de dos grandes factores étnicos, ayer divorciados por seculares agravios, ganosos hoy de confundirse en magnánima aspiración: la de defenderse mutuamente contra tremendos peligros, defendiendo así, historia, creencias, dulce idioma, tradiciones dolientes del coloniaje y bellísimos ideales de raza y familia.

Para decirlo claramente: creí que los grandes núcleos de población española hacían alarde, enalteciéndome, de su leal propósito de identificación completa con la suerte de mi tierra; que ardían en deseos de mostrar su gratitud á todo el que hiciera justicia á sus virtudes de inmigrantes y á sus méritos de ciudadanos, que su abrazo no era para mí, sino para la intelectualidad cubana, para cuantos se cuidan de no herirles con las armas torpes del patrioterismo, y aun con ellos cuentan para el feliz desenvolvimiento de una nacionalidad, que siempre sería orgullo de su progenitora, lazo de unión entre las Repúblicas latinas de América y la vieja hidalga nación descubridora.

Y como eso he creído, aun á trueque de que espíritus pequeños me calificaran de vanidoso y me atribuyeran mezquinas intenciones, público he hecho mi gozo, solemne la manifestación de mi reconocimiento; y he dormido tranquilo después de decir á mi pueblo: este abrazo recibido, es para ti; este amor que los españoles sienten, es por Cuba; estos sus votos de prosperidad son por la República, cuyo honor y cuya grandeza, tanto como la grandeza y el honor de España les interesan.

Y á fe que si puede haber gradación en el sentimiento, á vista de estos actos, ha de ser mayor mi placer, por circunstancias de carácter íntimo y personal, cuando el homenaje me llega de esa inteligente y laboriosa colonia asturiana; cuando favorecen al viejo luchador por la independencia cubana, los nobles hijos de aquella región hermosa, cuya historia es el heroísmo mismo, sobre cuyo escudo escribieron los siglos, desde la dominación romana y desde la invasión árabe, hasta la evacuación de la Alhambra y hasta el desastre de las armas napoleónicas, temeridad, patriotismo, amor á la libertad, hidalguía, abnegaciones: todo lo que hace dignos á los hombres, buenos á los pueblos y fuertes á las razas.

Aquí está, en efecto, sobre el lienzo de pared en que suelo descansar la fatigada cabeza, para recordar una fecha ó evocar una cita, en mis largas vigilias cabe la mesa de trabajo; aquí está, encerrado en marco elegantísimo, desde el domingo último, un artístico diploma, serio, expresivo, de una sugestión invencible, que dice á todo el que me visita, que soy asturiano honorario, por acuerdo unánime de una Sociedad que cuenta sus hombres por docenas de millares, que posee el más lujoso y útil Sanatorio de América, que tiene palacios, oro, energías inmensurables, prestigio indiscutible y anales de benefactora, brillantísimos. Ahí,

el viejo aldeano, tipo clásico de la tierruca, el cayado en la diestra, calada la montera, terciada la chaquetilla, respirando por todas las arrugas del rostro bondad y alegría; allí el legendario símbolo, el coronado escudo, la inscripción gloriosa *In hoc signo, vincitur inimicus.* Allá al fondo, la vetusta parroquia, nido de creencias y germen de dulces amores. Y aquí y allá, sosteniendo el escudo y la florida orla, benéficos protectores de la generosa población que en las riberas del ancho río y á la sombra de nogales y encinas trabaja ó discurre, alegres angelitos, mensajeros del Cielo, parecen representar la paz del alma y la prosperidad de vida que acompañan á los pueblos trabajadores, morigerados y creyentes. ¿Sabéis qué he echado de menos en el paisaje sugestivo? Algo que no estaría bien para ojos asturianos, pero que mis cubanos ojos verían con placer intenso; lo que el gran Heredia echó de menos cabe la hirviente catarata:

«Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas—que en las llanuras de mi ardiente patria—nacen del sol á la sonrisa, y crecen—y al soplo de las brisas del Océano—bajo un cielo purísimo se mecen.»

¿Por qué, decía yo, por qué, si formaban parte de esta comisión visitadora, asturianos y criollos; si en un abrazo fraternal nos confundimos, Bances Conde, insustituible Presidente del Centro; Machín, su meritísimo Secretario; Rodríguez, de la Sección de Propaganda; Cuervo, y Fernández López, entusiastas vocales, asturianos ellos; y Bango, el eminente médico, legítima gloria de Cuba; Fuentes, abogado y orador de brillante porvenir por su talento, y yo, el huraño guajiro vueltabajero; por qué si aquí, en la pobre choza mía, Cuba y Asturias se compenetraron y se dijeron cuitas y esperanzas; por qué no habrían de figurar en el cuadro, formando un paisaje solo y simbolizando un mismo porvenir, el cañaveral y la pumarada, la parroquia y el bohío de guano, el carbayo y la seiba centenaria, un solo pueblo y un mismo amor?

Recliné la cabeza, casi rozando con ella el marco del artístico diploma, y medité. ¡No podía ser; ni España ni Cuba quisieron que fuera!

Unos con sus intransigencias, otros con sus desvaríos; unas veces la suspicacia y otras el pesimismo; la explotación descarada y la arbitrariedad funesta, calumniando las intenciones de una nación generosa; y por otra parte delirios de una independencia que no se comprendía bien, determinaron agravios, produjeron rompimientos; hicieron gemir á una madre, colmada antes de glo-

rias, y han traído días de zozobra y perspectivas de eterna tristeza á la hija.

¡No, no; bien está el cuadro así!

Abracémonos sinceramente asturianos nativos y asturianos honorarios, y dejemos al viejo aldeano reir con sus recuerdos: ¡allí nunca fué solicitado el extranjero; allí siempre se luchó por la independencia y se honró la tradición nacional!

Por la graciosa TETIS dirigidas,
las Nereidas y Oceánidas,
surcando van las agitadas olas;
por mares de esmeralda
arrastrando las ricas cabelleras;
bañando en luz de sol las níveas galas.
Mis vírgenes ideas: bogad lejos,
guiadas por el culto de mi patria,
produciendo en los rasgos de la pluma
los cambiantes de luz de la esperanza.
Mares del porvenir: ahí van mis hijas.
Tú eres TETIS, mi Estrella solitaria.

Llamé á su corazón, y estaba muerto;
le conté mis angustias, y rió;
lloré llanto de fuego, y la perjura
la espalda me volvió.
Más tarde, sacudiendo los bolsillos,
á su ambición llamé;
vino, me fuí, siguióme, me detuve,
y me abrió la morada del placer.
Entré, salí, torné, volví á dejarla,
y ella siguió frenética tras mí:
el oro se acabó, partí, olvidóme:
¿y es el amor así?

Hablan las piedras

HABLABAN las dos estatuas en el Parque y en la plazuela, muy entrada ya la madrugada.

Un inmenso negro nubarrón había cubierto la luna nueva; titilaban miriadas de lejanas estrellas; el mar, más que otras veces sereno, cual si no quisiera perder una sola frase del diálogo, enviaba sus más tímidas olas á acariciar las paredes del Malecón, á aquellas horas desierto.

—¿Oyes, hermano? Creo percibir rumor de voces, y golpear de culatas de fusiles sobre el pavimento. ¿Vuelven á dar guardia en las fortalezas de nuestra tierra los voluntarios de España?

—No; no puede ser. Aunque en mi vecindad viven muchos ex-voluntarios, no les he oído hablar una palabra de reconquista. Me parece que nuestro pueblo está orgulloso de la República que le diste.

Infame él si hubiera olvidado que por su ideal vertiste tu sangre generosa. ¿Será que se preparan, pocos, pero dignos de sus padres, á repeler la agresión yankee? ¡Ah: si eso fuera, y pudiera yo, sacudiendo esta pesada armadura de mármol, esgrimir otra vez mi espada de coronel español... !

Calla: calla; se acercan. Distingo seis presos. Les custodian muchos soldados. En la oscuridad relucen sables y fusiles. Salen de la ciudad. ¡Dios mío! ¿habré soñado? ¿No caí en Dos Ríos? ¿No fuí el Apóstol? ¿Será hoy el 27 de Noviembre de 1871, y serán esos los estudiantes de medicina, mis compañe-

ritos, y se irá á realizar con ellos el asesinato montruoso? Elévate sobre tu pedestal, hermano, que la tristeza nubla mis ojos. Tiende la vista por encima de los altos edificios. ¿Qué ves?

—¡Ah, sí: presos son! Pero no son estudiantes. Son conspiradores. Los conozco bien, por haberlos visto entrar triunfantes hacia Palacio, poco há. Son amigos tuyos; hermanos tuyos de la emigración y la guerra. Hay generales y periodistas; bravos de la manigua y mártires de Ceuta. Son de los que más lucharon por tu ideal, contra la nación á quien yo juré fidelidad y amor.

—¿Cómo? ¿Qué veo? ¿Mis héroes? ¿Mis hijos? ¿Conspirando contra quién? ¿No es suya Cuba? ¿No son felices? ¿Oyes, hermano? Vuelve á haber guerra en nuestro país. Pero no es de reconquista; no es contra el invasor: es entre hermanos; es por puestos, por codicias, por vanidades, por miserias. Los unos quieren el oro y el mando, para ellos eternamente todo el mando y todo el oro. Los otros se han violentado, han enloquecido; no les asusta el hundimiento de la patria. ¡Qué horrible pesadilla!

—Mira: ahí van guerrillas. Oye: *La Voz de Cuba* resucita y pide carne fresca. Hay sed de sangre.

—Atiende: suenan descargas del lado de que nos venían olores de campiña. Clarea el incendio en la lejanía. Bandadas de fugitivos abandonan el hogar y claman piedad. ¿Otra reconcentración, Dios mío? ¿Más inocentes víctimas?

—¡Pardiez: me arrepiento de haber concebido y realizado esta magna obra del acueducto que lleva mi nombre. No merecen beber cristalinas aguas, sino salobres lágrimas de esclavos, estos que ni con España hidalga, ni soberanos, ricos y libres, se sienten satisfechos!

—No te irrites, no los ofendas. Perdónalos como yo hago. ¡Harto infelices son, los pobrecitos! Recemos por ellos al buen Dios. ¿Quieres?

—Sí; sí; recemos con todo el fervor de nuestras almas.

....

Callaron las estatuas. El Océano envió contra las paredes del Malecón espumantes olas. La luna nueva salió de detrás de la negra cortina de nubes.

A su débil reflejo brillaron como perlas algunas gotitas de agua, ocultas entre los pliegues de la estatua de Albear; y apare-

ció un diamante inmenso, de millares de millares de facetas, en el pedestal de la estatua de Martí.

Diríase que los dos fríos y blancos monumentos de piedra, habían llorado, como seres con vida y razón, las desventuras de la patria.

Nace la rosa á la mañana, y muere
con el último beso de la tarde;
surge en el éter, irisado y bello,
y se evapora rápido, el celaje.
La pompa de jabón, apenas brilla,
bajo su propio peso se deshace;
y el rayo de la luna, misterioso,
se quiebra entre las copas de los sauces.

Así en mi corazón las alegrías
como los rayos y las rosas nacen,
y fenecen al punto, como el eco
arrastrado en las ráfagas del aire.
¿No habrá placer que en mi existir perdure?
¿Nunca bellas serán mis realidades?
¿Por qué los sueños que el cerebro crea,
se esfuman cual la pompa y el celaje?

Niña: la deducción y el pesimismo,
de la existencia los problemas graves,
pensar y deducir: eso es terrible;
juntos la ciencia y el amor no caben.
¡Que no esgriman jamás el escalpelo
los que los ricos espejismos amen;
que no busquen el fondo de las cosas,
seres que viven de perfume y aire!
¡Niña: que la ignorancia es muy sabrosa;
la fe que no razona, es inefable;
soñando en la belleza se va al cielo:
abajo están la escoria y el cadáver!

Paisajes vueltabajeros

ARRASTRADO por el monstruo de acero, *hipógrifo violento* de la civilización, que lleva en sus entrañas el fuego de la vida, y en su feroz carrera va despertando, con agudos silbidos, á los pueblos aletargados, salvé, días pasados, la distancia que media entre la floreciente población de Artemisa y la vetusta capital pinareña, soberana de Occidente que baña sus pies en la empobrecida corriente del Guamá y se aduerme en la falda misma de la arrogante cordillera que inmortalizó la leyenda del Mulato oriental.

A uno y otro lado de la vía, el ánimo se recrea en la contemplación de las ricas vegas, sabanas de verdura que parecen recortadas por sus flancos y altura por una mano invisible, la mano de Flora, dulce hada protectora de nuestros labriegos, cada día más laboriosos y sufridos, más esperanzados y creyentes.

Surgen, aquí y allá, á trechos que recorre la rauda locomotora, paraderos y pueblecillos, habitados por gentes que fían al trabajo su mejoramiento, y que acuden al tren, ora á recibir al amigo, á despedir al deudo, á descargar mercancías que la capital esparce por todos los ámbitos, á embarcar el ganado mugidor, la cosecha vegetal, las ricas maderas ó las sabrosas frutas dedicadas á la exportación.

Mangas, Punta Brava, Candelaria, la heroica villa del españolismo, hoy progresista población cubana; San Cristóbal, viejo, estacionario, no repuesto aún de los destrozos que causó el terremoto de 1880, tan triste y monótono como en los comienzos del

pasado siglo; Palacios, alegre; Taco-Taco, Paso Real, Herradura, Consolación, Puerta de Golpe, risueño, juguetón, esparciéndose por la campiña, levantando sus elegantes casas, exponentes de la riqueza de su suelo y de la laboriosidad de sus habitantes; Ovas, respirando ambiente nicociano, y finalmente, la antigua ciudad que da nombre á toda la provincia, empuñando el cetro de Occidente y constituída en centro de los organismos de la vida civil y política: Gobierno civil, Instituto, Audiencia, Jefatura de las fuerzas armadas y Dirección indiscutida de las fuerzas populares, bajo la denominación de partidos, no sé si útiles ó funestos á la reconstrucción de la patria.

El panorama que se ofrece á la vista del viajero no puede ser más variado y atrayente. La vegetación, lujuriosa hasta Candelaria, tórnase tristonaza y pobre desde allí.

A la palma criolla, de talle erecto y poblado ramaje, sustituye la *palma cana*, raquítica y silenciosa, la *barrigona*, enana y bruñida en su tronco, de verde azulado en sus empobrecidas ramas. A los floridos aguinaldos que festonan las campiñas del oriente de la provincia, á los cuajados frutales que embalsaman el ambiente, al mango dorado, á la oliente pomarrosa, al susurrante cañaveral que eleva airoso sus pardos güines, semejantes á lanzas brilladoras de ejércitos vestidos de esmeralda, sustituye el *peralejo*, de hojas verdes y rojas, de raquítica estatura, jamás molestado por la intimidad del rico cocotero ó del bambú murmurador.

Monotonía desesperante del mismo arbusto y de la misma variedad de palmeras, sobre océanos de espartillo que el fuego consume frecuentemente en solicitud de nuevos brotes; inmensos arenales que allá á lo lejos, pueblan pinares inmensos, contrasta ella con el paisaje hermosísimo que ofrecen las elevadas cumbres del Cuzco, Linares, Rangel, Mogote, La Güira, Guajaibón, Peña Blanca, teatro que fueron de incontables proezas, atalayas eternas situadas, en serie no interrumpida, en el corazón mismo de la provincia, como si tuviera por encargo recoger los dones celestiales, para repartirlos con equidad entre los habitantes del Norte y el Sur, igualmente dignos de la protección divina.

De viaje por el Ferrocarril del Oeste, el espíritu se recrea y la fe en los grandes destinos del pueblo vueltabajero torna al corazón, entristecido por los accidentes de la guerra y los errores de los que fundaron nuestra nacionalidad.

La vida provincial se despereza y recobra nuevos bríos, bajo el tibio sol de la libertad civil.

En las vastas llanuras que atravesó la bala de cañón y taló el incendio en los días de la lucha armada, pacen alegres las triscadoras reses, amontona cujes de tabaco el veguero, y zumban y procrean las abejas laboriosas que convierten en delicada miel el balsámico jugo de las florecillas silvestres que crecen á las orillas del San Diego, el Palacio, el Río Hondo y el San Juan de Contreras.

Todo es movimiento, esperanzas, anhelos nobilísimos y esfuerzos generosos, en esa vasta región, tan olvidada siempre en el reparto de los bienes sociales, tan protegida por la Naturaleza, en la indisputable excelencia de sus productos.

Guíese bien á ese pueblo honrado y trabajador; no se le prostituya con el apasionamiento fatal del sectarismo, que envenena el corazón y enferma la conciencia; ayúdesele, con lo único que él pide para ser rico y feliz: protección á su agricultura, vías de comunicación para poder transitar libremente en la propia casa y arrastrar con facilidad, desde la retirada hacienda hasta la arteria central, sus cedros y sus caobas, sus mieles y sus tabacos, sus ganados y los productos de sus minas, toda esa inmensa riqueza que no necesita más que un poco de impulso para traducirse en el bienestar y la grandeza de la amada patria; no se le ahogue con crecidas exacciones para sostener una administración dispendiosa, y los alegres pueblecillos por cuyas entrañas pasa el monstruo de acero, entonando en los silbidos de su caldera el himno de la civilización, se convertirán en populosas ciudades, emporios de progreso, exponentes gallardos de las generosas aptitudes del pueblo vueltabajero, abnegado y heroico en la lucha incruenta por la libertad, heroico y abnegado en los empeños magníficos de la paz.

Honra de España y Cuba, es el osario
que en la extensión de mi país blanquea.
¡ Una generación subió al Calvario;
pero triunfó una idea !

Masó, vivo

En esta hora de los fugaces impensados entusiasmos y de los negros imperdonables olvidos, vuélvense los ojos del sentimiento hacia las playas de la antilla vecina, por donde discurre, triste y solo, el más modesto de los triunfadores; cuyo cadáver, cuando la hora de la caída suene, no provocará conflictos entre la policía y el pueblo, ni será objeto de imponentes alardes de dolor colectivo.

Figúrome ver resurgir, en la historia de las ingratitudes humanas, la figura del patriarca quisqueyano, viejo, encorvado, miserable, tibias por el infortunio las idealidades de la fe, macilento por el hambre, peregrino eterno de la libertad de sus hermanos, y muriendo oscuramente, escarnecido por el desamor de los suyos, en el asilo prestado de extraña tierra, que recogió sus huesos áridos antes de que la Patria agradecida bendijera su nombre inmaculado.

¿Qué busca en Jamaica Bartolomé Masó? ¿Por qué se aleja en estos días del bregar por la estabilidad de la República, en estas horas de prueba para los fervorosos creyentes del ideal?

Dicen los unos que ha ido en busca de alivio para sus dolencias físicas y á pedir á otro cielo y otras brisas, la salud que le niega el clima embalsamado de su país. Aseguran otros que es el cansancio espiritual el que le lleva á codearse con desconocidos, que no le pedirán consejos y orientaciones para su labor política, ni se le quejarán de injusticias y errores, ni avivarán

con el hálito de sus codicias y sus odios las hondas lacerias de su alma, abnegadamente enamorada de la felicidad de la Patria.

¿Qué hay de verdad en todo ello? Sólo Dios lo sabe.

Acaso no hay, en la doliente historia de nuestros infortunios, figura más digna de la admiración de las gentes, por su tenacidad idealista por la independencia, por la majestad del apostolado altruísta, por la total carencia de vanidades, tan corrientes en aquellos que han contribuído notablemente á la redención de sus paisanos.

Pudo ser, á raíz del triunfo revolucionario, Gobernador de provincia, Alcalde de capital, Inspector de minas ó montes, cualquiera de esas cosas que hacen tan cómoda la vida y tan grande la influencia de gentes que no valen, patriótica y moralmente, lo que vale un solo día de esa vida al amor de Cuba consagrada sin intermitencias.

Pensaron sus admiradores del momento, movidos fugazmente por la alegría del éxito, llevarle á la primera Magistratura de la nación. Pero su nombre no fué grato al ocupante militar.

Sus compañeros de armas, sus devotos de la víspera y sus admiradores de ocasión, decidiéronse—los más de ellos—por el candidato que el extranjero impuso. Y el patricio austero tornó á sus agrestes soledades de la Jagüita, más contento de su retirada que resignado á verse derrotado en los comicios, burlado en los periódicos é insultado en los mitins, por quienes estaban obligados á recordar que él fué de los primeros en levantar el pendón de rebeldía en la guerra grande y en la guerra última; que sin él no habría habido desembarco en Duaba, invasión á Occidente, Intervención ni República.

Ríome yo de las calculadas manifestaciones de cariño de las multitudes en presencia del cadáver de un grande hombre, veinticuatro horas después de haberle maldecido ó lastimado.

Recordando cuanto se escribió desde 1899 hasta ahora; cuanto se habló, calumnió y murmuró contra el más militar de nuestros libertadores, ¿quién me asegura de la sinceridad de los homenajes póstumos de su pueblo? ¿Quién me dice que los ojos que lloraron entonces, no habían irradiado antes rayos de ira? ¿Quién duda de que muchos que le vieron partir un mes atrás, deseaban no volverle á ver? ¿Es el arrepentimiento leal del mal pensado, la gratitud legítima venciendo de la pasión, quien lleva flores á la tumba del héroe; ó es la consideración de que ya

no se levantará á imponer procedimientos y dificultar combinaciones? ¡ Cualquiera lo sabe!

¡Ah: en torno del féretro del desterrado de la Jagüita no habrá, estoy seguro de ello, colisiones populares, pugna de duelos, señales de intenso amor. Para los modestos, para los humildes, para los que venciendo parecen vencidos, y creando patria parecen extraños en ella, para ésos no están reservadas las grandes apoteosis! Hay en el desinterés exagerado, gérmenes de anulación. No se puede llevar la bondad del carácter, la pureza de las patrióticas intenciones y la desconfianza del propio valer, á los límites de lo angélico, porque destruye uno mismo su popularidad y borra su propio nombre de la enfermiza conciencia de las multitudes.

Recuerdo que el Congreso pretendió regalar cierta suma al héroe de Baire, como había regalado otras á viudas de libertadores y á jefes que habían malgastado sus haberes. Y él rehusó la limosna. Recuerdo que el Estado tenía alquilada para escuela pública en Manzanillo una casita de Masó. La Superintendencia exigió ciertas reparaciones en ella, que el propietario no podía realizar. El buen maestro de la escuela intentó una suscripción local, para que no fuese abandonada la casa del patriota. Y Masó se negó rotundamente á admitir el modesto sacrificio, aunque agradeciendo mucho el propósito.

Desde que tal supe, no me quedó duda de que la estrella de su popularidad empalidecería rápidamente. Actitudes semejantes no son las que ganan voluntades y aseguran aureolas de público respeto; en Cuba á lo menos. Eso no es de estos tiempos. La probidad exquisita, puesta en grandes cantidades en el platillo de la balanza popular, no pesa lo que unos cuantos adarmes de osadía. Más simpatías gana el que admite dádivas, porque puede ceder algo de ellas, que el que hace la caridad cristiana, silenciosa y pura. ¿Qué hace en Jamaica el hombre íntegro, que si hubiera cedido en Baire á los consejos de los comisionados autonomistas y entrado en tratos con España, habría matado en germen la obra de Martí? Pues, lo que hace es pensar y sentir, sufrir mucho, devorar hondas patrióticas amarguras y aliviarse de negras impías ingratitudes.

La Patria no le debe nada. Liquidados sus haberes de Mayor General, le expidió el cheque la pagaduría, y en paz.

Discútase ahora si la Presidencia debe ser para éste ó para

aquél, si el radicalismo ó el moderantismo han de consolidar la obra revolucionaria, por el procedimiento de repartir credenciales á la ineptitud y el nepotismo. Hágase de los comicios campo de Agramante, y de la lucha de ideales, semillero de odios que envenenan para siempre la conciencia nacional. Ya hemos cumplido con los próceres de la independencia y pagado la deuda de gratitud de la República.

Martí tiene un día de luto nacional: el 19 de Mayo, en que no se trabaja ni se ora, sino que se discursea y se juega. Maceo tiene en el Cacahual su cenotafio, en que el convencionalismo mentiroso solemniza otra fecha. Para Máximo Gómez tendrá la historia cubana un 17 de Junio, aureolado por la tristeza de los cien mil concurrentes á su entierro y poetizado por los toletazos de la policía.

A Bartolomé Masó ¿no le pagamos sus sueldos y le hemos dejado embarcar para Jamaica, cosa que no permitimos á Céspedes, ciego y enfermo?

Allí podrá, siquiera, ya que no curar de sus dolencias físicas y de sus grandes pesadumbres morales, espirar en un lecho, en vez de hallar violenta muerte en otro San Lorenzo, donde hicieran de homicidas balas, los ultrajes, las ingratitudes, el menosprecio y la iniquidad de su pueblo.

1906.

¡ Maldita ley de la vida
que mis ensueños destruye:
si pesa el deber, se huye;
se duele el amor, se olvida !
Nadie siente ajena herida
ni comprende extraño afán;
y aunque las manos se dan,
ni amor ni amistad se tienen,
los que sollozando vienen
y los que cantando van.

Masó, muerto

HAS MUERTO á tiempo, solitario de la Jagüita; has muerto á tiempo.

Habría sido cruel el destino, si te hubiera dejado vida para que vieras, en todo su horror, los efectos de tu honrada, de tu gravísima equivocación.

Si en 1895, cuando los emisarios del Capitán General visitaron tu campamento, hubieras pensado en el Canadá y leído en la historia de Hispano-América; si hubieras exigido la inmediata implantación de la Autonomía, amplia ó recortada—de mejorarla se encargaría el tiempo—y hubieras depuesto las armas á cambio de solemnes promesas de libertad y buen régimen económico, ¡cuánta riqueza conservada, cuántas vidas salvadas, evitadas cuántas vergüenzas, y cuánto habríamos progresado, en doce años de paz y trabajo!

Tu error fué inmenso; pero fué noble. Habías empeñado tu palabra con el Partido Revolucionario, y por nada del mundo le habrías hecho traición. La impaciencia hizo presa en tu ánimo. Temiste morir sin haber hecho todo lo posible por el ideal de tu juventud, sin haber consagrado toda la vida á lo que se te figuraba la felicidad de tu tierra. Y reanudaste, decidido, vigoroso y abnegado, el heroico proceso cerrado por la esperanza en la evolución, y por el cansancio de una década de turbulencias, en la llanura camagüeyana.

Hiciste mal á Cuba queriendo hacerla mucho bien. Te jugas-

te la vida en la demanda, y rompiste la primera página de justicia que iba á escribir la Metrópoli, á despecho de sus fanáticos asesores de la Colonia.

La bandera tremolada en Baire, Jiguaní, Guisa y Tunas; la bandera de tus sueños de niño, de tus ilusiones de adolescente, de tus temeridades de soldado, plantada fué, por fin, por mano extraña, en la roca del Morro y en la azotea del Palacio de los Virreyes.

Pero, ya lo has visto, antes de cerrar tus ojos á la luz de tu sol: flota ahí por concesión extraña, por piedad de otro, por no alborotar á las Repúblicas hermanas que del expansionismo yanqui recelan; no porque se nos considere capaces de conservarla limpia y enhiesta, como padrón de sacrificios y símbolo de legítimos amores.

Aunque ella flota ahí, ella no gobierna. A que sea arriada definitivamente estamos conspirando todos, ahí mismo, al rededor de tu féretro.

Hace seis años, la opinión sana de tu país quiso exaltarte á la Primera Magistratura; hacerte Presidente en la Habana, de una República que habías presidido en la manigua, entre cañonazos é incendios. No fuiste grato al extraño, y los más de los tuyos te abandonaron, so pretexto de que no resultabas erudito.

Padre eras de la Patria. Habías podido matar la Revolución antes del primer desembarco; por ti se había mantenido la efervescencia en Oriente, hasta que llegaron Gómez, Martí y Maceo. La República te debía la vida. Y no podía ser gobernada por ti, sino por Palma, de cuyas manos ha pasado á una segunda, larguísima intervención.

Es el caso del padre que, á fuerza de labores, sacrificios y abnegaciones, construye la casa, crea el hogar, educa al hijo. Y cuando éste viene de la Universidad con el título académico en el bolsillo, y todas las teorías científicas en la cabeza, asume la dirección de la familia y el manejo de los bienes, y recluye al padre al último rincón, á las sabanas de la Jagüita, porque no es ilustrado para conservar lo que fué bastante patriota para concebir y bastante honrado para crear.

Todavía me entristece el recuerdo de aquellas caricaturas de la prensa habanera, representando á Masó calzado con botines de alto tacón, con que pretendía llegar al nivel de la Presidencia, asesorado por Felipe Alloga, su devoto humilde, y respirando

por el rostro y la indumentaria, sencillez, modestia, guajirada.

¡Ay: aquel guajiro sencillo, habría hecho feliz á su país, llamando á sus Consejos á hombres ilustres como Gualberto Gómez y Pierra, á cubanos tan eminentes como Rafael Fernández de Castro! Y esos hombres no habrían inspirado asesinatos como el de *La Suiza*, ni fomentado el odio entre hermanos. Se habrían muerto de vergüenza con él, antes de llamar al sable extranjero para que rasgara la Constitución y escribiera el epitafio de la Patria. Ahora las caricaturas son otras... Ahora aparece un anciano de luenga perilla blanca y estrellada casaca, dándonos palmetazos ó puntapiés, por incapaces y egoístas. Y ése no tiene que añadir nada á sus tacones para sobresalir de nuestro nivel: ochenta millones de hombres, millares de millones de duros y muchos *Brooklyns* y *Maines*, forrados de acero, le dan una superioridad indiscutible.

Ahora sí que hay confianza en la paz y seguridades de progreso. Por el amor mutuo y el sincero patriotismo, no las había.

¡Pueblo raro, y pueblo desventurado éste!

Días de duelo nacional son estos días, en que empieza la descomposición orgánica á descubrir la osamenta del patriota manzanillero.

No haya cuidado de que experimenten sus nervios la picadura de los millares de gusanos que de su sangre y sus músculos nacen.

Ahí todo está muerto: el cerebro que soñó una patria libre, el brazo que empuñó una bandera amada, el corazón que latió á impulsos de los dolores y las esperanzas de su pueblo.

Pero, aunque muerta la carne, el sentimiento permaneciera vivo, no sería más aguda la picada inmensa de la legión de gusanos, que dolorosa fué la mordedura del ultraje, y punzantes los dardos del desengaño, en los últimos días de aquella inmaculada existencia.

¿Creéis que amaron á Masó todos los que ahora han dirigido mensajes á la familia, han consagrado artículos y poesías á su memoria, han puesto banderas á media asta, y cara hipócrita de tristeza ante su tumba?

¡Mentira, mil veces mentira!

Así fingirán mañana haber amado á Cuba; así derramarán lágrimas de cocodrilo ante el cadáver de nuestra soberanía, mientras busquen asiento y ganancia á la sombra del Gobierno extraño ó del extraño Sindicato.

El último ejemplar de la leyenda caballeresca pasa al museo de los recuerdos históricos. Abrese y ciérrase por última vez el panteón de las glorias revolucionarias. La llave queda en manos del americano, mientras se tramita el expediente de expropiación de la necrópolis patriótica. Luego vendrán la demolición de los nichos y el aprovechamiento de los sagrados huesos para usos industriales de otra civilización, indiferente y positivista.

Y si algún sauce perdura, y algún pino continúa murmurando, no traducirán ellos endechas y suspiros: Aquilón producirá en sus hojas anatemas cerrados y condenaciones eternas.

En la iglesia de mi pueblo
hay dos campanas que están
una diciendo ¡ PAN, POM !
otra diciendo ¡ PIN, PAN !
aunque el mismo campanero
las haga siempre sonar:
una ríe á los niños que vienen,
otra llora á los muertos que van.

Hay en mi lira lo mismo
notas de tal variedad,
aunque en distinto sentido,
de júbilo y de pesar,
que demuestran las campanas
de mi iglesia parroquial:
de piedad por los niños que llegan,
por los viejos idos, de dulce ansiedad.

Flor de nieve

NADIE en diez leguas á lo largo de la playa la conocía por su nombre de pila. Todos la llamaban *Flor de nieve.*

Pescadores todos en aquel pueblecito, pescadora ella también, el mar era su elemento, los vientos sus amigos, las olas sus hermanas.

De muy niña, llevábanla sus padres en el bote, millas y más millas hacia el Norte, al atardecer, y regresaban con ella, el vivero cargado de plateadas sardinas, cuando las primeras luces del alba clareaban las crestas de las montañas. Huérfana, y ya mujercita, asociábase á otros pescadores, ó iba sola, en su ligera y blanca cachucha, á pedir al fondo de las aguas lo que la esterilidad de la tierra negaba á los habitantes de la costa: el pan de cada día.

Era blanca, muy blanca, como los jazmines de cinco hojas, como las perfumadas azucenas que crecían en el jardín del vecino castillo. Cuando un rayo de sol moribundo caía sobre su frente, se quebraba en mil resplandores fugitivos, no menos bellos que los que producía la luz de la mañana sobre los copos de hielo, desperdigados por las cimas de las montañas.

Sus ojos tenían algo del azul límpido del cielo; algo del verde diáfano y alegre de aquel mar sin orillas. Sus cabellos, largos hasta las corvas, siempre sueltos en cascadas de oro, ondulantes como las aguas del riachuelo que bajaba saltando sobre guijarros hasta la playa, no eran un manojo de espigas flotando al airecillo, ni un torrente de luz precipitándose por las puertas del orien-

te; eran todas las cabelleras de todos los angelitos del Olimpo, agitadas por el soplo amoroso del Creador.

Muchas veces, cuando ella estaba mar afuera, las vecinas disputaban acerca de lo que veían, allá, en las lejanías del horizonte.—«Es *Flor de nieve* que regresa con su pesca. No hay tal: lo que se ve es un montón de espumas que forma el choque de dos olas.—Te engañas. Mira: aquello es una cabellera, donde los primeros albores del día graban sus primeras caricias.» Y sólo después que ella había saltado en tierra con su cesta llena de pececitos, terminaba aquella discusión.

La chica era el amor de todo el vecindario; algo así como la diosa tutelar de sus hogares.

Por entonces, el último Conde de Riosa, propietario del castillo que se elevaba sobre la cercana colina, mandó reconstruirlo, pintarlo, decorarlo, para pasar en él su luna de miel.

Flor de nieve le vió llegar un día, acompañado de una mujer que debía ser su esposa. Y le vió, joven, apuesto, bellísimo, con su tez morena como el horizonte, con sus ojos negros como las alas del cuervo que hendía el espacio. Su corazoncito dió un latido más duro, más persistente que todos los demás. Le amó, así, de súbito, en el acto, rápidamente. ¿Acaso no se formaban del mismo modo los temporales en aquel litoral? Un cielo límpido, una nubecilla lejana; media hora después, lluvias y relámpagos, vientos y granizos y rayos.

¿Por qué aquel serafín hermoso habría de ser para otra mujer y no para ella? ¿Por qué? *Flor de nieve* le había visto mil veces, allá en la inmensidad del Océano, á través de las blancas neblinas, y había oído su voz en el quebrantamiento de las olas sobre los acantilados de la costa. Una vez se quedó dormida en alta mar, sintió algo así como si las alas de un pajarillo le rozasen la mejilla y oyó un acento dulcísimo que la dijo: «vengo á ti porque te amo». Sí; aquél era el que ella había soñado, el que había visto á través de las nieblas y presentido desde niña.

Aquél era.

Y amarró su bote á la rada, y colgó los aparejos, y no pescó más. ¿Para qué, si ya *él* no estaba en el mar, sino en el castillo, con su madre ó con su hermana? ¡No; aquella no era su esposa, aunque lo aseguraran los murmuradores de la aldea! Él no podía haberse casado con nadie, porque *él* había nacido para ella. como ella para *él*.

Y rondó á todas horas el castillo, y durmió sobre el menudo césped del jardín, con un rosal florido por techo, y descansando la rubia cabecita sobre un tronco de azucenas, cuyas flores la inundaban de su perfume. Pero el Conde no salía nunca. Y cuanto menos le veía, más se agigantaba su sér en la imaginación de la pobre niña, más crecía en intensidad su deseo, más y más tomaba la forma de un delirio su pasión insensata.

No importa: ella le vería, se arrojaría á sus pies, le confesaría que le amaba, le besaría, se le entregaría. No había estado esperándole meses y meses en su bote, sobre la inmensidad del océano, para renunciar á él cuando le tenía tan cerca.

Y le vió, un día que el Conde salió á tomar un bote que lo condujera al puerto de B., distante unas seis millas.

Flor de nieve saltó como una corza, se arrojó á sus pies, se arrodilló, le agarró una mano; pero no pudo hablar. La emoción suspendió todo movimiento en sus labios.

Él la vió, harapienta, descalza, desmelenada.

—¡ Pobre mendiga !—dijo.—Toma para que acalles tu hambre. Y la dió una moneda, se desasió, partió.

Un grito apagado resonó á sus espaldas y un cuerpo rodó sobre la fina arena de la playa.

Desde entonces *Flor de nieve* no ha vuelto á recobrar la razón.

Vive en un idiotismo perenne y doloroso.

Y por las noches, cuando todo duerme en la aldea, y sólo se percibe el canto de las cigarras en la espesura y el ruido sordo de las olas en la resaca, la niña se desnuda de todas sus ropas y corre á sentarse sobre un peñasco de la orilla, con los azules ojos fijos en un lugar del infinito, el índice señalando el punto por donde cruzó el bote conduciendo á su adorado, y los blancos piesecitos sobre la superficie del agua, que las espumas envuelven y acarician, mientras la luz de la luna produce tornasolados arreboles sobre las curvas de su ondulosa cabellera.

Si el rayo de la nube prende fuego,
ella misma á apagarlo envía el agua.
¡ Mándame ya los besos de tu boca,
porque la luz de tu mirar me abrasa !

La ola negra

INMORALIDAD, impudicia, corrupción: á la manera de círculos concéntricos, parten de un punto determinado—la populosa capital—y se extienden á todo lo largo de la mansa azulosa laguna—el país cubano.

Dejad caer la enorme piedra; llegará al lecho fangoso, enturbiará el cristal que retrataba irisados celajes, y la onda inmensa, agitando el líquido desde el fondo á la superficie, llevará átomos de tierra á los remansos de la orilla, apenas rizados otras veces por el airecillo, y defendidos del polvo del camino por florecidas enredaderas y copudos arbustos.

Acaba de iniciarse en Sagua causa criminal por un delito repugnante. Hermano y hermana han sido actor y víctima.

Y no es ello caso raro. Hay otros hechos tristes en la crónica judicial de los últimos años, como si anduviera suelta la bestia humana, por esas sociedades sin temor de Dios ni educación moral, á todas las perversiones del sentimiento fatalmente expuestas.

Y no pienso que hagamos patria ni consolidemos la libertad civil, ínterin no despojemos de los recién adquiridos vicios, á los un día tranquilos y generosos hogares criollos.

Sin familias intachables, sin una gran limpidez en las relaciones domésticas, no habrá moralidad en las costumbres públicas. El Estado es el conjunto de pueblos, y el pueblo el conjunto de casas. La vida general de un país, no es otra cosa que la

acumulación de energías individuales. Los hábitos privados se reflejan, necesariamente, en la existencia pública.

Personalidad civil, progreso material, corrección de costumbres políticas, gobierno, ideas, fortaleza del espíritu nacional: todo depende de la educación de los ciudadanos.

Donde el serrallo es institución regia, el pueblo abyecto se hunde en el fango de todas las esclavitudes.

Cuando se vive á uso de tribus nómadas, sin freno de creencias ni respeto á la ley social, á todas las infelicidades se llega.

Que el fenómeno no se produzca sólo bajo el sol del Trópico, no puede ser consideración de satisfecho ni excusa de consolado. El deber de patriota exige protestas tan altas como el delito merece.

Los que se encogen de hombros ante el encanallamiento del grupo étnico á que pertenecen; los que ven impasibles que la prostitución y la infamia, á la manera de círculos concéntricos, pervierten sentimientos y enturbian la historia de su pueblo, en Turquía, y no en la progresista América, debieran vivir.

Ahora mismo, Roosevelt, el gran estadista, ha dirigido á Mrs. Van Vorst, notable escritora americana, una carta que *El Comercio* ha reproducido, y es de esa carta este párrafo:

«Si los hombres de este país no se empeñan en trabajar con todo empeño y entusiasmo, desvelándose por formar familias numerosas y felices, y si las mujeres no llegan á convencerse de que nada hay tan grande y augusto para ellas como la dicha de ser buenas esposas y madres, esta nación tiene grandes motivos sobrados para sentirse alarmada por su porvenir.»

Hé ahí que el grande hombre, temeroso de la decadencia de su nación, condena á cuantos, apartándose de la senda del matrimonio, y entregándose á placeres enervadores, ni sienten ternura por el niño, ni apego al hogar, ni orgullo por la robustez de su raza.

Y, así vivan en la molicie, como en las ergástulas de la miseria; así tengan, como Stanford White, alcobas suntuosas, cargadas de alfombras, espejos y colgaduras para recrearse con sus odaliscas; así rueden por los *bar-rooms* y las casas de lenocinio vulgar, andrajosos de cuerpo y de alma, por criminales los reputa y al desprecio de los americanos honrados los entrega.

Y tiene razón Roosevelt.

Cuando la moral privada se pierde, la conciencia nacional se extravía.

Cuando Roma, después de avasallar la Europa, desde el Bósforo á las Columnas de Hércules, y de dominar gran parte del Asia y el Africa, y de erguirse señora del mundo y heredera de la civilización griega, se entrega á las bacanales groseras, ríe de los bestiales arrebatos de sus Tiberios, Cómodos y Calígulas, y pone á sus Mesalinas por patrón de damas, Roma degenera, se pudre y desmorona.

Dios dispone entonces que una piadosa invasión de tribus del norte, se posesione del suelo deshonrado, barra la escoria de los crímenes colectivos, y sobre los sepulcros de césares y prostitutas, eche los cimientos de nueva civilización.

Los espíritus fuertes, comensales de Heliogábalo y favoritos de Nerón, tildan de pudibundeces románticas estos clamores contra la ola de cieno que alcanza ya á todos los ámbitos de la tierra; que llega ya á la villa interior, de hábitos morigerados y tranquilos, y al predio rústico, centro ayer de las costumbres patriarcales y de las candideces femeninas.

Dicen que es civilización eso del chiste pornográfico, de la representación teatral asquerosa, de la moda de los *guayabitos* y la deificación de los adulterios.

Pero cuando la bestia humana realiza, como en Sagua, con escándalo y sangre, algo propio de caballos indómitos, la conciencia colectiva se subleva por unos minutos, y de todos los labios surge involuntariamente la frase condenadora.

Después, todo sigue su curso, y nadie advierte que, de tejas abajo, en los grandes núcleos, escenas horribles se realizan, en la impunidad de los convencionalismos sociales, y á centenares de corazones ha invadido la podredumbre.

Hay que atisbar por las mamparas del palacete; descender á los suburbios; despojar de sus falsas blusas de obreros y de sus chillonas galas de ricos, á los violadores de la ley moral, para descubrir todo el pus de la laceria. Hay que introducir el escalpelo, fuerte y hondo, para darse cuenta del efecto que produce en el alma de este pueblo, la caída de la piedra *civilizadora*, que llega al fangoso lecho y enturbia los cristales de la tradición criolla.

Se oyen cuchicheos, á deshora, en el arrabal, y chasquido de besos y chocar de copas, tras las paredes del soberbio edificio.

En la oscuridad de la calleja se dibuja la silueta del rondador nocturno, y cuelga del balconcillo, donde la madreselva serpea,

la traidora escala, por donde sube la seducción y bajan pudores de niñas y honores de familias. Mientras, la conciencia nacional duerme en el nido de piedra de sus egoísmos. Diríase de ella, lo que Zeno Gandía en *La Palmada:*

......del esquinazo en lo interno
está el Santo sempiterno
contemplando aquel conjunto.

Y lo mismo en la urbe presuntuosa que en la lejana aldea, la bestia brinca, olfatea, resopla, ultraja á la hermana y patea á la hembra.

¿A dónde vamos: al harem, á Utah, al Cairo; á la Roma de Tiberio, á la Francia de Luis XIV, á la tribu africana, á la edad de piedra, á la hacienda de crianza, al chiquero?

¿Sabe alguien á dónde vamos, si la degeneración moral continúa?

De pensarlo sólo, deben sentirse horrorizados los que aman á su raza y suspiran por el engrandecimiento de su tierra.

Casi niña, juró que me adoraba,
y me negué á creerlo:
¿qué saben las chiquillas ruborosas
lo que es amor eterno?
Cien mujeres que he visto por el mundo,
falaces me mintieron.
Pero torno á la aldea, y la hallo pura
como en aquellos tiempos:
¡la infeliz ha vivido de la savia
de mis amores muertos!
¿Verdad que las ternuras inmutables
son patrimonio del amor primero?

El cementerio viejo

En el corazón mismo de mi villa natal, á pocos pasos de Mercado donde se expenden diariamente los comestibles más indispensables para la vida; en la vecindad del elegante Parque, que animan con sus gracias en las primeras horas de la noche las bellas guanajayenses, de esbelto talle, dulce y atrayente mirar y ondulosa cabellera, entre cuyas delgadas hebras se esconde y quiebra el melancólico rayo de la luna; allí en la bifurcación de tres carreteras, arterias poderosas de la riqueza agrícola que se desenvuelve, agita y expande á impulsos de un tráfico constante y una incesante agitación; allí, mal cercado por musgosos agrietados muros, que el verdín de la humedad sombrea, y en cuya extremidad superior, desconchada por la acción de las lluvias en el transcurso de los años, prende, arraiga y florece el romerillo y entrelaza sus ramas la yedra trepadora, allí duermen el sueño de la materia y sufren la lenta inevitable transformación que la Naturaleza impone, restos de seres que nos fueron queridos, pedazos de cuerpos que un tiempo agitó el soplo del espíritu y embelleció el sentimiento, en las exquisiteces de la vida social, en el esplendor de las actividades anímicas, quinta esencia de la grandeza humana.

Nadie diría que aquel recinto agreste, cubierto de malvas y cardo-santos, de ortigas y hierba Don Carlos, es el cementerio, clausurado, de una población moderna; el recinto sagrado que tantas veces holló, atribulado el corazón y llorosos los ojos, una

colectividad inteligente y culta, en la doliente peregrinación á los sepulcros; nadie diría que allí, debajo de aquellas impenetrables enredaderas, mundo de insectos á donde no llega la luz del Sol, depositamos con amorosas manos el cuerpo inerte de la hija adorada, de la venerable madre, del hermano cariñoso, del consecuente amigo, caídos para siempre en el abismo inmensurable, entre las flores de nuestra piedad y las lágrimas de nuestro dolor; precursores, afortunados quizás, en el cumplimiento ineludible de las leyes de la metamórfosis, á que vive fatalmente sujeta la existencia cósmica.

Pueblo infeliz, por descreído y olvidadizo, aquel que descuida de manera tal la casa de sus muertos, la tumba de sus hijos, la postrera vivienda de sus padres.

Ya no quedan allí ni cruces ni epitafios. Ni un mal sendero, trazado por la piadosa planta sobre la pizarrosa superficie, indica el paso de un sér humano en dirección á las olvidadas tumbas; ya no resuena allí el cántico del sacerdote, en invocación de la piedad suprema, ni el suspiro tiernísimo de la viuda inconsolable, ni el desgarrador sollozo de la madre, única que sabe sentir y amar con toda la intensidad del culto en las variadas incidencias del vivir.

Todo ha muerto en el viejo cementerio de mi pueblo. Más muertos que los seres que allí cayeron al golpe de la azada, más muertos aún que los pedazos de osamentas que la humedad pudre y el insecto roe, está el amor de las familias, la fe de los creyentes, el respeto filial, la dulcísima religión de los recuerdos.

Si es turbada alguna vez la lúgubre quietud de aquel lugar, donde resonaron ayer las oraciones y las quejas, las bendiciones y los adioses de una generación, desaparecida á medias, totalmente fenecida para la piedad; si algún sér animado, mayor que el ratoncillo que vive entre los muros y más fuerte que la lombriz que se arrastra entre el fango nauseabundo de las fosas, interrumpe la monotonía del triste lugar, ese sér es el buey ó el caballo echado á pastar por el inculto gañán, que hace del reino de las tumbas potrero miserable, y entrega á la voracidad de su paquidermo, hojas y ramas nutridas con la savia de humanos seres, menos dignos para nosotros, que el caballo y el buey, de solicitud y cuidado.

Pasta, duerme, retoza y defeca el bruto sobre la tierra misma que regamos con nuestras lágrimas y ungimos con nuestros besos,

en las exasperaciones del dolor pasado; el duro casco hiere tal vez, al hundirse en la corteza terrestre, el cráneo de un hombre; montones de estiércol cubren los restos de aquellas flores que perfumaron el ataúd de un hijo y van á servir de asquerosa mortaja á los huesecillos que animó la vida, al dulce calorcito de nuestros abrazos.

¡Qué doloroso es ello! ¿Verdad?

Muchas veces he pensado con tristeza, cuán efímeros son los humanos afectos, cuán falaces los humanos dolores. Olvidar, parece ser la constante ocupación del espíritu. El amor más fiel, el sentimiento más dulce, la tristeza más honda, no perduran, á través de las vicisitudes de la vida, más allá de lo que tarda en ser clausurado el cementerio de un pueblecillo.

¿Quién, quién en mi pueblo natal, no sepultó un pedazo de su alma en ese melancólico recinto, mal guardado por cuatro ennegrecidos muros; quién no llevó allí la expresión de un dolor que parecía legítimo; quién no ha vuelto de allí dejando atrás el surco imperceptible de una lágrima ó el eco apagado de una oración?

¿Y quién recuerda ya, en qué sitio dobló la rodilla, en qué rinconcito fijó la húmeda mirada, bajo cuál de aquellos matojos ó enredaderas dejó caer, transida el alma de pena, los despojos mortales de un sér querido? Desde que la iglesia católica construyó un nuevo cementerio, en la extremidad sud-oeste de la villa, mis amigos han olvidado que aquí, á cien pasos del Parque de recreo, la madre tierra, más bondadosa que los hombres, recibió en su tibio seno las cenizas de muchas generaciones.

Es ley de la moda. El atractivo de la novedad rodea también de poesía el imperio de las tumbas. Un cementerio viejo es el hogar en ruinas, de quien se alejan prudentemente los transeuntes, temerosos de un derrumbe, si por acaso cruzan por sus flancos.

¿Alguien se acuerda de la humilde casa paterna, destartalada, chata, resquebrajada, cuando se vive entre las estucadas paredes, sobre las muelles alfombras, bajo los jaspeados techos del soberbio palacio, en que compiten las bellezas arquitectónicas con las esplendideces del *confort* contemporáneo? ¿Recuerda con amor el improvisado caballero, el augusto Senador, el adulado Representante, el *sitio* de labor donde jugueteó en la infancia y el taller humilde de sus padres, un tiempo poblado de infantiles encantos

y suavísimas armonías? ¿Piensa en la tumba de sus padres, hundida bajo las zarzas del viejo cementerio, quien tiene ya levantado para sí suntuoso mausoleo bajo los sauces murmuradores de Colón?

La vida es así, falsa y cruel.

Más de una vez, al caer de la tarde, cuando los últimos reflejos del Sol, confundiéndose en la cúpula de la Parroquial de mi pueblo con los primeros tintes negruzcos de la noche, señalan á las almas que aún tienen un resto de fe, que es llegada la hora de la meditación y el recuerdo, he paseado la inquieta mirada á través de aquellas cuatro musgosas paredes, y aplicado el oído, junto á la reja ferrada que limita el recinto por la parte Este de la vieja necrópolis, y he creído percibir por encima del canto de los grillos y de las ranas, el rumor de adioses melancólicos, el eco de la doliente despedida de mis hermanos, de mis abuelos, de un número crecidísimo de mis deudos y de mis amigos de otros tiempos; y visto, á la luz fosforescente de las luciérnagas, en la mitad misma del vetusto cementerio, dos manecitas blanquecinas que se volvían hacia mí, que me llamaban amorosas y tiernas, cual si temieran, en esta degeneración del sentimiento que nos abate, que les faltaran, arrebatados por el olvido, los besos de mi alma, las lágrimas de mis ojos, el inacabable amor de mi corazón paternal, siempre lleno, para mis hijos muertos, de profunda, exquisita sensibilidad.

El primer beso que me dió mi madre,
me enseñó á suspirar y á sonreir,
y en el primero que me dió mi esposa
las sensaciones del placer sentí.

¿Qué llevaré al imperio de las tumbas,
tras noche de dolor,
de los últimos besos que reciba
de labios de las hijas de mi amor?

Degenerando

Que hemos descendido algunos codos en la escala del patriotismo, es un hecho evidente; que el desinterés es la más rara de nuestras virtudes públicas, es una verdad más dolorosa todavía.

Si hubiéramos dicho al español que lo que buscábamos á través de nuestras conspiraciones eran destinos retribuídos; que el rango militar nos seducía; que las vanidades jerárquicas nos obsesionaban; si le hubiéramos hecho saber que no estábamos enamorados de la personalidad libre y del régimen democrático, sino sedientos de medro, el español nos lo habría dado todo: puestos en la Administración, galones de Voluntarios, cruces y títulos de Castilla, á cambio del monopolio en nuestro comercio de importación, que hoy corresponde á los productores *yankees*, de la preferencia en el tráfico, que hoy tienen los armadores del Norte, de los intereses de la Deuda, que ahora cobran Speyer y Cª.; á cambio de su indiscutida condición de potencia ultramarina.

Pero España vió á Aldama arruinado, á Aguilera muriendo de miseria, á Céspedes mártir en San Lorenzo, á Masó rechazando la oferta de autonomía; vió á la más viril y honrada de las generaciones cubanas, la de 1868, saltando de la opulencia al destierro, de la Universidad al patíbulo, muriendo con Ayesterán, Goicuría, *Bembeta* y los imberbes heroicos Agüeros, sonrientes como los girondinos, cantando frente al verdugo la marsellesa de

Perucho Figueredo; España vió á Martí, apóstol; á Maceo héroe; á García, sacrificando su plácida vejez; asistió á la borrachera patriótica de un pueblo, en que el propio terrateniente quemaba sus campos, el propio vecino destruía su hogar, el propio padre plantaba en el camino, con destino al barracón y al hambre, mujer é hijos, y se iba á la guerra con una escopeta de caza, y España creyó que se trataba de hondos problemas sociológicos, de altísimos ideales de sana filosofía, y no de brutales apetitos de la materia; pensó que queríamos patria chica, soberana y digna, á costa del derrumbe de la vieja patria; que ansiábamos régimen republicano, personalidad propia; que rehusábamos favores personales de sus gobiernos y transigencias con sus instituciones, puesta la mira en un porvenir de dignificación y progreso.

Y como nuestro triunfo entonces representaría su desquiciamiento como nación colonial, se aprestó, resistió, luchó, hirió, se defendió, cayó... La realidad presente pugna, de manera franca, con los rasgos más salientes de nuestra historia de rebeldes, con los antecedentes biográficos más sugestivos de nuestros ilustres, con aquella fe dogmática, con aquella obsesión fanática, que gimió en las cuerdas de la lira de Heredia, rugió en los apóstrofes de Santacilia, que no dejó llorar á *Alonsito* Alvarez de la Campa, ni dejó asomar el dolor á los nervios de Sebastián Amábile, cuando se arrancó el ojo que una bala le había dejado colgando; que embelleció la vida toda y coronó la muerte triste del caballero sin miedo y sin tacha de las pampas camagüeyanas: Ignacio Agramonte.

Aquello era el sacrificio de todo, en aras del ideal; esto, la vergüenza de la patria á merced del egoísmo. Aquello, el amor á Cuba. Esto, la filosofía del estómago: cuestión de hartura de un recipiente y satisfacción de una víscera, tan otra de aquella donde las grandes ideas se elaboran y de aquella otra donde los nobles sentimientos encuentran calor y nido.

Recorramos el recinto de la gran urbe, los sitios veraniegos, los lugares de moda. ¿Aquel *chalet?* De un patriota. ¿Este palacio? De un personaje. ¿Aquel alcázar? De un político. ¿Herencia? ¿Lotería? ¿Ahorro? ¿Maná? Nada de eso. El bufete, en un país arruinado ayer; el negocio turbio, la concejalía sin sueldo. Lo que ahora se llama *el chivo*, que es uno de los animales más apestosos de la creación.

¡Líbreme Dios de atribuir al mismo feo origen todas las manifestaciones de inesperada riqueza individual! No todo huele á podrido en Dinamarca. ¡Ah: pero si pudiéramos ahondar en ciertas improvisadas fortunas: cuántas sorpresas!

Bajemos la escala. Todo el mundo empleado, contratista del Estado, agente de colocaciones, cacique de ignaros; todo el mundo parásito, codicioso todo el mundo.

No perdonaron un céntimo á la patria los que empuñaron el machete por redimirla. El hogar quemado y la heredad destruída, recuperáronse en sendas monedas. Alguno que no peleó, ha cobrado. Si la República durara un siglo, dentro de cien años estarían apareciendo herederos de libertadores muertos. No trajo España más soldados, que rebeldes mandó Máximo Gómez.

¿Legisladores? 3,600 pesos de sueldo. ¿Consejeros? 2,500. ¿Presidente demócrata de una república? 25,000 pesos, y palacio y gastos de representación. ¿Vicepresidente, para no entrar nunca en el Senado, ni legislar nunca? 6,000. Y qué sé yo cuánto el Gobernador, el Superintendente, el Inspector de montes, el Jefe provincial de Sanidad. El último alcalde del último villorrio, percibe mil pesos, se rebaja la contribución si es solvente; negocia por tercera mano los libramientos, ó guarda como la cigarra, si es insolvente. Cada viajecito de un funcionario cuesta 4 ó 5 pesos diarios; cada fiesta ó cada duelo patriótico cuesta millares de pesos al pueblo productor.

Y el extraño adueñándose de la tierra y el terrateniente domiciliándose en la ciudad.

Y el campesino haciéndose empleado y el inmigrante cultivando la tierra feraz.

Y todas las luchas por el turrón, y todas las iras por la codicia, y todas las divisiones de la familia cubana por vanidades pueriles ó ambiciones desapoderadas.

Hay desinteresados aún; son pocos; pero no hacen política. Ha vuelto alguno á las antiguas faenas, á abrir el surco, á cuidar el ganado, al taller ó al estudio. Queda uno que otro clamando moralidad, queriendo que se sirva honradamente á la patria, dispuesto á ganarse el pan en la ruda faena del trabajo material para no disputar puestos ni hacer número en el ya escandaloso banquete; pero ¡cuán pocos van siendo éstos!

Amenazas de revolución, asaltos á cuarteles, asesinatos de inermes, obstrucción sistemática, propagandas malsanas; la inju-

ria por léxico y el deseo de oprobiosa servidumbre de nación extraña por aspiración patriótica; hé ahí las manifestaciones de una ambición contrariada, las rebeldías de una víscera sedienta, la perturbación de los nobles sentimientos de antaño, á influjos de un egoísmo sórdido, que no de ideales contrariados.

¡Cómo! ¿Ya no rinden dos cosechas al año los fecundos campos de la patria?

Gimiendo estaba mi adorada un día
Yo, que también gemía,
hube de preguntar: Señor ¿en dónde
el suspirado bien se nos esconde?
Y ella, enjugando con piadoso anhelo
su mejilla y la mía,
besó mi mano, y señalóme al Cielo.

Dices que no comprendes, vida mía,
por qué ante tu mirada mi mirada
en el suelo se posa, inmóvil, fría,
de su propia impotencia avergonzada.
La razón es muy clara, amada mía:
¿por qué se eclipsan, cuando son tan bellas,
ante la luz de Febo, las estrellas?

Tradicionalismo

I

Convengo de todo en todo con el ilustre hombre público Rafael F. de Castro: no subvierte el sentido social quien ama las tradiciones de un país y se asocia á ellas, ó las acepta sin discusión, para continuarlas con respeto y venerarlas con amor, honrando sus glorias, y contribuyendo á mantenerlas vivas en la imaginación de las gentes, en el seno del hogar y en las entrañas del pueblo.

Desde que existe el espíritu de sociabilidad; desde que el amor á la familia es una virtud y el sér pensante vive de esperanzas y recuerdos, de los espejismos del porvenir, y las remembranzas de mejores tiempos; desde que con la cultura y el progreso adquiridos, aprendimos á enorgullecernos de la estirpe, sentirnos honrados en la raza y glorificados en la patria, las tradiciones populares, por grotescas que aparezcan á la luz de la crítica de los nuevos tiempos y de las nuevas civilizaciones, no deben, no pueden avergonzar á los que se dan cuenta exacta de las realidades de la vida.

A otras épocas, otras costumbres. Mas no está en la mano del hombre variar á su antojo, en un momento dado, las costumbres de los pueblos. Ello es obra lenta, de circunstancias, labor continuada de las buenas voluntades en el curso de los años, y aun de los siglos.

Si yo fuera apto, y pudiera tener algún día el mal gusto de ser Juez Correccional, emplearía extremada lenidad en castigar á ciudadanos acusados de lidiar gallos.

Y no porque yo no comprenda todo lo salvaje del espectáculo, y todo lo perjudicial del juego, cualquiera que su forma sea, á los hábitos de morigeración, ahorro y trabajo, únicos capaces de mantener el equilibrio del hogar y poner á la familia á salvo de las fatales consecuencias de la miseria. Pero es que un tan radical cambio en las costumbres, una tan violenta contradicción de las inclinaciones de gran parte de la sociedad cubana, mantenida durante larguísimos años, no se recibe sin protestas ni se soporta sin la imposición de una fuerza incontrastable.

Bien suprimidos están los gallos: ¡ojalá se suprimieran también otras prácticas absurdas y desmoralizadoras!

Mas es forzoso reconocer que en el fondo de semejante diversión, elevada por su constante ejercicio durante la Colonia, á los límites casi de una institución popular, revelábanse, claros y evidentes, gustos y sentimientos del alma cubana; espaciábase, ó resignado con su infortunio, ó alegre con las superficialidades de la existencia, el espíritu criollo, apegado á sus históricas fiestas y á sus tradicionales devaneos. Porque no basta decir que inteligencias superiores, que corazones mil de cubanos, con mejor concepto de la moral social, repugnaron siempre ese espectáculo sanguinario y alborotoso. Yo demostraría, si ello no fuera notorio, que tampoco fueron las clases inferiores de la sociedad, las incultas y las extraviadas, las únicas que pelearon gallos en Cuba. Aristócratas y ricos, escritores y poetas, comerciantes y académicos, crecido contingente de la clase media, dejóse arrastrar también por la costumbre y faltó á las leyes de la estricta moral, no creyendo, sin embargo, causar daño alguno á su patria.

El *zapateo*, muy más noble que los actuales lascivos danzones, el *cocuyé* y el *minué*, más dulces y majestuosos que el *two-step* y el exótico *cake walk*, norabuena que hayan caído en desuso por efecto de otra educacion artística y otras condiciones de la vida social. Mas ¿por qué lanzar el ridículo sobre nuestros abuelos, que no podían adelantarse á los acontecimientos futuros, que siguieron las modas y las costumbres de su época? ¿Por qué tener á mal que veamos en el recuerdo de aquellos regocijos populares, manifestaciones respetables del sentimiento de la sociedad cubana, palpitaciones del alma de nuestro pueblo?

¡ Pluguiera al cielo que no nos hubiéramos alejado tanto del *zapateo* para caer en el *cake walk*, que no es tampoco signo de cultura ni fuente de moral; que participa de la *rumba* y del *tambor*, porque es también expresión de las nostalgias de la raza africana, y que, sobre todo y ante todo, no es tropical, no es cubano, no es nuestro, como el sencillo baile de los viejos guajiros.

Yo no conozco institución social más combatida por mayor número de gentes en todos los tiempos, que la superioridad aristocrática.

Desde la era medioeval, el siervo aborrecía los privilegios de los señores. Desde los tiempos de Marat y Robespierre, las clases humildes, los desheredados de la sociedad, esgrimen las armas de la violencia contra las preeminencias del linaje y las prerrogativas de los poderosos.

El anarquismo no es sino la exagerada manifestación del sentimiento de rebeldía de las almas infortunadas. Pues, con todo y eso, sea porque la aristocracia cubana no ejerció jamás derechos como el de pernada, ni dispuso de vidas y haciendas; sea porque el espíritu democrático de la sociedad criolla, modificó los caracteres de superioridad de los ricos, contagió sus inclinaciones y rodeó de poesía los arrebatos de su orgullo; sea porque del seno de las familias linajudas y aforadas, se elevó el perfume dulcísimo del corazón de la patria, yo tengo siempre frases de respeto y amor, recuerdos y simpatías, para los ilustres representantes de la sangre cubana, que no es la sangre de mis humildes progenitores, hijos del trabajo, víctimas del infortunio; pero que es la sangre de mis paisanos, savia riquísima de la vida de mi pueblo.

Aquellos condes, marqueses y barones, Jibacoa, Kessel, Villalta, Vallellano, Iznaga, Arcos, Mopox, Montelo, Pozos Dulces, Santa Lucía, Almendares, Cañongo, Prado Ameno, O'Reilly, Real Proclamación y Campiña, Aguas Claras, Peñalver, Santovenia, yo sé que derramaron á manos llenas el beneficio de la caridad, que propendieron á la ilustración de su pueblo, que suspiraron siempre, amorosos y decididos, fervorosos y nobles, por la redención política y la grandeza moral de su tierra.

No hay abjuración de los ideales democráticos, ni estancamiento en el camino de la civilización, ni nada más que justicia y amor, en este tradicionalismo que rinde parias á la nobleza antigua, y evoca con respeto, frente á los nombres que una revo-

lución ha sacado de la oscuridad, apellidos augustos, nombres respetables de pasadas generaciones, representadas por los Pinillos, Fernandina, Cuesta, Herrera, Cárdenas, Calderón, Betancourt, Morales, Larrinaga; por cientos de familias de hábitos morales, de costumbres religiosas, de exquisitez de formas sociales y esplendidez de carácter, enamoradas de la prosperidad y el esplendor de su país, copartícipes en la obra de redención civil, que otros, más afortunados, realizaron; pero que ellos, antes que los triunfadores, acariciaron con todos los mimos del alma y mantuvieron en toda la pristina pureza del ideal patriótico.

Abjuren de esas remembranzas y avergüéncese de ese pasado triste y heroico á la vez, grande y doliente, noble y altivo, quienes «desprecian á su pueblo, reniegan de su origen, protestan de su raza, abominan de su historia y, consciente ó inconscientemente, hacen traición á su nacionalidad naciente».

Mas pueda yo, como Fernández de Castro, enorgullecerme de este tradicionalismo honrado, poner en parangón la historia del pueblo anterior á Martí, con la del pueblo anterior á Washington, las costumbres de la sociedad que en 1868 manumitió á millares de esclavos y en las Cortes españolas hizo de los patrocinados, hombres, y en 1895 hizo de los libertos, coroneles y generales, con las costumbres de Estados donde se entregan seres humanos á la hoguera y se hacen ejercicios de tiro al blanco sobre cuerpos carbonizados; séame permitido pedir á lo presente más respeto á lo pasado, más consecuencia y más consideración del pueblo libre para con el pueblo mártir; ya que en todas nuestras tradicionales instituciones, esclavitud, aristocracia, catolicismo, fuegos de artificio, zapateo y novenas de San Rafael, palpitó el alma de la patria cubana, ardiente como nuestro sol, pura como nuestro cielo, exuberante como la vegetación de nuestros campos, tierna y conmovedora como el susurro de los pinares, el murmullo de los arroyuelos, la melodía que producen las embalsamadas brisas tropicales entre las copas gigantescas de las seibas centenarias.

Tradicionalismo

II

"No; no subvierte el espíritu de la patria quien procura, por cuantos medios estén á su alcance, reafirmar la personalidad de su país para que no desaparezca en el torbellino de pasiones sin grandeza, de codicias sin límites, de agitaciones desordenadas, de desenfreno, escepticismo y rebajamiento, sin fe divina ni humana, sin alteza de miras para ningún orden de la vida y sin creencias para lo que está después de la muerte, sustituídos en los corazones los sentimientos y en las mentes los ideales, por oleadas de cieno que envilecen á los hombres, degradan á la sociedad y disuelven la patria.»

No sé con qué derecho se abomina de las costumbres y de los sentimientos de la sociedad cubana de otros días, y se glorifica la memoria de sabios como Romay, Arango y Parreño, Saco, La Luz, Varela, Delmonte, Poey y Reinoso.

No fueron á buscar inspiración á extraños climas ni á beber los alientos del patriotismo y del arte en ajenas bellezas, Tula y Heredia, Plácido y Teurbe, Milanés y Luaces, Mendive y Manzano, Turla y Luisa Pérez.

Latidos dulcísimos del corazón de la patria, ansias y ensueños, quejas y esperanzas de nuestro pueblo, brotaron, á la manera de angélicas harmonías, de las ternísimas liras de Fornaris, Palma, Nápoles, Zenea, Vélez, Rubalcaba, Zequeira, Santacilia,

Roldán, Quintero y Luis Victoriano. No eran sino delicados suspiros del sentimiento cubano, reflejos exactísimos del pensamiento social, ya se recreara en las fiestas de la Loma del Angel, ó en las de la Caridad del Camagüey, espaciárase á los suaves vaivenes del quitrín, detuviérase examinando lo que representaban el cabildo africano, la parada de voluntarios, las contorsiones del *diablito*, el *boca-abajo* de los ingenios de azúcar y las ceremoniosas recepciones de los Capitanes Generales, aquella prosa inimitable de Suárez y Romero, las joyas literarias de Merchán, Piñeiro, Villaverde, Bachiller, Betancourt, Echeverría, Cárdenas, Guiteras, Jorrín, González del Valle, Azcárate, Piña y Vidal Morales.

Era la intelectualidad cubana, era la cultura de nuestra sociedad, la que bullía en las oraciones místicas de Tristán Medina, en las forenses de Cintra y Escobedo, Mestre, Bermúdez, Valdés Fauly y Carbonell; en aquellas brillantísimas piezas oratorias, en aquellas preseas de la elocuencia y del buen gusto, que salieron de los labios de nuestros grandes tribunos: Zambrana, Labra, Bernal, Saladrigas, Figueroa, Cortina, Gálvez, Portuondo, Llorente, Govín, Angulo, Terry, Ortiz, Zayas, el incomparable Montoro, el criollísimo y por tantos títulos ilustre Fernández de Castro.

No son de los días de la Revolución, ni son productos de la adulteración de la esencia cubana; son de los tiempos de la Colonia, de los días de la incultura y la desgracia, exponentes tan hermosos de nuestro intelectualismo, personalidades que brillan todavía con luz intensa y pura: Cueto, Lanuza, Cabrera, Sanguily, Varona, Perojo, Desvernine, Albarrán y Menocal. Datan de ayer, Guerrero, Manuel de la Cruz, Gómez, Ortega Munilla, Meza, Bobadilla, Dolz y Cancio.

El alma de la patria, triste y esperanzada, viril y hermosa, palpitó en las rimas dulcísimas de Casal y Tejera, de Mitjans y Sellén, de Aurelia y Armas, de Byrne y Borrero; y no son las endechas suaves y los regocijados cantos de poetas nuevos como Pichardo y Collantes, de poetas-niños como René López y H. Portela, otra cosa que el eco de las viejas harmonías, la reproducción de legendarios anhelos y tradicionales esperanzas, una nueva forma de aspiraciones y sentimiento de la sociedad cubana.

Dejadnos, innovadores radicales de las costumbres, alteradores implacables de la vida nacional, dejadnos encontrar en este

tradicionalismo, inofensivo ante el empuje arrollador de otra civilización y el fatal concurso de vuestra complicidad, pan sabroso para el espíritu, consuelo anticipado á las amarguras que el porvenir nos reserva, satisfacción gratísima, éxtasis delicioso de la santa religión del recuerdo.

Ahí está la historia doliente de nuestros esfuerzos por la redención política de la tierra nativa, de aquellos no interrumpidos sacrificios por la elevación moral de nuestro pueblo. Ayes y protestas, persecuciones y martirios, ayer; ingratitudes y menosprecios, injusticias y olvidos, hoy; hé ahí toda nuestra ejecutoria, ejecutoria de perseguidos, de esclavos, de luchadores, de vencidos.

No os disputamos la gloria de un éxito magnífico, reservada, por la inconsistencia del criterio popular y las ironías del destino, á los últimos, á los más dichosos, á las reservas, á los soldados de refresco que llegaron frente á la fortaleza del error cuando estaban trillados los caminos, minados los reductos, sofocada la guarnición, agotado el parque del contrario y convertidos contra él, aire y tierra, cielo y dioses, todas las iras humanas y el mandato inflexible de la Omnipotencia divina.

Tomaos el presente, que todo él es vuestro. Adueñaos del porvenir, que os sonríe. Como á nosotros, los *fósiles* del pasado, los supervivientes de la era infeliz, nos halagan y sonríen las caricias de la tumba, el recuerdo pálido de la posteridad, la reparación tardía de la victoria á las ingratitudes y las burlas de la hora presente.

Dejadnos á cambio de todo eso—libertad y riquezas, honores y vanidades, poder del mando y aplausos de las turbas—á cambio de vuestra gloria de triunfadores y las satisfacciones sin medida de los héroes, el solo placer de evocar, respetuosos, nombres y fechas, instituciones y costumbres, dolores y esperanzas de otros días, que no más volverán; pero que fueron el alma misma de nuestros padres, la savia de las energías de la pasada juventud, acicate de nuestro patriotismo, y alimento de nuestra fe en la justicia y el honor de los ideales cubanos.

Es lo menos que tenemos derecho á exigir, es lo único que tenemos derecho á pediros, que nos interesa conservar, porque es nuestro, que debe ser siquiera respetado por vosotros. Como tenemos derecho á esperar, y necesidad grandísima de recibir el honor póstumo, la dicha inmensa de que brille sobre nuestra se-

pultura, jamás profanada por odios de hermanos ni ambiciones de extraños, este sol ígneo que comunicó ardor á nuestras venas y reflejó su luz vivísima sobre la solitaria estrella de nuestra bandera amada; de que crezcan en torno de nuestras tumbas las silvestres florecillas cuyos perfumes nos extasiaron en las alboradas de la adolescencia, y vengan á confundirse, en el andar de los tiempos, con la poesía de un rayo de luna quebrado sobre las perlas que el rocío amontone en los pétalos, en mil irradiaciones magníficas, la bendición inefable de nuestros hijos, el ¡ay! lastimero de nuestras viudas, la santa plegaria de nuestras madres, llevadas allí, en las alas misteriosas de la noche, por el ángel de los piadosos recuerdos.

Es el *Angelus*. ¿Oyes? ¿ves las sombras
moviéndose del templo en dirección?
son las almas que van, agradecidas,
á rezar á su Dios.

No interrumpas, escéptico, ese acto
que respira consuelo y devoción.
¿Sabes...? El no creer, es la tortura
más intensa y atroz.

Ya vuelven, y se esparcen por el campo...
ya la grave campana enmudeció...
¡Vámonos: si rezaras por las tardes,
qué dulces sueños te daría Dios!

Leed, siquiera

Los jueces de la República, encargados de juzgar y condenar á los pequeños criminales, y el Departamento de Beneficencia, dispensador de la miserable piedad del Estado, debieran distraer sus ocios leyendo *El Culpable*, la conmovedora novela de François Copée.

Fotografiados del natural los personajes, saturadas de moral cristiana unas escenas, de lógica inflexible otras; respirando todo el libro vigorosa protesta contra los convencionalismos sociales, las iniquidades legales, la total ausencia de fe y amor en la llamada justicia de los hombres, parece escrito ese admirable libro para nuestra propia advertencia, ahora que la relajación de las costumbres privadas aumenta de día en día la pavorosa legión de hijos del arroyo, por la criminalidad de los padres y la incuria oficial.

Aquel Cristian Lescuyer, Fiscal de la Audiencia de París, magistrado inflexible, proveedor de los depósitos de Cayena, teniendo que confesarse en pleno Tribunal, padre del joven asesino de la calle Cadet, nacido de sus amores adulterinos en la época de sus estudios; abandonado, con la madre infeliz, á las brutalidades del padrastro, á las seducciones de los pillos del arrabal, á la desesperación y el crimen; aquel Cristian Forgeat, huérfano, abofeteado, partida una pierna por el bárbaro padre postizo, acabado de prostituir en la infame Escuela Correccional, empujado por el hambre y el abandono á todas las degradacio-

nes; pero no sin lucha con los generosos instintos del bien; aquella Luisa Rameau, viuda sin haber sido casada, madre sin recursos para nutrir á la hijita de su falta, que llega á resolverse á la venta de su cuerpo como una vil, que va á entregarse al asesino junto á la cuna del ángel dormido; aquella la última resistencia de su pudor; aquella compasión súbita que brota del alma del bandido, que le da el oro robado, que no toca á uno solo de sus cabellos, que huye la mano homicida cuando la gratitud de la pobre madre va á depositar en ella inefable beso, todo es de una sugestión irresistible, de una verdad enternecedora.

¿Vuelven los ojos hacia las calaveradas de su juventud, los jueces que en Francia envían niños á la Colonia de la Meseta y en Cuba á la Escuela Correccional, hasta que tengan la mayor edad?

¿Se dan cuenta del grado de irresponsabilidad de esas criaturas, nacidas de la seducción y el abandono, hijos de la miseria y la incultura, que la policía recoge en callejas y mercados, y que la Ley va á entregar al pudridero de los asilos?

Juzgadores de la infancia y dispensadores de la caridad oficial, tienen hijos á su abrigo, edúcanles, protégenles y ámanles. Y en este estado de felicidad del hogar, no han tenido tiempo para pensar en los horrores de las penitenciarías, donde sagradas leyes del espíritu se contrarían y leyes imperiosas de la naturaleza se trastornan, con la vaga esperanza de una reforma imposible de todo punto, porque falta el principal factor de una buena educación cívica: el amor de la familia, el ejemplo doméstico, la ternura paternal.

« Las cárceles de niños—dice Copée—son viveros de ladrones y asesinos. Los que entran viciosos, salen malvados; los que entran enfermos, salen podridos.»

Niños condenados á la soledad, al trabajo, á la amenaza, al castigo; apartados de la sociedad como el enfermo incurable y contagioso; privados de todo consuelo espiritual, de toda aspiración de engrandecimiento, cuando se les abre la puerta del presidio, y se les lanza en el mundo con todas las avideces de la abstinencia y todo el endurecimiento de alma del condenado y del humillado ¡ tiemblen las costumbres, prepárense la propiedad y la vida, haga plaza para ellos la cárcel, y llórelos por muertos la tierra que les vió nacer!

Sea cual sea la buena intención de administradores y carce-

leros, capaces de cumplir bien un deber reglamentario, pero incapaces de reformar por sí un régimen de promiscuidad, abyección y encanallamiento, que el Estado cree justicia y amor, yo no puedo acostumbrarme á la vista de esos niños de nueve á diez años, recluídos casi por otros tantos, vigilados, encerrados, castigados como á hombres culpables, sin el consuelo de una sonrisa ni la felicidad de un beso, en la edad hermosa de las ternuras y de los sueños, en que la imaginación recoge, para toda la vida, sensaciones, afectos, recuerdos é inclinaciones.

Yo me pregunto si el juez que condenó á una criaturita de esas, sería capaz de castigar, del mismo modo, análoga travesura de su hijo. Yo interrogo á la sociedad feliz, si también no se cometen graves pecados contra la moral y el derecho bajo las arcadas de los palacios, y si no encubre el oro verdaderos crímenes, cometidos por manos enguantadas, por gentes conscientes, sobre quienes pasa, sin fijarse, el ojo de la Ley, tan avizor en el arrabal, tan inquisitivo é implacable contra los míseros.

Todos los días, raptos, violaciones, concubinatos, adulterios... el Tribunal no los persigue sino á instancia de parte. Un año y ocho meses de cárcel bastan para castigar la muerte de un pudor, la deshonra de una familia y él eterno infortunio de una mujer.

La raptada puede ser madre. Como la Perrinette de *El Culpable*, se encontrará mísera, sin trabajo ni salud, con un hijo hambriento, y de la sociedad menospreciada.

Tendrá otro marido. Y otro. Y diez. Todos la engañarán y la dejarán. Y los tristes frutos de la desgracia, á sus propios instintos abandonados, al crimen irán, al juzgado, al asilo, en último término al presidio, á la horca, mientras la gente ahita dará vivas á la libertad, carne al placer, negaciones á Dios y leyes estúpidas, intolerablemente injustas, al mundo.

Porque no son, salvo rarísimas excepciones, hijos de matrimonio, los asilados de las *Roquettes* de los pueblos latinos. Son los hijos del amor libre, los frutos del divorcio voluntario, los huérfanos del libertinaje, cuando éste no se realiza sobre el alfombrado piso del palacete, sino en el camastro amarillento del bohío.

¡Y queréis políticos del sufragio universal, y queréis que los buenos padres nos conformemos con la idea de que vale tanto como nosotros y representa tanto en el desenvolvimiento de la vida nacional, el que deshonra vírgenes, abandona hijos, y pro-

vee, con carne de su carne, los barracones del asilo y las salas del presidio!

No; no; eso podrá ser democracia, liberalismo, lo que queráis. Pero eso no puede ser estímulo hacia el bien, recompensa del honrado, moral, justicia, lógica, castigo de la maldad y enaltecimiento de la virtud.

¿Sientes, mi bien? Bajo el helado seno
se oye el rugir de un joven corazón:
sacúdelo, y verás cómo vomita
lava y cenizas del latente amor.
Así está el mar, al parecer sereno;
duras las rocas de la playa son;
viene una sacudida, y se abre el cráter:
¡soy un volcán aletargado, yo!

Cuando á tus plantas aterido llego,
y luz y fuego te demando triste,
¿por qué tu sordo corazón resiste
al tierno halago y quejumbroso ruego?
Tal vez en el invierno de tu vida
pidas en vano á un alma su calor,
y mueras maldiciendo, y aterida,
como muriendo está mi corazón.

A mi tierra

CUANTO más infeliz, más te amo, Emperatriz de Occidente, Sultana del Caribe, la que tiene por diadema un límpido cielo, tachonado de estrellas titiladoras; por cabellera los penachos altivos de las susurrantes palmeras; por cendal, océanos de cimbradoras cañas; por sandalias, el piélago de espumas en que se convierten, al chocar con las peladas rocas, las olas de tus mares. Te amaré siempre, bendecida tierra, paraíso del siboney, envidia del europeo, ansia del sajón, edén de mis abuelos; país donde el valor y la generosidad construyeron su nido nupcial, en otros tiempos, cuando Dios quería.

Tierra del dulce zapateo, de las sentidas décimas criollas, de las trigueñas de mirar de fuego y corazón de paloma ¿quién que te conozca no se identifica con tu suerte, y quien que la vida te deba, no llora tus angustias y por tu bienestar suspira?

Jamás pueblo alguno surgió bajo tan favorables auspicios á la vida internacional, como el mío.

Sobre el suelo que la sangre generosa empapó y las lágrimas de tres generaciones de madres fecundizaron, prendió sus raíces el árbol de la libertad civil. Columpióse, agitado por brisas de concordia; extendió sus ramajes á todos los vientos, y tocó con su copa soberbia—centenaria seiba que el Tiempo respetara—la región donde se forja el rayo y no hay aire respirable para los míseros gusanos de la tierra.

Tres razas que parecían antitéticas—la ibérica, la africana y la sajona—unidas en estrecho abrazo de paz é inspiradas en los

mismos ideales de justicia, juraron amarse, compenetrándose en la santa aspiración del progreso.

Fué entonces cuando, regocijado, me dije: lo pasado, bien muerto está. Sobre los sólidos cimientos de la constancia, un pueblo inteligente aunque de apariencia abigarrada; rebosante de virtudes ingénitas aunque en lucha con una desastrosa educación colonial, va á levantar, con legítimos materiales de regeneración, el edificio del porvenir. Nadie volverá la cara, temeroso del castigo bíblico, en esta peregrinación hacia el Paraíso prometido por el Dios de los patriotas, á las almas no contaminadas por los vicios de Sodoma, ni encanalladas en el cautiverio babilónico.

Casi toqué al ideal. Bajo la excelsa bandera que el infortunio santificó en las largas horas del destierro, en las lobregueces del presidio, y entre los ayes desgarradores del combate, todas las nobles aspiraciones encontrarían estímulo, y todas las magnanimidades recompensa.

El Dios de Judá enviaba sobre su tribu predilecta la blanca paloma, mensajera de paz y sabiduría.

Y canté tu victoria ¡oh Sultana de Occidente, Nereida que dormitas entre los arreboles del Ocaso, cuya frente ciñen las llamaradas del Trópico, cuyos sentidos halagan todos los perfumes de una vegetación paradisiaca, en cuyo seno repercuten todas las harmonías de la naturaleza, y cuyo trono, levantado en un rapto de suprema magnificencia por el Artífice Increado, tiene por columnas los dos grandes Continentes en que se divide la América virgen!

Yo necesitaba confiar en tu futuro, y hundirme en las esperanzas de tu gloria, por consuelo de mis tristezas de antaño; por egoísta deseo de la ventura de estos hijos que en tu regazo dejo; por amor intenso á la cuna de mis primeras ilusiones y al recuerdo de mis primeros desengaños: que también se aman los dolores, cuando ellos han servido de enseñanza y aviso en las incruentas batallas de la vida.

....

¿Tenían razón los que el triunfo de tu causa buscaban tras el humo de los combates? ¿Era llegada ya la hora de tu rehabilitación? ¿Debía ya clarear el día de tu independencia, en los horizontes del derecho?

¡Qué dichosa tú si así hubiera sido!

El noble reconocimiento de tu justicia, hecho al otro día del vencimiento por los mismos que tus contrarios fueron, facilita-

ba grandemente la obra de reconstrucción y progreso. El apoyo decidido y enérgico del poderoso auxiliar, aseguraba el éxito de las nuevas instituciones. El patriotismo haría lo demás.

En esos campos, siempre verdes y siempre bellos, que arrasó el fuego, que pobló el plomo, que cubrieron las blancas osamentas de los mártires de la libertad y de los héroes de la resistencia, el arado haría millares de surcos en que depositaría la simiente el laborioso campesino. Triscaría alegre el ganado en las llanuras que el cañón ensordeció. Paralelas de ferrocarril atravesarían las vastas soledades de las antiguas prefecturas. En esas poblaciones, cerradas ayer por alambradas y fosos, donde sólo se oía la voz del rencor y el ¡ alerta ! del centinela, fábricas y talleres se levantarían por manos nuestras; el humo de las chimeneas, subiendo al espacio en blanquecinas espirales, simbolizaría las energías de un pueblo trabajador; y el martilleo de las fraguas, las explicaciones del profesor, los rezos del sacerdote y la música de las patrióticas fiestas, en concierto sublime de actividad y amor, constituirían el himno de eterna paz, elevado por nuestras almas á tu grandeza ¡ oh Nereida de los mares de Occidente, oh Reina incomparable de las Américas !

....

En un idioma que no es este en que te refiero mis ansias y te canto mis amores, alguien formula la humillante amenaza, y exhorta, y reprende, en nombre de la civilización y el derecho de gentes. Una bandera que no es la de tus héroes, flota al airecillo, entre las llamaradas del sol del Trópico y el bullir de espumas en tus costas. Sombras que no son las de mis abuelos, surgen á través del cendal de cañas murmuradoras y olorosas florecillas, que ciñe tu seno.

La libertad te ha vuelto la espalda, desde que el ideal glorioso, cual bandada de asustados amorcillos, huyó del suave nido que habían tejido el valor y la generosidad, en los días de la leyenda caballeresca.

Dorada esclavitud te espera, Sultana del Ocaso. Codiciada perla: de extraño dueño serás. En fuerza de máquinas, de abalorios de la industria y baratijas del comercio, tendrás ganas de llorar muchas veces.

Mas óyelo; sábelo: entonces lloraré contigo, amándote mucho cuando más infeliz; como se quiere á la madre sin ventura, en los días de la orfandad y la desesperanza.

Un Principito

De galas viste la nación ibera
y rebosan de júbilo las almas...

AFE que valdría la pena descolgar la enmohecida lira, esmerilada con auxilio del arte, y arrancar de sus cuerdas, un tiempo dúctiles y armoniosas, vibraciones tiernas, notas conmovedoras, sentimiento y poesía, que agregar al concierto de admiración y felicidad de un pueblo, digno de mejor suerte que la que le ha cabido en estos últimos años de su historia.

España tiene ya un Principito de Asturias, heredero de la corona de San Fernando, del cetro de Carlos III y del esplendor de los Borbones; un Principito, ora al cuidado de la *nurse*, bajo la inspección constante del médico de Palacio; llorón, mudo en la expresión de sus deseos, impotente para satisfacer por sí sus antojos; á ratos juguetón, á ratos soñoliento; un niño, en fin, tan inocente y sin voluntad como el niño de la última cigarrera de Madrid ó la última pescadora de Cudillero. Mas él crecerá, se educará, será hombre. Y entonces no pescará sardinas y besugos en la barca de la familia, ni venderá pitillos en el estanco, ni servirá al Rey en el ejército, ni emigrará á América en busca de pan para los suyos y de porvenir mejor que el de la aldea ó el arrabal nativo.

Será Rey él, de adoraciones objeto, de voluntades dueño, personificación del régimen político, encarnación del poderío nacional, Padre y Jefe, autoridad y símbolo de millones de seres

pensantes, cuyos hijos no han sido exhibidos en bandejas de plata, y por cuya ventura no han suspirado al unísono los corazones; cuyo nacimiento no anunciaron regocijadas las campanas de la cristiandad, ni los cañones de las fortalezas, ni el flamear de las banderas extranjeras; pero cuya paz, cultura, libertad y progreso, habrán dependido en gran parte de las condiciones y sentimientos del Monarca, generalmente más poderosos para el bien y para el mal que las Constituciones de los Estados.

Toda mujer que pare, es objeto de simpatía para el hombre de bien.

Sus achaques, sus dolores, sus peligros, sus esperanzas en el mañana y el derroche de sus ternuras sobre el cuerpecito de su ángel, conmueven y sugestionan. La maternidad es lo más augusto de la humanidad; la procreación lo más útil de la vida; la caricia de la mujer sobre la frente del niño, lo más santo, entre la inmensidad de los santos afectos.

El regocijo de un matrimonio joven, que tiene su primer hijo, es una felicidad contagiosa. No podemos pensar en ella los que hemos sido padres, sin sentirnos contaminados de placer.

La sonrisa inefable, la graciosa mueca, la tez aterciopelada, los ojitos vivaces, el mismo chillido argentino y musical; todo lo de aquel primogénito, carne de otra carne y sér de otro sér, en que parece que se reflejan virtudes, talento, gustos, amores y sentimientos, nos encanta.

También los hijos de los reyes son ángeles de candor, frutos de pasión, reproducciones de familia y esperanzas y anhelos de la paternidad.

¡Respetadlos, anarquistas; amadlos republicanos, que son hijitos de Dios, pequeñitos de la patria, cerebros y corazoncitos destinados á la obra lenta pero segura de mejoramiento social!

Volved la espalda al trono, burlaos del dosel, reíd de la ceremonia palaciega; pero doblad la rodilla ante la cuna, humedeced la mirada en la ternura de la religión materna, y dad un beso al *Delfín*, que no tiene la culpa de la soberbia de Luis XIV ni de las debilidades de Luis XVI.

Figúrome interpretar la opinión de mi pueblo, diciendo que Cuba mira con simpatía al joven Rey de España, Rey moderno, educado en las corrientes del siglo, y de quien no teme la reconquista del territorio, de hoy más sujeto á irresistible atracción de otras razas, otras formas de gobierno y otra civilización. Que

Cuba vió con placer la unión del monarca con la princesa Victoria, de rama de reyes nobles, hija predilecta de la nación donde la libertad civil es más verdad, más respetado el derecho, y donde más orgullosos están los hombres, de su raza y su ciudadanía. Que seguimos con interés el proceso fisiológico que ha culminado en el nacimiento del Principito. Que por su felicidad nos interesamos, si ella es prenda de renacimiento para la vieja hidalga tierra, no por sus desgracias de colonizadora, menos digna de respeto y estimación, como descubridora de mundos y creadora de instituciones Y porque así es cierto, y porque, no obstante nuestra afición al régimen republicano, y el afecto que dispensamos á cuantos españoles pretenden, por medios ordenados y prudentes, sustituir el *derecho divino* por la voluntad popular, y sobre el costoso sistema monárquico edificar la República, reedificar la que mataron cantonales y carlistas y enterró Martínez Campos en Sagunto, el respetuoso homenaje de nuestro pueblo, únese al júbilo inmenso de los realistas españoles. Porque el padre que goza ahora en el Palacio de Madrid, es el Jefe de una nación amiga, es la encarnación del principio de autoridad y la garantía de paz y progreso de millones de seres, que todavía no admiten la democracia ni fían al gobierno de las multitudes la resurrección de las grandezas de su patria.

Tan sinceros serían nuestros votos si en vez del acta levantada por el Notario Mayor del Reino, dando fe del nacimiento del Príncipe de Asturias, se tratara del juramento del Presidente de la República española, ante el Supremo Tribunal de Justicia.

No es cosa de régimen político: es cosa de solidaridad de raza, afecto á la nación progenitora y respeto leal al derecho de otros hombres y al honor de otro pueblo.

Viste de galas la nación ibera
y rebosan de júbilo las almas...

Al regocijo de la colonia española, tan útil á nuestro desenvolvimiento social, á esa felicidad colectiva, en que no depende la independencia nacional de que sea Juan ó Pedro el Jefe del Estado, responda, expresión de nuestro afecto,

el augusto flamear de mi bandera,
y el rumor de mis selbas y mis palmas.

El ramito misterioso

Todas las noches, cuando daban nueve campanadas en el reloj de la vecina iglesia, las tres hijas corrían hacia el rincón de la casa donde el viejo paralítico devoraba sus penas; se arrodillaban en torno del sillón, y rezaban fervorosa y sentida oración por el alma de la pobre madre, de tiempo atrás fallecida.

Después, el enfermo disertaba brevemente acerca de la moral del cuarto mandamiento, en estos ó parecidos términos:

«Honrad, hijas mías, la memoria de vuestra santa madre, que desde el cielo os bendice. Compadeceos de mis sufrimientos y honrad mis canas, porque es un precepto divino, porque fué la última recomendación del ángel que nos abandonó, y porque no hay otro consuelo que vuestra virtud á las amarguras de la vida. Si alguna de vosotras delinquiera, yo no podría sobrevivir al deshonor.»

Las tres muchachas se incorporaban, besaban la rugosa frente del anciano, y empujaban suavemente el sillón de ruedas hacia la alcoba próxima. Y mientras las dos mayores le despojaban de las ropas exteriores y le acomodaban en el blanco lecho, la más pequeña extraía del escaparate de la difunta, del cofrecito de sus prendas, un pequeño estuche de pana roja, que ponía en las manos del padre.

Abríalo éste con ansiedad; con trémulos dedos sacaba de allí

un ramito de azahares; llevábalo á los labios; tornaba á guardarlo; devolvía el estuche, y una hora más tarde la honrada familia dormía el sueño de la bienaventuranza.

***

Algunos años iban ya, de la misma nocturna escena.

El día que la pobre señora se fué del mundo, reunió en torno de su lecho de moribunda á los seres queridos y mostrándoles el ramito de azahares, así dijo:

«Amados míos: siglo y medio hace que la madre de mi bisabuela trajo del Santuario del Cobre esta joya divina, símbolo del honor, que la madre de Jesús puso en sus manos. Ella viene pasando por herencia de madres á hijas en cuatro generaciones, sin que sus hojas se marchiten ni su perfume se desvanezca. Nunca ha tenido nada de qué avergonzarse nuestra familia; y yo espero que después de mi muerte, nada hará tampoco que el precioso talismán pierda su virtud. Sed puras, hijas mías; honrad á vuestro padre, y yo desde el cielo os bendeciré.»

Murió la madre. Tres días después una congestión cerebral dejó paralítico al padre. Pero el ramito de azahares permaneció fresco y lozano, siendo llevado y traído cada veinticuatro horas por la hija menor, y abierto y besado por el padre, que así se cercioraba de que se cumplían por sus hijas, á quienes él ya no podía defender, las recomendaciones sagradas de su mujer.

Una noche, después de la tradicional ceremonia, cuando todo en la casa dormía, el viejo tuvo una visión horrible, y despertó sobresaltado Parecióle sentir el rechinar de una puerta—más delator cuanto más se procura evitarlo—creyó percibir el apagado ruido de pasos sobre la alfombra, y un animado cuchicheo. Vió á Laura, la hija menor, despedazada por un mónstruo voraz. Tuvo miedo, y gritó.

Hizo un esfuerzo auditivo, y parecióle distinguir el eco de unos pies que herían el pavimento de la calle, alejándose cautelosamente. Oyó más: un ratoncillo roía papeles en el estante; un cigarrón, revoloteando en el techo de la alcoba, zumbaba, golpeando con sus alas el tablado y en el corral vecino anunciaba con sus cantidos un gallo, que era llegada la media noche.

—¡Bah! Aprehensiones de mi corazón enfermo—pensó el viejo. No hay duda de que este cerebro se me escapa.

Y, aunque con trabajo, volvió á conciliar el sueño.

Al día siguiente todo tuvo en la casa su aspecto habitual.

Llegada la noche, repitióse la escena del rezo, y volvieron á oirse las recomendaciones del anciano:

«Hijas mías, honrad mis canas; yo no podría sobrevivir á vuestro deshonor.»

La oración de Laura fué más larga que de ordinario aquella noche.

Ya Inés y Susana habían besado amorosas la frente del viejo, y la hermana menor continuaba de rodillas.

Irguióse, al fin; estampó sus labios descoloridos y fríos, en la rugosa piel.

—¡Ay, qué beso tan raro! ¿Estás enferma, hija mía?

—No; no es nada, padre. Un ligero estremecimiento.

Y, fuera de sí, automáticamente, fué á buscar el estuche de pana roja, y lo trajo á la mano del viejo, en cuya imaginación se reproducían las alarmas de la noche pasada.

Abriólo con mano convulsa el paralítico. Al simple contacto del aire, el ramito de azahares se deshizo.

Las blancas hojitas de las perfumadas flores, convertidas en pequeñísimos fragmentos, volaron por la habitación, á impulsos de la respiración de los circunstantes.

Miráronse todos, mudos de terror.

Teñido de carmín el rostro hermoso, aquel rostro de diez y ocho primaveras, Laura sintió que el mundo se desplomaba á sus pies.

El pobre anciano lanzó un hondo desgarrador suspiro, en que se le salía el alma.

Y dos gruesas lágrimas, las primeras y las últimas desde el entierro de su amada compañera, fueron á caer sobre el estuche vacío que rodó á sus pies.

Cuando Inés y Susana le colocaron en el lecho ya no fué un hombre: era un cadáver.

El Panóptico

BAJA, baja un poco la vista, pueblo de Cuba, en dirección al S. O.

Fíjala en aquel punto del hemisferio en que parece que van á separarse las dos grandes porciones de la libre América.

¿Ves ese hermoso país, que los Andes atraviesan de norte á sur, que limitan Venezuela, Brasil, Ecuador, que tiene vistas al inmenso Océano Pacífico y al apacible Mar de los Caribes; tierra pródiga, clima ardiente, el clima propio de los países situados entre los 0 y los 10 grados, desde el círculo máximo hacia el Polo boreal; país paralelo á la República de Liberia y á la península de Malaca; pero más fértil, más alegre, más en contacto con la moderna civilización?

Pues esa es Colombia; la nación de occidente á quien el expansionismo yanqui acaba de amputar un miembro; la bella, y dulce, y desventurada, y mísera Colombia.

Ya sabes que ella fué conquistada y civilizada por hombres de nuestra raza; que formó parte del vasto imperio de Carlos III; que perteneció á la España ultramarina, hasta que el espíritu de rebeldía colonial, encarnado en aquel inmortal que se llamó Simón Bolívar, la arrancó de la Corona de Castilla y la dió, prematuramente por cierto, nombre de Nación, personalidad é independencia.

El mundo nuestro en su incesante andar en torno del astro rey, á través de los siglos, ha descrito muchas docenas de veces

la figura elíptica y reproducido sobre su propia corteza y su atmósfera el turno matemático de las estaciones, desde que el último soldado de los virreyes españoles levantó el pie de la playa de Cartagena, hasta que el último de los hijos del pueblo liberado por Sucre, sintió crujir sus carnes bajo el látigo del dictador en las vergonzosas prisiones de Bogotá; de la célebre San José de Bogotá, no más feliz que Odessa ni más libre que Varsovia.

El último de los colombianos mártires he querido decir, y he dicho mal; mejor hubiera dicho que han pasado docenas de años desde que se emancipó la Nueva Granada, hasta nuestros días.

Porque no se sabe cuál será su último mártir; porque no es dable averiguar cuándo lanzará su amarga queja y sufrirá su horrendo suplicio la última víctima de las discordias intestinas de Colombia: la dictadura, la tiranía, el odio, la protervia, no han levantado aún, ni se sabe cuándo levantarán, la garra del corazón de aquel pueblo sin fortuna.

Ahora mismo un distinguido cubano, el Ldo. Erasmo Regüeiferos, que á sus muchos timbres de honor suma el sostener en la capital de Oriente una muy útil *Revista Jurídico Notarial*, acaba de comentar, adolorido y casi iracundo, la obra *Secretos del Panóptico*, de que es autor un ilustre americano, el Dr. Adolfo León Gómez, miembro de número de las Academias de Historia y Jurisprudencia de su país, honorario de las de Jurisprudencia y Legislación de Madrid, y correspondiente de varios centros científicos de ambos mundos.

Aparta ya la vista de donde la habías clavado, buen pueblo cubano, y tráela sobre estas páginas que el altruísmo dicta, que la piedad inspira, que el patriotismo arranca del fondo de un espíritu recto; páginas en que un hombre de talento ha puesto, más que las galas de su estilo, todas las palpitaciones de un alma honrada.

Ayúdame á leer esto, tú, pueblo cubano, el del mitin patriotero y el idólatra de personajillos; el que se siente capaz de turbar la paz de su tierra, y más que eso, dispuesto á doblar la rodilla ante el déspota, volver el dorso para recibir latigazos, casi ansioso de sufrir nuevas humillaciones, muy más horribles—estoy seguro de que lo serían—que todos los despotismos de tu pasado. Pueblo que creas fetiches y adoras falsas grandezas, lee y repite.

Tormentas de Luis XI de Francia, Inquisición Española, la Bastilla y Luis XIV, los Médicis y los Borgia, extravíos de los Estuardos, impiedades de los Romanoff; Montjuich, Weyler: no tenéis de qué avergonzaros. Puede ser que, según el divino Quintana, más que vuestra, fuera del tiempo la culpa. Siquiera en mi tierra infeliz, el guerrillero y el plateado daban machete ó ahorcaban; pero pronto, de un tajo, de un tirón, sin refinamientos, sin lo paulatino de la tortura, que es el bárbaro aumentativo de la crueldad.

El Dr. León Gómez, describiendo los secretos del *Panóptico*, retrata de cuerpo entero al tirano Marroquín y al tirano Arístides Fernández, ex-Presidente y ex-Ministro de la Guerra de Colombia. Y, como dice el señor Regüeiferos, deja esas dos figuras ahí, en la historia moderna, para cuando se hayan borrado de la conciencia universal Nerón y Calígula, que ellas, ventajosamente, les sustituyan.

Los presos en la cárcel del *Panóptico* no eran reos de canibalismo, no; eran presos políticos. Pues bien: cuando estaban mejor tratados, yacían en una galería nauseabunda, construída á tres metros de profundidad, en la vecindad de los excusados cercanos.

Allí sufrieron epidemias horribles; murieron algunos en el patio sin asistencia médica; uno recibió, antes de expirar, una retreta de puntapiés; otros fueron puestos en la picota por días y noches; muchos recibieron latigazos de manos de sus paisanos, como los obreros de Petersburgo de manos de los cosacos.

Puestos en el cepo, boca abajo, golpeados bárbaramente, cubiertos de úlceras, de las no curadas magulladuras; grillos, cadenas, escupitajos en el rostro, colgadura de cuerpos por las muñecas; colombianos los verdugos, colombianos las víctimas ¡ oh ! aquello horripila; la lectura de aquellas salvajadas pone los pelos de punta al hombre más familiarizado con la podredumbre social !

Y el que relata eso no es extranjero pernicioso; es un colombiano ilustre. La pluma que traza ese cuadro sombrío de degradación, no es la pluma de un mercenario, ni la piqueta de un fanático; es el buril de un observador honrado, que talla en la conciencia de su pueblo repugnantes figuras, de una autenticidad desconsoladora; y es la voz del patriota; el acento viril del sér que siente y piensa, que clama por los que sufren, execra á los

que oprimen, y pide al cielo libertad para sus compatriotas, paz para su familia, honor para su tierra.

Pero no; no leas más, pueblo cubano. Bástete con lo que has visto de tu hermana Colombia. Temo que si te engolfas mucho en las descripciones del Dr. León Gómez, encuentres, por negra sugestión del mal, disculpable á Marroquín y pasajero á Fernández; temo que te tiente acicate fatal, y transijas con la idea de tener tú también tu *Panóptico*, desde donde hacer expiar á los vencidos sus desafecciones á la política del vencedor.

Mejor será que cierres el libro.

Levanta la vista y paséala por los verdes campos y la azul techumbre de tu patria. Fortifica el corazón en la esperanza y vigoriza tu patriotismo en la escuela generosa de tus propias virtudes, las virtudes de tu hogar, las bondades de tus abuelos, la dulce poesía de tu tradición criolla.

¡ Qué perversos son los tiranos de todos los tiempos, pueblo mío !

No los erijas, no. No ayudes á que se levanten, porque te harán sangrar mucho.

La Libertad, el Derecho, la Justicia: ¡ eso sí que es bueno, consolador, hermoso !

Planta breve, andar ligero
el de mi adorada hurí:
ayer puse en su camino
alfombra de flores mil,
y no deshojó una rosa
ni marchitó un alelí.

Sunsún volador, que libas
ricas mieles del jardín:
también vive mi adorada
del rico amor que hay en mí,
sin lastimar mis ensueños
ni mis ternuras herir.

Un suicida

El otro día se mató un hombre, unas cuantas varas más allá de las casas de mi pueblo, en lo alto de un montículo cubierto de espartillo, desde donde se divisan, al Norte, los horizontes marinos; al Este, la villa bulliciosa; al Sur, los verdes vegueríos y los rumorosos cañaverales; al Poniente, las azuladas lomas que poetizó la leyenda revolucionaria: el Rosario, Rubí, Cacarajícara, las atrevidas cumbres donde un cubano valiente plantó la linda enseña que otros cubanos codiciosos han hundido en la sima de la eterna incapacidad y servidumbre eterna.

¿Quién era el suicida? En mi pueblo nadie le conocía. Dicen que en vida respondió al nombre de Delmiro Romero. ¿Por qué se tomó respecto de su existencia, facultades que no le pertenecían, puesto que él no se la había dado? Creo que nadie lo sabe. ¿Por qué eligió para realizar sus designios la apartada aldea, donde nadie le conocía ni á nadie interesaban sus desventuras? Es un secreto.

Le ví la noche anterior, y sorprendí algo extraño en sus miradas y gestos. Volví á verle en la mañana de su último día y confirmé mis sospechas y ratifiqué mis temores: bajo aquel cráneo rugía una tempestad; aquel corazón se ahogaba en un océano de amarguras; había lágrimas en el fondo de aquellos párpados, y relámpagos siniestros cruzaban por aquella frente pensativa.

¡Otro loco infeliz!, me dije. Y experimenté honda tristeza.

Era joven, era fuerte, no vestía mal, parecía proceder de regular clase social. ¿Quién era? ¿Qué tendría...?

Levantéme del sitio, pasó la impresión, olvidé. Tal vez aprensiones mías.

Unas horas después circuló la noticia: en la lomita de Justiniani se había encontrado el cadáver de un hombre, destrozado el parietal, tinto en sangre. El revólver recién descargado relataba el suicidio. El tabaco recién apagado, descubría á las adivinaciones de la fantasía, las últimas confidencias del desgraciado. Había estado fumando mientras refrescaba sus recuerdos, formulaba sus maldiciones, y daba el postrer adiós á la vida. Se había sentado cómodamente sobre el espartillo, doblado bajo su peso; había caído sobre un brazo y espirado sin agonía.

¿Verdad que es triste morir joven y fuerte? Pero ¿es que se puede morir voluntariamente, así, sobre el verde montículo, midiendo la mirada los horizontes marinos, los alegres vegueríos, las azuladas sierras que inmortalizó el sacrificio de un pueblo creyente, y recogiendo en el oído el eco de cánticos y risas, de golpear de fraguas y rodar de coches: la nota sugestiva del himno de la vida?

¿Será que precisamente en esa nota, en ese eco del bullicio humano, resaltaban la carcajada del cínico, la traición del amigo pérfido, el silbido de la envidia, el lúgubre escarabajear de la calumnia? ¿Será que precisamente esos sonidos, los de la protervia que se agita y chapotea, precipitan las desesperaciones de los cansados? ¡Quién lo sabe!

Registrado el cadáver, encontróse, entre otras cosas, una carta á mí dirigida. El pobre hombre se había acordado de mí en sus últimas horas. ¿Por qué, si ningún lazo social nos unía? Pues, porque escribo en el *Diario*. Y porque de las grandes tristezas de mi tierra escribo. Habíase habituado á leerme; creía en mi amor á Cuba; tenía vivos deseos de conocerme. Y—él lo dijo—fué el último placer de su vida, mirarme de cerca, seguir mis pasos, divisarme en la choza humilde rodeado de los hijos de mi alma, y rogar por ellos al Dios de sus buenos días.

¡Qué tristes amistades éstas que nacen al cerrarse una tumba! ¡Qué dolientes simpatías, estas simpatías póstumas, esta caricia y estos votos de un hombre, que ya tiene cargada el arma con que ha de privar á su tierra de una voluntad y de una vida á su raza!

Oid esto: el suicida moría con el pesar de no ver libre á su patria; protestaba, como se protesta de los fallos inapelables del destino, de las ideas de anexión y protectorado; hubiera querido vaciar su alma toda en un último beso á la bandera independiente y soberana de su país, antes de deshacer á tiros la tempestad rugiente de su cerebro.

Creedlo: me ha hecho pensar mucho este incidente doloroso, por eso: porque el pesar postrero de un hombre desesperado, porque la postrera angustia de un corazón que las contrariedades de la vida despedazaban, era el pesar de la patria, la angustia cruel por el indeciso porvenir de la patria.

¿Es que sólo laten esos idealismos generosos bajo el cráneo del suicida?

¿Es que sólo al lado de la tumba que uno mismo va á abrir, renacen los amores al terruño, halagan los ensueños de libertad y se sienten las nostalgias del ideal?

No; no es eso. Es que hay almas patriotas todavía; es que el culto de Cuba late aún en corazones de humildes y desventurados.

Yo tengo una incógnita amiguita en el pueblo de Ranchuelo, y otras muchas amiguitas que no he visto, en la Habana y en otros pueblos. Niñas y viejas; pobres todas, y buenas y sensibles todas. Me escriben con frecuencia. Una me relata sus trabajos de conspiración durante la última guerra de independencia; otra me habla del hijo ajusticiado cuando la guerra grande; ésta, de la madre y los hermanitos que sucumbieron en el barracón de reconcentrados; aquélla, la noble ranchuelera, de sus trabajos de costurera, de sus abnegaciones del hogar, y de sus ilusiones de joven y de mujer.

Pero todas son mis amigas, porque yo les hablo de Cuba, porque suspiro por el honor de Cuba, porque aliento á los cobardes y flagelo á los protervos; porque maldigo de fanáticos y egoístas y pugno por herir con mis lamentos y mis súplicas, oídos cerrados y anestesiados corazones.

Fijaos en esto: el cubano suicida pensando en la hora final en la libertad de la patria; bendiciendo á Cuba en la contracción final de sus labios sanguinolentos. La dama cubana despertando sus tristezas, reviviendo sus recuerdos, loando la leyenda de la generación que se extingue y dando sus últimos ruegos al porvenir de la patria. La niña cubana, la honradita y laboriosa, la

que pudiera sentir la obsesión de lo superficial ó la pasión de lo natural—flores, cintas, perfumes, música, gorgeos de pajarillos y puestas de sol—consagrando sus ternuras al ideal político, sus votos á la felicidad colectiva, sus simpatías al humilde escritor que de los infortunios presentes y de las futuras desdichas de la patria les habla; que con ellas siente y ama.

¡No; no tiene perdón de Dios que hayamos dejado morir la fe en tantas almas y llevado la intranquilidad á tantas otras; que hayamos hundido en noche de infamia la gloriosa luz de los pasados sacrificios; que hayamos hecho derramar tantas ahora por la servil sumisión al interés extraño y la infame satisfacción de codicias y vanidades propias!

Que ello no tiene remedio; lo sé. Hay para los pueblos, como para los individuos, una hora fatal: la del suicidio. Y la nuestra ha llegado.

Mudas están las alterosas sierras de la leyenda; Rubí, Cacarajícara; helados están los horizontes marinos, por las moléculas de hielo que nos vienen del lado del polo.

Y en el eco del rumor de vida que de los pueblos nos llega, hay silbidos de envidia, carcajadas de cínicos y escarabajear de calumniadores.

Finis Polonie!

¿Cayó tu hermana, rendida
al peso de una deshonra?
Dale una mano sincera,
dila una frase piadosa.
¿La empujas hacia el barranco?
¿Qué lograrás con tal obra?
Pues es tu hermana, con ella
irá al muladar tu honra.

El cuadrito de Magoon

Por primera vez, y probablemente por la última de mi vida, ascendí por las escaleras del viejo palacio de los Virreyes españoles, uno de estos pasados días.

Llevaba una esperanza para el bien de otros, y bajé con una lección triste para tortura mía; me condujo allí la amistad, hablándome del deber cívico, y de allí me traje, no sé qué secretas vergonzosas inquietudes.

Y no porque el digno representante del Gobierno de los Estados Unidos dejara de recibir á la comisión guanajayense con su proverbial cortesanía.

Servíanos de introductor un hombre de gran cerebro y corazón ingenuo, á quien siempre quise bien—Juan Gualberto Gómez—y ya eso era prenda de favorable acogida. No íbamos en demanda de destinos ni á pedir cesantías de paisanos nuestros; ni siquiera á hablar mal de aquellos á quienes sonreímos en la calle y tal vez debemos favores. Demandábamos sólo un poco de atención para nuestro pueblo; que se gastaran, ahora que hay miseria en Vuelta Abajo, unos cuantos pesos en obras de higienización y progreso, en una de las más importantes localidades; en la villa occidental, preterida y menospreciada por todos los gobiernos; íbamos á suplicar que no se nos engañara más, ofreciendo carreteras, puentes, aceras, canalización del río, desecación de lagunas infectas, consignando en el papel, de año en año, algunas pesetas, y no realizando los trabajos, si no ha de quedar

la mitad del presupuesto en las garras de contratistas y burócratas; y eso con España, y durante la primera intervención y bajo el imperio de la oligarquía estradista.

El prestigio del introductor, lo noble de la embajada, y la habilidad de gobernante que caracteriza á Mr. Magoon, fundamentos eran del éxito, aparente al menos, de la visita.

Y, en efecto, debo confesar que nos satisfizo la llaneza del Gobernador.

Autoridades republicanas, gobernantes sajones, auxiliares escogidos de la sagaz política internacional americana, no dejan jamás, en quienes á ellos acuden, impresión de desagrado.

Un detalle, empero, algo que parece pueril, inocente, insignificante, absorbió mis pensamientos durante la visita, y dejó en mi corazón amargo sabor y me ha tenido caviloso por una semana.

¡El cuadrito de Mr. Magoon...! Un cuadrito tosco, un pedazo de cartulina pendiente de un testero de pared sobre el *buró* del actual Virrey.

Si en los días de la colonia yo hubiera pisado aquellos salones, ya sé lo que habría encontrado: un artístico retrato al óleo de S. M. el Rey de España, galoneado el calzón, repleto de cruces el busto, reluciente el puño de la hoja toledana, viva la mirada y pronunciada la nariz, sello característico de la familia borbónica.

Si en los días de la comedia republicana, supóngolo también: la efigie de un anciano de arqueado bigote y cachetes hundidos, serio, tristón, al parecer cariñoso; terco y duro, tan pronto se examinaran las líneas del arco superciliar y el fondo del aparato visual, habríame dicho: «éste que ves aquí, de la humildad salido y en la humildad criado, por las caricias de la fortuna traído á donde pudiera irradiar el patriotismo y esplender la popularidad, éste, si hubiera nacido en doradas cunas del Mundo Viejo, Rey sería, Gran Duque sería, siquiera Príncipe de Mónaco, de Saboya, de cualquier punto geográfico perdido en el laberinto de los Alpes ó cabe las riberas del Danubio; pero Príncipe ó Rey, con pergaminos y corte, palafreneros y bufones».

Tocóme realizar la ascensión, en estos los días negros de la borrachera nacional, en estas las horas frías de todas las deserciones y todos los rebajamientos. Y ¡era lógico! Creí tropezar en el despacho del Gobernador Provisional, con un cuadro magnífico, reproducción acabada de esa gran figura del siglo, nuestro

ilustre y buen amigo Teodoro Roosevelt, en el cual hubieran de fijarse cuantos obtuvieran audiencia, y que parecería decir á los cubanos pedigüeños ó chismosos, amenazadores ó engreídos que allí fueran: «hé aquí el *rough-rider* de San Juan, que os ha dejado jugar á la República durante cinco años, sabiendo que estallaríais; que os dejará repetir el sainete por quince días más, pero que al décimo sexto cumplirá la severa amenaza de anularos por completo, si no hacéis un supremo esfuerzo por rehabilitaros ante sus ojos y dignificaros ante el mundo».

Paseé la vista por paredes y techos ¡nada! Ni el Rey Alfonso, ni Estrada Palma, ni el eminente estadista anglo-sajón.

Distinguí algo sobre el *buró*. Seguramente un retrato al creyón de Mr. Magoon. Es lo que hacemos todos los latinos, desde que hemos sido siquiera alcaldes de barrio, tenientes de movilizados ó coroneles de reivindicadores: elegir la fotografía en que aparecemos más graves de carácter y robustos de cuerpo, en que se hallen reflejadas vanidad, soberbia, autoridad, elegancia del traje y aire de reto en la mirada; encargar á un pintor ó creyonista de su ampliación y retoque, fijando luego en el principal testero de la sala, sobre nuestro *buró*, detrás del bufete, si sabemos escribir, ó donde mejor se distinga desde la calle, si no sabemos, para que todo el mundo lo mire al pasar, y recoja en la retina, unos minutos, la visión de un grande hombre, honor de su patria y gloria de su tiempo.

Miré mejor ¡oh sorpresa! El cuadrito de Mr. Magoon es una caricatura exagerada de su rostro, obra del gracejo cubano. Bajo las anchas alas del sombrero enorme, se destacan los inflados carrillos y el abultado cuello; los ojos desaparecen bajo una masa de carne. Hay algún parecido, pero aquello es grotesco, risible, caricatura, al fin.

Habrá reído de la ocurrencia este hombre excepcional, me dije. Le habrá hecho gracia la burla, y habrá querido conservar eso como recuerdo de un rato de buen humor.

Pensé más. La flema sajona, la educación especialísima de estas gentes que el amor propio no ciega, que dominan sus nervios y nunca se consideran inviolables ni indiscutibles; altura moral de gobernantes modernos, que respeta, así la opinión seria y reposada del crítico de sus actos, como la sátira fina y punzante del caricaturista de su persona; serenidad de carácter de esas razas septentrionales, que de lo superficial y momentáneo se pagan

poco, y al fondo práctico de las cosas llegan; que de la inspiración y el talento saben ser admiradores, y que ríen de sí mismos, como del vecino, si hay arte en la burla: ¡cuán distinto eso de nuestra irascibilidad, apenas se nos discute!

Híceme mil consideraciones y mil comparaciones hice *in mente;* muchos homenajes de admiración rendí, *in pecto*, á Mr. Magoon, á su pueblo y á su raza.

Terminó la entrevista, despidiónos afablemente y descendimos las escaleras de la mansión señorial.

Pero es que entonces me acometió un mal pensamiento; sentí que una ola de amargura me llegaba al corazón y algo como de rubor me coloreó las mejillas. Aquella noche el insomnio me hizo estrecha compañía.

¿Será que el Gobernador Provisional caricaturado de manera irrespetuosa por el lápiz de un cubano, ha colocado la grotesca figura en su despacho por donde desfila Cuba en sus múltiples manifestaciones, intelectualidad, riqueza, valentía, egoísmos, el pedigüeño y el perfecto ciudadano, para que nos recuerde á todas horas la vergonzosa situación de dependencia á que nos han traído nuestros propios vicios?

Y eso he creído. Aquel pedazo de papel dice á filósofos y á guerreros, á políticos y escritores: «¿me veis así feo, prosaico, conjunto de trazos caprichosos que apenas parecen líneas de rostro humano? Pues soy el que os gobierna, el que os gobernará mientras á mi pueblo convenga y como al Gobierno de mi pueblo venga en ganas. Ni Alfonsos, ni Palmas, ni la sangre azul, ni el heroísmo revolucionario, ni la tradición latina, ni la poesía tropical; ni el ideal, ni la raza: yo, Magoon, tan feo como quieran pintarme vuestros creyones; pero tan sagaz é inconmovible, como vuestra aguda demencia y los intereses de mi nación exijan. Si en vez de humano rostro hubierais pintado un *pock*, ese sería vuestro jefe en estas horas sombrías.»

Y pensando así, he aprendido en el cuadrito del Gobernador Provisional toda una lección objetiva de nuestra impotencia, lección que haría sangrar á mil corazones cubanos, si todavía quedaran tantos corazones sensibles al golpe de patrióticas tristezas.

Carta abierta

SR. MANUEL F. CALCINES.

Habana.

MI LEAL amigo:

Acabo de leer con delectación, su Carta abierta,—edición del *Diario* del día 30—y me he sentido más regocijado de su felicitación, que si de un potentado de la tierra la hubiera recibido.

Pobre obrero, modesto y sencillo, encanecido frente al chivalete ó la máquina, y dirigiéndose en términos laudatorios á otro obrero que nada puede y poco vale, no he tenido que esforzarme para advertir espontaneidad, honradez, sinceridad á toda prueba y patriotismo—de aquel que sentíamos en el pasado—en todos y cada uno de sus entusiastas párrafos.

Nada como la dulce ilusión de los recuerdos para conmover el espíritu; nada como el culto santo del ideal por la ventura de la patria, para aproximar las voluntades y unir los corazones. Los nuestros se comprendieron en los aciagos días, se identificaron en los esfuerzos generosos, y son un corazón no más en la triste lamentación de los infortunios nacionales.

Usted no pide nada á los amos de Cuba; yo no puedo dar nada; ni limosna casi, en estas difíciles horas de mi hogar; somos dos humildes, dos fieles del ayer, y dos desesperanzados del mañana.

Podemos platicar de silla á silla.

Sí; usted dice bien: cuando se yergue en la tribuna ó espacía el alma en las columnas de la prensa, una de esas grandes figuras de nuestra rehabilitación, aureoladas por el respeto de la historia y el juicio del mundo, todo lo que hay de inconsistente en nuestro actual estado, se agita y agrieta, y todo lo que sobrevive, de bueno y honrado, en el organismo social, surge y esplende, como si las auroras de nuestro renacimiento moral y político, volvieran á dibujarse en los entenebrecidos horizontes.

No puede borrarse de una plumada la gloriosa historia de un pueblo, ni ahogarse con ahullidos de codicia el eco, todavía armonioso y dulce, de aquellos aplausos que representaban las ternuras, las esperanzas y las avideces, de la conciencia nacional.

Cuando estos hombres de ahora, fatalmente descarriados, oyen vítores y recogen aplausos en la tumultuosa sesión del comité, ó en el mitin rural, donde la claque ignara espera la señal del militar ó del cacique para aplaudir—créalo usted —ellos experimentan, por encima de la vanidad personal halagada, honda tristeza, invencible sonrojo, comparando el homenaje con aquellas ovaciones unánimes, sentidas, hermosísimas, en que el amor á Cuba palpitaba y la fe del creyente desbordaba, sin consignas ni acicates.

Ayer mismo, leía yo la reseña de la última sesión de la Asamblea Provincial de la Habana, y advertía cuán otro es el estado de ánimo de mis paisanos, ora rencorosos y ciegamente excitados.

Proclamada la candidatura del señor Zayas, pronunció éste un bonito discurso, cuya nota saliente era la protesta contra toda frase deprimente para el adversario; la recomendación de un respeto recíproco, de una corrección de procedimiento y delicadeza de palabras necesarias para que la lucha política no degenere en disputa de verduleras. Pues bien: apenas terminó su arenga el jefe, fué preciso provocar una tempestad de aplausos, para ahogar los ¡mueras! y los insultos á José Miguel Gómez: evidente señal de espíritu de disciplina y educación política.

En aquel momento, estoy seguro de que el señor Zayas recordó que en ninguna fiesta autonomista fué preciso ahogar con aplausos á Montoro los ¡mueras! á Fernández de Castro; como no se aborrecieron jamás Govín y Giberga, ni maquinaron por mayor influencia en el ánimo de las masas, Saladrigas contra Gálvez, Pellón contra Ortiz, Carbonell contra Mesa y Domínguez.

Eran los hermanos luchando al unísono por la felicidad del hogar nativo; eran el desinterés y la abnegación puestos al servicio de una causa generosa.

Arruinóse José María Gálvez; perdió sus propiedades y deshizo su bufete.

Yo estuve algunas veces en su hogar casi tan pobre como el mío, y jamás oí de sus labios una frase de arrepentimiento del sacrificio hecho.

Montoro, el ídolo de los españoles liberales, pudo hacer una fortuna dirigiendo los asuntos del alto comercio. Y se iba á Madrid, cuando el Partido lo mandaba, como un mero comisionado, con recursos modestos y sin esperanzas de lucro.

Govín ha venido á ser magistrado para no morirse de hambre. Los Armenteros, Millet, Esteban, Cañongo, Terry, los que oro tenían, oro daban para la propaganda, después de prestar al Partido la fuerza de sus talentos y prestigios.

Aquellas tres venerables figuras; aquellos tres frutos benditos de un bendito vientre de matrona cubana, don José María, don Francisco y don Juan Bruno Zayas, eminente rentista el primero, médicos ilustres y benefactores los otros, ¡qué inmenso caudal de respetabilidad, de popularidad, y de hidalguía, aportaron á la obra laboriosa de hacer conciencia y preparar el porvenir de la tierra amada!

¿Cree usted, amigo Calcines, que diez años, veinte años; que la efímera República y la tortuosa Intervención, pueden tener poder bastante para eclipsar glorias así, borrar recuerdos tan sugestivos y evitar que al menor conjuro del sano patriotismo, se conmuevan las fibras populares y estalle en lágrimas, aplausos, besos y ovaciones el alma cubana?

No; usted no lo cree. Pero los triunfadores de ahora tampoco lo creen, aunque simulen la satisfacción del éxito.

Por mí lo digo. Cuando la curiosidad ó el compromiso me ha hecho figurar como espectador en algunos de los millares de mitins celebrados desde el cese de España, la preparada ovación, los vivas chillones, las frases grotescas de ¡dale, cubano! ¡métele, Coyula! ¡arriba, criollo! me han producido frío en el corazón y sensación de náuseas. Faltaba en la fiesta algo imprescindible: sinceridad. Echábase de menos algo que antes brillaba con intensa luz: la fe en las doctrinas, el culto al ideal, el amor á la patria irredenta.

Sin esfuerzo de la voluntad, me transportaba á los días de la preparación, y reconstruía el sugestivo cuadro. Las hermosas, agitando sus perfumados pañuelos, el *guajiro* sacudiendo al aire su enorme jipijapa; la orquesta ejecutando el dulce zapateo; los hombres cultos con cara de convencidos, y los esclavos negros y los libertos blancos, mirando al porvenir con ojos de admiración y de esperanza.

Y he pensado entonces en que la época caballeresca se acabó y en que han hecho bien en morirse ó anularse los apóstoles de aquellas gloriosas Cruzadas en que, si no se rescató el sepulcro del Cristo, se trazó el camino de la conquista á las generaciones siguientes.

Hé ahí, Calcines amigo, hé ahí que el turco impera en Jerusalén y pastan las caravanas de los hijos de Mahoma, en el monte de los Olivos y en las campiñas de Nazareth.

¿Qué culpa tenemos de ello, los fieles, los humildes, encanecidos frente al chivalete ó al escritorio?

A fe que ninguna.

Viéndome una vez llorar
todo el mundo sonrió,
y ninguno averiguó
la causa de mi pesar.
Por inesperado azar
se trocó el destino mío:
hoy, si con dolor impío
uno llora en mi presencia,
doy de mano á la conciencia
y hago como que me río.

Ultimo tributo

BLAS MURIÓ. Aquel hígado, continuamente sujeto á la acción del alcohol, no pudo funcionar más, y se escapó, hecho pedazos, por la boca del asiduo parroquiano de la taberna del *Gato*.

Cuando se muere así, de embriaguez crónica, después de haber pasado la vida rodando bajo las mesas, durmiendo sobre los bancos del parque, y describiendo curvas á lo largo de los caminos, puede considerarse dichoso cadáver, aquel que es conducido, sobre los hombros de cuatro amigos, al lugar del eterno reposo.

Y para los restos de Blas no hubo cuatro, sino cinco conductores: Juan, Pedro, Sebastián y Lucas, cargadores; Andrés, detrás del féretro, presidiendo el duelo, y llevando en las manos un bulto, seguramente una corona de flores naturales, ofrenda última del compañerismo.

Ninguna clase social está más unida por la solidaridad, que la de los borrachos. La amistad perdura entre ellos, sin que la turben ambiciones ni egoísmos; el principio de la igualdad es su culto, á cubierto siempre de vanidades y adulaciones. Parten un pan y beben á medias un vaso de aguardiente, porque les sale de adentro el deseo, sin fórmulas de cortesía ni más esperanzas de recompensa que ser convidado por la tarde el que fué convidador por la mañana.

¿Trajes? Los mismos que llevaron á la taberna les sirven para el entierro: entre ellos no hay modas ni privan los requisitos de la elegancia.

Ahí van los cinco, con los cuellos de las camisas desabrochados y mugrientos, las chaquetas roídas por los codos, los pantalones deshilachados por la extremidad inferior.

Uno lleva bomba de pelo, color de alas de cucaracha; otro, boina roja; Lucas no gasta sombrero; los otros dos usan bombines adquiridos en el rastro por algunos centavos.

Y allá va el cortejo fúnebre, sin cruz ni ciriales, grave, serio, majestuoso. No bambolea la caja sobre los hombros, porque los cuatro han hecho un sacrificio inmenso en honor del muerto, el sacrificio mayor de sus vidas: no beber durante aquel día. Sólo el presidente del duelo, Andrés, se ha permitido tomar dos copas para aminorar su tristeza: como que él y Blas eran amigos inseparables.

Dormían en la misma caballeriza y, desde seis años atrás, pegaban sus labios á un mismo vaso.

Hasta que franquearon la puerta de la Necrópolis no hablaron una sola palabra. Lucas rompió el silencio:

—¡ Qué monumentos tan soberbios ! ¡ Cuánto lujo se gastan los que no beben !

—Aquí dan ganas de morirse—opinó Pedro.

—¡ Lo que es el egoísmo humano !—objetó Sebastián.—Aquí tantos millones derrochados en mármoles, flores y rejas de hierro, y nosotros no tendremos qué comer hoy.

—Por eso yo soy anarquista furibundo—declaró Juan.—Es preciso destruir esto, arrancarlo, venderlo, que no haya preferencias ni *tuyo* y *mío* en las tumbas de los que son hermanos. Y con el dinero que produzca la venta, establecer fuentes públicas de ginebra, en que los pobres sacien su sed.

—¿ Y por qué de ginebra ? Otras pudieran ser de cognac ó ron.

—¡ Necios: nada de soberbia ! De aguardiente, que es la bebida universal.

Andrés, embargado por el dolor no dijo una palabra.

Atravesando enarenadas callejuelas, sombreadas por sauces y pinos, sobre cuyo pavimento retumbaban las pisadas; cruzando bajo los toldos de verdura que formaban rosales y madreselvas, apartando con las manos algunas ramas que amenazaban punzarles los rostros, llegaron al tramo de cementerio destinado á los pobres de solemnidad.

El sepulturero, con la azada en la mano, esperaba al pie de una fosa recién abierta.

—Aquí es—dijo.

Se puso en tierra la caja, se le cruzaron por debajo dos trozos de cuerda, y se intentó el descenso.

Era tan poco profunda, que la tapa del ataúd quedaba á nivel de la superficie del terreno. Los zacatecas no trabajan mucho en las fosas de los miserables. Se levantó otra vez la caja, para ahondar más.

—Y, entre paréntesis, ¿cuál de ustedes paga?,—preguntó el *hombre oscuro*, que dijo Milanés.

—Cualquiera—respondió Juan.—El día que triunfe el anarquismo, y hayamos hecho dinero todos estos mármoles, pásate por mi escritorio y se te pagarán capital é intereses.

—¿Sí, eh? Pues entonces abran ustedes lo que falta.

Y, arrojando el azadón, se alejó echando pestes contra esos pobretes qne no saben guardar un peso, para pagar al sepulturero el día que se mueran.

Andrés depositó el bulto de las coronas en el suelo, bajó á la fosa, cavó lo suficiente, y el ataúd fué colocado en su húmedo lecho. Cada acompañante besó un terrón pestilente y lo arrojó sobre el cadáver.

—Esperad; no rellenéis el hueco todavía—dijo Andrés.

Desató su lío, sacó un frasco de ginebra, y volvió á reunirse con sus compañeros.

—Ved, dijo, la ofrenda que mi amistad deposita en la tumba de Blas. Nosotros nos habíamos jurado que el qne sobreviviera obsequiaría al otro de este modo. Envuelta en este perfume, el alma de nuestro amigo irá al cielo.

Y, destapando el frasco, lo vació sobre el ataúd, agitándolo en todas direcciones, como si se tratara de un hisopo repleto de agua bendita.

—¡Pillo: hoy sí que la vas á coger gorda!—exclamó Juan.

Los otros tres guardaron silencio, como si no quisieran turbar con frases burlonas la imponente escena. Nunca se despidió un duelo con mayor solemnidad.

Luego, la azada cayó sobre la tierra desgranada, y la fosa quedó cubierta.

—Ahora nosotros—dijo Andrés.—Trajo el resto del bulto, otro frasco de ginebra, y cuatro jarritos de hoja de lata. Sentóse sobre la sepultura, destapó la botella, sirvió á los cuatro convidados quedándose él con la vasija.

Cada mano derecha cogió su jarrito, lo levantó, lo hizo chocar con los otros y lo llevó á los labios.

—¡ A la salud de Blas !

Y los jarritos rodaron por el suelo.

—Vamos ya—opinó Lucas.

—Idos vosotros—contestó Andrés.—Yo consagro el resto del frasco y lo que queda del día á mi querido compañero. Es el último que pasaremos juntos.

—Bien está; queda con él y con Dios.

Y los cuatro se perdieron por las calles de cipreses, dejando á Andrés acostado sobre la húmeda y tibia tierra de la fosa, sirviéndole de almohada el frasco vacío, y con el otro pegado á los labios, como el chiquillo que chupa en la cuna el biberón.

Cuando, al anochecer, el guardián del cementerio fué á cerrar la puerta exterior, tuvo que sacar á Andrés, casi á empellones: apenas podía tenerse en pie.

El borracho sintió rechinar el cerrojo, volvió la cara hacia el sitio donde quedaba su compañero de muchos años; dos lágrimas asomaron á sus ojos, y exclamó con voz balbuciente y lengua pastosa:

—¡ Adiós, Blas ! Ya ves: no nos dejan estar juntos por última vez. Pero soy tu amigo; ¿sabes? Si te ocurre algo desde allá, avísame á la taberna del *Gato.*

Y se perdió, describiendo caprichosos círculos, por el camino, ancho y recto, que envolvía en aquel momento el polvo ceniciento del crepúsculo.

Belleza escultural: no; no me inquietas.
Como á objeto de arte te contemplo,
con tibia admiración, con toda calma.
Yo busco la ilusión de los poetas,
pan de espíritu, vírgenes de templo,
inquietudes magníficas del alma.

Egolatrías

Es un deber sagrado de los pueblos, el de enaltecer y glorificar á sus grandes hombres, para quienes suele no haber otra satisfacción en la vida, ni otra recompensa á sus méritos y sacrificios, que el agasajo, generalmente efímero, de la popularidad.

Tengo mucha fe en los pueblos que veneran la memoria de sus salvadores, y fortalecen, con sus aplausos de agradecidos, los últimos días de sus sabios. No creo perdida la causa de la redención de España, después de sus hondos desastres y á despecho de un régimen embrutecedor y sofocante, desde que la veo rindiendo homenajes á Echegaray, y quemando la mirra de su admiración ante el pedestal de Ramón y Cajal.

Los vítores de la turba inconsciente, la gritería ensordecedora de fanáticos y el alarde grotesco de sumisión de muchos hombres á un solo hombre, sobre quien no ha descendido la corona de gloria del juicio universal, no son, empero, manifestaciones simpáticas del cumplimiento de ese deber, sino desviaciones del sentimiento, recrudecimientos del instinto de idolatría, que fué el acicate de la voluntad en los pueblos primitivos.

Para que un vivo merezca la apoteosis, mucho debe haber hecho por la libertad, mucho por la cultura ó mucho por la beneficencia en su país, y grandes cifras debe haber trazado en el haber de su existencia la estimación de la humanidad.

Córrese gravísimo riesgo elevando á ídolos á meras persona-

lidades. Ha de corresponder la estatura del glorificado al tamaño del pedestal. Sobre la base granítica, recamada de oro y pedrerías, que levanta el entusiasmo frenético de las multitudes, no podríamos colocar una figurilla de terracota sin reñir con todas las reglas de la estética y la estatuaria.

El hombre hoy divinizado, mañana puede parecernos un pícaro.

En torno del Dios de ocasión, puede hacer el vacío nuestra misma ingratitud. La propia figura puede decrecer y desmoronarse, por extravíos de su imaginación ó perturbaciones de su vida moral, y no habíamos de sacrificar en honor del pedestal, ni de cultivar las flores del eterno cariño entre los tiestos de barro esparcidos en su torno.

El idiotismo político, campo abonado por las arrogancias de la egolatría no es, no podrá ser jamás, testimonio de virtud cívica.

Había más altura en la adoración de un cuadrúpedo ó de un ave por las viejas tribus: era la divinidad lo que brillaba en el fondo. En la adoración de los jefes de grupo no hay nada de fe en lo ultra-terreno: es el egoísmo de los pseudo-creyentes el único dogma. Se aparenta adorar á un hombre y se está adorando uno mismo. Se glorifica al ídolo porque puede darnos algo; se le derribará á pedradas cuando no quiera ó no pueda favorecernos.

No sé en virtud de qué moral se execra el culto de imágenes, que no lleva aparejado un cobro inmediato, sino una problemática recompensa.

Se acepta el sacrificio, se impone el creyente obligaciones y trabajos, á veces con la seguridad de que no serán para él propio sino para el ajeno bien.

Y se dice que eso es imbecilidad.

Yo no conozco imbecilidad mayor que la de erigir ídolos de carne, con pasiones y debilidades; no creo que haya iniquidad social comparable á la de aquellos que involucran el amor á la patria con sus personales apetitos, y prostituyen los sentimientos de las nuevas generaciones con la grosera enseñanza de sus torpezas de iconoclastas.

Se ha de venerar al héroe y de glorificar al grande. Pero no hay grandes ni héroes en la politiquilla menuda de un país convulsivo, que necesita de los extraños cañones y de las amenazas del extraño para vivir en paz.

He leído en estos días que el pueblo liberal de la Habana realizó dos imponentes manifestaciones en honor de Morúa Delgado y de Alfredo Zayas: ilustre el uno, muy ilustre el otro.

Vocero espontáneo de sus talentos, admirador de sus méritos como intelectuales y patriotas, debieron regocijarme esos raptos de cariño de sus parciales. Y, sin embargo, sentí mucho de tristeza por ellos mismos; pensé con honda amargura en las veleidosas impresionabilidades de mi pueblo.

Morúa, Zayas: ayer Capote, Freyre; ¿dónde está la consistencia de nuestros ídolos; la conciencia de nuestras multitudes, dónde?

Ha dicho con razón un nuevo periódico habanero que hay períodos en la vida de las naciones en que sobreviene un estado psicológico especial, en que un hombre puede constituir un símbolo, encarnando las aspiraciones popnlares. Pero sobre que ni en tales casos pudiera llegarse á una casi unanimidad de los sentimientos colectivos, ingentes han debido ser los sacrificios, espléndidas las abnegaciones, incomparable la obra patriótica de ese hombre, para alcanzar en vida honores de apoteosis. Acaso en Cuba no ha habido más que un hombre, digno por su labor ciclópea y por su inmensa altura moral, de merecerlos: José Martí.

Basta á los ilustres el respeto de sus comprovincianos. Conformaríanse todos los grandes hombres de la tierra, con el cariño sincero de sus pueblos. Dios mismo, todo bondad y mansedumbre, si tuviera forma corporal, volvería la espalda á los que llevan á sus templos explosiones de fanatismo y torpezas de humillación. Quiere Él, sólo que se le ame; cuando más en silencio y con mayor solemnidad, mejor.

Yo no puedo creer que estos ilustres amigos míos á quienes se ofrecen homenajes de dioses y se atribuyen condiciones de símbolos; yo no puedo creer que ellos mismos se sientan gozosos de un espectáculo que les recuerda horas tristes y trágicas escenas de la historia. El Amigo del Pueblo, Dantón y Desmoulins, Robespierre y Collot D'Herbois; aquella brillante pléyade de girondinos, conducidos al patíbulo en la misma carreta que llevó á María Antonieta y á Luis XVI; Riego, escupido y apedreado en la camilla después de haber enardecido el alma nacional; Bolívar, muriendo de tristeza, abandonado y solo, después de haber emancipado un Continente, como, después de haber descubierto un mundo, el gran Colón; Céspedes depuesto y sacrificado; Gómez

maldecido; el sin rival Washington calumniado, Mac-Kinley asesinado.

Jesucristo, lo más grande de todos los siglos, negado por Pedro, entregado por Judas, crucificado por su pueblo ¿no ha de hablar todo esto al alma de Zayas y Morúa con la elocuencia aterradora de la ingratitud humana, con el peso aplastante de la tremenda hiriente amenaza de lo inestable?

Palma, Dolz, Capote, Freyre; vedlo.

Por esas mismas calles cruzó la imponente manifestación en honor vuestro y bajo ese mismo cielo alumbraron las candilejas y resonaron los vítores, al flamear de las banderas y al resonar de las alegres músicas.

El himno de Bayamo, la sagrada oración de la Patria, arrulló vuestros oídos. Os ensoberbecísteis acaso. Os creísteis dioses tal vez. Y no érais ni terracota siquiera; érais barro crudo, modelado por el egoísmo de las multitudes sobre el recamado pedestal. Llovió apenas, y rodásteis. Estad seguros de que éstos rodarán también. El material es análogo aunque haya diferencia en el modelado. Riego volverá á ser escupido, y Barnave y Saint Just subirán también á la fatal carreta.

Para hacer hombres-símbolos, no hay más que un artista: Dios.

Dios de Cuba, ¿cuándo las ideas y no los hombres constituirán la esperanza de mi pueblo?

He visto florecer sobre las tumbas
claveles y amapolas,
y nacer las ortigas y los cardos
del atendido arriate entre las rosas.
También en los pantanos de la vida
santas virtudes brotan,
y tremendos pecados de impudicia
tienen lugar en la opulenta alcoba.

Leyendo á Juan Rivero

Oyelo, Suevia, región hermosa que limitan el Eo y el Miño, y acarician el Cantábrico y el mar de Atlante: cuando leo las crónicas de J. Rivero, y veo desfilar ante mi fantasía, tus rías y tus playas, tus mujeres y tus bosques, pienso que me he abierto sitio en tu regazo, que me he sentado á la sombra de tus chopos á la vera del camino, que tu alma me arrulla con las notas quejumbrosas de la muñeira, y siento que invade mi corazón, como un frío punzador, la enfermedad de tus hijos, la mortal morriña.

Muchas veces, después de la lectura de esos párrafos castizos, rebosantes de sentimiento, pletóricos de admiración y ternura, del joven literato astur, fijo los ojos en el mapa universal, pendiente de un testero y ¡ahí estás, del Finisterre abajo, asomada incesantemente al océano, buscando, ansiosa, las miradas de América, y enviando tus suspiros á la marina brisa que agita mis palmares, y riza mis lagunas, y plega mis flores, y orea y embalsama mis sienes!

León, Extremadura, Andalucía: tenéis por delante á Portugal, que no os deja ver hacia Occidente. Aragón, Cataluña, Valencia; estáis más atrás todavía. Para enviarnos desde allá un suspiro de amor, si no tuviérais bajo el abismo un vehículo de alambre, necesitaríais pedir permiso al lusitano; tendríais que hacerlo desde extraña tierra. Galicia no: que ella—como Canarias—puede, desde los abruptos peñones de la costa coruñesa,

hablarnos por medio de las ondas aéreas sin permiso de otro pueblo, sin obstáculos terrestres, ni más testigos que las gaviotas que surcan el espacio, y las tempestades que no pusieron espanto en los espíritus de Colón y Vasco Núñez de Balboa.

Y, sobre todo, que allí, unas leguas más allá de tu recinto, la morriña no se produce; cesa esa dulce compenetración del hombre y el terruño.

Tú la padeces, porque aún no has olvidado tu historia: historia de mártires y de libres.

Porque aunque te llaman Suevia, tú no eres sueva. Fuíste celta en la noche de los tiempos; desde la Babel del tronco aryo; eres ibera, mil trescientos cincuenta y cinco años há, desde que Leovigildo arrojó al invasor, que de las riberas del Elba y el Danubio vino á plantar sus tiendas sobre tu espléndido *chau*.

Caíste ante Roma; cediste á la irrupción berberisca; pero ¿quién fué la primera en secundar la epopeya de Covadonga? ¿quiénes sino tus caballeros, se unieron á los caballeros astures, y sacudieron el yugo sarraceno, y echaron los cimientos de la unidad de la patria?

Como Madrid, rechazaste al Capitán del siglo XIX; como Zaragoza, escribiste en 1808 brillantes páginas de heroísmo patriótico.

Tu raza es gemela de mi raza eúskara.

Tu pueblo es mi pueblo cubano de otros días: dulce al halago, irascible al ultraje, soñador á ratos, á ratos viril y resuelto; sangre de godos en venas de indígenas; lo tierno y lo robusto, apacibilidad y rebeldía, en dulce maridaje y eterno equilibrio.

Diste á las letras castellanas altos timbres; doctores á la Iglesia, Montero Ríos á la política, Méndez Núñez á las azules olas y Sánchez Bregua á las armas españolas. Los trinos de Rosalía Castro y las notas de tu Chané, resuenan sin cesar entre las verdes hojas de tus castaños y abetos, y en las florecidas riberas de tus rías.

Tu lengua melódica, ha recogido y cantado todas las sensaciones de tus almas cándidas, pastoriles, en églogas que son arpegios, en canciones que expresan las delicias del espíritu.

Pero si desde el Padre Feijóo hasta ahora no hubieras dado á la literatura nacional más que una grandeza, ella habría traído tu alma á mi tierra: que es Curros Enríquez, el bardo ternísimo que lloró tus duelos con acentos más dolientes que los de la gaita

melancólica; pero alegró tus éxitos con más viveza que el repiqueteo del tradicional *tamborileiro;* que rugió tus cóleras en dúo sublime con las olas cantábricas, y llevó los apóstrofes de tu indignación al rostro mismo de los tiranos.

Has sufrido, Suevia; has luchado; te has erguido. Menospreciada de los Gobiernos de la Nación, como lo fué mi bella Cuba, en vano te requiebra el inglés ¡pérfido! como su hijo y maestro, el *yankee*, enamora á mi patria.

¡Hasta en eso nos parecemos!

....

Oí en mi niñez un anécdota, cuya síntesis recuerdo.

Un gallego se marchaba de Cuba con unos cuantos pesos reunidos á fuerza de privaciones. Y otro gallego que no podía partir, le decía, con lágrimas en los ojos: *si veis á la mía muyer dirásla qu'eu morro.* Y, en efecto, el infeliz, sin ninguna lesión física, se murió. Lo mató la *morriña*, que es la enfermedad de la tierra, la inconsolable ausencia de la patria, la nostalgia del hogar nativo, la sed insaciable del terruño.

¡Oh: qué patriotas son los que mueren de *morriña!*

Yo también, sin dejar de ver nunca este cielo del Trópico, magníficamente azul, y sin dejar de recibir en el rostro el beso de estas brisas, impregnadas del hálito de eternas florescencias, yo también estoy enfermo de incurable *morriña*.

Conocí los primeros síntomas, diez años hace. Los accidentes de la guerra mantuviéronme alejado durante muchos meses, de la aldea donde hoy vivo, incrustrado como la ostra al peñón ribereño. Rodeábanme siete angelitos y una amante compañera. Pero dejaba atrás, cabe la célebre Trocha de Majana, padres viejecitos y desamparados, deudos y amigos que entonces me parecían leales; dejaba, tras cuatro musgosos muros, los huesos de dos hijas, de cuatro abuelos, de ocho hermanos, toda una tribu, toda una población, mi familia de dos generaciones. Todavía no estaba seca la tierra donde poco antes había depositado un pedazo, un gran pedazo, un pedazo muy doliente, de mi corazón, que no más recuperaré; todavía este sol de fuego no había evaporado el lago de las lágrimas mías, en que nadaban veinte coronas de biscuit que mi pueblo, menos buen amigo ahora que entonces, colocó sobre la tumba de mi infortunado ángel.

Y juro en Dios que mil veces maldije del espíritu de conservación; que mil veces me reproché de debilidad.

Pero yo no podía disponer del porvenir de aquellas criaturitas; ellas me impedirían siempre, volver al cementerio de mis reliquias, al arca de mis recurdos, y sucumbir á balazos, y entregarme al machete; y buscar en actos temerarios de la manigua compensación y fin. Yo no tenía derecho á volver con ellos al barracón de reconcentrados, para verlos morir de hambre, morir yo con ellos de desesperación, y rodar juntos á la misma nauseabunda fosa, empujados á puntapiés por el servil más servil de mi pueblo.

¡Ahora, siquiera, comen y ríen, mientras yo pienso y oro!

....

De entonces arrancan las primeras manifestaciones del mal que me devora.

Yo creía entonces que el fuego consumiría mi nativo hogar, borraría las reliquias de mi vida, y arrasaría el ideal patriótico de mi pueblo; yo creía que la libertad de Cuba agonizaba.

Vinieron hondos sucesos é inesperadas soluciones. La patria es; la República existe; pero no es la República que yo soñé; no es la patria que quisieron crear mártires y apóstoles.

Ahora, cuando veo que la Isla de Pinos no es nuestra, que Guantánamo no es nuestro; que en Camagüey solamente, la séptima parte de la población es extranjera; que las empresas industriales se nos fueron, que la tierra se nos va, que los ideales murieron, las codicias despertaron y todas las corrupciones asoman, cómo en los campos de mi terruño asomaban columnas y escuadrones devastadores, siento que la enfermedad se recrudece.

Al primero que pasa, camino de la paz, repito la frase del gallego enfermo: «si ves á Martí, dile que muero de tristeza y desesperanza».

Y no puedo leer una sugestiva crónica de Juan Rivero, sin figurarme que descanso á la sombra de los chopos, envuelto en las armonías de la *muñeira*, suspirando por los esplendores perdidos de la patria ausente...!

Olvido criminal

¡Y no queréis que la acerada pluma rasgue el papel y al rebotar sus finales, salpiquen de tinta color de luto, la blanca cuartilla, cuando el corazón revela tristeza y la conciencia se rebela contra las mentiras de la vida social!

Allá, en una plana de *El Mundo*, entre las correspondencias del interior de la isla, generalmente inspiradas por el chismecillo local, la futileza ó la adulación, tropecé con la dolorosa noticia.

En Camagüey, la ciudad histórica, cuna de valientes y de hermosas, hidalga y patriota siempre, dos guardias rurales, el 114 y el 134, de recorrido nocturno por la calle de Máximo Gómez, oyeron profundos gemidos de un sér humano. Y sospechando un crimen, penetraron en la casa marcada con el número 136, envuelta en sombras impenetrables; las sombras de la noche, de la miseria y del dolor.

Hicieron luz; reconocieron la estancia; contemplaron el horrible cuadro. Una anciana moribunda clamaba auxilio, no contra el bandido, más humano á veces que la sociedad que olvida y abandona, sino contra aquel espantoso morir á oscuras, sin oir la frase de consuelo del amigo, sin sentir el beso inefable de la hija, á solas con sus dolores, sus recuerdos, su sed y su desesperanza, en medio de un país que tiene fama de rico y hospitalario.

Junto al mugriento lecho de la moribunda, sentada en viejo balance, una joven idiota; ni se daba cuenta del lúgubre drama

que se desarrollaba á su lado, ni sentía normalizada su razón, un momento siquiera, á impulsos de una suprema rebelión de la sangre.

La anciana era Juana de Dios Varona, viuda de Quesada. La joven, su hija. ¡No sé el nombre; no importa á la sociedad cubana el nombre de una demente más, aunque ella lleve apellidos de Quesada y Varona, inmortalizados en la leyenda de las heroicas luchas de otros días, por el ideal dignificador!

Cumplieron con su deber los dos oscuros soldados, participando á sus jefes el triste hallazgo.

La muchacha idiotizada fué conducida al hospital donde siquiera la darían de comer. La pobre dama expiró, siquiera bajo el beso de la luz del sol de su patria y oyendo hablar en torno de su lecho lenguaje de piedad, más ó menos sincera.

Recordóse entonces que ella era hermana de Bernabé de Varona (a) *Bembeta*, uno de los próceres de la revolución de 1868, inicuamente fusilado por Burriel cuando lo del *Virginius;* lealmente sentido por todo español honrado, y por todo cubano libre amargamente llorado.

Y el juez, el alcalde, el jefe de policía; vecinos de significación y compañeros de armas del valeroso joven camagüeyano, idearon entonces honrar la memoria de *Bembeta*, luchador abnegado, vencedor generoso, el que jamás fusiló un prisionero ni odió á un contrario; el hidalgo y caballeroso *Bembeta*.

Trájose un elegante sarcófago; llevóse á la sala de sesiones del Ayuntamiento el cadáver; diósele guardia de honor; llegaron coronas, desfiló la sociedad camagüeyana por la capilla, y cortejo numeroso depositó en la Necrópolis huesos y flores, verdad y mentira, despojos de una existencia infeliz y convencionalismos de una sociedad tarda y desagradecida.

Se registró en la prensa el homenaje; quedó la huérfana en el hospital, y los guardias rurales 114 y 134 en el cuartel, y oradores y acompañantes, guardianes del cadáver é iniciadores del espectáculo, durmieron aquella noche satisfechos de haber cumplido un deber para con su patria.

¡Bueno: así se entiende el deber! ¡Bueno: así es ahora el patriotismo y así surge la piedad nuestra: en honores póstumos y favores no aprovechables!

Juez, alcalde, jefe de policía y de la rural, hicieron algo estimable. Pero pertenecen á una generación que no hace nada por

su propio enaltecimiento, y son factores salientes de una sociedad olvidadiza y vana, que se gasta mil pesos en un entierro y diez mil en un monumento, después de haber dejado morir de hambre á un mártir, ó matado á ultrajes á un héroe.

Ahora se ha pedido de favor al Gobernador Provisional que permita adjudicar la pensión que disfrutaba la madre de José Martí á sus pobres nietecitos. Los hijos de Bartolomé Masó no deben favor ninguno al Tesoro de su patria, de donde los polítiticos y los audaces han robado tanto dinero.

Camagüey generoso, no sabía que Juana de Dios Varona expiraba en mísero cuartucho, á solas con la hija idiotizada. Si lo sabía, y como á tantas otras míseras, las dejaba morir en el tugurio, como á perros sin amo, no recordaba el nombre de uno de sus abnegados gloriosos hijos. Si, recordándolo, no creía que el parentesco fuera bastante motivo para despertar un sentimiento piadoso, poner una enfermera al cuidado de la dama, separar de su vista á la hija infeliz, y, por suscripción popular, atender á todas las necesidades de la hermana y la sobrina de *Bembeta*, entonces Camagüey no debió encerrar el cadáver en lujosa caja, llevarlo á la casa del Pueblo, ni desfilar por allí, mintiendo un dolor que no puede nacer entre candelabros y coronas, que surge en presencia del infortunio y estalla á vista de los cuadros horribles de la miseria.

País este, agitado desde hace un siglo por invencible sentimiento de rebeldía; con un catálogo inmenso de héroes y de víctimas, yo bien sé que no es fácil tender el manto de la piedad colectiva sobre todos los huérfanos y todas las viudas de los que murieron por la libertad de la tierra; yo bien sé que muchos nombres de mártires yacen olvidados, y en miles de hogares hay luto y tristezas eternas, porque las guerras se llevaron á algún sér querido, sostén y alegría de una familia cubana.

Pero si el Estado no puede recoger y amparar á los supervivientes miserables de aquellos naufragios horrendos de 1868 y 1895; si la piedad popular no puede encontrar un medio de aminorar las angustias de aquella anciana, de aquel inválido, ó de aquel niño, cuyos nombres recuerdan un heroísmo y reviven una historia brillante, déjeseles que vivan entre el muladar y mueran en la obscuridad del arrabal; recójalos el carro del hospital y entiérreles misteriosamente el sepulturero; impóngase una multa á la pareja de guardias rurales que vuelva á avisar que está mu-

riendo una dama de apellido ilustre, y reserve la prensa sus columnas para gloriar al codicioso, adular al matón y fomentar las odiosas rivalidades que han hecho del pueblo de *Bembeta* y Masó un grupo de incapacitados, sólo tranquilos cuando el sable extranjero les amenaza y la oferta de la tajada les entretiene.

Pues no hay amor por los vivos, no haya piedad por los muertos.

Coronas, discursos, epitafios, capilla ardiente, crónicas de periódicos y vistas fotográficas... *vanitas vanitatum.*

No debe ser menospreciado en vida quien va á ser honrado en muerte.

No se debe fingir piedad ante la materia podrida, si no se tuvo lástima del dolor, interés por la miseria, ni amor por el espíritu.

Para admirar coronas y ver espectáculos nuevos, ¡ahí de los comercios y de los teatros!

Y así Camagüey, y así Cuba toda: pompa, apariencia; todo tardío y todo á medias.

Junto á una fértil ribera
entre los prados risueños
del país de la Quimera,
levantó la Primavera
la ciudad de los Ensueños.

Viajero: si acaso vas
á ese mundo peregrino,
no vuelvas la cara atrás,
porque obligado serás
á desandar el camino.

¡Oh tierra de Promisión:
déjame entrar otro día
á bañar el corazón
en tus deleites, que son
toda la esperanza mía!

Juventud sana

Esto que sigue, se publicó en el *Diario de la Marina* el día de difuntos, y en las mismas columnas lo reproduzco. Si veinte veces se publicara, no estaría de más, porque la buena acción que se describe, es un himno dulce y sencillo de caridad, elevado por la noble juventud cubana; y porque de ejemplos tales podría derivarse una saludable rectificación de costumbres, en pro de la conservación de las exquisiteces de nuestra raza.

Hacer limosnas siempre es bello.

Hacerlas, espontáneas y fervorosas, cuando se va á honrar la memoria de nuestros muertos, es lo más agradable al Dios de los pueblos, lo más ennoblecedor que el hombre puede realizar en las solemnes ocasiones de la existencia social.

Copiamos el suelto:

«UNA BUENA ACCION

«Unos cien serían los estudiantes que ayer se reunieron en la Universidad y que desde la misma se encaminaron al Cementerio de Colón, con el fin de rendir un recuerdo y un tributo de cariño á los compañeros muertos en el triste 17 de Noviembre del año 71.

«Al pie del panteón hallaron una anciana pobre, ciega; y llevados de los generosos sentimientos que los animan y acaso, acaso, por ofrendar una obra de caridad á los muertos que recordaban, los estudiantes hicieron una colecta, y aportando su parte

todos ellos reunieron una buena cantidad que entregaron á la anciana.

« Esta lloraba... La obra és muy hermosa; acaso la más hermosa que estos días se hará en honor de los muertos.»

¿Veis? Esa es el alma juvenil, expansiva y tierna, no conturbada todavía por los groseros materialismos del mundo; esa es la moral cristiana, esplendorosa aun en medio de los decaimientos y claudicaciones de la hora presente; esa es la raza, mezcla de árabes y godos, trasplantada á América, hermoseada al contacto de esta naturaleza del Trópico, á todas las sensaciones del amor propicia, y dulcificada y pulida bajo el influjo de una suave educación doméstica, acaso no eficaz para obtener los grandes triunfos de la vida moderna, en que el egoísmo es lo primero y la fortaleza del ánimo lo principal; pero la única que hace posibles las ternuras del sentimiento y pone á las criaturas en aptitud de concebir esos idealismos que se señalan en la historia mundial con los nombres de la epopeya, los descubrimientos, raptos sublimes, abnegaciones por la ciencia, martirios por el ideal, heroísmos por la patria; civilización de los continentes y conquista de las almas.

Mientras los estudiantes de mi tierra hagan limosnas, habrá esperanzas en la rehabilitación nacional.

Cuando las manifestaciones del patriotismo cubano, se asocien estrechamente á la piedad por los míseros, Cuba será.

Nunca me ha parecido homenaje digno de nuestros muertos el que consiste en jubilosas peregrinaciones á determinados sitios, luciendo ricas galas, apurando sendas copas, corriendo en caballos y automóviles, en medio de importuna algazara; preparando los jóvenes, chicoleos para las damas que de antemano ensayan sonrisas y coqueteos, y zurciendo los tribunos sus párrafos retumbantes, que coronará el aplauso de los imbéciles y coreará el reporterismo, convencional y complaciente.

Paréceme que el homenaje de duelo ha de ser grave, silencioso, recogido, expresión sincera de un dolor que no se finge, traducción externa de una honda herida que en el alma se lleva.

No he podido transigir nunca con el hipócrita duelo de mi pueblo en la noche del 19 de Mayo, aniversario de la muerte de un cubano casi santo. Enlútanse los salones de la sociedad política, ó de recreo; adórnase la tribuna, cuájanse de retratos

los testeros, agólpase la muchedumbre, recita su elegiaca oración el personaje; pero ningún ojo llora ni ningún semblante se entristece.

Muchas horas antes, desde que el sacerdote rezó las preces en el Templo, ante el improvisado túmulo, ya están comprados los voladores y luces de Bengala, preparadas las banderas y cargadas las bombas para cuando las campanas avisen que empieza el día 20.

Yo no creo en tristezas así. Yo no puedo explicarme esas violentas transiciones del espíritu; me hacen sufrir esas hipocresías del sentimiento nacional.

Tener preparado el traje de baile para cuando lleven á enterrar el cadáver del padre, es cosa vil.

Dar de manos al hondo pesar, enjugar rápidamente las lágrimas y ahogar el luto en el fondo del alma, porque ha nacido una República, que luego ofreceremos de buen grado al extranjero, que cuatro años después queremos por todos los medios humillar y destruir, es alegría de estúpidos y resolución de infames.

¡Ah!; no hemos honrado con limosnas, no hemos conmemorado con buenas obras la memoria de nuestros muertos ilustres. Por eso ni somos dignos de ellos, ni merecemos la patria libre y grande, honrada y feliz que ellos soñaron.

Hacemos como que lloramos el 19 de Mayo y el 6 de Diciembre, para ver cómo aparentan llorar la dama que nos cautiva con sus hechizos, el político que anda á caza de credenciales, y el traidor á su tierra que quiere rehabilitarse ante su propia conciencia.

Glorificamos, aparentemente, el triunfo de la República el día que la moda lo dispone; pero arrastramos el crédito de la nacionalidad por el lodo de nuestras codicias, y escarnecemos el sacrificio de las generaciones antecedentes bajo el peso de nuestras veleidades y concupiscencias.

Atmósfera tal, de mentirosos convencionalismos é hipócritas actitudes, creada, exclusivamente, por el sectarismo político, por la desatentada ambición de los patrioteros, sería bastante para dar al traste con la seriedad de un pueblo y el prestigio histórico de una sub-raza, si él no hubiera recibido cristianísima educación en el hogar doméstico y ella no fuera tan fuerte y tan grande en el ejercicio de las virtudes espirituales.

Ahí están esos cien estudiantes. Son los jovenzuelos travie-

sos, los vivarachos é inquietos muchachos del Malecón: parecen *boulevardiers* por sus hábitos, riñen, se insurreccionan, sienten todas las altiveces de origen y todas las impetuosidades de la edad; empiezan á contaminarse con el hálito de perversión moral que nos rodea; pero no se han podrido; tal vez no se pudrirán.

Su limosna á una ciega, es un acto bello. La ciega es vieja y fea: no hay asomo de vil intención. Se encontraron con ella en la puerta de la casa de los muertos, cuando *El Fígaro* honraba á las letras patrias depositando coronas sobre las tumbas de los poetas caídos, y cuando la bulliciosa multitud se desperdigaba por las alamedas, hablando tal vez de amores y codicias, concibiendo apetitos de lujuria ó planes de perturbación social; curioseando acaso; acaso nombrando con fruición, con regocijo de secreta venganza, al prócer muerto, al enemigo allí sepultado; tal vez ideando una nueva revuelta en nombre de la libertad de la patria.

Iban á honrar la memoria de aquellos ocho niños que la maldad de un hombre sentenció y la imbecilidad de las turbas lanzó á la fosa. ¡Y la honraron á fe! No hay moneda más grata á Dios que aquella que representa la gratitud de los míseros, ningún homenaje más sabroso y mejor recibido por los espíritus que dejaron la envoltura carnal, que aquel que se les rinde envuelto en lágrimas y bendiciones.

Yo recogeré, y cuidadosamente guardaré en la ya repleta arca de mis recuerdos, el de esa acción realizada por los estudiantes de la Universidad de la Habana, en ocasión en que el patrioterismo no les hubiera dado tiempo y serenidad para percibir á la pobre cieguecita; y alimentaré con él la casi extinta hoguera de mi fe en los destinos de la patria, mis casi yertas esperanzas en la rehabilitación de mi pueblo y la salvación de mi ideal.

La amaba con delirio. Se murió,
y ya me consolé de aquel pesar.
Antes de que se pudra mi osamenta,
los que me aman, también me olvidarán.

Resurrexit

ESO, INMATERIAL, impalpable, intangible; hada misteriosa de los ensueños, que puebla de armonía nuestros oídos y satura de esencias de virtud nuestras almas, eso es el ideal.

Quitad al hombre la esperanza que tarda, la aspiración que no se realiza, el triunfo que no llega, y le habréis endurecido. Robad al corazón sus creencias en algo más allá de lo presente; despojad de la dulce poesía del sentimiento sus concepciones, ahogad sus candideces en el vaho insoportable de la realidad grosera, y habréis destruído todos los encantos de la existencia y realizado la infelicidad de los pueblos. El pasto abundante, el agua del arroyo, sol, hembra, noche, descanso de los músculos ahora y reproducción de apetitos mañana, eso es la vida del instinto; la misión del bruto, eso es el materialismo, la desesperanza, la petrificación fatal de los dulces sentimientos del espíritu.

No son los humanos egoísmos otra cosa que manifestaciones, más ó menos burdas, del ideal; á veces, degeneraciones del ideal mismo.

Tras el estudio está la carrera cómoda y lucrativa; por el periódico y el verso aspiramos á la inmortalidad; la obra del genio, vendida en el museo, no sólo produce oro; traza nimbos de gloria en torno de un nombre.

El amor de los sexos no llega á las escenas del hogar y á la prosa de la familia, sino por la puerta de las castidades, á impulsos de sueños de ternura infinita; de deleites de espiritualismo.

El servicio de la patria, la cooperación resuelta á la obra del progreso colectivo, no es consecuencia de un cálculo frío, razonador, positivista, que empieza por darse cuenta cabal de la función social, y acaba por consagrar á ella todas sus actividades, como se reúnen todos los esfuerzos para arrancar de nuestro camino el obstáculo que nos estorba, y aportamos todas las energías al éxito de la sociedad mercantil, temerosos de que se nos separe de sus beneficios.

Amábamos á la patria, antes de entrar á su servicio; antes de conocer el mundo, soñábamos con el progreso y aspirábamos á la libertad; hay mucho de ingénito, de intuitivo, en la obra del ciudadano. El culto á la bandera y el orgullo de la propia historia, nacieron en nosotros, desde que el hada misteriosa de los ensueños nos arrulló con sus inefables harmonías y dejó caer en nuestros corazones simientes de altruísmo, gérmenes de bondad, esencia gratísima de cívicas virtudes.

Oigo decir que el ideal de los cubanos ha muerto; yo mismo suelo decirlo, cuando el velo de las decepciones me cierra las perspectivas del porvenir. Exageramos. Lo inmaterial no muere. Lo invisible, lo impalpable, lo que está fuera del contacto de los hombres y á mil codos de cuanto puede alcanzar la atmósfera del mundo, eso no se gasta ni se pierde, como no muere Dios porque se le dude ni desaparece el amor porque se le hiera. Vayan pocos, ó vayan muchos fieles al templo, el martirio del Cristo es el mismo, el drama del Gólgota no pierde un ápice de su alegórica grandeza, ni deja de irradiar sobre la humanidad la fe en sus propios gloriosos destinos.

Lo que pasa es que están enfermos los creyentes; que son más burdas las manifestaciones del ideal primitivo; que el ideal patrio sufre en algunas manos, en algunas nada más, grosera degeneración. Pero él resurgirá ¡vaya si resurgirá! Siempre hay un Tabor, más ó menos lejano, dispuesto á servir de escenario á la transfiguración de un pueblo crucificado.

Martí, evangélico; sublime Agramonte; niños mártires de Noviembre del 71; hermanos Agüero; más atrás aún La Luz, Heredia, Saco: disponeos, agrupados en torno del sagrado montículo, á presenciar, cuando esta tormenta de impudicias cese, la resurrección del ideal cubano.

Honores póstumos

FUÉ EN 1870 y 71, que la fatalidad puso aleve mano sobre la faz de la heroica Francia, cerebro del mundo y gala de la historia.

El tercer Napoleón, dormido sobre los laureles de Magenta y Solferino, cuando no riendo en las Tullerías ó bailando en Versalles, había ensordecido á los clamores de su pueblo y á las exigencias incontrastables de su tiempo.

El imperio, agrietado desde sus cimientos, tambaleaba. La buena estrella del sobrino entraba en franco eclipse, como había entrado la del gigante tío. Waterlóo estaba cerca, Metz y Sedán labraban la tumba del último Emperador francés; y sobre Alsacia y Lorena aprestaban sus garras las águilas prusianas.

Gobiernos que se divorcian de las nuevas ideas y se desentienden del sentimiento popular, son Gobiernos moribundos. No importa que concentren doscientos mil hombres en una plaza fuerte é invoquen el prestigio de una gloriosa, insuperable historia militar. Cualquier Bazaine sirve de instrumento á la justicia humana.

El patriotismo francés, espejo y guía siempre, claudicó una vez. Y los apóstoles del ideal republicano transigieron con la derrota de sus armas, soportaron la profanación del territorio por extranjeras plantas, se entendieron con el Kaiser, dejaron hacer á Bismarck, sufrieron á Moltke.

¡Epoca de luto y vergüenza para la nación caballeresca!

¡Días horribles del sitio de París; mutilación horrible de la patria; doloroso vencimiento de la tricolor bandera!

Paladines no hizo más que Hoche. Dumouriez y Mac-Mahón no eran los Mariscales arrogantes del Corso.

Cuando la conciencia nacional se dió cuenta del tremendo desastre, no era Luis Napoleón el caído: era el honor de la Francia el que había sido pisoteado por los caballos de los hulanos.

La república vendría al fin. Pero vendría á carísimo precio; á costa de dolores incurables.

Treinta y cinco años han pasado, de rencor y anhelos de venganza; de anuncios de revancha y aprestos guerreros. En pie de guerra ambas naciones; esquilmada la riqueza pública; y enervando en los cuarteles lo mejor de su respectiva juventud, el Presidente, de chistera y frac, de una parte, y de la otra el Kaiser, de uniforme y casco, han estado mirándose, á través del Rhin, ceñudos y amenazadores, hoscos y bravíos, entre el terror de la Europa, pendiente del problema, y la curiosidad, un tanto interesada, del resto del universo.

Mas ¡lo que puede el tiempo! ¡lo que pesa en los destinos humanos el sentimiento divino de la piedad! Una lágrima sincera, cayendo sobre una tumba honrada, puede variar la faz de la historia.

Me ha conmovido la lectura de los detalles de hermosa ceremonia.

En Maguncia, ciudad del Hesse-Darmstadt, patria feliz del inmortal Guttenberg, se ha construído un panteón, y á él han sido trasladados los despojos de los soldados franceses que durante aquella cruda guerra, murieron en territorio alemán.

Las osamentas de ochocientos cuarenta y siete mártires del deber, piadosamente recogidas por el enemigo vencedor, descansan, de hoy más, en un mismo lecho, unidas en el cumplimiento de las leyes de la metamórfosis material, como ayer estuvieron unidas las voluntades por la disciplina militar, y las almas identificadas en el culto de la bandera y el amor á la nacionalidad.

¡Fiesta sugestiva y enternecedora!

Los veteranos alemanes, acaso los mismos que en 1870 segaron por sus manos aquellas ochocientas cuarenta y siete vidas, allí estaban, formando el cuadro con sus banderas triunfadoras, emocionados y compadecidos.

Hendían el aire las quejumbrosas notas de una marcha

fúnebre. El general Eichhorn, Comandante del 18º Cuerpo de Ejército, representaba al Soberano de Prusia. Le acompañaban las autoridades locales, ministros de las religiones predominantes, y diplomáticos de la gran Nación, en honor de cuyos héroes se celebraba el acto.

Todas las representaciones del poder militar de la Confederación, saludaron solemnemente cuando, á los sones de la orquesta, el batallón prusiano desplegó la bandera azul: homenaje reservado en tiempos de paz sólo al Emperador.

Oíd cómo describe un periódico los últimos pormenores:

« Avanzó luego un capellán católico con capa pluvial; rodeado de cuatro soldados sin armas, de sirvientes y acólitos; bendijo la tumba y pronunció estas palabras:

« El tiempo ajará estas flores y secará estas coronas; pero jamás se debilitará el amor que vuestra patria os profesa, ni nuestra solicitud para cuidar vuestros restos y conservar vuestra memoria que se trasmitirá á los hijos de la tierra en que sucumbisteis. »

« El general Eichhorn depositó en seguida una corona de roble con cinta blanca en nombre del emperador, y dijo:

« El emperador me manda depositar esta corona aquí, donde reposan hombres que murieron como fieles hijos de la patria, al sostener el combate donde encontraron la muerte. Honremos su memoria. »

« El burgomaestre de Maguncia pronunció un elocuente discurso en que hizo un llamamiento á la unión y buena armonía para asegurar la paz.

« En el momento de ser colocada la losa para cerrar la tumba, se inclinaron las banderas y el estandarte prusiano; los veteranos levantaron las manos hasta las viseras, la música ejecutó una marcha fúnebre, redoblaron los tambores y se oyeron tres descargas de fusilería. »

¡Treinta y cinco años: treinta y cinco soplos en la vida del planeta! Y hé aquí que el Kaiser de Germania y el Presidente de la Galia, la ciencia y el entusiasmo, ya no se miran hoscos y ceñudos á través de las nieblas del Rhin. Ahora se han saludado cortésmente, se han enviado de frontera á frontera un sincero abrazo. El generoso corazón de la Francia republicana, ha

palpitado enternecido. El imperio triunfador, hijo de los maestros de escuela, ha experimentado la dulcísima satisfacción de haber realizado un acto de justicia en pro del contrario valiente: de haber rendido homenaje de respeto á la memoria de ochocientas cuarenta y siete víctimas del deber.

¿Verdad que la humanidad no está del todo gangrenada todavía? ¿Verdad que la nobleza, la caridad y el amor podrían, á poco que se las sintiera y practicara, cambiar radicalmente el aspecto social, y hacer, de este mundo de rencores, un nido de hermanos?

Pensad, déspotas; pensad, vosotros los que dormís sobre los laureles del campamento, bailáis en el Versalles de la soberbia, y apuráis el champagne de la frivolidad en las Tullerías de los malos gobiernos, pensad si valía la pena de haber sacrificado esas ochocientas cuarenta y siete criaturas jóvenes y fuertes que tenían hijos y madres; deducid qué impulso habrían dado, ochocientas cuarenta y siete familias, en treinta y cinco años, al proceso civilizador de la humanidad. Hubieran bastado para poblar una región inculta, levantar una colonia próspera, echar los cimientos de una nueva nacionalidad, extender el genio de la raza latina y dignificar más aún la historia de la tierra de Pascal y Hugo, de Chateaubriand y Racine, por la ciencia, la libertad y el trabajo.

Dormir en los laureles de Magenta y despertar en la traición de Sedán; hé ahí el destino de Gobiernos que desoyen la voz de su pueblo y se divorcian del sentir de su época.

¡No haya honores póstumos como los de Maguncia; pero no haya mártires!

No me mandes ceder: si caigo herido
del batallar en la candente arena,
pongan los triunfadores al vencido,
mordaza al labio, y á los pies cadena.

Déjame ahora, con valor creciente,
hacerme superior á mis pesares,
y levantar indómita la frente
como sus olas los airados mares.

Presentimientos

Enfrentáronse ante una tumba abierta, dos demagogias frenéticas. Después, cada cual tomó su camino, y ninguna fué por el camino de la virtud.

M. M. STERLING.

DESDE que el primer año de república hubo transcurrido, ni un solo día me he sentido satisfecho de la conducta de mis paisanos; ni un solo día he dejado de estremecerme pensando en el porvenir de mi tierra.

Turbas de cretinos, arrastrando por el lodazal de sus codicias el nombre de la patria; elementos espúreos, convertidos por arte de su osadía en salvaguardias del honor nacional; la insania organizada y la imbecilidad engreída, fungiendo de factores en la tarea ciclópea de levantar una nacionalidad democrática sobre los cimientos podridos del coloniaje, no podían dejar sitio á la fe, ni asiento á la esperanza.

Mas, así y todo, por duro y merecido que sea el juicio de lo presente, formado á la luz de una lógica elemental; por cerrados que parezcan los horizontes á la consecución del ideal y á las aspiraciones de justicia, á cuyo impulso ahuecamos la voz, enarcamos el cuello, fruncimos el ceño, relampaguearon nuestras miradas y descargaron nuestros brazos el tajo vengador sobre la cabeza de la vieja Metrópoli, confiésolo, aunque ello parezca inexplicable: tengo miedo, grande miedo, á lo mismo que pudiera ser salvación y vida; me asusta una rectificación rápida, y una sacudida de la conciencia pública me intimida.

Cuéntase de una anciana que hacía fervorosos votos por la vida de un rey aborrecido. Cuando todo el pueblo clamaba contra el régimen político y maldecía del monarca aquel, sólo ella pedía al cielo la prolongación de su reinado.

Súpolo el déspota, intrigóse y quiso conocer la causa del fenómeno. Y la anciana le dijo: «Conocí, señor, á vuestros inmediatos ascendientes. Vuestro abuelo fué cruel. Vuestro padre fué perverso. Vos sois infame. Me horroriza, señor, pensar lo que será vuestro hijo. Y por amor de mi pobre país, quisiera que Dios conservara la vida de V. M.» La Colonia, la Intervención, la República: ¡el cielo retarde los días del Territorio, en que pueden desatarse juntas todas las maldiciones de los tres reinados: crueldad, infamia y perversidad!

O yo tengo el ánimo enfermo y poblada de espectros de la duda la imaginación, ó los pasos que siento en torno mío, lentos, sigilosos, calculados, pero incesantes, son los de la reacción, pulpo gigantesco que tiende sus tentáculos sobre el cuerpo social y desenrolla sus anillos y se enrosca, luego que ha ido alcanzando, una tras otra, las conquistas de la libertad y el derecho.

O perturban las funciones de mi aparato auditivo secretos temores y misteriosas conmociones de las células cerebrales, ó el sordo rugido, el eco ronco y confuso que llega al tímpano, semejante al de las lejanas encrespadas olas ó al de la remota tempestad nocturna, es el aviso de violentas resoluciones, de profundas quejas y hondísimas desesperaciones.

Ante la tumba inmensa, que no es la de ningún libertador, que no es la de ningún hombre, que fué la de un arrogante poderío secular; tumba abierta á cañonazos, por el interés mercantilista, que no por la piedad y el amor, encontráronse un día dos demagogias, la de la manigua y la de las trincheras; dos combatientes frenéticos, el españolismo y el integrismo; las dos manifestaciones clásicas del sentimiento de los nativos, la devoción á España y el culto por la independencia. Y cuando parecía que habían de emprender juntas el camino de la fundación de la patria, mezcláronse, confundiéronse, perdieron todos los caracteres de su composición primitiva; de la masa informe surgieron otras dos demagogias y, enarbolando ambas la bandera de la patria, como señuelo, que no como símbolo, emprendieron la marcha por distintas accidentadas veredas y se alejan cada día más, del centro común donde debiera alzarse el edificio de la soberanía

nacional, y arder el fuego del patriotismo, y esparcirse por los aires el aroma de todas las cívicas virtudes.

Asegurada para algunos años una situación política; levantatado, sobre injusticias y lágrimas, á costa de excesos y aun de sangre, el predominio de una oligarquía, todavía leo excitaciones á un procedimiento de exclusión, inquisitivo, cerrado, cruel, que aleje del festín, no al contrario—que ya los contrarios no comen—al que no haga público alarde de sumisión, degradante declaración de idolatría, precisamente cuando se fomentan izquierdas, se crean cismas, se anuncian hondos agrietamientos y grandes resquebrajaduras en el edificio gubernamental.

¿Serán estas excitaciones, como otros mil síntomas que observo, las pisadas tenebrosas, calculadas, misteriosas, de la reacción que avanza?

Miro semblantes hoscos, percibo protestas sordas, sorprendo, en el fondo de ciertas capas sociales, el hervir de la fermentación, y advierto en el funcionamiento de ciertas agrupaciones políticas, algo así como la comezón de un deseo y la espera de una cita y pienso que llegan, clarísimos, á mi oído, los ecos de una tempestad que entenebrece los horizontes lejanos, y hasta me parece ver cruzar el espacio la fosfórica luz de los relámpagos.

¡Y tan fácil y tan llano como era el camino de la virtud, trazado por la mano de la Providencia á los destinos de este pueblo!

Trabajo y honradez habrían bastado. Amor y desinterés hubieran realizado el ciclópeo trabajo de levantar una nacionalidad libre, sobre los cimientos podridos del coloniaje.

¡Oh infortunio!: el cretinismo ha usurpado el puesto debido á los salvadores de la patria; egoístas é imbéciles, levantando á dos codos del suelo el pendón sagrado de Martí y Masó, se aferran á sus pliegues, forman en su torno gruesa muralla de apetitos insanos, y la postrera esperanza de salvación, la esperanza en el imperio de buenas y justas leyes, va rodando por el plano inclinado de la incuria y el desamor, hacia la vergüenza del Territorio intervenido, hijo legítimo de esta República caótica; nieto de aquella maliciosa intervención militar; descendiente en línea recta de la Colonia, con su fatal educación, su austriacantismo vil y sus incontables relajaciones del sentimiento.

Con razón rogaba la pobre anciana por la vida del infame rey.

1906.

Historia antigua

IZARRA

ERAN los días en que el poder romano avasallaba pueblos, sojuzgaba tribus y disponía á su antojo de los destinos de Europa.

Era la estación invernal. El manto verde del otoño había caído al suelo, y los árboles, tristes y desnudos, parecían llevar pesado luto; como si reflejaran la desolación y el estrago que pesaban sobre aquella tierra, ensangrentada durante dos centurias de cruda guerra entre el fuerte que oprimía y el pueblo digno que forcejeaba por romper sus cadenas.

Las olas, remedando la indignación del astur, se estrellaban furiosas contra los peñascos, y á lo lejos se oía el silbido del aquilón y el rumor doliente de cascadas y arroyuelos.

El sol se recogía en su lecho de espumas de Occidente. Las sombras de la noche, avanzando presurosas, aún dejaban percibir una tosca canoa, impulsada por vela de cáñamo, que parecía volar sobre las aguas, pugnando por ganar la entrada de la ría avilesina.

Guiaba el débil bajel una mujer de rara hermosura. Diez y ocho veces la había envuelto en sus perfumes la Primavera, y ya ostentaba todas las perfecciones de la Venus mitológica y todas las energías de un acabado desarrollo.

Su voz dulce, entonaba un cántico patriótico, en que cada nota rivalizaba con la anterior en odio al romano.

La holgada y negra túnica de lana dejaba al descubierto dos brazos redondos y alabastrinos; del ancho cinturón de bronce pendían una pequeña hoz de finísimo oro y un largo puñal de mango nacarado; ceñía su cabellera corona de hojas de encina; traje y apostura revelaban á la augusta sacerdotisa del Dios innominado, á quien rendían fervorosa adoración los astures.

Aquella niña gozaba de gran popularidad, rayana en la idolatría, por su acierto en los vaticinios, su valor en los combates, y por ser el único recuerdo vivo de su ilustre padre, el heroico caudillo, terror de los soldados de Roma.

Izarra, la hechicera beldad, moraba solitaria en la cavidad de inmensa roca, socavada de continuo por el fiero batir del oleaje.

Ya profundas las tinieblas, y al cabo de inauditos esfuerzos, logró ella amarrar su embarcación en torno de un peñasco, y saltó á la playa, donde la aguardaban dos robustos mancebos con un pequeño carro, al que estaban uncidos cuatro bueyes de sorprendente blancura, enanos y ligeros.

Subió Izarra al vehículo, y la comitiva emprendió la marcha por escabrosos vericuetos.

A la derecha del camino vieron, con lágrimas de indignación en los ojos, dos altas cruces de tosca madera, de las que pendían los cadáveres de dos guerreros astures, devorados por los buitres, y enfrente del lastimoso espectáculo, el fuerte castillo de Flavio, levantado por la soberbia del invasor. ¡El sarcasmo llevado á los límites de la crueldad; el asesinato y la exhibición de las víctimas, como ley de dominio y amenaza contra la dignidad de un pueblo!

Sus corazones latieron con violencia, y de sus labios escapó, simultánea y ardiente, una tremenda maldición.



Como á tres millas de la costa y del castillo, se extendía un espeso bosque secular consagrado á aquella excelsa divinidad que, por lo inconmensurable de su grandeza, no podía habitar en ningún recinto construído por la mano del hombre; pero que podía tener su pedestal en un bosque, santuario augusto cuya bóveda es el azul firmamento.

En el centro se hallaba una planicie circular, despojada de

troncos y circuída de asientos de césped que las nevadas empezaban á marchitar, con capacidad para tres mil espectadores; y en medio de la planicie se alzaba la encina sagrada, símbolo de Dios, como el muérdago adjunto representaba al hombre viviendo por Él y para Él.

Cerca del viejo tronco erguíase un tosco altar, que no era más que un enorme peñasco, en cuya cima se había practicado una excavación bastante á contener el cuerpo de un hombre, y á la que se subía por una escala de ramas secas.

De la encina sagrada colgaban la lanza y el escudo del padre de Izarra, el valeroso Gauzóu, y de los pelados árboles que circundaban el extraño anfiteatro, horribles trofeos, consistentes en cabezas de romanos.

Ante la rústica ara, veíase una copa, formada de un cráneo pulido, colocada sobre un trípode de bronce del que pendían doce manojos de muérdago.

Ramas de pino, encendidas de trecho en trecho, esparcían siniestra luz, descubriendo una muchedumbre de hombres y mujeres, callados y sombríos, que empuñaban lanzas de madera, hachas de piedra, flechas con agudas espinas de pescado, hondas y puñales.

Los Sacrificadores, los más ancianos de la tribu, se distinguían por sus largas túnicas de lana y sus coronas de laurel.

La ansiedad y el furor animaban los rostros de aquellos oprimidos, congregados allí por mandato de una voz misteriosa que había repercutido en todos los ámbitos de la tierra.

Esa voz había dicho: «¡ Gloria á Dios ! ¡ Salve á la patria ! ¡ Guerra al invasor ! Acudan todos los astures al bosque sagrado, al asomar la luna el tercer viernes después del otoño.»

Repetido el eco de bosque en bosque y de choza en choza, hizo que todas las tribus, sedientas de venganza, enviaran delegados á la magna Asamblea.

¿ Cuál era el objeto de aquella convocatoria? ¿ Ofrecer solemnes sacrificios al cielo, en demanda de venturas para el suelo natal? ¿ Concertar nuevos alzamientos? ¡ Si decaía la esperanza y habían pasado los días de gloria... !

Ya no había cautivos que inmolar, ni bastantes hombres que tomaran las armas, después de la desastrosa batalla de Lancia. Por eso venían mujeres en representación de las más heroicas tribus.

¡Horrible carnicería aquella! Los astures aguardaron á Tito Carisio en la orilla izquierda del gran río. Tres veces lo cruzó el ejército romano, y tres veces retrocedió con el agua, tinta en sangre, hasta el cíngulo. Sucumbe la caballería invasora, y son destrozadas sus legiones veteranas. Pero llegan legiones de refresco. Eran muchos. La fortuna vuelve la espalda á los astures. Luchan ellos con desesperación. Acometen con ímpetu salvaje. Pugnan, hieren, resisten, forcejean, derriban, matan... ¡Todo inútil: eran muchos! Las casas de la ciudad de Lancia caen á tierra, sepultando bajo los humeantes escombros á sus heroicos defensores. De cincuenta mil astures que concurrieron al combate, apenas cuatrocientos escaparon con vida. ¡Espantosa matanza!

Astura quedaba vencida; la fuerza bruta imponía otra civilización.

¡Siempre será lo mismo!

No obstante, la voz de Izarra halló eco simpático en los pocos corazones que habían sobrevivido á la ruina de la patria. Ella, ella sola, á virtud de mágico conjuro, había reunido á todos aquellos decididos patriotas.

Su presencia fué causa del más vivo entusiasmo. Unos besaban su blanca mano. Otros se conformaban con acercar los labios á su holgada túnica. Todos la aclamaban con sincero amor y profunda veneración.

Conmovida, ella exclamó:

—Gracias, hermanos míos, gracias. Habéis respondido á mi llamamiento, congregándoos en torno de la encina sagrada, como en los días felices en que teníamos patria. ¡Bendígaos Dios!

—¡Oh virgen!, dijo el más anciano de los Sacrificadores. Tú que al nacer recibiste un nombre predestinado: Izarra, que significa Estrella, y has de servirnos de guía como tu hermana la Polar á los extraviados navegantes; tú que fuiste elegida al cumplir las doce primaveras para recibir, en velo de lino, el sagrado muérdago que cortaron con segur de oro las sacerdotisas, cuando brillaba la luna en el zénit de nuestro cielo; tú que combatiste gallardamente en Lancia, arrancando de manos del bárbaro enemigo el cuerpo de Gauzón moribundo, y le condujiste á este sagrado bosque, y recogiste su último suspiro; tú eres la designada por Dios para llevarnos á la reconquista de la patria. ¡Izarra: tuyas son nuestra sangre y nuestras vidas: manda y se te obedecerá!

—Antes de daros á conocer mi pensamiento, repuso la joven, invoquemos el nombre de la divinidad irritada y para que ella se muestre propicia á nuestros propósitos, ofrezcámosle solemne sacrificio.

En el instante, los dos mancebos que la habían conducido, arrastraron con sus hercúleos brazos hacia el altar, á un toro, negro como las alas del cuervo, y luego á un joven caballo alazán de pobladas crines.

La profetisa dispuso con ademán desdeñoso:

—Apartad esa pobre ofrenda. El cielo pide víctimas más nobles; sangre de humanos.

Un anciano de níveas barbas se adelantó exclamando:

—Tienes razón, virgen. Heme aquí. Mi brazo, debilitado por el peso de los años, no puede ya soportar el peso de la lanza. Soy un fardo enojoso para la tribu. Mis siete hijos murieron en los combates. Mi única hija, Chamba, la Inmaculada, prisionera del maldito romano, violada por él durante el sueño, se dió muerte aspirando el humo del *ejo* para no vivir deshonrada. Ya que no sirvo para mi patria, sirva por última vez para mi Dios.

La bellísima Silva, tierna amiga de Izarra, quiso también ser inmolada.

—Yo que perdí á mi amante en la batalla, que llevo una vida de agonía recordándole, sin que mis ojos se enjuguen jamás, yo debo ser la víctima. Virgen soy. La sangre de virgen es la ofrenda más agradable á nuestro Dios.

Y la joven ahora, como antes el anciano, resplandecía majestuosa bajo la aureola de su patriótica abnegación.

—¿Qué muerte más dulce que la que viene de una mano querida? agregó un mozo. Hoy mismo fué asesinado mi hermano en Gigia, donde nuestra cadena de amistad fué rota. Trabajábamos ambos en la reedificación de los muros de la ciudad, cuando uno de los opresores descargó la mano sobre su rostro. Rápido como el relámpago, mi hermano se abalanzó á él, y le ahogó entre sus nervudos brazos.

Pero cien legionarios cayeron sobre el infeliz, y momentos después sus manos y pies quedaban clavados al afrentoso madero. Tuve miedo al número de enemigos, y huí. Pero mientras nadaba para ganar la opuesta orilla, oía el canto de guerra de mi hermano sobre la cruz. Fuí un cobarde; debo morir. ¡Mátame!

—No sois vosotros los elegidos, dijo Izarra con grave expre-

sión. Son dos extranjeros, dos de nuestros enemigos implacables, que han descubierto nuestro secreto y nos acechan en aquel rincón del bosque.

No fué preciso más.

Cien hombres, furiosos como hambrientos lobos, se lanzaron sobre el sitio indicado, y minutos después presentaban á Izarra los dos prisioneros. Eran el centurión Flavio y el legionario Cornelio, dos de los más odiados invasores.

El legionario, fuertemente atado con mimbres, fué arrojado sobre el ara y cubierto su rostro con un paño negro. Formáronse en derredor dos círculos de hombres y mujeres, y comenzó la danza bíblica al són del himno patriótico:

«Guerra y venganza contra el romano;
resurge, Astura, gloriosa y fuerte;
que no haya tregua para el tirano.»

y el coro de mujeres respondía:

«Para el tirano, venganza y muerte.»

Terminadas las estrofas, Izarra, que apoyada en el tronco de la encina presenciaba la ceremonia, tomó del trípode las doce ramas de muérdago, y distribuyó once entre los principales representantes de las tribus, reservándose ella la última. Luego subió á lo alto de la roca que servía de altar, dirigió escrutadoras miradas á la luna que brillaba ya en mitad del cielo, y con inspirado acento exclamó:

—¡Oh Dios! por la sangre de esta víctima te lo ruego. Basta de infortunio y clemencia para Astura!

Y con frío ademán y seguro brazo hundió el afilado puñal en el pecho del prisionero, que exhaló hondo gemido y espiró.

La muchedumbre exclamó:—¡Gloria á Dios!

Uno de los sacrificadores recogió en la copa sagrada la sangre que brotaba á borbotones, y la ofreció á Izarra para que formulase sus vaticinios.

Empero, la sacerdotisa, absorta y preocupada, guardaba profundo silencio, cual si un pensamiento tenaz, embargando sus facultades, la dominase.

Paseó alternativamente la mirada del rígido cadáver de la

víctima inmolada, al rostro serio y digno de la otra que, con majestuosa resignación aguardaba el momento fatal.

Debió pasar algo grande por el alma de la sacerdotisa á la vista de aquel valeroso romano que, á dos dedos de la Eternidad, no se atrevía á formular una queja ni á intentar una súplica.

¿Era que semejante prueba de valor estoico la confundía? ¿Era que asomaban á su mente los recuerdos del pasado, que reconocía en él á algún olvidado amigo, ó que el cielo hablaba á su corazón, trasmitiéndole raros designios?

Por fin, después de algunos instantes de vacilación, tomó el vaso del vaticinio, elevólo sobre su cabeza; observó luego el rojo licor que lo llenaba, y dijo con voz solemne:

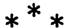
—¡Valientes astures! ¡Hermanos míos! ¡Héroes que habéis de reconstituir la patria, hollada por el vil invasor: el Cielo ha hablado: escuchad!

La muchedumbre prestó religiosa atención.

—Nuestro Dios no quiere que muera ahora este romano, hermanos míos. Mi esclavo ha de ser hasta el próximo plenilunio, en que la voz de nuestro Padre vuelva á caer sobre nosotros. El Cielo dispone algo más grande: que marchemos sobre el puerto de Gigia á incendiar las cargadas naves de Roma. Pero antes, el castillo de Flavio, ese odioso padrón de ignominia que, cual símbolo de esclavitud y muerte, se levanta á pocos pasos de aquí, debe quedar arrasado al brillar la nueva aurora.

¡Astures: tenéis espadas, y lanzas, y puños! ¡Tenéis fe en nuestra causa, y fuego en los corazones! ¡A la lucha!

—¡Guerra al romano!, gritó la multitud. Y levantándose airados hombres y mujeres, se lanzaron fuera del bosque sagrado.



La torre de Flavio estaba circuída de estacadas y anchos fosos, y custodiada por un centenar de romanos valerosos y aguerridos.

La muchedumbre de patriotas se abalanzó sobre él con ímpetu feroz. Los fieles guardianes opusieron tenaz resistencia. Pero la presencia de Izarra, empuñando la rama de muérdago, y su actitud varonil y resuelta, enardecían á los asaltantes.

Pronto la estacada fué un montón de cenizas. Los fosos

quedaron cegados con ramas y troncos de árboles, la puerta cayó acribillada á hachazos.

Espantosa fué la lucha; horrible la carnicería. Una hora de matanza dió el triunfo á los astures, no librándose de la muerte un solo enemigo.

Al rayar el alba, la torre de Flavio era sólo una montaña de escombros, ennegrecidos por el humo y olientes á sangre quemada.

Aún no había terminado la hecatombe. Gran número de animosos jóvenes, enardecidos por el éxito y guiados por un experimentado caudillo, emprendieron la marcha hacia el puerto de Gigia, así llamada la bahía situada entre lo que ahora es Gijón y el promontorio donde entonces se levantaban las «aras sestiarias».

Lanzáronse al agua, echáronse al abordaje con indescriptible temeridad, y dieron fuego á todos los bajeles, después de blandir sus armas contra los sorprendidos marineros.

Cuando ya el sol inundaba con su luz desde los Picos de Europa hasta las rías de Suevia, más resplandeciente que otras veces, como si participara del regocijo de las tribus, dos canoas surcaban las aguas del Trasona.

En la una iba Izarra, el cabello en desorden, desgarrada la túnica y manchados de sangre los torneados brazos, que impulsaban los remos. En la otra, dos guerreros que conducían al temible centurión Flavio, atado de pies y manos.



En medio de la roca aislada, árida isleta que servía de refugio á la hermosa Izarra, alzábase la choza, de forma circular, formada con tejidos de mimbres mezclados con arcilla y menuda paja, y cubierta con bayas de encina y juncos marinos.

Dentro, á poca distancia del pavimento, aparecía una losa de pizarra que servía de mesa, y sobre ella una gran copa de cobre.

En aquel sitio celebraban sus consejos los ancianos de la tribu de Gauzón, presididos por el valiente caudillo.

Inmediata á la roca se destacaba una hueca pirámide, construída con multitud de cráneos de romanos, incrustados en arcilla: eran los de enemigos muertos á manos del temerario Jefe.

Aquel horrible monumento cobijaba su tumba, sobre la cual dormitaba de continuo un corpulento y feroz alano, compañero inseparable del difunto guerrero, á cuyo lado combatió cien veces, según lo acreditaban sus múltiples cicatrices.

Finalmente, entre las vecinas peñas aparecía un cobertizo de pescadores, donde fueron instalados el prisionero y sus guardianes.

Cuando la noche fuera, estos últimos marcharían.



La sacerdotisa había concebido una funesta pasión por el gallardo Flavio. Pasión indómita; desesperada, terrible; propia de las diez y ocho primaveras, en un alma grande, impetuosa y virgen.

Pero no era ello de origen puramente material. Tenía su génesis en una santa virtud que con las nuevas civilizaciones ha huído de los pueblos: la gratitud.

Aprisionada Izarra en una batalla y á punto ya de recibir los ultrajes de la soldadesca, Flavio, compadecido, la restituyó la libertad.

Tan bella acción no había podido borrarse de su mente un solo instante. Empezó por odiar á Flavio menos que á los demás romanos, y acabó por amarle con silencioso arrobamiento.

¡Cuántas veces creyó escuchar su voz en el murmullo de las olas sobre la playa! ¡Cuántas veces soñó distinguir su arrogante apostura entre las nieblas que, en las mañanas de invierno, flotaban sobre la masa inmensa del Cantábrico!

Por eso, al verle prisionero en el bosque sagrado, y próximo al sacrificio, su pasión de amante se sobrepuso á su fe de sacerdotisa; olas de compasión y de ternura ahogaron en su corazón el deseo de venganza y, salvando al caudillo, echaba los cimientos de su soñada felicidad.

Una vez en su poder, no hubo halagos que no intentase, ni recursos de encantadora coquetería que no pusiese en juego para ser amada.

Todas las noches, Flavio escuchaba el batir de remos, canoas que se acercaban, movimiento de descarga de provisiones, cuchicheos sordos; después, el silencio. Durante el día quedaban solos en la isleta, Izarra, el prisionero y el corpulento alano.

Empero, él acompañaba á su carcelera en el recorrido de la prisión cuando el frío era menos intenso, y parecía gozar con ella en la contemplación del risueño panorama.

Un día, ya el sol caía soñoliento en su lecho de espumas, ella dijo:

—Ya ves, Flavio, mi poder sobrenatural. Leo en el porvenir. La tempestad ruge y se acalla á mi mandato. El mar me obedece. Mis compatriotas, los que derribaron tu castillo é incendiaron tus naves, derribarían los Picos de Europa si yo quisiera. ¡Pues bien, soy tu esclava! Un amor insensato me devora; ¿no has leído en mis ojos que te adoro? Bien sé que el cielo ha de castigarme porque olvido el juramento mil veces hecho sobre la tumba de mi padre; sé que hago traición á mi patria; pero ¿qué quieres? no soy mía; soy tuya.

Y agarrándole una mano, en el paroxismo de su locura, agregó:

—¿Quieres ser el rey de Astura, el ídolo de una legión de valientes? ¡Habla por Dios! ¡Amame, ó ahógame!

Flavio, enternecido, llevó la mano de Izarra á sus labios y dejó caer en ella tímido beso; suspiró, elevó los ojos hacia el naciente horizonte, y calló.

¡Era romano, no podía amar hasta no haber sojuzgado para su patria las regiones del noroeste de Iberia, costara lo que costara!

***

Cierto día, una embarcación que, del puerto de la Coruña bogaba hacia el Este, cruzó por entre los escollos, impelida por viento favorable á cortísima distancia de la isleta.

Flavio que, de pie sobre un peñasco, preguntaba al Océano cómo podría salir de aquella cárcel de rosas, construída por un amor desenfrenado, creyó llegado el momento de la fuga. Arrojóse al mar, y nadó con desesperación.

Pero Izarra que le vió partir, loca de dolor, le arrojó furiosa un venablo que, hendiendo los aires con agudo silbido, fué á clavarse en la espalda del centurión.

Los romanos, testigos de la escena, recogieron al herido, saltaron á la playa, escalando las escarpadas y resbaladizas rocas

cubiertas de liquen, y atacaron. Defendióse Izarra heroicamente. Lanzó con fuerza de titán todas sus flechas sobre los sitiadores. Pero eran muchos y resueltos. La lucha era bárbaramente desigual.

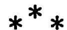
No había salvación posible.

Pero entonces, lanzó sobre sus enemigos una mirada siniestra, amenazadora, en que se condensaba todo el odio de una raza y toda la amargura del suplicio de un pueblo y, radiante, magnífica, exclamó:

—No, infames, no; la hija de Gauzón no puede ser esclava de los tiranos de su patria.

Y hundiendo en su pecho el puñal de mango nacarado, cayó murmurando por última vez:

—¡Guerra y venganza contra el romano!



Durante aquellas largas y porfiadas guerrras que terminaron con la expulsión definitiva de los romanos del territorio español; en aquella larga serie de combates en que el espíritu de independencia luchó denodadamente contra la invasión marroquí; luego en aquella gloriosísima epopeya que empezó Pelayo en Covadonga y terminó en Granada con el último adiós de Boabdil el chico; más tarde, durante la heroica resistencia contra las huestes del absorbente Napoleón, siempre que la planta del invasor ha hollado la tierra natal, los avilesinos, los astures todos, han sabido morir con honra por su independencia y su dignidad. De ellos aprendieron el culto de la patria los pueblos de Occidente.

El recuerdo de Izarra, como el de otras vestales del patriotismo, mantúvose vivo y puro en el alma de muchas generaciones, adornado con todos los encantos de la poesía popular.

Análogas leyendas abundan en la tradición de los galos. En Bretaña, en Gascuña; en distintas regiones de España, hubo sacerdotisas y druídas que, empuñando ramas del muérdago sagrado, presidían consejos de patriotas en lo intrincado de los bosques y mantenían latente en los corazones el fuego de la patria.

El ansia de libertad, el espíritu de independencia, el odio á la tiranía y el horror á la esclavitud, han sido comunes á todas

las tribus y á todos los pueblos; pero han sido los más valientes, aquellos que han asociado á sus manifestaciones de rebeldía el respeto y el amor por la femenil belleza, aquellos que han tenido en Izarra y Juana de Arco, en María Pita, en las vestales y las sacerdotisas, su musa inspiradora, su fe y su esperanza.

Natural era que la abnegación y el heroísmo ofrecieran al mundo tan hermosos ejemplos, en el seno de aquellas naturalezas, indómitas, como las olas espumantes que azotan las rocas de sus playas; en aquella región del noroeste de Iberia, donde los hombres, por fenómeno de imitación intuitiva, crujen, forcejean, se estremecen y se agigantan cuando de defender su libertad se trata, como aquel vecino mar Cantábrico, eternamente tumultuoso, parece resistirse á soportar el peso de las embarcaciones que le surcan y á dejar extraer de sus entrañas la rica pesca que en ellos se produce.

* * *

Han pasado las centurias. El tiempo, envolviendo en sudario de sombras pueblos, nombres, generaciones y recuerdos, ha pasado por encima del mundo con desesperante monotonía.

Ya los romanos de los nuevos siglos no envían centuriones y legionaríos á sojuzgar tribus y pueblos por la fuerza de las armas, á construir fosos y castillos y colgar de toscos maderos á los defensores de la independencia de su patria.

Ahora les envían, en los fardos del comercio y en los artefactos de la industria, el virus corruptor de la codicia; ahora les ofuscan con el brillo del oro y les halagan con perspectivas de ferrocarriles, palacios, malecones y estrelladas banderas, y les dominan y absorben.

Son Flavios de gabinete; son Titos Carisios de la diplomacia los que realizan la absorbente labor de borrar fronteras, mezclar razas y matar tradiciones, para extender, á todo un hemisferio, la hegemonía que no pudo lograr del todo la Roma de los Césares.

La civilización no congrega ahora á los pueblos vencidos en torno del ara de los sacrificios, ni tiene himnos bélicos para enardecer las almas amantes de su independencia y de la historia nacional: ahora los reúne en las oficinas, les da títulos y actas,

les entretiene contando *dollars*, mientras las legiones invasoras, avanzan y avanzan...

No hay Izarras ya, porque la estirpe de los Gauzón se ha extinguido y en la virtud del muérdago no creen las nuevas generaciones.

Pero la mano de los siglos y el continuo batir de las embravecidas olas no podrán borrar del todo el tosco peñasco donde un día se alzó la Estrella de los patriotas y donde cayeron los héroes de la dignidad.

Y puede ser que, andando las edades, más de un buque viajero pase por junto á la isleta de los recuerdos y divise, en las altas horas de la noche, á través de las nieblas de la esclavitud, la figura bizarra, sorprendente y magnífica de una mujer ideal, suelto el cabello, rodeada de tenue y refulgente aureola, señalando á los navegantes el camino del honor patrio; puede ser que frotándose los ojos, desperezando la voluntad y renaciendo á la vida del sentimiento, herederos y descendientes de Gauzones y Martís, se sientan arrullados por la música dulce y tierna de la esperanza, semejante á coro de sirenas, embriagador y sabrosísimo.

Ese lirio en ancho pomo,
sin tierra, pero con agua,
da flores en primavera,
y ellas tu alcoba embalsaman.

Cambia el líquido por tierra,
estéril, seca, calcárea
y amarillearán las hojas,
y se secará la planta.

En el polvo de la vida
las ilusiones no arraigan:
las creencias son el riego
que hace florecer las almas.

Por idiosincrasia

La gloria es el estado perfecto de las almas.

En política, el abstenido puede entonar el *¡Excelsior!* y contemplar, desde la cima de su desdén, las miserias de los demás.

Aislarse es emanciparse; á veces, engrandecerse. Vargas Vila ha dicho que elevarse es aislarse.

«El aislamiento voluntario y altivo, que es el distintivo de los espíritus verdaderamente delicados, ofende, como un bofetón, á la multitud cretina, inmensa ola humana que golpea á la roca, creyendo igualarse á ella porque le lame los pies.»

La disciplina será una virtud militar; pero no es escuela de moral el cuartel. Si algo sobra en el mundo, es el ejército.

En política, la disciplina suele vestir traje de abyecto.

Hay mucho de humillación en el sometimiento al criterio ajeno.

Raras veces resulta grandeza la abdicación.

Hay almas que no nacieron para el triunfo: viven en la soledad y se nutren del dolor.

Un vil, porque es un anonimista, quiso ayer hacerme sufrir, y fortaleció mis arrogancias.

Decíame, en són de censura: «Cuando tu tierra era española, fuiste autonomista; cuando tu pueblo fué autonomista, fuiste separatista; cuando Cuba es nación, aspiras á la *suzeranía yankee.*»

¿Verdad que eso es un timbre y no anatema?

¡A cuántos de mis paisanos podría yo decir: cuando tu pueblo gemía, tú comías rancho español; cuando la República fué, te hiciste patriota; vestirás tirantes cuando la anexión llegue. ¡Siempre miserable!

Llevar las tribus á la cima y descender la cuesta, para empezar nueva etapa, abrir nuevas vías, y acercar más las tribus á las nubes, no es labor de la vulgaridad.

Si luchar por la libertad de los otros es la manera heroica de perder la libertad propia, recoja los beneficios y calle, la turba ignara, que no ha aspirado en sus huertos el perfume de la flor de Inmolación, inmortal y divina.

Dejarse llevar de la corriente, eso es fácil. El cuerpo muerto y el leño seco corren arrastrados por el agua. Lo meritorio es buscar, río arriba, con esfuerzos de la fe, la ribera florecida.

El Poder es para la codicia, como el pasto para la piara. El egoísmo no sabe otra cosa que gritar por pan, y engullírselo tranquilamente.

El sacrificio es incomprensible para los necios.

Popularidad y vulgaridad son sinónimos. Alimentarse del aplauso popular es efímera vanidad. Se cansan las manos y el aplauso cesa. No queda nada en la conciencia, como al otro día de un chasquido no queda rumor en la selva.

El aplauso de la imbecilidad, profana y lastima. La lucha fortifica; la contrariedad alienta; el dolor inmortaliza.

Si mi pueblo viene á mí, tras largos años de mi propaganda y su sordera, tengo derecho á dejarle y tomar nuevas posiciones, siempre hacia adelante, siempre por él.

Inmovilizarse no es progresar. No hay finalidad absoluta en el proceso social. Lo que hoy es gloria mañana será recuerdo. Todos los días tienen noches, y después de todas las noches advienen auroras.

La libertad no es merced de los hombres; es necesidad de las almas.

Los déspotas no esclavizan; son los esclavos los que se someten.

Cada pueblo lleva en sí mismo los gérmenes de su desventura. La servidumbre no se impone; se acepta.

Y como los amos están arriba, en el Poder, alejarse de él es dignificarse.

No piensa así el cretinismo. Para él no hay más que un ideal

y una resignación. El ideal: ser Gobierno. La resignación: lamer los pies del que manda.

Me quedo con la definición del poeta: « No hay en toda desolación sino una cima y un oasis: la Gloria y el Amor. La cima para las águilas; la fronda para las palomas. »

Siquiera palomas y águilas vuelan; reptiles y caracoles se arrastran.

La lucha altruísta, la avanzada en el peligro, la fe del vidente; adelantarse á los acontecimientos y preveer las soluciones del mañana; ¿no comprendéis eso, pequeños?

¿Qué culpa tengo yo? Comedme á libelos y anónimos.

¡ E pur si muove !

—Léame esta carta, padre,
que estoy temblando de angustia...
¿De quién ha de ser? De Paco,
que fué de soldado á Cuba!
¿Habrá muerto el pobrecito?
¡Dios mío: si quedo viuda;
sin padre mis pequeñuelos...!
¿No la entiende señor cura?
—Sí, hija mía, sí la entiendo;
inútilmente te asustas:
no ha bastado á nuestra España
su legendaria bravura...
—Pero, bien, ¿qué dice?
—Dice
que caímos en la lucha,
y que en todo el mes de enero
quedará evacuada Cuba.
Ella le arranca la carta
y en alto las manos junta:
—¡Vírgen santa, veinte salves,
aunque la patria se hunda!
La verdad es esa;
la lógica es una:
¿qué entienden de patriotismo
los huérfanos y las viudas?

Por gratitud

OTRO valiente menos. Un militar pundonoroso, un hidalgo gobernante, acaba de rendirse á las inexorables leyes de la transformación de la materia. Emilio Calleja é Isasi está pudriéndose ahora en uno de los cementerios españoles, como se pudrieron antes cobardes y crueles, como seguirán pudriéndose tiranos y corrompidos.

Nada resiste á la obra destructora del tiempo. El noble como el perverso, el gloriado como el aborrecido, caen al cabo en el hueco abierto, bajo un mismo cielo, dentro del mismo recinto, en el mismo pedazo de terreno, por la azada del sepulturero, y son pasto igualmente de los gusanos que la propia descomposición produce.

No sé si, después de pelados los huesos, vacías las órbitas y fosas nasales, cráneo y cavidad pectoral, esos gusanos, podridos á su vez, germen y pasto serán de otros gusanillos microscópicos, y éstos de otros, hasta llegar á las bacterias del microbio, hasta el límite inconcebible de lo infinitamente pequeño.

Pero, aun después que haya desaparecido el último vestigio de la estructura carnal, el hombre vive en la tradición, en el recuerdo, en ese mundo donde no hay sepultureros ni gusanos, porque todo es inmaterial, en el mundo de la historia donde sólo hay un enemigo de las glorias humanas, tardo en el andar, aunque torpe en el herir: el olvido.

Emilio Calleja, veterano de las guerras coloniales, dos veces

Gobernador General de Cuba, patriota y caballeroso, pudo vivir tres cuartos de siglo sin el remordimiento de una indignidad; durante media centuria vistió el uniforme del más temerario de los ejércitos y llevó al cinto, con toda dignidad, la espada de los héroes legendarios. Pudo mirar cara á cara al sol de su patria, eclipsado en la rota de Santiago, sin que asomara á sus mejillas el rubor del pecado. En las horas tristes del infortunio, pudo reclinar en sus almohadas la encanecida cabeza, dolorido el corazón pero tranquila la conciencia.

No sé si á su lecho de moribundo llegó el eco de nuestra sangrienta tragedia de estos días; acaso si después de haber apurado la amargura del vencimiento de su patria, debida á la obstinación de unos políticos, lloró con nosotros el peligro de mi patria, desafiado por la obstinación de otros políticos.

Yo recordaré siempre con honda gratitud á aquel hombre, á quien sólo ví de cerca una vez en mi vida; á quien tal vez deban mis hijos el inapreciable beneficio de tener padre.

Había estallado la guerra de Baire, que para mí fué sorpresa grande, inesperado accidente.

Una orden cablegráfica del Ministerio de Ultramar acababa de suprimir el periódico á que consagré mis mejores años. Esto sólo parecía un decreto de persecución. El caciquismo provincial, los odios locales, la ponzoñosa labor de periodistas intransigentes que ahora son ciudadanos de la República y funcionarios mimados del moderantismo, levantaban sobre mi cabeza, rugiente tempestad.

Tal vez la revolución me aceptaría, pero yo no podía decorosamente ir á ella, como tantos impúdicos fueron, porque yo no era revolucionario. Y cuando, fingiendo resoluciones y alardeando de altiveces convencionales, forzadas tal vez, acudí al representante del Poder Español preguntándole cuál era el límite de las garantías debidas á un escritor honrado, su nobleza me conmovió, su transigencia y su respeto me dominaron. Si yo hubiera estado comprometido seriamente en la labor de Martí, por la boca del Morro habría salido, con anuencia del Gobernador General de Cuba, sin sacrificios pecuniarios, con toda la seguridad del más leal defensor de la soberanía española.

¿Qué extraño ello? Pocas semanas hacía que el general Calleja había regresado de su excursión política á Oriente, en la cual extremó todos los agasajos y agotó todas las cariñosas refle-

xiones que le inspiró el patriotismo para ver de conjurar el huracán que se organizaba.

Abrazando públicamente á *Guillermón*, departiendo afectuoso con los caudillos de Yara, y obligando á la población blanca á reconocer los derechos y respetar las susceptibilidades de la población negra, el hidalgo general intentaba el único camino capaz de desarmar las quejas de los colonos y salvar para su patria, por la bondad y el amor, la más preciada de sus provincias ultramarinas.

La historia tendrá lauros siempre para esos gobernantes que cuidan de aunar el decoro de su representación, con sus sentimientos de justicia; para esos indulgentes, para esos previsores; para quienes, llevando espada al cinto, cruces al pecho y teniendo detrás de sí cañones y fusiles, buques y cárceles, tribunales y patíbulos, agotan los medios persuasivos, extreman las manifestaciones del cariño y procuran llegar al corazón de sus gobernados por la puerta de la gratitud; para esos tendrán siempre bendiciones los labios y piadosos recuerdos la patria agradecida.

Roed, pues, gusanos; pelad huesos, vaciad cavidades. Emilio Calleja vivirá más tiempo en la tradición cubana y en la historia española.

No quiere á nadie ni respeta nada:
incendia, y roba, y tala, y asesina;
á los mandatos de la ley divina
responde con grosera carcajada.
Fiera, por el instinto arrebatada,
se alimenta de lágrimas y ruina,
y de abyección en abyección camina
hasta subir á la espantosa grada.
¿Le veis así? ¿Y os figuráis por eso
que ninguna virtud encantadora
late en su corazón, helado y tieso?
Pues cuando una viejita que le adora,
al mirarle partir, le pide un beso,
ese bandido se estremece y llora.

Sursum Corda

Es censurable que, á estas horas, en medio á tantas incertidumbres y después de tan dolorosas enseñanzas, aún haya quienes, no creyendo tal vez acallados los remordimientos de la propia conciencia, ó ganosos de una popularidad que no se consideran capaces de conquistar con los legítimos recursos del talento, se entretengan en hurgar en las cenizas del pasado. exhumar nombres que son símbolos de lealtad y patriotismo, y arrojar salpicas de lodo sobre las personalidades inmaculadas que hicieron pueblo, para que los libertadores pudieran hacer patria.

Aprovechar para semejante labor infecunda é irritante, los momentos en que la generación actual rinde homenaje de gratitud á los héroes del 68, en que la sociedad cubana, acallados sus mutuos rencores, celebra las grandezas de la Patria, en que el *Sursum Corda* fortifica las almas y eleva los corazones en la santa comunión de la República y de la raza, para saciarse en las grandes figuras que la consecuencia consagró y ungió el heroísmo, es de una inoportunidad desesperante.

Decía, hace pocos días, el íntegro patriota, el venerable Primer Magistrado, de vuelta de su excursión á Oriente, que el amor es la primera condición de vida de las colectividades; que sin amor no hay nacionalidades ni es posible el progreso; que nuestras instituciones sólo podrán vivir al calor de una sincera concordia, robustecidas por el cariño de todos los que hemos

venido á heredar las conquistas del derecho, obtenidas á costa del sacrificio de nuestros mártires.

Y como si esas angélicas palabras hubieran servido de estímulo á pasiones que el interés por Cuba ha debido ahogar; como si ciertos pulmones se sintieran ahogados en la atmósfera de la paz moral y ciertas popularidades fueran imposibles á no fundarse en el odio de hermanos, en la discordia incesante de la familia, en el anatema contra los que fueron, la maldición contra los que son, y la amenaza contra los que vendrán, hé aquí que las más augustas solemnidades de la Patria son aprovechadas, para regar el virus fatal en los jóvenes corazones y alejar del concierto saludable de las energías populares, á los que por sus canas y sus desgracias, su perseverancia y su desinterés, su fe en un ideal y su valentía frente al presentido peligro, al peligro inevitable, tan merecedores han sido, cuando menos, de honrado respeto.

No necesitan, no, los viejos autonomistas de mi pobre defensa. La historia, que no yo, les hará, les ha hecho ya, pese á los zacatecas del patriotismo, cumplida justicia.

Empero yo me pregunto, cuando veo á Montoro el primer cerebro de Cuba, la austeridad y la nobleza personificadas, ofrecer á su patria los últimos varoniles rasgos de su carácter, las últimas esplendentes joyas de su inteligencia privilegiada, aceptar con verdadero sacrificio, la misión que el Gobierno le confía, servirlo con su lealtad proverbial, ayudarlo y defenderlo con toda el alma, si no han de causarle honda tristeza las alusiones injustas á su pasado, los cargos apasionados á su conducta patriótica, coreados y aplaudidos por la multitud que ayer le exaltara y bendijera.

Yo me pregunto si él, si Govín, si Giberga, si Fernández de Castro, si el ilustre Gálvez, leales servidores de la personalidad cubana, viendo menospreciados sus trabajos de veinte años de organización y propaganda, por quienes acaso pertenecieron á la Unión Constitucional y ayudaron con sus esfuerzos á los intransigentes de la Colonia, no sentirán en sus corazones la amargura de la decepción y en el ánimo las vacilaciones propias del que teme hacer causa común con desconsiderados y con ingratos.

Si Maceo y Gómez encontraron pueblo dispuesto al sacrificio; si una disciplina ejemplar permitió á los improvisados Generales del 95 realizar prodigios; si el Apóstol abnegado de la Revolución, halló campesinos dispuestos á la lucha, negros sedientos de liber-

tad, pueblo ávido de independencia y personalidad, ¿se debió ello á los artículos de *El Eco de los Voluntarios*, ni á otra cosa que á la propaganda continuada del ideal, á la noción del derecho, llevada al último rincón de la patria, al último bohío, á todas las conciencias cubanas, por esos hombres admirables del viejo autonomismo?

¡Que se equivocaron! Aun eso es discutible. Para saber si las predicciones de Gálvez se cumplirían, ó los planes del loco sublime José Martí se realizarían por nuestro propio esfuerzo, preciso habría sido que no explotara un *Maine* ni los intereses mercantiles de la Unión Americana, hondamente lesionados, hubieran determinado el desembarco de Daiquirí y el combate de Santiago.

Pero, aun equivocados, viéndose perdidos en 1897, sólo ellos hubieran caído, abrazados á su bandera, bajo los cañones de Sampson; sólo ellos habrían muerto políticamente, bendiciendo el triunfo de su patria, pero no envueltos en el anatema del tránsfuga y en la indignidad del cobarde; sólo ellos desafiaron la impopularidad, el atropello, el vejamen, todo, antes que sus parciales pudieran calificarles de desleales ó desertores.

Ese heroísmo, esa consecuencia no son comprendidos por los que, antes de dar un paso en la vida pública, pulsan la opinión, para subordinar á ella los mandatos de su conciencia; por los que esperan á ver quién vence para hacer alarde de ocultas poderosas simpatías.

No es hora ya de defender á los viejos autonomistas. Su propia honradez les ha defendido. La historia les ha juzgado. La patria se honra con ellos.

De lo que es hora es de recordar á los maldicientes, que en todos los partidos cubanos hay autonomistas españoles y guerrilleros; que no se puede mentar la soga en casa del ahorcado; que para juzgar de la conducta de los viejos patriarcas de la libertad, es preciso tener limpia la conciencia de delitos contra el honor de Cuba.

Y sobre todo, es fuerza decir á las masas que ló aplauden todo, incluso el insulto á sus maestros en la ciencia de la vida, que no es restando, sino sumando buenas voluntades, que no es con la discordia, sino con la más sincera reconciliación, que no es hurgando en el pasado, sino fijando la mirada en el porvenir, como podrán arraigar las instituciones republicanas, en el amor y

el respeto de todas las almas, en la devoción y el culto de todos los corazones.

Sursum Corda. Son momentos estos de elevar el alma hacia los altares de la fe patriótica, de unir á toda la familia cubana en la santa religión del deber.

Estrada Palma, el patriota inmaculado, lo ha dicho: sólo el amor puede llevarnos á la consolidación de la República, á la conquista de la personalidad absoluta, al reino de los libres y de los felices.

No volvamos atrás la mirada, como la mujer de Loth durante el incendio de Sodoma; porque si el milagro bíblico se repitiera, el suelo de la patria se cubriría de estatuas de sal.

¡ Hemos sido muchos los pecadores !

1905.

Que es luz de los cielos creo
lo que en la mirada brilla
de mi prieta guajirilla,
la reina del zapateo.
No es la llama del deseo
que en ricos salones arde,
ó temeraria, ó cobarde:
es la luz que se desgrana,
en albores de mañana
y en crepúsculos de tarde.

En sus gracias embebido,
yo sé arrancar notas suaves
que van, como trinos de aves,
de la bandurria á su oído.
Allí, en el suelo pulido,
sus patitas primorosas
repiqueteando gozosas,
imitan, exactamente,
rumores de blanda fuente,
y aletear de mariposas.

Recordando

No es en la lucha de egoísmos y en las flaquezas de espíritu de estos días, donde el historiador podrá determinar hechos salientes, y donde el psicólogo estudiaría el alma cubana, para deducir exquisiteces y adjudicar lauros.

Puede decirse que con el fin del siglo XIX, cerró el paréntesis glorioso, y un nuevo pueblo y una civilización nueva surgieron.

El sentimiento nacional varió de rumbos; los empeños educativos y benéficos cesaron con el cambio radical de la organización civil, cual si la fuente inmensa de los altruísmos se hubiera agotado en las luchas por la independencia. Los beneméritos cubanos y los españoles beneméritos dejaron de entenderse en la práctica de la piedad. Dejóse á la iniciativa del Estado toda función moralizadora y lanzáronse las voluntades á la pugna encarnizada del sectarismo; de los arduos problemas y de los generosos propósitos desentendidas.

Ha de hojear los anales del pasado siglo el historiador y ha de trabajar en la anatomía del alma nacional de aquellos días el sociólogo, si han de consignar toda la grandeza de nuestra psicología. Es la Colonia, con sus noches tristes y sus rientes alboradas, con sus cálidos días y sus irisados crepúsculos, el campo de experimentación para el observador desapasionado.

De siete años á la fecha, todo es prosaico y miserable aquí: hasta la majestuosa bandera de los sacrificios empieza á deshilacharse y presenta manchas de lodo y sangre.

Pensaba yo así, leyendo la última Memoria de la ilustre Sociedad Económica de Amigos del País, inaugurada el 9 de Enero de 1793, por Decreto de un Rey de España, y con la complacencia de los pensadores de aquel tiempo.

Y representábase la imaginación el cúmulo de esfuerzos realizados por el elemento intelectual, y el cuadro simpático de energías educadoras, desenvolviendo el instinto del derecho y el ansia de moralización de las sociedades cultas, en un medio erizado de dificultades y peligros.

La mera repetición de apellidos, de los Presidentes que ha tenido la docta Corporación, es todo un poema de patriotismo inteligente. Lo más granado de nuestro pequeño mundo científico, las más puras glorias de nuestro pasado intelectual, por ahí pasaron.

Luz y Caballero, Bachiller y Morales, Antonio Zambrana, José María Gálvez, Rafael Montoro, Juan B. O'Gavan, Tomás Romay, Arango y Parreño, José Silverio Jorrín, Valdés Fauly y José Pablo Valiente: la extensa cultura, el gran talento, el vivo amor al terruño; Alejandro Ramírez, el inolvidable obispo Espada; entre los vice-presidentes, Bruzón y Antonio Ecay, Saladrigas y Martínez Quintana, González de Mendoza y González del Valle; toda una legión.

La aristocracia, la caballerosa y simpática nobleza cubana, tan otra en sus procedimientos y en sus virtudes de otras aristocracias, figuró al frente de esa Sociedad con indiscutibles prestigios.

Los Condes de Fernandina, Peñalver, Santa María de Loreto, Santa Cruz, Bayona; los Marqueses de Villalba, Esteban, Cárdenas, Calderón, Montelo y Balboa; la sangre limpia, el linaje puro, el origen alto y, al mismo tiempo, la dulzura de hábitos, el esmero de educación y el culto á la libertad, en aquellos salones brillaron y al progreso y á la moral social de su pueblo contribuyeron.

No es, como decía Jorge Manrique, que cualquier tiempo pasado fué mejor; es que durante el pasado siglo, la conciencia nacional evolucionó en pro de la grandeza colectiva, en todas las esferas de su actividad. Ahora no hay nobles que presidan Corporaciones científicas, no hay eximios intelectuales que hagan pueblo; no hay—salvo rarísimas excepciones—más que mercaderes que vendan la patria, y turbas de iconoclastas que se embo-

rrachan rompiendo ídolos artísticos y construyendo dioses de podrido barro.

Hé ahí, si no, la nota de las Instituciones de Educación á cargo de la Sociedad Económica; hé ahí las fundaciones benéficas de aquellos días de altruísta labor.

Zapata, el nobilísimo gallego, deja establecidas y dotadas dos escuelas para ambos sexos, en que reciben el pan de la vida ciento veintidós y ochenta y cuatro niños, respectivamente.

Basilio Martínez instituye dos escuelas mixtas, una en la Habana, que tiene treinta y siete alumnos, y otra con cincuenta y cuatro en Limonar.

Susana Benítez de Parejo crea *El Santo Angel*—algo decaída hoy—donde los niños adquieren educación y son mantenidos, calzados y vestidos por la piedad de la testadora.

Hoyo y Junco, benemérito asturiano, levanta su Colegio, *San Manuel y San Francisco*, donde se instruyen setenta y cinco cubanitos.

Gabriel Millet, el fervoroso autonomista, lega grandes sumas para el instituto *Redención*. Doscientos setenta y seis alumnos aprovechan hoy el inapreciable beneficio.

Y, como si ello no bastara á su gloria, crea el Premio Millet, dispone que se llame Premio Luz Caballero, en honor del gran filósofo, y prepara estímulo y honor para la maestra más competente y la discípula más estudiosa de cada curso escolar.

Gaspar Villate, el compositor insigne, instituye, en fin, una Escuela de Oficios y Artes liberales, para hacer hombres útiles y favorecer el genio juvenil.

Y de todo ello se encarga, celoso fideicomisario, albacea honrado y administrador dignísimo, la Sociedad de Amigos del País: la cuidadora del sepulcro de Luz Caballero, la guardadora de toda la historia cubana, que en aquellos estantes de la Biblioteca Pública, alienta y esplende.

Ha crecido grandemente el nivel de la cultura popular; se ha triplicado la riqueza pública; alardea la opinión de los más, de un entrañable amor á la personalidad nacional y de un fervoroso orgullo de las libertades adquiridas; al punto de ser amenazadas con no sé qué sombrías resoluciones, los que de la aptitud de los cubanos dudan y contra los hondos vicios sociales claman y protestan.

Pues bien: yo no veo ahora Millets y Villates que hagan lega-

dos para estímulo y enseñanza de la juventud; ni conozco talentos más pagados de la bendición de los míseros y de la favorable sanción de la historia, que del aplauso de los imbéciles y la satisfacción de ridículas vanidades.

Ni siquiera sé de ricos, de negociantes y de afortunados burócratas, que lleven una pieza de género á las escuelas primarias, para que se hagan trajecitos á los hijos de los míseros, ó un poco de pan para que se desayunen las criaturitas infelices que el Estado obliga á estudiar; pero á quienes la sociedad no da de comer.

No creo, como el erudito Ramón Meza dice en la Memoria, que todo ello se deba, á que no hemos heredado de nuestros padres la fecunda virtud del espíritu de asociación. Sí, heredamos esa virtud; la hidalguía de los sentimientos, la piedad por los niños, la aprendimos de Espada y Landa, Hoyo y Junco, Zapata y Larrázabal. La sintieron Luz Caballero, Romay y Arango y Parreño; la tuvieron los Herrera, los Cuesta, los Larrinaga; pero la perdimos al contacto de las locas embriagueces del triunfo político, la trocamos por la satisfacción de un triunfo, que pudo ser la base de glorias inmarcesibles, y que ha sido, en cierto orden de acciones y sentimientos, la alteración de los hábitos, la metamórfosis de las aspiraciones, el empequeñecimiento, la deformación completa, del alma cubana.

Moral, cultura, compenetración de esfuerzos, labor dignificadora: haga el Estado lo que pueda. La iniciativa individual ni deja legados ni calma hambres. ¡ Ah ! pero el Estado ¿quién es el Estado? ¿quién gobierna el Estado? ¿Los Jorrín, los Gálvez, los O'Gavan y los Ibarra, los educadores y los creyentes del ideal?

No, no; ya lo dije al principio: hábiles mercaderes que venden la patria y turbas de iconoclastas que arrasan y fabrican ídolos del lodo de las cloacas.

El alma nacional es otra. Han pasado los días de Aaron y se han olvidado las Tablas de Moisés; es el tiempo de los escribas y fariseos; Herodes gobierna en nombre de Roma y los Sumos Sacerdotes dan al pueblo la pauta de su fe, hipócrita y corruptora.

¡ Ay del Cristo, si nace en estas horas: subirá el Gólgota !

Leyendo á Cronau

Era el atardecer. Vapores de horno, saturados de olor á hierba seca, se desprendían de la caldeada tierra. Ni un rumor en la selva, ni un soplo de aire en las hojas de la palmera. Algún mugido, allá en el fondo del potrero, y el aletear de alguna gallina-guinea casera, acomodándose en la rama del cercano tamarindo.

El verano había envuelto en su manto de bochorno toda la comarca, desde Manzanillo la culta hasta Bayamo la histórica.

Allí, la casa del ganadero. Y allí, el saloncito destinado á biblioteca y despacho.

«Sobre una mesa de pintado pino», recostados ambos codos, y aprovechando las últimas claridades del poniente, un anciano de venerable aspecto, poblado el bigote, la boca hundida, abultada la frente, los ojillos interrogadores, había estado leyendo página tras página la erudita y concienzuda obra de Rodolfo Cronau, acerca del descubrimiento y conquista de América: dos hechos trascendentales que cambiaron la faz del mundo.

¿Lo que había leído...?

«El 23 de agosto de 1500, llegó á La Española el Delegado de los Reyes Católicos, don Francisco Bobadilla, para esclarecer los cargos que se hacían al Descubridor. Ganoso de la adhesión de los colonos, concedióles de primera intención, y por veinte años, libertad de buscar y explotar vetas auríferas, con la sola condición de ceder la undécima parte al Real Tesoro. Inmensas sim-

patías le siguieron. Y apoyado en ellas, redujo á prisión y cargó de cadenas á Cristóbal Colón y á sus hermanos Diego y Bartolomé. De allí los envió á España.

«Andrés Martín y los oficiales de la flotilla, no sólo trataron con respeto á los prisioneros, sino que quisieron descargarlos de sus grillos. El Descubridor rehusó la gracia. Pues había sido orden de Su Alteza, que se cumpliera hasta el fin. Llegados á la Península, don Cristóbal escribió un largo memorial á la nodriza del príncipe don Juan, intermediaria entonces de las quejas de los Descubridores, atropellados por la envidia y lastimados por la ingratitud.

«¿Quién pudo pensar esto—decía—en un país donde reinó siempre la hidalguía? ¿Cuándo se ha visto que un hombre, enviado para hacer un reconocimiento, haya reunido rebeldes y y hécholes figurar como testigos contra aquel que los gobernaba? Rogué á Sus Altezas que enviaran persona de su confianza para que examinase mis actos é hiciese justicia, y se ha decidido condenarme sin oirme. Llegó Bobadilla; tomó posesión de mi casa y papeles; ocultó las pruebas que podían rehabilitarme; en complicidad con mis enemigos, ha pregonado mis faltas y declarado el propósito de reparar mis supuestas injusticias. Al alcalde y sus aliados ha repartido mercedes y gracias, en nombre de esas Altezas á quienes dí buenas tierras y ricas minas del Asia. Si Dios hubiera querido que, desde hace dos años, un Fiscal ó Consejero, hubiera representado allí la voluntad del Rey, yo me habría evitado desazones y vergüenzas.

«En leyendo tal carta, Sus Altezas se apesadumbraron, pidieron excusas á Colón y en libertad le pusieron.

«Pero si don Cristóbal creyó que la reparación sería completa, y la administración de las nuevas tierras otra vez confiada á quienes las descubrieron, se llevó solemne chasco. Nunca más él y los suyos recuperarían el mando. Meses hacía que don Fernando pensaba que los derechos concedidos á Colón, perjudicaban sus codiciosos planes. Quería él obrar directamente; explotar para la Corona, como soberano que era. Y aprovechando la ocasión, desautorizó á Bobadilla y no reintegró á Colón en su privanza. De allí más, riquezas y vidas de aborígenes del monarca de León y Castilla dependerían.»

Llegado á este punto, el anciano se había dormido sobre la mesa de pintado pino. Y soñaba dictar á la historia escenas

ocurridas cuatrocientos años después, para enseñanza de la posteridad. Y dictaba dormido:

«Llegó Taft, tras mis repetidos requerimientos á Su Alteza. Prometió á mis enemigos libertad, durante veinte años, para que explotasen á su sabor las minas del Presupuesto. Les tomó como testigos contra mí, y ninguna de las pruebas que me favorecían exhibió al juicio del mundo.

«Si Su Alteza hubiera enviado persona de su confianza que fuera Fiscal ó Consejero de mis actos, estas vergonzosas escenas me habría evitado. Púsome de semi-rey en los nuevos dominios; dióme carta blanca para hacer saber á colonos europeos y á mayas y siboneyes que yo era la confianza de su real persona, y la representación de su autoridad en La Española. Y en vez de administrar justicia, y gobernar sin mis enemigos y sin mí, envió á Taft para que no viera que tales gentes, buscadoras de oro, querían vivir sin Rey ni Roque, del esplendor de la Corona desentendidos.

«Andando los días, su Alteza disculpó mis yerros y reconoció los suyos. Pero no más volvió á su gracia á los elementos conservadores, ni delegó en quienes, desde 1902, cobraban diezmos y repartían mercedes en su honor. En lo adelante, él dirigiría personalmente los asuntos de Ultramar, y daría instrucciones secretas á sus Adelantados y Mayordomos.

«¿Por qué yo acepté cargo tal, debiendo bastarme la gloria del descubrimiento? ¿Y para esto ¡oh nodriza del príncipe don Juan! y para esto engañé yo á los pobres indios con el eclipse aquel del sentimiento cubano, en la mascarada electoral de 1901?»

Llegaba aquí de su discurso en ensueños; cuando creyó oir la voz de la madre de Boabdil el Chico, increpando en la vega granadina al monarca sin fortuna:—¡Llora, llora como mujer, lo que no supiste defender como hombre!

Despertó el anciano. No había tal madre de Boabdil ni tal vega. Era la niña angelical—*Candita*—la hija de sus ternuras que, asomada á la puerta del saloncito, le decía:

—Papaíto, la sopa está servida.

Volvió á la realidad el don Cristóbal Colón, amigo de la nodriza del expansionismo yankee. Suspiró profundamente; paseó la mirada en derredor, envuelto todo ya en las sombras del crepúsculo; vió apenas la selva dormida bajo la capa de bochorno

del verano, y oyó á lo lejos el mugido de una res, que todavía no era de Su Alteza, que era suya.

—Aún hay patria; Boabdil fué más infeliz que yo: dijo, más con la intención que con los labios.

Y dando la espalda al libro de Rodolfo Cronau, abierto por páginas humedecidas por el sudor de su rostro, y el brazo á la hija amada, que Dios bendiga y guarde, se internó en dirección al comedor.

Es fama que aquella velada transcurrió monótona y triste en la casa del ganadero bayamés; y que no tuvieron movimiento aquella noche las brisas, perfume las florecillas silvestres, ni color de esperanza los rayos de Venus ni de oro el disco de Marte, majestuosos luceros de las noches del Trópico. Fué una larga noche, aquella noche....

¿Recuerdas aquel paraje
en donde nos conocimos
y marco de amor pusimos
al delicioso paisaje?
Allí favonios sutiles,
entre los prados gentiles
entonan dulce canción;
y sobre los gemidores
árboles de la campiña,
aspirando de la piña
los balsámicos olores,
ó entre el ramaje florido
jugueteando mansamente,
halló una pasión naciente,
aurora, calor y nido.
Yo no he podido olvidar
las horas de aquel placer;
fué mi escuela, y fué tu altar:
tú me enseñaste á querer.

Por los míseros

Mucho tenemos que aprender, de humanitario y progresista, de las naciones que se nos antojan caducas.

Admirable organización la de algunos pueblos sajones, la de muchos Estados de la Unión, por ejemplo, donde la costumbre de no dar limosnas ha suprimido la mendicidad callejera y, con ella, uno de los orígenes de la vagancia; pero donde las municipalidades, las legislaturas y determinadas asociaciones, mantienen suficiente número de asilos de Caridad para ancianos impedidos, que no se ven obligados, para vivir, á arrastrar por calles y paseos sus harapos y sus tristezas.

Mas donde el Gobierno general ó local no se encarga de los míseros; donde todo lo que á la producción se arranca, al militarismo y á la burocracia se dedica, la acción individual debe suplir la deficiencia, y la asociación de buenas voluntades realizar la generosa misión.

Leí, hace poco, en la prensa española, el relato de un homenaje de admiración y gratitud de que fué objeto la eminente María Guerrero, en el Teatro principal de Valencia.

La función, representada con todo esmero, era en favor de una asociación benéfica, que ha conseguido extinguir la mendicidad callejera, repartiendo trescientas cincuenta raciones diarias entre los pobres de la ciudad.

Llenóse el coliseo; cuantos sintieron latir su corazón, conmovido por la desgracia ajena, á dar su óbolo concurrieron; cuan-

tas almas buenas supieron apreciar el desinterés de María Guerrero, agitaron manos y pañuelos en su honor. Llovieron sobre el escenario cestas olorosas, rebosantes de rosas escogidas y claveles perfumados. La tierra de los jardines, la ciudad del aroma, la riquísima vega valenciana, desató sobre María, pétalos y corolas, prorrumpiendo toda ella, hombres y mujeres, ciudad y vega, tierra y aire, en ovación inmensa, en adoración inefable y enaltecedora.

La noble artista no se limitó á trabajar gratis para los míseros valencianos; no hizo como esas hipócritas compañías de la legua, como esos vividores del arte, que anuncian un beneficio, convierten en agentes á las damas más caritativas de cada pueblo, logran llenos que no soñaron jamás, y luego se apean con una cuenta de gastos que resulta descarado latrocinio.

La Guerrero pagó de su peculio al personal de la compañía para que nadie trabajara de mala gana; y el producto íntegro de *Lo Positivo*, en manos de la humanitaria asociación lo depositó.

Ella se llevó en cambio el amor de las floristas valencianas, el eco de los aplausos, las bendiciones de los infelices y una medallita de la Virgen de los Desamparados, que no vale dos pesetas en el mundo de los vanos; pero que representa un tesoro para la conciencia y es todo un poema de piedad y de agradecimiento.

Hé ahí, pues, que en Valencia los inválidos y los viejos comen y se curan, sin exhibir sus lacerias á la luz del sol, ni recibir reproches de los duros corazones, porque hay una colectividad generosa que vela por ellos, y un número de héroes—los verdaderos héroes—que no se dan tregua en la fecunda excitación del amor humano.

Da lástima, profunda lástima, ver en nuestras calles, todos los sábados, la triste peregrinacion, la procesión de llagas y de andrajos, el saquito al hombro, tardo el paso, doliente la voz, llamando á todas las puertas, y recibiendo ultrajes, negativas y maldiciones, de los más ahitos y de los más felices.

Heme puesto más de una vez á examinar á esos mendigos, y he reconstruído en la imaginación la dolorosa historia de sus vidas.

Ese de negra tez, encorvadas piernas y quebrada cintura, era un hombre libre en su tierra. Inculto, salvaje, lo que se quiera, no pidió venir á Cuba, hallábase bien sobre las calcinadas arenas

del Africa, amando á su manera la familia y la patria. Se le sedujo con promesas y abalorios; se le compró al cacique mercader y se le hizo esclavo. En el ingenio de azúcar, el trabajo forzado devoró su juventud, y rasgó sus carnes el látigo infamante. Ahora que resulta una carga para sus explotadores, se le arroja en la vía pública para que mendigue.

Ese otro de cobriza tez y gastados músculos, era libre también, allá en las remotas costas del Pacífico. El sagaz agente lo engañó con ofertas de una contrata ventajosa y seguro regreso á la patria. Fué esclavo también; recibió garrotazos y bofetadas, y cuando cumplió su contrato y no tuvo dinero para volver á su país, el hacendado le explotó, el opio le pudrió, y la mendicidad le abrió sus brazos. Ahí va cargado de apestosas colillas, á revolver los cajones de la basura, como perro sin amo, en busca de desperdicios.

Esa otra viejecita, de rugoso semblante, abultado vientre y mirar triste, aquí nacida y aquí criada, sin familia ni hogar, tan infeliz como el congo y el chino, fué niña mimada, esposa amante, tal vez madre ejemplar. Quizás si dió ilustres á la patria; acaso soldados á las revoluciones; tal vez con pedazos de sus entrañas fué abonado el árbol de la libertad. No dió Generales: por eso el Congreso no le hizo regalos. Daría hijos á Yara y nietos á Baire; pero, como humildes, ellos cayeron en el montón anónimo de la Prefectura, del combate, ó del presidio. Ahora tienen patria y oro los triunfadores, y mendiga mendrugos la madre de los caídos.

Esa otra no produjo combatientes: parió obreros. O crió campesinos. Trabajó ella misma en las faenas del taller. Aportó su cantidad de energías á la obra civilizadora, y fué un guarismo en el desenvolvimiento de la personalidad nacional.

Y hélos ahí, mendingando, sucios, quejumbrosos, verdaderos muertos; porque, según el poeta, llevan muerta el alma y viven todavía.

¿Por qué el Estado no les recoge? Porque no alcanzan veinticuatro millones anuales para políticos y burócratas. ¿Por qué los Municipios no les amparan? Porque nuestros Ayuntamientos, incapaces para el bien, sólo sirven para alimentar parásitos y encumbrar caciques.

Y la iniciativa individual no hace nada, ni la caridad privada se manifiesta en un arranque generoso, en una acción combi-

nada y fecunda como en Valencia; donde, de ahora más, brotarán embalsamadas las rosas y olerá á claveles en torno de cuantos han rendido á María Guerrero la ovación debida al arte y á la piedad; al genio que esplende, y al amor que cautiva y regenera.

Tú eres el lirio, yo soy la yedra;
yo las tinieblas, y tú la luz;
yo del barranco la tosca piedra,
joya brillante del arte tú.
Sueños y amores hay en tu alma,
recuerdos tristes viven en mí;
yo soy el junco, tú eres la palma;
yo soy el buho, tú el colibrí.
Tú la esperanza, yo la tristeza;
tú eres la brisa, y el polvo yo;
yo lo que acaba, tú lo que empieza;
yo candileja, tú el almo sol.
Brisas, murmullos, dichas y amores,
flor de inocencia, nimbos de paz;
toda la esencia que dan las flores
late en tu seno, brilla en tu faz.
Quejas, delirios y hondos pesares,
restos de vida, sombras de fe;
eso es la musa de mis cantares,
eso las glorias de mi vejez.
No hay en nosotros ni semejanza;
juntas no caben sombras y luz.
Vive en lo tibio de la esperanza,
de amor y ensueño, dichosa tú;
mientras esclavo de cruel destino
llevo á las tumbas mis pasos yo,
entre las zarzas de mi camino
dejando trizas del corazón.

Historiando

Leía yo un discurso, elegantísimo como pieza oratoria, pero más intencionado que sentido, pronunciado por Alfredo Zayas en el Círculo Liberal de la Habana, en recuerdo del General Máximo Gómez. Y á medida que me daba cuenta del entusiasmo, un tanto doloroso, de la concurrencia, afluía á mi pensamiento la figura de un inmortal: Simón Bolívar, libertador de cuatro naciones americanas y creador de la República de Bolivia.

Decía el conceptuoso orador, que no es dable precisar qué cosa, grande, inmensa, irrecuperable, de la nacionalidad cubana, quedó sepultada con los huesos de aquel viejo militar, cuya espada se salía de la vaina siempre que peligraban los altos intereses de la patria; que él era el albacea de la Revolución encargado de impedir que su obra se mixtificase, se corrompiese, hasta desaparecer esta independencia tan amada, que sólo puede ser sólida y fecunda, el día en que se cimente en la justicia, la igualdad y el respeto á la Ley. Y afirmando su veneración por la memoria del caudillo, y su fe en la salvación de sus ideales, agregaba el doctor Zayas, entre grandes aplausos:

«En los instantes en que la estrella se nubla, en que la tempestad zumba lejana, en que nuestro cerebro se conturba y nuestro corazón patriota se acongoja; cuando se nos figura que aquí, en nuestra tierra, nos ha de faltar un pedazo de pan y una tumba; cuando pensamos que no somos tan herederos de su gloria como

otros que la disfrutan, ni tan hijos de este suelo como otros que lo huellan con indiferencia criminal; en esos instantes resurgen sus restos venerables, resuenan aquellas palabras de acero, vibrantes, y caen en nuestros corazones como gotas de cera ardiente, despertándonos del marasmo, levantándonos el ánimo á la esperanza, como el prado agostado y yermo, tras las lluvias primaverales que le devuelven su verdura, donde las brisas, en suave ondulación, cantan y sonríen.»

¿Se acuerda el doctor Zayas de aquel héroe de Boyacá y Ayacucho, del vencedor de Carabobo y Junín, que empezó con doscientos cincuenta hombres la magna empresa de independizar un Continente, defendido por la nación más guerrera de la historia?

A fines de 1813 se le proclamaba salvador de la patria en Venezuela, y á fines de 1830 moría, más que de enfermedad, de tristeza y desamor, en Colombia, rogando á sus paisanos que, olvidándose por completo de él, cesaran en sus luchas de bandería, y consolidaran la nación que él había liberado y enaltecido.

Diez y siete años no más, mediaron entre la apoteosis y el desvío: que así proceden siempre los pueblos con sus abnegados defensores.

Esos hombres que, según el doctor Zayas, pueden derramar la sangre y arrancar la vida, cuando de defender una idea se trata, y que en el seno del hogar se enternecen besando la frente de un niño; esos que son todo sentimiento, amor, poesía, heroísmo, esos, si no se encuentran una bala piadosa en Dos Ríos, como nuestro Martí, mueren en Santa Marta, roída el alma por la desilusión y despedazado el seno por las ingratitudes de sus hermanos.

Yo no creo ya en la resurrección de los restos, en la repercusión de las palabras, ni en el influjo del recuerdo de los grandes hombres, desde que veo á mi pueblo seguir las huellas de sus afines del Continente.

La historia de México desmiente el aforismo de Bolívar: «Si un hombre fuera necesario para sostener un Estado, ese Estado no existiría». México es un hombre. Yo veo confirmado todos los días su dicho, de que lo difícil no es subyugar á un pueblo libre, sino redimir á un esclavo. Yo creo como él que todos los pueblos desean justicia, reposo y libertad, y que son sus conductores los únicos responsables de los procedimientos dañosos y de

los sentimientos pervertidos. Yo sé que es tiranía la usurpación de los derechos de la mayoría, realícela quien quiera, un hombre ó un partido.

Pero en los setenta y siete años transcurridos desde la muerte del Libertador, ¿prevalece en Perú, Colombia, Ecuador, Venezuela y Bolivia, la libertad práctica, cimentada en el amor á la equidad y el respeto á la ley? ¿Ha salido de su vaina alguna vez la espada del Ayacucho, para cortar de un tajo la mano que osaba profanar el código del amor? ¿Ha resonado algún día, en los oídos de la plebe estulta, de los mandarines viles, de déspotas y concupiscentes, el ruego último de Bolívar, para que sus pueblos huyeran de la anarquía, sus sacerdotes oraran al cielo por la estabilidad de la República, y los militares, los paisanos, los veteranos siquiera de la independencia, constituyeran sólida garantía de los derechos sociales?

Vengo doliéndome de que en nuestras escuelas se enseña, de la historia de América y de la epopeya cubana, lo alegre, lo que ofusca, lo que invita á maldecir ó excita la propia quijotesca vanidad: nunca lo que advierte, lo que prepara y lo que conmueve.

Nuestros hijos conocen las proezas de Páez, Sucre, San Martín, Itúrbide; conocen á Bolívar, vencedor de España; á Gómez, héroe de Palo Seco; á Calixto García, triunfador de Jiguaní. Detalle ninguno de las guerras coloniales en que la Metrópoli fué vencida, se les calla. Interminable es la lista de los estrategas cubanos, y aplastante el catálogo de las iniquidades españolas.

Bien estaría eso para despertar en las jóvenes almas la idea del patriotismo, inculcarles el culto de la historia nacional, y enseñarles cuánto debe realizar un pueblo por su dignificación. Pero digámosles también que la ingratitud de los redimidos fué el premio dado á los redentores; que la calumnia no respetó ni á José Martí, esencia exquisita de bondad; para que, compadeciendo y amando más la memoria de los grandes, cobren aversión á la iniquidad de los pequeños.

Ahí, ahí, en esa enseñanza cívica desde la cuna; en ese trabajo delicado de admiración y repulsión, de altruísmo y celo patriótico; en esos ejemplos de infortunio de los pueblos que desoyeron la voz de sus padres y la advertencia de sus libertadores, ahí está el cimiento de una generación consciente, viril y libre.

Bolívar, muriendo á los cuarenta y siete años de su vida, pesaroso y lacerado, es clarísimo espejo de la obcecación de las sociedades esclavas, llámense colonias ó repúblicas.

A la sombra del misterio no trabaja sino el crimen, dijo él. Y reacción y revolución trabajan en la sombra. La luz está en la escuela, en el templo, en el periódico y el libro.

Eduquemos antes; eduquemos mucho, sin cansancio ni impaciencias, sin dolo ni reservas mentales, y el RESURREXIT del ideal sobrevendrá; de ese ideal que no es la protesta airada sacudiendo las almas, como á impulsos de la tempestad se quiebra el ramaje; que es también, y principalmente, himno de gratitud al Hacedor, repetido por millares de labios; latido de millares de corazones amantes; homenaje de piedad y devoción de los pueblos, envolviendo en efluvios de admiración y reconocimiento, la memoria de sus benefactores.

Trájele sable y coraza
y armé caballero al chico;
y viendo su andar bizarro,
me reí como un bendito.
Desde que es hombre, me alarma
su continente bravío.
¿Por qué llevas, le pregunto,
el arma fatal al cinto,
si no hay sables y corazas
como el honor de los dignos?
Y cuando calla y se aleja
culpo al paternal cariño,
que forma con vanidades
el carácter de los hijos.

Voces de aliento

Hasta el rincón humilde donde vegeto, devorando desilusiones y pugnando por sacudir el peso de crueles desesperanzas, llegó pocos días há, en forma de bondadosa carta, el eco de generosos aplausos, el rumor dulce de las voces de aliento con que la laboriosa emigración cubana en el extranjero fortalece el espíritu del escritor honrado y quiere robustecer las energías del viejo luchador, ni cobarde en las horas del infortunio, ni envanecido en los días del triunfo, ni temeroso de la impopularidad, cuando es deber de conciencia apostrofar á los réprobos y hacer frente á los hondos problemas del porvenir.

Descartado lo que puede tener de personal deferencia y no merecida simpatía esa manifestación aprobatoria, mucho debieran fijarse los que están perturbando la conciencia nacional y comprometiendo las instituciones, en el juicio sereno y desinteresado de esos buenos hijos del trabajo que vagan por extraños arenales, llevando á cuestas el recuerdo de sus luchas y sacrificios por la independencia, en el corazón la doliente nostalgia del terruño, tristeza en la mente, quejas en el labio; de esos sufridos ciudadanos que parecen haber perdido la posibilidad de retornar al suelo querido que emanciparon y engrandecieron, y en cuya suerte futura no hay día en que no piensen ni noche en que no sueñen.

No hay cordura en fiar la satisfacción del deber cumplido á las obsesionadas turbas que en torno de la tribuna callejera se agrupan, aplaudidoras hoy de lo que ayer repugnaron, tan prestas al

halago como abiertas al odio; energías enervadas en la atmósfera letal del medro ruín, voluntades quebradizas que la promesa excita y la dádiva arrastra; que no supieron odiar la tiranía y amar la libertad cuando la patria gemía, y no saben apreciar la justicia y consolidar la República cuando todo esfuerzo es necesario para salvar el ideal; pobres gentes que no tuvieron nunca creencias ni tendrán felicidad jamás, porque les falta la primera condición: estabilidad en los afectos, porque no alientan fe, santa fe, en los destinos propios.

Jamás busqué mis fugaces, modestísimas, glorias, en el recinto ingrato de la aldea natal, más amante del osado advenedizo que del viejo convecino, más sumisa á los caprichos del engreído y propicia á las sugestiones del adulador de sus pasiones, que compasiva con las tristezas del amigo y pagada de las propias virtudes. La censura justa y el aplauso sincero, llegaron siempre á mis oídos desde sitios distantes de las goteras de mi pueblo natal. Antes favorece á los hombres el juicio de los extraños que el amor de los hermanos. Siempre fueron más apreciados los esfuerzos de la buena voluntad lejos del teatro de la lucha, que allí donde cada verdad levanta una ampolla, cada apóstrofe despierta un odio, y cada codicia contrariada ó abuso denunciado origina una tempestad de iras y denuestos.

Así ayer, cuando la desgracia desataba sus cóleras sobre la patria, y la augusta religión del deber llamaba á los hombres al culto de la rebeldía, tropezábanse en mi camino la aprobación del Maestro y los aplausos de la emigración, con los insultos de los Judas y el desamor de los cobardes; cobardes que se han crecido ahora, y Judas que se han arrogado la facultad delicadísima de fundar la nueva iglesia sobre los escombros del gentilismo, por ellos mismos tanto tiempo sostenido y vigorizado.

La funesta política del personalismo que entre nosotros priva; el caudillaje, que extiende sus tentáculos por todos los ámbitos de la nación, y quiere hacer de un pueblo infeliz tribu de idólatras, instrumento de concupiscencias y siervos de sus vanidades, no llegará al honor de la patria por la inconsciente gritería de sus fanáticos: trasponga las riberas que las rumorosas olas del Golfo acarician; llegue al hospitalario suelo de la Florida, inquiera de aquella población trabajadora y honrada, que se quitó el pan de la boca para costear expediciones guerreras; y cuando ella le diga que efectivamente estamos completando la obra de la

Revolución, arraigando la personalidad, honrando la raza, santificando el derecho y glorificando la bandera de nuestros mártires, vuélvase al seno de la hermosa Cuba, y duérmase sobre los laureles de su victoria.

¡Ah: pero eso no es posible ahora! Harto lo saben los que prostituyen los nobles sentimientos populares y juegan á la carta de una elección presidencial la esclavitud eterna y la eterna vergüenza de esta tierra, que no han de encontrar sanción y alegría, sino cólera y maldiciones, en aquel pedazo del alma cubana, constantemente pura é invariablemente patriota, que sigue día por día nuestros actos, y condena hora por hora nuestras incontables torpezas.

Muchas veces, preguntando á la propia conciencia, si estará ella ofuscada por el hábito de la crítica, obsesionada por espejismos fantasmagóricos del sentimiento, visiones poéticas de un dulce calenturiento quijotismo, ó segura de cumplir el deber cívico y velar por el honor cubano, torno los ojos al peñón árido que un poco más allá de las Tortugas surge de la superficie inquieta de los mares, y la extiendo hasta las vastas llanuras cubiertas de movediza arena, de cuyo seno nacen raquíticos naranjos y erectos pinos; la paseo por los pueblecillos que cercan la bahía de Tampa, la detengo en aquellas manufacturas atestadas de latinos y en aquellos hogares embellecidos por las santas virtudes criollas, y recobro nuevos bríos para luchar contra las crudezas del destino y las maldades de los hombres, por la paz de mi pueblo y la soberanía de mi patria.

Allí, bajo la gloriosa bandera de Jefferson y Lincoln, en contacto inmediato con aquella civilización privilegiada, libres, fuertes, seguros de sus destinos personales, capaces de identificarse con extrañas costumbres y á nuevos ideales consagrarse, una población inteligente, que ha luchado mucho, sufrido mucho y llorado mucho por Cuba, conserva el idioma que nosotros estamos prostituyendo, guarda en la urna de la fe ideales que nosotros hemos olvidado, y espera ansiosa la llegada de cada vapor de la Habana, que le lleva noticias de la tierra querida, revive sus recuerdos, reanima sus amores, recrudece á las veces sus tristezas y á las veces descubre á sus miradas los rosados horizontes de la esperanza.

La emigración cubana, reproduciendo los sonoros versos de Espronceda:

«Yo, desterrado en extranjera playa,
con los ojos, extático, seguía
la nave audaz que, argentada raya,
volaba al puerto de la patria mía»,

esa es la que puede decir á conciencia si servimos á los grandes ideales nacionales los que, inafiliados, neutros, solos, pero alejados de la lucha de pelotas de lodo á que ha quedado reducida la política cubana, merecemos la rechifla de aquellos periódicos y de aquellos personajes á cuyas codicias no queremos cooperar, fortalecidos en la resistencia por la conciencia propia y el aplauso de los nostálgicos de la patria.

Ahogaríanos el vaho de las inmundicias sociales; romperíamos la pluma indómita y realizaríamos el más espantoso suicidio moral los escritores honrados, si alguna vez no llegaran á nuestro espíritu las auras embalsamadas del consuelo, que desde mucho más allá de las goteras del pueblo natal nos envían los creyentes del ideal, no contaminados ni fatigados, enteros y entusiastas como en los días del bregar y de las incontables abnegaciones.

Ante el Señor del prado congregados,
expusieron los brutos su honda queja,
por boca de una oveja:
—Estamos, Majestad, desesperados:
un tirano en tus reinos vive y goza,
y al que cae en sus garras, lo destroza.
—Decid quién es, al punto,
y hoy mismo el criminal será difunto.
—Un lobo como tú, fuerte y bravío.
Reflexionó el Señor, y dijo al cabo:
—Podéis alzar el rabo;
que ese lo hace con permiso mío.
Moraleja: que en tierra de caciques
el papel de la oveja es desairado;
contra un lobo á otro lobo no supliques,
porque estás de antemano condenado.

Un laureado

Una de dos: ó Manuel Serafín Pichardo vale más, intelectual y moralmente, que todos nuestros hombres representativos, ó es el más dichoso de todos los cubanos.

Sin negar yo sus grandes méritos, me inclino al segundo extremo. Yo creo mucho en la buena ó mala suerte; pienso que nacen con distinta finalidad los árboles del bosque, y nunca he esperado que se hicieran santos de mi madera.

¿Qué es el destino? No lo sé. Pero yo sé que el éxito no corresponde sino muy rara vez al esfuerzo; que para unos, todo son palmas, triunfos, homenajes; y para otros, todo decepciones. tristezas y desamor.

Y no por el valer distinto de cada uno, sino por eso, por el destino, la maldición ó la desventura. Si un bueno merece diez aplausos y otro merece dos, dos y diez les sean concedidos. Pero si ambos son buenos, no como á malo se trate al uno. Y he ahí que muchas veces quien aspira á lauros obtiene afrentas, mientras á otros Pichardos hácese completa y bien ganada justicia.

Las fiestas cívicas recién celebradas en Santa Clara en honor del ilustre Director de *El Fígaro*, harán época en los anales de mi país; por su suntuosidad menos que por la rareza del espectáculo; menos por lo solemne y regocijado de su forma, que por el fondo mismo, consolador y justiciero.

No importa que Pichardo sea discutido como buen poeta: como poeta es universalmente aceptado. ¡Infeliz de aquel que,

pugnando por brillar en la esfera literaria ó artística de su país, no sea discutido! Sólo las nulidades pasan sin ser advertidas.

Huellan los pies, constantemente, en la vía pública granos de arena, piedrecillas y botones de hueso, sin que la mirada advierta nada notable. Pero brilla un objeto pequeñísimo, detiénese el paso, inclínase el cuerpo; la mano se estira y recoge el objeto, que es examinado con avidez. Un alfiler corriente, un pedacito de vidrio, un abalorio sin valor... ¡bueno! Se sufrió una equivocación. Se mantiene el hallazgo entre los dedos por unos minutos, como si se rebelara uno contra el engaño, y se le arroja al cabo.

Pero en vez de la astilla de un vaso ó el alfiler común, es el brillante desprendido de una sortija, la perla caída de un pendiente ó la áurea moneda salida de un bolsillo. ¡Oh felicidad: quisiéramos poder repetir la operación á todo lo largo del camino!

Así con artistas, escritores y poetas, caídos entre el polvo de la vida brillando con brillo real ó falso, entre los guijarros de la existencia nacional. La luz del día les hiere, la mirada del transeunte les advierte, y el sentimiento intuitivo de propio mejoramiento, dobla espalda, estira brazos, se pone en contacto con el hallazgo y les aprovecha, ó les arroja otra vez para que vuelvan á servir de engaño al viajero que viene detrás.

Mas yo me digo: ¿porque rara vez se tropiece con oro y perlas, no vale la pena de recoger el alfiler común y el botón de hueso, que también tienen su utilidad y llenan su misión en algún momento de la vida? Pero me aparto del objeto de estas líneas.

Pichardo, hijo de Santa Clara, es denominado ahora, hijo predilecto de la ciudad de Marta Abreu. Y yo sé de ciudades cubanas, donde el último advenedizo, el forastero más ignaro, vale más y pesa más que el más estudioso y honrado de los nativos.

Vistió el Bélico sus mejores galas; la población nadó en júbilo; envió al Congreso aquel, honrador y justiciero, su más garrida representación la intelectualidad cubana; ensayaron sus mejores sonrisas las lindas villaclareñas y sus más aromadas flores desgranaron los jardines de la patria. Un cubano fué enaltecido por otros cubanos: caso rarísimo en nuestra historia de los últimos tiempos. Un villareño talentoso, fué rebautizado en la ciudad natal. ¡Dos veces hijo Pichardo: por el nacimiento, y por

la confirmación; por el accidente casual y el honor ininterrumpido; por su amor de hijo á la vieja ciudad y su adhesión constante á la suerte del solar nativo. Es caso tal vez único en los anales de nuestras seculares ingratitudes.

No voy á comparar; no me perdonaría la sospecha de que homenaje tan justo pudiera despertar envidias; ni discuto glorias ni á la amistad lastimo: hago estudio y anoto observaciones.

Yo sé de hombres, todo esfuerzo y todo afán de gloria, que sufren hondas pesadumbres y llevan en el alma incurables heridas.

Un amigo tengo, infinitamente inferior á Pichardo en intelectualidad, igual á él en patriotismo, más héroe que él en luchar por un nombre ilustre, desde las simas de la humildad y entre las sombras de la miseria material, el cual, cada vez que se siente halagado por una simpatía y honrado con un aplauso, tiene la seguridad de que no se lo dispensa un convecino, la presunción casi infalible de que no se lo acuerda un compatriota.

Y es lo que él dice: si un poco de justicia hacia el vencido, y un poco de corrección hacia el extraño, honrosa recompensa alcanzan, treinta años de labor ardua, desinteresada y vigorosa; de peligros y abnegaciones por el ideal de su pueblo y el honor de su tierra ¿no valdrían algo más, algo mejor, que el anónimo asqueroso, el insulto torpe y la calumnia grosera?

Y el pobre hombre, seguro de su conciencia, alardeando de su corrección personal, repasando toda la historia de su vida, desde el origen obscuro, los sueños de adolescente, la brega de luchador, hasta las desesperanzas y fatigas de la vejez, inclina el rostro, contrae el ceño, y alguna vez con el dorso de la siniestra mano frota sus párpados, para desvanecer cierta niebla que no le deja ver los renglones de la cuartilla donde traza, más con cincel que con pluma, jeroglíficos de dolor, cada uno de los cuales pudiera ser un poema de desalientos.

Cuando yo le veo así, recapitulando épocas, sumariando esfuerzos, reviviendo memorias, y ensayando sonrisas que son muecas, para responder momentos después al saludo insincero y á la burla misma de quienes más le han herido en la hora del éxito, vuelvo la mirada hacia un jovenzuelo que á dos pasos de mí lee ó escribe y le apostrofo y le aconsejo *in mente:* « Forma tu carácter en la adversidad; nutre tu alma en la ingratitud; templa tus armas en el dolor, y lucha contra los enemigos de tu

enaltecimiento, como él luchó contra los obstáculos de su elevación. ¡Surge, acomete, hiere, no rías jamás, sino después de haber golpeado, no cantes sino después de haber vencido; perdona, sí, pero luego que hayas derribado!

Y me salgo al camino, tardo el paso, la mirada baja; buscando lo que brilla, huyendo de pisar lo que vale, presto á recoger el botón de hueso que puede ser útil, y el fragmento de vidrio que engañaría á otro viajero, y la perla caída por acaso, y que debe ser elevada, como Pichardo ha sido, á la diadema de intelectualidad de la raza, que puebla los florecidos campos de la patria.

Políglotas y filólogos,
vuestros estudios dejad:
no aprenderéis en los libros
el lenguaje universal.
Lo que dicen dos suspiros
que se besan al chocar;
lo que se cuentan los ojos
de dos que amándose están;
dos besos que se confunden
formando un beso no más;
dos manos que se entrelazan;
la sensación del mirar,
¿Lo traduce algún lenguaje
de carácter nacional?
Filólogos y políglotas,
es inútil vuestro afán:
sólo el amor es idioma
eterno y universal.

J. M. Gálvez

¡Otro grande caído en la honda sima de la adversidad; otro buen amigo de Cuba, emprendiendo el viaje de que no se vuelve, sin haber tenido el consuelo de dejar constituída la patria sobre las inconmovibles bases de la libertad!

Yo he leído, en estos días, elegiacos trabajos, escritos con más arte que sentimiento, en loor de la personalidad ilustre que acaba de desaparecer, y he sentido lástima profunda de mi pueblo. ¿Es que han de morir los cubanos meritísimos, para que su pueblo entonces les conozca y les ame? ¿Es que sólo cuando el cuerpo yace, y la inteligencia se apaga, y la voluntad se extingue, es que sólo entonces la justicia social discierne sus aplausos, á quien vivió mereciéndolos?

La biografía de José María Gálvez, jurisconsulto y patriota, estadista y conspirador, político de altos vuelos, literato distinguido, organizador excepcional, encarnación del espíritu de su pueblo en diez y siete años de labor heroica, y dechado de todas las abnegaciones, más que un motivo de orgullo es un rescripto condenatorio para la moral de un pueblo.

Él, auxiliar de Céspedes, ha sido injuriado por constantes servidores de la reacción colonial, por serviles de todos los tiempos; él, apóstol de la evolución, fué negado en la hora del triunfo por los desertores de su bandera; él, rico, sacrificado su bufete y agotada su hacienda en aras de su labor de propaganda, murió mísero, cuando las nulidades reinan y los traidores se enriquecen.

¡Y se le llora ahora, cuando debió bendecírsele antes!

Representante ilustre de la mentalidad cubana; miembro notable de aquella vigorosa generación de fines del pasado siglo, que tan admirables ejemplos de fortaleza y patriotismo dió al mundo; maestro augusto de un pueblo, embrutecido por el régimen, atrofiado por la ignorancia y de sus propios vicios esclavo, el triunfo de la Revolución fué su triunfo, pero los premios del Dios Exito no le alcanzaron ¡á él, que enseñó á pensar y á sentir, que arraigó en las almas el ideal de la libertad y despertó en los corazones el sentimiento de la propia dignidad!

Martí habría fracasado, si el Partido autonomista no hubiera abierto á la conciencia nacional los horizontes de la justicia; la República, sin la evolución no habría sido; como no se ha logrado jamás la emancipación de un pueblo, sin una hábil preparación, sin un esfuerzo perseverante, sin el sentimiento de la solidaridad y la iniciación de las voluntades en el hábito de la resistencia.

Parnell, Kosciusko, Rizal, no fueron triunfadores. Washington y Bolívar, necesitaron hallar trillado el camino para realizar supremas reivindicaciones. Itúrbide triunfó, años después de haberse sublevado la conciencia mexicana. Morelos no fué un iluminado, ni Bravo y Rayón héroes providenciales, sino meros intérpretes del sentimiento nacional. En 1879 ú 80, Máximo Gómez, desalentado y herido, escribió, en célebre folleto, que Cuba no sería independiente; y Máximo Gómez plantó en el Morro la bandera tricolor veinte años después, porque la obra de Gálvez y de los compañeros de Gálvez, le presentó huestes abnegadas, generaciones dispuestas al sacrificio, soldados y creyentes.

Olvidadizos pueblos: ¿merecéis acaso tener en vuestra historia nombres tan inmaculados, apóstoles tales en vuestra peregrinación por el desierto de la vida?

Crucificáis á Cristo en Judea, escupís á Riego en el cadalso, forzáis á Martí para que vaya á morir á manos de un soldado oscuro en Dos Ríos, y ponéis á Gálvez en caricatura y reís de su angustiosa situación doméstica, después de haberos educado en la protesta y preparado para la libertad.

¿Y lloráis ahora?

El cielo os perdone, como yo os compadezco.

Inmigración borinqueña

Cuba y Puerto Rico son
de un pájaro las dos alas.
LOLA R. DE TIÓ.

LO CONFIESO ingenuamente: cuando la prensa española de la isla y fuera de ella, nos hablaba del éxodo que, bajo la administración americana, se realizaba en la hermosa Borinquen; de barcos que llevaban labriegos á Hawaii, de familias semidesnudas, de poblaciones enteras invadidas de anemia, yo no podía reprimir una sonrisa de incredulidad. Porque cualquiera que fuera—y es mucho—el crédito que yo concedo á mis dignos compañeros en las letras, y el respeto con que yo atiendo á las aseveraciones de la prensa española, ya sé cuánto duele el vencimiento y cuánto hieren las desdichas de la patria. Yo mismo sería capaz de todas las exageraciones, si de restar prestigio al vencedor de mi tierra se tratara.

Mas en estos últimos meses, cartas particulares de mis desconocidos amigos de Humacao y Barranquilla, recortes de periódicos, artículos dolientes suscritos hasta por un norteamericano, noble y justiciero, hanme hecho comprender que no se cierne la prosperidad sobre la isla hermana; es decir, sobre los labriegos y los obreros nativos, miembros hoy de una nación más fuerte y más rica, pero tan preteridos ellos como en tiempos de la Colonia, más infelices y más miserables ellos que en los tiempos de la Colonia.

No hace muchos días leí en *El Mundo* un suelto que, en otro periódico más transigente con el pasado y menos fervoroso por

el Coloso vecino, me habría parecido un sarcasmo. Un médico yanqui ha descubierto que la anemia no es efecto de deficiente alimentación, sino resultante de un microbio por él descubierto. En una sola población de Puerto Rico, el sabio *mister* ha curado á más de dos mil anémicos.

Y mientras el colega, aceptando la posibilidad del descubrimiento y la eficacia del antídoto, manifestaba su buena intención de que ambos fuesen conocidos de los hombres de ciencia y vulgarizados en provecho de la humanidad, yo, más ayuno de saber y más aferrado á lo antiguo, creyendo hoy como ayer que la escasez y mala calidad de los alimentos, el exceso de fatiga, la carencia de higiene, la miseria vil, para decirlo de una vez, hace el noventa por ciento de los anémicos, púseme á deducir cuántos enfermos, cuántos seres de pobres vasos sanguíneos y pálida tez, y labios y ojos descoloridos, habrá en la isla hermana, cuando han sido curados dos mil en una sola población.

Y de premisa en premisa, y de deducción en deducción, llegué á ratificar una vez más mi vieja creencia de que la incorporación forzosa de un territorio pequeño á otro más fuerte, de que el dominio de un pueblo reducido, por otra raza que se considera superior y que planta el pie en el terreno á título de dueño indiscutible, es el primer paso para la absorción del más débil, la puerta de entrada á las amarguras y las humillaciones que consumen á los naturales.

Los indios de las Antillas, los tejanos, todas las razas vencidas en la antigüedad y todos los pueblos dominados en los últimos siglos, no me dejarán mentir.

Por eso he afirmado antes de ahora que la anexión inmediata no sería la más cruel de las soluciones á nuestros problemas; siempre nos dejaría ella algo de soberanía para buscar en nosotros mismos fuentes de resistencia. Lo que me horroriza es la ocupación militar; á lo que yo temo es á la incorporación forzada como colonia ó territorio; entre el anexionismo, amargo y todo, doloroso y todo, y el dominio falaz primero y la absorción y el menosprecio después, hay una grande, amenazadora diferencia.

Puerto Rico que no luchó por independizarse de España, que no pidió al vecino que interviniera en sus contiendas, que si no estaba resignado con su suerte parecía estarlo, porque no incurrió como Cuba en arrebatos heroicos, por romper los vínculos nacionales; Puerto Rico vino á ser víctima de nuestras aspiraciones,

botín adquirido por el vencedor, *cosa* ganada por el yanqui. Lo bueno que á sus hijos acontezca, á nosotros lo deben. Lo malo que les ocurra, culpa es de los que llamando al vecino, rogaron al vecino que se enredara en guerra con la vieja metrópoli y deshiciera su poderío. La suerte de Borinquen, es obra exclusiva de la Revolución cubana.

Y yo me pregunto: si los borinqueños sienten hambre; si es verdad que millares de ellos no caben en el suelo natal y emigran á bandadas hacia las islas asiáticas, si hay allí labriegos sin pan y sin hogar, porque capitales extranjeros se adueñan del terreno y braceros sajones y máquinas sajonas, dificultan el trabajo, ¿no han debido los revolucionarios cubanos autores de la discutida Ley de Inmigración, hacer algo por los pobres hermanos nuestros á quienes ya falta donde poner el pie en la isla hermosísima que fecundizaron con el sudor de sus frentes y abonaron con los huesos de sus padres y de sus abuelos? Sólo el Consejo Provincial de Santiago de Cuba pensó en esta obra de reparación.

Su indicación se ha perdido en el vacío de la pública indiferencia. No ha habido para ella cantores fervientes, como para la introducción de germanos, sajones y eslavos.

A bien que un pueblo de nuestra raza, que habla nuestra lengua, que simpatizó con nuestras desdichas y nos ayudó, con sus hombres y sus pesos, á luchar por la independencia, es factor despreciable, hoy que se trata de mejorar por el cruzamiento la raza, yendo á buscar á los climas helados, maridos fornidos para nuestras hermanas, y mujeres rubias y pecosas para nuestros hijos.

Yo creía que era dable al labriego y al ganadero, importar machos cabríos de Suiza, vacas de Jersey, caballos de Normandía, cerdos de Kentucky, para obtener reses grandes, pesadas, productivas, que nos enriqueciesen mejor; yo aplaudía el trasiego de semillas y plantas para lograr una flora privilegiada; pero yo creía que el cruce de las razas humanas era cosa que resultaba del desarrollo de las relaciones comerciales entre las naciones, y no accidente calculado, previsto, buscado por uno mismo, para anular la raza suya, variar la fisonomía étnica de su pueblo, prepararse á tener nietos robustos, más colorados ó más rubios, como si el amor de la familia descansara en el color de la tez y se considerara al hombre, inferior para todos los empeños de la civilización, porque hable tal ó cual idioma ó tenga tantos ó cuantos centímetros de ancho en el plano dorsal.

A mucho más alto nivel que nosotros los *bárbaros* pueblos de Oriente, Japón, por ejemplo, se asimilan los progresos de la época, estudian en otros pueblos los medios de dignificar su raza y elevar el nivel intelectual, físico y moral de su población; pero sin avergonzarse del pliegue de los ojos, del amarillo de la piel y de la recortada estatura de sus hombres y de sus mujeres.

Pequeños y pálidos, se hombrean con la potente nación de los Cosacos. Anémicos nosotros, hicimos una revolución increíble. Las más puras familias cubanas, las que de españoles solamente provienen, capaces han sido de todos los heroísmos y capaces son de todas las virtudes.

Empero había que derrocar aquel régimen de cuatro siglos, no para honor del pueblo criollo, no para felicidad de la familia cubana, sino para poder enriquecer el ganado del moderno hato tropical, con sangre de teutones, con músculos de germanos.

Hay que traer vacas de Jersey, machos de Suiza, caballos de Inglaterra. Así será más fácil la obra, lenta, pero segurísima, de nuestra desaparición como unidad étnica; la riqueza del suelo, el progreso de la industria, el acrecentamiento del comercio, para otros. Y la soberanía, y la libertad, y todo. Que cuanto más pronto se borre de la conciencia pública el ideal de nuestros mártires, y más pronto se esfumen, ante los rayos penetrantes del egoísmo material, amores y tradiciones, costumbres y creencias, todo lo espiritual, todo lo grande y todo lo digno de nuestras almas criollas, más pronto habrá elevado su vuelo el águila imperial de Washington, sobre esas llanuras que alfombraron las osamentas de equivocados, de sentimentales, de tontos...

Lola, la dulce poetisa borinqueña, dijo que

«Cuba y Puerto Rico son
de un pájaro las dos alas.»

Mas ella no pudo prever que, auxiliados por nosotros mismos, extraños á nuestros dolores, amigos de la víspera, se froten las manos de gusto mirando el cercano porvenir; pues que á Puerto Rico y Cuba

«nos hieren las mismas balas
en mitad del corazón».

1906.

Por los grandes

Fué un cubano-yanqui, por más de un motivo ilustre—*Pepe* de Armas—el iniciador de ese solemne homenaje de piedad de una raza, hacia uno de sus héroes, que se rendirá en breve, levantando un monumento á la memoria del defensor del Caney, español digno de los viejos tiempos, militar pundonoroso, más grande, más glorioso y más *vivo*, después de podrido su cuerpo en la húmeda tierra de Oriente, que tantos otros que pasean por Madrid cruces y entorchados, que hacen política y cobran del Erario, porque no supieron morir, ó intentarlo siquiera, honrando la bandera de su patria.

La iniciativa de *Pepe* de Armas, acogida con júbilo por la parte de nuestro país que permanece sana y digna, más que la idea generosa de un leal adversario de España, es la expresión sincera del amor de Cuba para con las legítimas grandezas de la Nación de origen; el beso dulce, íntimo, algo húmedo de lágrimas y algo saturado de arrepentimiento, que envía la hija, inquieta, temerosa, infeliz en su aparente fastuosidad, á la madre engañada, mal aconsejada, en el fondo buena, siempre valiente y altiva.

Vara de Rey es... Vara de Rey; es decir: Palafox, Castaños, Espoz y Mina en el ardimiento patriótico; es Torrijos y Riego; el valor temerario, la resignación riente, el espíritu progresista, el cerrado cumplimiento del deber militar; es toda la brillante historia del ejército de España del siglo XIX, escrita por Prim y

Echagüe en Africa; por Martínez Campos y Méndez Núñez en América; por Cabrinetty el republicano y Zumalacárregui el carlista, en el mismo suelo de la patria convulsa ó desdichada.

Pero corresponde á otro cubano también notable, adversario leal de España, pero fervoroso adorador de las glorias de su raza, la idea de completar el homenaje y repetir el beso dulce, conmovido, un tanto saturado de arrepentimiento de la hija á la madre; idea feliz que en todo corazón honrado encontrará calor y resonancia.

Propone Bacardí erigir una alta pirámide, tan alta que no la alcancen las salpicas del cieno que levante el chapotear de las pasiones, allí, en la costa oriental, en sitio próximo al pedazo de mar donde se realizó el más solemne y glorioso de los suicidos; allí donde la flota de Cervera se hundió, incendiada y hecha añicos, con tanto honor como la de Churruca y Gravina en Trafalgar; miles de veces con más honor que la escuadra rusa en los mares del Japón; como no se ha hundido jamás flota alguna en el mundo en toda la inmensa historia de desastres navales.

Lo ha dicho un marino americano de la escuadra triunfadora; lo ha reconocido hidalgamente la Nación vecina; el Universo entero lo proclama: el acto más soberbio de patriotismo, la resolución más heroica de los modernos tiempos; la temeridad más grandiosa y el sacrificio más sugestivo que jamás han llevado á cabo los hombres de mar, es aquella salida de la débil flotilla, propia para perseguir contrabandistas ó pasearse tranquilamente en la bahía, teniendo enfrente terribles máquinas de acero, instrumentos poderosos de muerte, verdaderas murallas impenetrables que vomitaban plomo y llamas, sobre las cuales rebotarían las balas del *Oquendo* y el *Vizcaya*, como la pelota de goma de un chiquillo rebota de la lisa pared del edificio, sin dañar su vestimenta ó borrar sus pinturas.

Decid á cualquier soldado de los ejércitos del mundo: allí está el enemigo; sus disparos pueden privarte de la vida; pero depende de tu ardimiento salvarla y vencer, y el soldado se lanzará al asalto, buscando gloria, pensando en la patria, pero defendiendo á la vez su existencia. Cuanto más pronto mate, menos expuesto estará á morir.

Eso es natural, y eso es humano. Pero decid á todos los soldados del mundo: allí está tu enemigo; sus armas alcanzan más que las tuyas; tiene buena puntería, sus disparos matan é

incendian; los tuyos no le alcanzarán; no tienes una sola probabilidad de vencer; vas únicamente á morir, porque tu sacrificio salvará el honor de tu patria, y ningún soldado irá con Cervera al suicidio.

Descienden del caballero manchego los pueblos que tienen concepto tal del honor militar; se ha de haber leído en la historia propia, cosas como la respuesta de Guzmán el Bueno, como el levantamiento del Dos de Mayo y el sitio de Gerona; se ha de pertenecer á esa variedad étnica, que apostrofa despreciativa, con Cambronne, sube riendo á la carreta con los girondinos, se entrega al cadalso con Padilla y Maldonado y fortifica con tierra y palizadas la bahía de la Habana contra los ingleses, para que la seguridad del desastre no descorazone, y se vaya á la muerte sereno, firme, sin odio y sin fiebre. Yo deseo con toda vehemencia que la idea apuntada por Emilio Bacardí obtenga pronta realización.

Pronta, sí. ¿Sabéis por qué ella exige inmediato éxito, españoles patriotas y cubanos dignos? Pues por la misma inseguridad de nuestros destinos, por el peligro mismo que sobre nuestros intereses morales se cierne.

Si no lo hacéis vosotros, alguien lo hará, y no tarde por cierto. Y ese alguien será el vencedor.

Es el pueblo americano un pueblo también hidalgo, que del valor se priva, á quien la abnegación patriótica conmueve y sugestiona, y para el cual los héroes de carne tienen atributos de divinidad.

Nadie como él conoce la intensidad del sacrificio; nadie puede dar mejor fe del suicidio de aquella temeraria flotilla.

Será para él digna coronación de su triunfo, el homenaje de admiración á sus víctimas, la piadosa ofrenda al recuerdo de aquellos bravos.

Ya se adueña el americano de la tierra que abonaron con su sangre Santocildes y Vara de Rey, Maceo y José Martí; ya sus moles de acero pasean como sobre un lago nacional, por las aguas del Caribe, rozando sus quillas la extremidad del palo donde ondeó la bandera de Castilla. De Guantánamo al Caney, hay un paso; del límite de la estación naval al sitio de la catástrofe, medio paso.

¡No os descuidéis, latinos, porque hasta esa gloria os arrebatará; hasta el honor último de enaltecer la memoria de vuestros héroes y enlazar en la desgracia vuestros ricos recuerdos de familia!

Haced, haced pronto el panteón para Vara de Rey y el obelisco para los marinos infortunados.

Después de hechos y bendecidos... quédeos un consuelo triste; él, el amo futuro, se encargará de plantar flores en torno, de cuidar y embellecer lo que, simbolizando nuestros heroísmos, recordará á las generaciones su grandeza y poderío.

¿Y eres tú la que un día, enajenada
de pasión, palpitante de embeleso,
me inundabas de luz con la mirada
y de placer gemías
al recibir, con mi candente beso,
el fuego todo de las venas mías?
Ora, fea, rugosa,
mejillas sin color, frente surcada
por huellas de una vida borrascosa,
concentras tus anhelos,
que se me antojan pálidos y fríos,
en cuidar á dos flacos pequeñuelos
que me repugnan porque no son míos.
Trabajo me ha costado conocerte;
Dios te acompañe, mísera criatura.
Y hazme un favor, el último: procura
que yo no vuelva á verte.

Ante el peligro

Si pudiera ser satisfacción para el hombre de bien, la dolorosa confirmación de desgracias que se han presentido y anunciado, yo me sentiría satisfecho: mis hondos temores, mis tristes sospechas y los temores de cuantos hemos querido estudiar con serenidad el problema de nuestra política interior, realizados quedan.

Sangre de hermanos ha teñido nuevamente las fértiles llanuras de la patria; otra vez el silbido de las balas y el ¡ay! de los heridos ha sustituído al himno sabroso del trabajo, y otra vez la intranquilidad y el temor han hecho palidecer y temblar á nuestras hijas y á nuestras madres.

Son de un artículo, tres meses há publicado en las columnas del *Diario de la Marina:*

«Creo percibir el sordo rugido, el eco ronco y confuso, semejante al de las lejanas encrespadas olas ó al de la remota tempestad nocturna; y antójaseme que él es el aviso de violentas resoluciones, de profundas quejas y hondísimas desesperaciones.

«Miro semblantes hoscos, oigo protestas sordas, sorprendo, en el fondo de ciertas clases sociales, el hervir de la fermentación y advierto, en el funcionamiento de ciertas agrupaciones políticas, algo así como la comezón de un deseo y la espera de una cita, y distingo claramente, en la negrura del horizonte, el fosfórico cabrillear de los relámpagos.»

Es de hace dos meses que evoqué la memoria de Bolívar, que

reproduje pasajes salientes de la historia de las Américas y practiqué un balance del estado político y social de las repúblicas hispanas, rogando desde esas mismas columnas al pueblo de Cuba, que se mirara en el espejo de las *convulsivas* y se apresurara á desandar el tortuoso camino emprendido.

«Que elementos liberales, dije, piensen en la violencia, porque sin el favor oficial no pueden vivir sobre los pródigos surcos del trabajo; que elementos conservadores quieren confiar al fusil del guardián del orden la misión de tapar bocas y ahogar conciencias; que no haya una oposición vigorosa que eduque al pueblo en la protesta pacífica, ni un gubernamentalismo cuerdo que le eduque en la fiel observancia del orden legal; que no se legisle ni moralice; que los cubanos no se amen y se perdonen unos á otros, es precipitarnos en el abismo y abrir la puerta á las grandes vergüenzas nacionales; es disponerse á hacer de la bandera de la patria sudario de esclavos, y no rico palio bajo el cual podría resplandecer durante algunos años más, la sagrada eucaristía del amor.»

¿Qué podré decir, en esta hora de las grandes tribulaciones, de las graves tristezas, de los serios peligros para aquello que más he amado después de mi familia: la libertad de mi patria?

Tula Avellaneda, encarándose con la humanidad entera, apostrofando particularmente á las turbas judaicas, en presencia del ensangrentado cadáver de Jesús, exclamó: ¡Todos en Él pusisteis vuestras manos! Así pienso yo que todos hemos puesto las manos en el arca santa del patriotismo y no para levantarla por encima de nuestras miserias, y no para comunicarle el calor de nuestros corazones y formar pedestal para ella con nuestros amores y nuestros besos, sino para deslustrarla con el pegajoso sudor de nuestros dedos y afianzarnos en ella al dar el salto á que nos impulsaban secretas irresistibles codicias.

No es éste, empero, momento de definir responsabilidades, de singularizar culpas y de determinar acusaciones; es hora de recogimiento, de meditación; de generosos esfuerzos por que la paz vuelva y de lealísima dedicación á la defensa de todo lo que hay de sagrado y permanente en nuestra sociedad: familia, ley, propiedad, instituciones, república y libertad.

Ved: apenas comenzada la contienda, caen vidas, brotan de las arterias sangre cubana, enlútanse hogares ayer felices y puéblanse las cárceles.

¿Qué ha de hacer el Gobierno sino mantener el estado legal,

repeliendo la agresión, evitándola, reprimiéndola? Ese oro que íbamos á invertir en carreteras, puentes, asilos y paseos, lo absorberán las atenciones militares. Ese comercio que renacía, se asusta y padece. Esa agricultura floreciente, languidecerá. Esa riqueza pecuaria desaparece ya. Los valores bajan. La confianza vacila. ¿Merece la patria que se la conmueva y dañe, políticos cubanos?

Pinar del Río ha sido esta vez la nota aguda; Pinar del Río, la víctima de 1896, ha vuelto á ser la víctima en 1906. Diez años le parecieron muchos años de paz.

Después de los temporales, de las inundaciones, de la pérdida de la cosecha; cuando empezaba á prepararse el terreno para los semilleros y el veguero solícito rompía y cruzaba sus campos de cultivo, esperanzado en una fecunda recolección de aromático tabaco, que conduciría por los nuevos terraplenes á los puntos de embarque; cuando el Eléctrico llegaba á Guanajay, los Ferrocarriles Unidos se disponían á marchar á Bahía Honda y pensaban en llevar sus paralelas á Guane, surge la protesta, resuena el clarín, despuéblase la ciudad, abandónase el arado, paralízase el comercio y la noche de la zozobra invade los horizontes, y hay espectros fatídicos allí donde se respiraba el vaho de la tierra removida y resonaba la dulce cántica del esperanzado campesino.

¿Para eso independizamos la tierra? ¿Es esa, cubanos, es esa la paz moral que ofrecimos al extranjero, el respeto á sus intereses, la garantía de sus negocios? ¿Es así como las ofertas hechas ante el mundo, de libertad y justicia, de solidaridad nacional y amor á la República, se cumplen y se honran? ¿O es que por sobre nuestros deseos y recursos, por encima de nuestra voluntad y nuestro sentimiento, está la imposición terrible del destino manifiesto?

Harto desdichados seríamos entonces; merecidamente repudiables y malditos.

Pero ¿es que un pueblo puede morir así para su propia soberanía sin que el instinto de la propia conservación se rebele?

¿Es que el artículo tercero del Apéndice Constitucional, es que la extranjerización de las industrias y la fuga de la tierra cubana, no hablan claramente al corazón de los cubanos? ¿Es que aquí no leemos la historia, no amamos á nuestra raza y no queremos mirar al porvenir?

1906.

A otras épocas...

El alma de las multitudes se reforma, modifica y transforma al andar de los tiempos y bajo el influjo de las circunstancias. La fisonomía moral de los pueblos, reflejo exacto es de su prosperidad ó decadencia. Tipos y costumbres populares, barómetros son de la conciencia nacional.

Un mero examen comparativo de gustos y modas, determina el grado exacto de sencillez, satisfacción y esperanzas de los elementos nativos de un país, sobre el cual han pasado nuevas ideas, clareado nuevos horizontes, y cernídose desdichas é inquietudes. No hay detalle pequeño para una observación inteligente. Las dolencias del alma colectiva, en el cambio de las aficiones populares se reflejan.

Treinta ó cuarenta años bastan para apreciar el fenómeno y diagnosticar á conciencia. Cuando han pasado siglos, la primitiva fisonomía se borra, y diríase que han surgido nuevas razas de las cenizas de las razas muertas. Trabajo costará encontrar en Barcelona, Burdeos ó Marsella, el alma de Provenza. Sus justas poéticas, sus bardos melancólicos, su rica habla, aquel espíritu romancesco y soñador de los viejos tiempos, sustituído fué por la actividad comercial del catalán moderno y la fiebre socialista del viticultor de la Francia meridional. Apenas quedan rastros del rudo vendeano, creyente y leal. Apenas rasguea la guitarra el sevillano enamorado en las riberas del Guadalquivir, ó sueña con amores del Paraíso la doncella hermosa, en los cármenes granadinos.

El cuákero mismo; el mismo puritano de los tiempos del *Mayflower*, de la fe esclavo, de la conciencia siervo, renegado de la patria si ella significaba opresión é ignominia, fanático por el honor de la familia y apegado á la dulce vida del hogar, no vive ya en Filadelfia, New York y Chicago, vertederos de los detritus de Europa, puntos de cita y amalgama de distintas razas y pueblos.

El negocio es allí todo; Dios el oro, y conciencia el egoísmo para millares de vecinos de las grandes metrópolis comerciales. Primas hermanas son sus costumbres de las de Londres y Berlín, y poco se diferencian de las de París y Roma. El corazón de los pueblos no late en las grandes urbes; vive en el fondo de las aldeas, entre las clases humildes, allí donde la tradición resiste más, y la monotonía de la existencia colectiva se defiende mejor de innovaciones y trastornos.

Mas cuando se han desatado las calamidades sobre los elementos de abajo; cuando en el fondo mismo de la nacionalidad se han producido las grandes sacudidas, la rústica costumbre es cuerpo de estudio apropiado para conocer el general desequilibrio.

Ahí nuestro pueblo: guajiros, jornaleros, provincianos todos, muy otros en sentimientos y aspiraciones de lo que sus padres fueron.

Todavía, si al volver de una esquina, tropezamos con el grafófono ambulante que repite un zapateo y una décima guajira, detenemos el paso y experimentamos agradable sensación; todavía, si en medio de la noche percibimos el eco de la dulce canción criolla, cantada por tabaqueros trasnochadores que vuelven del Círculo y se internan en el arrabal, salimos á la puerta, recogemos las notas quejumbrosas, y quisiéramos seguir á la alegre comparsa, cuya música nos trae añoranzas de la juventud, recuerdos de dormidos amores, el beso de la mujer querida, la historia de placeres y de lágrimas, de otras primaveras...

Pero eso es efímero, inestable, pasajero. La vida moderna nos reclama. El mitin del día siguiente, la conspiración política, la partida de *poker* pendiente, el destino del Gobierno que nos prometieron; la subasta del Estado que nos quitaron; lo práctico de la vida, en fin; la lucha del pan, que no repara en armas ni entiende de harmonías.

Otros son los deportes del pueblo que bailaba el zapateo y cantaba décimas al són del güiro. No caracolea ahora el caballo del guajiro frente á las ventanas de la prieta: corre en el hipó-

dromo por apuestas, ó se lanza sobre la trinchera que defienden guajiros cubanos. No ensarta la sortija el corredor, por el placer de aspirar el aroma de virtud de la Reina del Bando, al recibir de ella la moña que sus manecitas formaron: ahora anda en el *base ball* cobrando el sueldo que pagan los desocupados. Ni repiquetean sobre el bruñido piso los tacones á los delicados sones del zapateo: el guajiro baila también *two-step*, maneja el biciclo y hace ensayos de boxeo.

No queda nada criollo en nuestras distracciones, como apenas nada cubano en nuestros sentimientos.

Se apolillan los libros de versos y se cierran los teatros de comedias morales. El automóvil es más rápido que el quitrín, y más peligroso. El toque de oración de la campana parroquial, lastima los oídos: rezar es cosa de fanáticos. El altarito de cruz es insoportable y las hogueras de San Juan, cosa de pilletes. El carnaval mismo perdió su encanto y trocóse en alarde de despilfarro y pugna de vanidades. Los pobres no pueden tirar serpentinas. Los míseros no forman cordón en el paseo.

Si eso es así; si todo ha variado y gustos nuevos sustituyen á las antiguas costumbres populares, y se ha borrado el sello criollo de la entidad nacional ¿habrá poder humano capaz de desandar lo andado, devolviendo al alma cubana sus creencias y sus ignorancias, sus sencilleces y sus amores? De ningún modo.

Desde Aix á Barcelona se ha extinguido el espíritu de Provenza; y desde Cádiz á Almería se ha borrado la sombra andaluza, y desde Boston á Filadelfia el genio puritano, que nadie resucitará.

No hay fenómeno de trasmigración para las almas de los pueblos. Mas si lo hubiera, jamás volverían ellas á los mismos cuerpos, como no habita el espíritu de un hombre, según la metempsícosis de los espiritistas, bajo la misma envoltura carnal de su primera etapa.

Aquella alma nacional que conspiró con Agüero y Armenteros, rugió con Agramonte y Maceo, amó con La Luz y Saco, hirió con Gómez y perdonó con Martí, y apeló á todas las heroicidades, las de la educación cívica, con Gálvez, y la de las rebeldías armadas; la que subió al cadalso con Goicuría y murió de nostalgia con Heredia en extraños climas, esa murió.

Ahora queda un alma híbrida, producto de épocas de miseria y desesperanza.

Costumbres aldeanas

Debió ser asturiano, y natural de Piantou, aldehuela que descansa entre añejos castaños y florecidos cerezales en la Vega de Rivadeo, el autor de una crónica fechada en Gijón y publicada en un diario habanero. Pero podría ser cubano ó de otra nacionalidad cualquiera, y sentirse regocijado también en presencia de una fiesta modesta, insignificante para los espíritus superficiales, celebrada en un rinconcito de la tierra de Jovellanos y Argüelles, por rapaces juguetones, mozas garridas y mancebos danzarines.

Todo ello se reduce á que era el santo del maestro; y con tal motivo, el señor cura hizo repicar las campanas; los papás levantaron un arco de laurel, musgo y flores, frente á la casa del dómine; las mamás adornaron el local de la escuelita como si fuera un altar consagrado á la madre de Cristo; se suspendió toda faena; vistió sus ropas domingueras el vecindario, y cantó de lo lindo, con más espontaneidad y mejor gusto, que si el festejado fuera un cacique ó un rey.

Esa es la apariencia. El fondo es otro, consolador, sugestivo, lleno de esperanzas y armonías.

Es un humilde, un obrero, uno que no puede repartir destinos, comprar conciencias ni perturbar la vida legal; que no lleva galones ni cruces; que no es guerrero ni adinerado; que no hace más que estudiar mucho y enseñar á otros lo que sabe; es el dómine de Piantou, amigo de los inquietos rapaces el que recoge

sinceros homenajes de gratitud de sus convecinos, esta vez desprovistos de egoísmo; esta vez padres y patriotas, celosos del porvenir de sus hijos y amantes del porvenir de España.

Porque el caso es éste. El amor de los niños á su profesor no vive sin el suave calor de los consejos de la familia. Puede el alumno sentir admiración por su maestro y ser impotente para demostrárselo de otro modo que con inefables sonrisas y continuada obediencia.

Son los padres los que levantan arcos de triunfo y pagan á la orquesta; y son las madres las que adornan el aula y cosen la elegante ropita del pequeñuelo.

Grande, poético espectáculo ese, no importa que se realice en la populosa villa de América ó en el seno del blanco caserío asturiano; no importa si allá entre los variados matices de la Vega de Rivadeo, cabe las rumorosas acequías de la campiña, en la vecindad de la Suiza meridional, la de los *airiños* y las quejas melancólicas; allá donde un mal gobierno condena á la miseria á pueblos laboriosos, y donde la ley de Quintas y la saña del Fisco producen la incesante, la dolorosa sangría de una emigración continua.

Un pueblo que vive agradecido del maestro de escuela, aunque viva escondido en apartado valle, tiene derecho á ser conocido y gloriado por el mundo.

Hay mucho de sencillo, algo de atrasado ó primitivo en ese homenaje campesino, hoy que se entiende por cultura despertar las rebeliones del alumno y ponerle frente al maestro en las salas del Juzgado.

—No le aguantes,—suele aconsejar la mamá.—Avísame si te pega para romperle la cara,—suele advertir el papá. Y el pobre maestro viene á ser, desde el primer día de clases, el ogro temido y amenazado, incapaz por eso de imponer esa disciplina que sólo puede descansar en el mutuo cariño, cuando la escuela llega á ser natural prolongación del hogar doméstico.

Rarísima vez saben nuestros niños cuándo es la fiesta onomástica de sus maestros. Si por acaso la averiguan, es para pedir que se suspendan temprano las clases, y se les concedan dos horas más de holganza y pillería.

Si—*rara avis*—una jovencita dijera en su casa que al siguiente día es el santo de la maestra, y pidiera un par de pesetas para hacerle un regalito, no se haría esperar la respuesta: —No es

preciso; para eso le paga el Gobierno, para que te enseñe. Bien sabrosamente se gana el sueldo esa tía, ínterin yo me rompo aquí el alma.

Y como falta el calor paternal, la idea del homenaje juvenil muere en germen, y la criatura se va acostumbrando á pensar que la educación es un trabajo remunerado, como coser y guisar, que no merece agradecimiento.

Cuando han pasado los años, y hemos conocido las inefables satisfacciones del espíritu cultivado y las amargas contrariedades de la existencia; cuando hemos comparado las incidencias propias con las tristezas del analfabetismo, y estudiamos el presidio, y la cárcel, y la casa de lenocinio, y todos los pudrideros de las almas que no tuvieron en la infancia la preparación de una moral cristiana y la libertad de criterio que nace del estudio, para escoger los mejores caminos de la vida social, entonces se vuelven los ojos al pasado, surge en la mente la figura venerable del educador paciente, y tardíamente formula el labio expresiones de gratitud, que debimos sentir desde los primeros años.

No se pagará jamás esa deuda al buen maestro. No estará jamás en paz nuestra conciencia consigo misma, mientras no hayamos rendido personalmente al buen mentor, ó á su amada memoria, todos los tributos debidos al benefactor.

No siempre debemos más al padre que al maestro. Por ejemplo: al que nos enseñe á menospreciar á quien nos inculca ciencia y virtud, apenas si debemos el accidente involuntario de habernos dado vida.

Yo presencio todos los días procesiones y banquetes, hacinamiento de hombres y mujeres en torno de una tribuna, y arrastrar de coches por manos de gentes que parecen libres; oigo vítores, voladores y músicas. Interrogo, y se trata de un improvisado general, de un trastornador ó de un codicioso; es el cacique que reparte destinos ó el aspirante que enamora á las turbas. Ni un educador, ni un moralista, ni un benefactor de las clases agrícolas; ni siquiera uno que da limosna á los mendigos; siempre un soberbio; generalmente un inepto; frecuentemente un perverso.

Y cuando, escudriñando en el fondo de la gran masa humana, me lastima el chillido de un niño, que no sabe cuándo es la fiesta onomástica de su maestro, ó me hiere el viva dado por el maestro mismo en honor del supuesto héroe, dudo intensamente del renacimiento moral y político de mi amada tierra. Y, á di-

ferencia del cronista gijonés, que creía ver en la luz del montgolfier que ascendía por la Vega, la rutilante estrella de un cielo de ventura para España, yo veo la bandera mía pequeñita, apagada, perdiéndose á lo lejos, como la luz de un globito de papel, entre las negruras inmensas de un porvenir de infamia.

Madre: cuando me llevas al paseo,
muchas niñas me miran y se mofan
porque están mis vestidos remendados,
y mis botinas rotas.
¿No me has dicho que Dios es justiciero
y protege á las niñas hacendosas?
No contestó la madre. Desde entonces
un agudo tormento la sofoca:
bien pudiera su niña, que es tan buena,
andar vestida como visten otras.

Se abrió á las brisas el botón de rosa
y ya puebla de aromas el cercado;
en fruta el azahar se ha transformado,
y la listada oruga en mariposa.
Ya eres madre, mujer: ahora sabrás
cuánto hay de grande en el amor materno;
vigoroso de fe, cuanto más tierno;
cuánto más infeliz, luchando más.

Madres-gatas

Había en mi hogar una gatita de Angora, individuo no sé cuántos de la familia, según de forzosos eran cuidados y mimos para ella.

Dormíase sobre las camas, trepábase por las piernas de las visitas, sesteaba sobre el colchón de retazos, bajo improvisado mosquitero, en la casita de muñecas de mis hijas. Suyo era el bocado más sabroso de la mesa, y la mitad del rico dulce y de la copa de nítida leche. La cinta al pescuezo, alisado el pelo, constante el agasajo, diríase que ella era la señorita principal de la casa.

Pasó tiempo, y la gatita fué gata, sin que se aminoraran por ello solicitudes y malas crianzas.

Llegó á madre, y fué un acontecimiento. Unos á otros nos trasmitimos la noticia. Y todos, grandes y chicos, fuimos á saludar á la joven madre y á decirle: no tengas miedo; no te faltará alimento para que críes á tu prole; redoblaremos nuestra atención; no tendrás que cazar ratones—cosa que nunca has hecho—para mantenerte; habrá más pescado y carne durante el día, y doble ración de leche y pasteles durante las veladas.

Una semana después, una de mis hijitas advirtió que faltaba un gatito. Le buscamos inútilmente. Aquel mismo día comprendimos el monstruoso hecho: la gatita se estaba comiendo un segundo hijo.

El aborrecimiento despertó, súbito, en nuestros corazones. Aquello era horrible; no tenía explicación ni disculpa; violaba

todas las leyes de la naturaleza. Quien tal hacía, no merecía besitos de niñas ni caricias de viejos, sino la muerte y el olvido.

Y, cuando fué posible, un campesino cargó con ella y arrojóla allá, en la lejana sitiería, donde no hallase colchón tibio, ni pudiera trepar, en busca de caricias, á las piernas de las personas decentes. Todos quedamos satisfechos, tranquilos, después de aquel acto de justicia: así los que sabemos lo que es amor de padres, como los inocentes que sólo tienen noción intuitiva de ese sublime sentimiento.

Pues bien: en la sociedad hay mujeres felinas, con apariencia de seres pensantes y máscara de ternura en el rostro, que son fieras salvajes, violadoras crueles de todos los respetos divinos y de todas las consideraciones humanas, y la sociedad no se pone en acecho para descubrirlas, apresarlas, é impedir que vuelvan á cometer parricidios.

No había trascurrido un mes del hallazgo de una maleta en el camino del Vedado, conteniendo el cadáver de una criatura recién nacida, por su propia madre ó á vista de su propia madre estrangulada, arrojado en sitio visible, el cordón umbilical rasgado; cuando se encuentra en parecido sitio otro cadáver de niño, con el parietal hundido, y junto á él un pedazo de ladrillo que tal vez sirvió para el horrible asesinato.

Encanallamiento, degeneración, crueldad ¿pueden ya ser mayores de lo que son? Habana, ciudad populosa, reina soberbia de las playas antillanas, la rica y culta, la opulenta y engreída, capital de la República y metrópoli del cubano, ¿qué terrible cáncer de inmoralidad corroe tu seno, y cual úlcera apestosa encubres, bajo las sedas y pedrerías de tu manto imperial? ¿A dónde ruedas, generación descreída, multitud vanidosa, raza enferma, pueblo obcecado, á dónde ruedas tras esa bacanal de los vicios y ese vértigo de las pasiones, que arrojan cuerpecitos magullados sobre la arena de tus paseos?

¿Es la miseria que desespera á las jóvenes madres, antes de haber intentado la lucha por los hijos? ¿Es el pudor mentiroso, la virtud hipócrita, el orgullo estúpido, borrando la huella del delito erótico, suprimiendo la prueba de una caída, huyendo de un deshonor convencional, para caer en la mayor de las humanas infamias?

No se sabe; la policía no pudo descubrirlo; los testigos no se presentan espontáneamente á vindicar la moral social; el miste-

rio rodea esos espantosos hechos, que nunca creí posibles en la tierra de las dulces exquisiteces femeninas, del casto amor de las vírgenes y la piedad inmensurable de las madres; en esta tierra mía donde hasta las gatas que se comían sus hijos, eran de origen turco: de Angora, no de Iberia, no indígenas.

Y no me digáis que se trata de las clases ínfimas de la sociedad; no busquéis entre los harapos del tugurio á los inductores de esos salvajismos.

De San Lázaro al Vedado no moran los míseros. Por ahí no transitan, sino rara vez, los hambrientos. La ancha vía enlaza al gran centro de los negocios con el gran centro de los placeres domésticos; al sitio veraniego con la urbe bulliciosa.

Por ahí va y viene la sociedad feliz, saturándose del ambiente marino, oreadas las frentes por las brisas del Golfo, y contemplando bajo el azul de un cielo purísimo, entre las rocas berroqueñas de la vetusta fortaleza, el ondear gallardo de la bandera sagrada que amaron aquellas generaciones subidas al calvario, por hacer patria para honrados y dar libertad á envilecidos.

Y ahí, á la vista; no en el Canalizo, ni entre la basura de los establos, ni en la vecindad del cementerio; ahí, en la vía libre, por donde transitan los descreídos y discurren los ahitos, es donde el cómplice criminal de la madre infame deposita el cuerpecillo ensangrentado, para que á nadie quede duda del horrible proceso que se desarrolla en las cancerosas entrañas sociales; para que el tourista y el observador se enteren bien de la degeneración de instintos; para que sepamos todos que bajo los trajes pintarrajeados y las lucientes pedrerías de la republiquita, supura la fístula y roe el gusano.

Tal vez, tal vez la Providencia, en sus inescrutables designios, dirige hacia aquellos sitios públicos los pasos de la criada ó del mercenario, y la hace arrojar la carga sobre aquellas playas para que, al rebotar la maleta sobre los arrecifes, y al herir el ladrillo el cránero del infante, gotitas de sangre salten, el vientecillo las arrastre, y vayan á fijarse en las líneas de nieve de la bandera de la patria, por si los cubanos, viéndolas, se horrorizan á tiempo y se curan de su menosprecio á los divinos preceptos y de su abjuración de las viejas gloriosas virtudes.

Pero ¡ah! los cubanos no miran ahora hacia la bandera: están mirando á tierra; á los arrecifes de la descreencia y al Canalizo de los sórdidos egoísmos.

Laboremus

CUANDO, hace algunas noches, la del 5 de Diciembre último, en memorable sesión celebrada por iniciativa de las Logias *Cuba*, *San Andrés* y *Padilla*, para solemnizar el 45º aniversario de la Gran Logia de la Isla de Cuba, fijas en mi humilde personalidad centenares de miradas inteligentes, el entusiasta hermano José de Cidre me hacía entrega de un artístico diploma; cuando, terminado el acto, bajaba yo aquellas escaleras llevando bajo el brazo el preciado trofeo, con el mismo júbilo que el profesional su título académico, y el artista su premio del certamen; cuando más tarde, arrellanado en un asiento del vagón, recorría con la mirada campos y caseríos, poblaciones bulliciosas, arroyuelos murmuradores, lejanas colinas de un verde obscuro, que parecían confundirse con los tornasolados reflejos de la luz matinal, sobre los celajes del horizonte; cuando, llegado, al fin, á la casita modesta donde me aguardaban, sonrientes y felices, la compañera de un cuarto de siglo, los hijos queridos, florescencias lozanas del árbol de mis amores de la juventud, puse en mi mesa de trabajo el cuadro con que me honró *Padilla*, reuní en torno á mis viejos padres, á todos los que amo con el intenso amor de la familia: ¡cuántas consideraciones se agolparon á mi mente; qué de nuevos impulsos de fe robustecieron las energías de mi corazón; cuán dulces y misteriosos espejismos entrevieron los ojos, á través de las indecisas nieblas de lo futuro!

Ellas, la amante fiel, las hijas jubilosas, leían aquellas firmas del diploma--Cidre y Torres—admiraban los dibujos litográficos, las columnas, el sello de la Logia, la colmena—emblema de nuestra laboriosidad—los atributos que simbolizan la fraternidad y la justicia; todo aquello que ellas no conocen íntimamente como yo, pero que presienten con facilidad, que aman porque saben que yo las amo, que respetan como expresiones simbólicas del culto de su padre, como misteriosa influencia de algo, superior á mi espíritu, inspirador de mis actos, director de la educación que las he dado y esencia del cariño sin límites que las profeso.

Yo, acariciando indistintamente unos ú otros cabellos, paseando la mirada, del Título á sus semblantes, de la firma del prestigioso Venerable á la frente despejada del adolescente, mi único varón, mi *alter ego*, vivaz y soñador, pensé mucho, medité mucho; traje á la imaginación por un mágico conjuro de la voluntad, el compendiado recuerdo de quince años de vida masónica; sentí la dulce satisfacción del deber cumplido, siquiera á medias, y robé su poder sobrenatural al Destino, para trazar ante los ojos de mi alma, por breves minutos apenas, las perspectivas del porvenir, insondable y mudo cuando se le mira con curiosidad superficial, á la luz de los egoísmos frágiles de la vida.

Vime años más tarde, meses más tarde, qué sé yo cuándo, pero indudablemente un día próximo, vime rodeado de los seres queridos, sobre el penúltimo lecho, el del moribundo, la frente calenturienta, los nervios rígidos, la mirada vidriada, fatigosa la respiración, luchando en mi sér, carcomido por la vejez y viciado por la enfermedad, la materia que se queda, con el espíritu que se va; el hálito vital que se desprende, trabajosamente, de su envoltura, para ir á confundirse, por un fenómeno de agregación, con la gran fuerza anímica que agita y fecundiza la Creación; y las redes de esa envoltura, el ropaje carnal, que desciende en la escala zoológica por la pendiente de la descomposición, y cae al interior de la madre tierra, y se fracciona en organismos nuevos, en sales y gases, en átomos y moléculas, para adherirse á otras moléculas y átomos y continuar rodando, por los siglos de los siglos, bajo unas ú otras formas, disgregada ó compacta, sólida ó sutil, por los ámbitos inmensurables del Cosmos, en los infinitos espacios de la vida sideral.

Me vi putrefacto en el seno de la fosa, sentí brotar de este cerebro que las ideas perfuman, hedores insoportables para los vi-

vientes; percibí en el fondo de este corazón que ama y cree, el hervir de millares de gusanillos; asistí al banquete de mis músculos, á la pulverización de mis cartílagos, á la roturación de mis huesos; me vi diseminado en partículas invisibles para humanos ojos por toda la faz del planeta. Y atravesando edades, y hollando generaciones, y sobreviviendo al cataclismo de las sociedades y á la transformación de las especies animadas, llegué al punto en que se habían borrado para siempre del recuerdo humano, mi familia y mi apellido, mi sangre y mi raza, mi patria y mi idioma.

Ah! pero en aquel punto mismo, cuando de *Padilla* no quedaba ni memoria, ni de mi amado país se percibía otra cosa que el pedazo de tierra que me sirvió de cuna y nido, la lengüeta calcárea que surge del seno de los mares exornada con todas las galas de una vegetación primaveral, acariciada incesantemente por las espumas, arrullada por los céfiros, y bañada en luz por el astro ígneo que rige un soberbio sistema planetario, aun vi, resplandeciendo en la vida plácida y feliz de las nuevas generaciones, reinando en los espíritus, determinando las voluntades, sembrando civilización y fraternidad cuasi divinas, la mano augusta del *Dios* del amor y de la justicia, del *Dios* de la caridad y el honor, que ha dado á la Masonería sus leyes, á la Filosofía sus doctrinas, á la Ciencia sus dones; aun percibí, alegre, triunfador, radiante, el rostro de nuestro *Hiram* simbólico presidiendo las determinaciones del cariño fraternal, y alentando con su esencia la libertad de los pueblos, la virtud de las familias y el celo de las almas.

Si, pues—me dije—más allá, siglos y siglos más allá, á través de las incontables transformaciones de la materia, inmortal como toda obra de Jehová, y del andar incontable de los tiempos, no más imperecederos que el espíritu, chispa de Jehová; si mientras el hombre aliente y la humanidad piense y ame, la sabiduría consistirá—como dice el *Korán*—en soportar la vida con paciencia y en perdonar siempre, porque el corazón no podría vivir sin agradecer ni el alma sin amar mucho, ¿qué importa el cambio de forma corporal; qué importan caídas de imperios, derrumbes de repúblicas, confusión de razas, extinción de apellidos, accidentes geográficos y catástrofes geológicas?

La humanidad persistirá: luego la virtud perdurará. Dios existirá: luego no habrán muerto las santas doctrinas que de Él

emanan; las grandezas que yo aprendí en Logia á bendecir: instrucción, progreso, temperancia, honradez y amor.

Y, así pensando, coloqué el Cuadro de Honor muchas pulgadas por encima de mi cabeza, frente á mi mesa de trabajo; envié un suspiro de gratitud á la Logia *Padilla;* sonreí á mis deudos, y recomencé la ardua labor, interrumpida por un día de fiesta masónica, en pro de mi deber de soldado de todas las causas que honran y ennoblecen.

Enero, 1905.

Corazón, corazón: cesen tus gritos;
tus hondos ayes contener procura,
mientras cavo tu triste sepultura
en medio de burdeles y garitos.
Ya me hastiaban tus duelos infinitos.
Para vivir estorba la ternura;
con himnos de diabólica locura
celebran tu derrota los malditos.
Descansa, entraña, en olvidado lecho,
que yo me voy por la mundana vía
juguete vil de las pasiones hecho.
A muchos como á mí los halla el día,
haciendo un ataúd del ancho pecho
donde un creyente corazón latía.

¿Quo vadis?

Juventud: tú eres música y poesía, risas y ensueños, aroma inefable de primavera, rayo de luz, susurro de hojas, frescura de arroyo, trino de ave, vivacidad de la fantasía y generosos impulsos del corazón; tú eres la vida, tú eres la gloria, tú eres la felicidad.

Juventud: tú eres la mañana que clarea los horizontes; el paisaje agreste inundado por los reflejos de Apolo; el azul límpido, el celaje vaporoso, tornasolado; el mar que murmura, el humo que asciende, el beso que estalla, la nota que alegra, la vibración que conmueve; todas las esperanzas y todas las ilusiones, brotando del ánfora de la fe y perfumando y embelleciendo las almas.

Vejez es frío, incredulidad, cansancio, egoísmo; invierno que envuelve en blanco sudario las últimas estepas de la existencia; hálito de tumbas, quejido doliente, sombra que avanza, fatiga que llega; crepúsculo vespertino que borra horizontes, apaga sonidos, aquieta actividades, cristaliza lágrimas de la atmósfera en pétalos de rosas, y ahoga gorgeos de aves en los nidos y en las rocas. Vejez es hastío, inmovilidad, dureza y desesperanza.

Tuyo es el mundo, juventud florida. Tuya es la patria, juventud cubana. Pero no la patria desangrada, envilecida, juguete de todas las corrupciones del civismo y de todas las lacerias de la degeneración social. No la patria que busca la codicia, la que crea el personalismo de la política, la que han querido fabricar, con lodo de rencores y cascajos de ideales derrumbados,

el escepticismo de esos que han envejecido un siglo, en *sólo* tres años de fratricida guerra intestina.

Tuya es la patria que soñaron los predecesores, la que concibió Martí en sus éxtasis dulcísimos, la que buscó Agramonte por las humeantes pampas camagüeyanas, la que cantó Juan Clemente, la que idealizó el martirio de Carlos Manuel, inmortalizó la abnegación de Francisco Vicente, y ungieron con el óleo precioso de inagotable amor, el jugo de las venas de Goicuría y los tibios chorros de las venas de los hermanos Agüero: la generación que empezaba á declinar en 1868, y la que emprendía la conquista del porvenir en la década brillante de todos los heroísmos y de todas las generosidades.

Tuya es, juventud, tuya es esta patria redimida del coloniaje, nimbada por la libertad civil, sol de los pueblos, y acariciada por la civilización, horizonte de la familia humana; la patria republicana, propicia para todos los empeños legítimos, abierta á todos los requerimientos de la justicia, con un suelo feracísimo que no agota jamás el manantial de sus dones, y una tradición gloriosa que une, con el nexo de los comunes recuerdos y las aspiraciones comunes, á todos sus pobladores.

Hé ahí tu herencia paterna, tu solar nativo, tu cuna y tu sepulcro, tu nación y tu mundo.

***

¡La Vanguardia Liberal! ¡La Juventud Moderada! ¿Qué será eso, Dios santo? ¿Será que los adolescentes cubanos, los hijos de Figueroa y Gálvez, de Maceo y Gómez, han constituído una formidable agrupación, para contrarrestar en fuerza de entusiasmo y ardorosas energías, la obra demoledora del egoísmo de los viejos?

Liberalidad es desprendimiento, generosidad; libertad es transigencia, respeto, facultad del albedrío y disfrute equitativo de la existencia civilizada.

Acaso si la generación que declina, aquejada del cansancio de la lucha, ó atacada de la insania del vencedor, ha querido hundir la patria en los horrores de un nuevo despotismo, y apropiarse, como el avaro sus monedas, todo el fruto de la ingente labor, cerrando las puertas del porvenir á la generación nueva.

Quizás si una organización de adolescentes liberales, y otra de jovenzuelos, moderadores del egoísmo y reguladores de las codicias de los gastados elementos de ayer, se habrán propuesto comunicar á la República el calor de su fe, la fuerza de su patriotismo, y salvar las instituciones, y consolidar el derecho, y ahogar en risas y besos los agravios del pasado, y arrullar con cánticos juveniles el renacimiento del ideal.

Hé ahí la política nacional—me dije. Hé ahí los niños, como los asolados campos que aún alfombran las osamentas de los mártires, recibiendo el rayo matinal, impregnándose en la frescura de las hojas húmedas, conmoviéndose bajo las vibraciones de la Naturaleza, jubilosa y ardiente, en el desperezamiento de las actividades cósmicas; hé ahí la verdad y la ciencia, el trabajo y el amor, influyendo en las determinaciones de la colectividad y enderezando la existencia nacional, por sendas de luz, al cumplimiento de sus grandes destinos.



¡Nunca hubiera sufrido engaño tal!

VANGUARDIA LIBERAL es una sociedad política, que pretende puestos públicos, que anuncia pelear en las calles, que ha peleado ya á la puerta del colegio electoral, con toda la impetuosidad de los pocos años y con la injusta pretensión de imponerse á la opinión estradista, para cuyos sostenedores, viejos ó jóvenes, tiene insultos, majaderías de ancianidad y desesperaciones de gastados. JUVENTUD MODERADA no es la adolescencia reprimiendo el egoísmo, inspirando amores, desarrugando ceños y arrancando sonrisas. Es otra sociedad política, que usa puñales como los ñáñigos, revólvers como la policía, garrotes como los barateros, que contesta al ultraje con la bofetada y á la provocación con el disparo.

No hay tal renacimiento de los hermosos ideales, tal práctica de la cristiana máxima *Amaos los unos á los otros*, ni tal erección, por manos vigorosas y ágiles, del gallardo edificio de la patria, empleando en él mármoles y filigranas, el granito de la fe y el blanco yeso de la solidaridad nacional. También la juventud ayuda á los enfermos del desaliento, á los nostálgicos de la guerra, á levantar, sobre las tumbas del heroísmo, el achatado churri-

gueresco edificio de la politiquilla, la Bolsa de las traiciones; el burdel infecto donde las virtudes cívicas se pudrirán. También los adolescentes saben emplear el cascajo de los viejos odios y amasar el lodo de las cloacas, en esta hora de las tristes claudicaciones del honor, y del infame sometimiento á las humillantes ambiciones del extranjero.

***

¿*Quo vadis*, juventud cubana? ¡Cuán pronto has envejecido; cuán pronto cubres con blanco sudario de desesperanza, el paisaje agreste, bañado por los rayos de Febo, oliendo á primavera y respirando frescura de arroyo, aroma de ensueño y tintes de mañana!

¡Ay de ti si no abandonas el camino á que te han lanzado los codiciosos y los perversos; esos viejos gastados que, pues la impotencia les corroe, gozan con tu relajación y se huelgan ¡míseros! de tu inconsciente cooperación!

¡La Patria...! ¿Por qué no amas más á la patria, juventud cubana?

Créeme: ella no está en el colegio electoral, ni en la Secretaría de Gobernación, ni en el círculo político, ni en la manifestación callejera, ni en *La Suiza;* ni en el Palacio Presidencial, ni en la revolucioncita.

¿Sabes dónde? Ella está en la escuela, en el instituto, en el taller; en el Central azucarero y el verde veguerío; en esa tierra que no niega jamás sus dones á la mano del trabajo; en esa leyenda de la libertad que fortalece los espíritus y en esa virtud de la raza, en esa tibia sabrosa atmósfera del hogar criollo, donde cada nueva aurora hay sensaciones nuevas, sonidos dulces y tintes risueños. La patria es algo más grato que el rumor de arroyos, el susurro de hojas y el trino de aves; más rico que la fantasía y más puro que el cielo en la hora matinal del Trópico; algo que es la vida, la gloria, la felicidad: la santa esencia del amor de la madre cubana, que no es ni liberal ni moderada, sino madre; y que no ha dado al hijo todos sus besos y todas sus ternuras, para que el fusil de la Guardia Rural perfore su pecho, ó el machete del revolucionario hienda su cráneo.

Historiando

MERITÍSIMA labor viene realizando el periódico habanero *El Mundo* con la publicación diaria de sus *Curiosidades históricas*, en que se rememoran los nombres de cubanos ilustres y de befactores piadosos de nuestro pueblo, y se recuerdan los más salientes hechos de la vida local, durante el período de gestación de ideas y educación cívica, que vino á culminar al cabo en la emancipación política de la tierra.

Comprendo que la leyenda guerrera cautive las imaginaciones y que los más pequeños detalles del proceso revolucionario aparezcan vestidos de encantadora poesía.

No sería justo privar á los pueblos recién emancipados de la dulce satisfacción del triunfo; no habría lógica en despojar de sus tintes de epopeya al proceso de rebeldías de una colonia trocada en República tras largos esfuerzos é incruentos sacrificios.

Pero es bien que las nuevas generaciones conozcan todo lo que hubo de noble y santo en períodos anteriores á la conmoción de la conciencia, y estudien los orígenes del desenvolvimiento mismo de esa conciencia nacional, sin cuya depuración y cultivo jamás hubieran sentido los hombres el ansia dignificadora y la convicción de sus indiscutibles derechos.

Para haber peleado por la libertad, era preciso antes haberla comprendido; para que el ideal de independencia hubiera arrastrado á los hombres al peligro, era preciso que una clara noción del deber les hubiera capacitado para el sacrificio.

Porque así creo, paréceme que la historia de Cuba no arranca del grito de Yara, ni siquiera de los fusilamientos de Agüero y López. La moral cubana nació desde que se inauguraron escuelas y se fundaron periódicos; el criollo se sintió ciudadano desde que estudió, pensó y amó. Y fueron muchas veces elementos peninsulares, autoridades españolas, el Gobierno mismo, factores eficaces en el despertar de las energías populares.

No hay bastante equidad en estar hablando á todas horas de Weyler, Polavieja y Manzano, y no recordar nunca á Serrano, Dulce y Calleja; la expulsión de nuestros Representantes de las Cortes Españolas fué hecho tan torpe, como hábiles y nobles fueron la libertad de comercio bajo Fernando VII, la creación de la Sociedad Económica y de la Universidad, y el establecimiento de aquellas reformas: libertad de imprenta, de creencias, de reunión y asociación, que nos permitieron la propaganda de ideas de justicia y la expansión de aspiraciones reivindicadoras.

Muy cobardes y muy abyectos habríamos sido, si hubiéramos tardado cuatro siglos en desperezarnos y afrontar la muerte; habiendo sido siempre cruel y áspera la dominacion política y siempre fanática y embrutecedora la acción eclesiástica.

Yo prefiero creer que la colonización tuvo épocas distintas, que nuestro paladar saboreó dedadas de miel y hiel, que no siempre fué torpe el sistema; yo admito que el pueblo cubano llegó á un grado tal de consciencia y mayoría de edad, que no pudo soportar ya la dependencia; pero yo lo concibo á veces alentado, á veces protegido, á veces amado, con Vives y con el Duque de la Torre, con Espada y con Espí, y no me lo explico ultrajado, herido, lastimado y eternamente paciente.

¡Espada! Precisamente hace pocos días consagraba *El Mundo* toda una página á glorificar la memoria del ilustre alavés Juan José Díaz Espada y Landa, fallecido en la Habana setenta y cuatro años há, después de haber derramado á torrentes su piedad sobre nuestras úlceras sociales.

¡El fanatismo; la explotación de los curas; la farsa de la Iglesia; el embrutecimiento de los cultos: eso que dicen que es parte principalísima de nuestras pasadas desdichas, reformadores de ahora que se sienten felices sin templo donde rezar, hogar donde vivir, ni aun lecho donde descansar! Pues bien: ateísta alguno, incrédulo alguno, ¿ha hecho tanto como el Obispo Espada, por

la educación de los cubanos, por los míseros y los infortunados de esta tierra?

Y es que las instituciones civilizadoras no tienen la menor culpa en la desdicha de los pueblos: la responsabilidad toda es de los hombres.

Producía millones la diócesis habanera; pero en obras de caridad lo invertía el generoso alavés.

Presidió él la Sociedad Económica; á su costo envió á Europa al doctor O'Gavan para que, adquiriendo los nuevos métodos de Pestalozzi, los introdujera luego en la enseñanza del país. Echó los cimientos de cincuenta poblaciones, unas que el incendio de la guerra destruyó diez años há, otras que subsisten. Introdujo en el país los ejercicios gimnásticos. Fundó el seminario. Construyó el cementerio. Creó cátedras. Costeó de su peculio el gabinete de física. Abrió escuelas. Ningún niño pobre que á él se acercó, dejó de hallar asilo y maestros. Invirtió cuanto la mitra producía, sin guardarse un centavo, en limosnas para indigentes y jornales para artesanos. Y después de sujetar á severas máximas de moral al clero y de colmar de bendiciones y afectos al elemento nativo, dejó sus huesos en cubana tierra, regada por las lágrimas de una generación agradecida.

¡Que era católico, que era Obispo, que ejercía su dignidad á la sombra de la bandera de Castilla! ¿Y qué? No sería tan mala esa bandera, ni tan ciega esa religión, que semejante ilustre misionero trajeron á sus dominios materiales y espirituales de Occidente.

¿Acaso el bien no es bien siempre? ¿No merece gratitudes el favor, porque después hayamos recibido agravios? ¿Es que puede cubrirse con un dedo, el dedo de los ingratos, la radiosa luz de la verdad histórica?

Tengo hambre de justicia, sed de equidad, ardorosa avidez de otra educación popular, que no tenga por base el odio y por finalidad el prejuicio insano del sectario.

Esos compendios de historia patria, donde todo son conspiraciones, hechos de armas y crueldades; esas disquisiciones históricas, muy prolijas en la descripción de rebeldías y arrebatos patrióticos, pero que no dicen al niño cómo se fué haciendo la conciencia nacional, cómo se desarrolló la cultura pública y por qué suerte de esfuerzos y luchas de nuestros abuelos pudieron

prepararse para la odisea nuestros padres, antes depiertan la vanidad que responden á la lógica de los acontecimientos.

El niño cubano, acostumbrado á oir sólo las proezas de ayer, sin conocer nada de la preparación de anteayer, podría decirse al cabo: el clero embrutecedor y la tiranía española no existieron en Cuba hasta la víspera de Yara, pues que durante tres siglos Cuba fué feliz. O esto otro, mil veces más injusto: hasta Narciso López, próximamente, mis ascendientes fueron abyectos y miserables, porque todo el que de España vino les ultrajó y exploto, y ellos se prestaron á rechazar al inglés, desoyeron á Bolívar y lloraron sobre la tumba del Obispo Espada.

Y yo pienso que ni así se enseña la historia de un país, ni así llegan á honrar los pueblos la memoria de sus progenitores.

Fingir y traicionar, es el oficio
que produce riquezas y blasones;
vivir en las ergástulas del vicio
es libertad á todos permitida.
No te amará la plebe embrutecida
si atacas ó censuras sus pasiones:
adular es la ciencia de la vida.
No triunfarás en la empeñada lucha
si la pluma que esgrimes no se vende.
En esta tierra ingrata,
al que practica el bien no se le escucha
al que dice verdades, no se atiende:
el desvío también, enferma y mata.

Suplicando

Mrs. Taft; Mrs. Bacon; amadas consortes de los dos diplomáticos americanos: huéspedes sois de la tierra hermosa, eternamente primaveral, donde se alzan bosques de palmeras susurrantes, y ondulan rumorosas las jugosas cañas, océanos de esmeralda que el airecillo riza y arremolina, produciendo entre las crujientes hojas, notas y quejidos; huéspedes sois del país donde florece la majagua, perfuma el ambiente la pomarrosa y se quiebra el blanco celaje contra la erguida copa de la seiba, que ha visto hundirse razas, caer imperios, morir instituciones sociales, sucederse generaciones, surgir banderas y rodar símbolos.

¿Veis? Todo es alegría en torno vuestro. Sobre las tumbas humildes de los mártires de la independencia, el polen fecundante de la vida vegetal reproduce las maravillas de Flora; silvestres enredaderas abrazan y festonan las cruces ferrumbrosas que la piedad colocó, en los días en que la fe ardorosa del patriotismo había hecho nido en las almas, y sobre las crestas de las altas montañas, donde la desesperación de un pueblo plantó la enseña reivindicadora, parece brotar todavía, para repercutir en las húmedas hondonadas y dilatarse por las verdes campiñas, la palabra del infortunado Moisés del separatismo, dictando á las tribus el Decálogo del honor y de la fraternidad: la Patria para todos, la Libertad con todos, para todos la República.

No es preciso, señoras, no es preciso que salgáis de la opu-

lenta urbe y os deleitéis en la contemplación de estas naturales bellezas de mi Cuba, de estos paisajes agrestes bañados por la luz del sol meridional, donde parece que el azul del cielo se confunde en estrecho abrazo con el accidentado horizonte; donde miriadas de parleras aves entonan la dulce melodía del amor, y donde todos los cambiantes de la luz, todas las perspectivas del prisma y todos los espejismos de la ilusión, se han dado cita, para constituir el encanto de los ojos, el arrobamiento de la imaginación, el sabrosísimo sueño de la voluntad.

Cuba, es muy bella; bellísima toda ella, señoras.

Sin abandonar ese vuestro temporal recinto, brisas y ruidos, sol y nubes, suave vaivén de olas y alegre discurrir de un pueblo alegre; edificios gigantescos, lujosos paseos, ricos comercios, chirriar de máquinas, rumor de talleres, rogar de templos y recitar de escuelas, bien pueden deciros que habéis llegado á un país hermoso, habitado y enriquecido por una raza soñadora y valiente, que sólo ha menester paz y justicia para consolidar en su seno la libertad que le ayudaron á conquistar vuestros hermanos, y hacer fructificar las instituciones que van á depurar y reconstruir vuestros maridos.

Se os agasajará, señoras, como mi pueblo acostumbra agasajar á todos sus huéspedes ilustres. Se os colmará de tantas satisfacciones y de tantos homenajes sentidos como por vuestras virtudes merecéis, y como son debidos á quienes comparten mesa y tálamo con Taft y Bacon, meritísimos representantes de un pueblo sincero y progresista, y ejecutores dignos de los pensamientos de justicia del más grande estadista de la hora presente.

No quisiera, empero, que se os regalaran collares como á Alicia, que se os hicieran presentes que cuestan dinero y no llevan impreso el sello augusto de la sinceridad, ni encarnan el propósito reflexivo y patriótico de la experiencia.

Reciente es el fracaso. Recibimos con palmas y vítores á la bella hija de vuestro Presidente. Acordamos un obsequio en su honor, deslustrado luego por las dudas acerca de si vale tanto como al Tesoro costó; loamos la generosidad de Roosevelt, hicimos creer á la festejada que nos satisfacía la independencia alcanzada, que seguíamos los altruístas consejos de su padre, que cooperábamos á su gloria, conservando en la paz y el amor la República. Y antes de terminar la luna de miel, cuando la joven esposa apenas ha podido lucir en su redonda garganta el

níveo collar, esgrimimos las armas del rencor para vengar agravios intestinos y pretendemos amenguar la grandeza del estadista y crear graves conflictos internacionales á vuestro país, pidiéndole que venga á derramar por su mano la sangre nuestra, á ametrallar nuestras poblaciones, á arriar nuestra bandera, abrir surcos de odio entre las dos razas, y atar á los pies de nuestros hijitos la pesada cadena de una Intervención militar tan vergonzosa como la de Marruecos, tan cruel como la de Polonia, tan triste como el dominio de Alsacia y Lorena.

No; no aceptéis collares que la ingratitud deslustra: pedid homenajes sencillos en que palpite, junto á la ingénita cortesía de la raza hispana, el vehemente deseo de igualar á vuestro pueblo en progresos de la democracia, éxitos del trabajo y triunfos del derecho.

Retornaréis pronto á la tierra gigante, al país del Niágara y el Mississippi, de los Grandes Lagos y las Montañas Rocallosas, donde las nevadas que el Polo envía no han podido apagar la antorcha de la libertad, y donde el eco inmenso de setenta millones de labios y el rumor inmenso de ríos, cascadas y mares, no es bastante á ensordecer el himno del trabajo, entonado por millares de máquinas fabriles y millares de hilos que la diosa Electricidad anima y fecunda.

Recordad allá, con amor y piedad, á la tierra de los horizontes azules y los florecidos prados, de los ingentes sacrificios por la independencia y los graves errores en el Gobierno propio. Rogad al Dios de vuestra fe por su porvenir y engrandecimiento, por la eterna paz de su pueblo y el eterno honor de su bandera hermosa.

Nadie como la mujer amante para inclinar los sentimientos y guiar el alma de su marido, llámese él Taft, Bacon, Roosevelt ó Root. Nadie como ella para templar sus decepciones, dominar su cansancio y vigorizar su voluntad. Haced de mediadoras entre mi pequeño pueblo y vuestro grande pueblo.

Y si otro día el despecho ciego, la ambición horrible, la anarquía de ideas y la perturbación de instintos, solicitara de vuestros maridos, para derribar nuestra casi soberanía, cañones y soldados; airadas resoluciones para conquistarnos como á pedazo del Africa, germanizarnos como á Alsacia, ó esclavizarnos como á Polonia, hablad al oído de vuestros amados, recordadles estos homenajes de nuestro afecto, decidles que aún hay en Cuba, que

habrá por mucho tiempo bajo estas palmeras susurrantes y en torno de estas seibas longevas, hombres que quieren ser libres, familias encariñadas con su tradición y sus creencias, corazones enamorados todavía del ideal de soberanía; almas donde el polen fecundante de la vida, el que hace florecer las enredaderas que festonan las tumbas de los mártires, determina el brote de progresistas ideas y arraiga los delicados amores y las robustas concepciones del civismo.

¡Que no escuchen la maldición de los desesperados; que no atiendan al odio de los egoístas! Que nos den tiempo y enseñanzas, y bajo su égida, y con su ayuda, elevaremos también el himno del trabajo, mucho más dulce que el murmullo de las jugosas cañas; y haremos de la patria honrada, lábaro y culto, religión y amor, tumba de prejuicios, cuna de esperanzas, templo y hogar.

1906.

Detrás la noche; al rededor tinieblas;
frente, un velo sombrío;
arriba, inmensas, eternales nieblas;
debajo de los pies, el mar bravío.
Olas que chocan, gritos que se apagan;
espíritus que vagan
sin rumbo ni concierto;
soplos que vienen desde el polo yerto,
el trueno que retumba...
¿No comprendes, mujer, lo que ha pasado?
Es el amor, que ha muerto;
la duda, que ha llegado!

Migajas

SIENDO yo de los más incompetentes juzgadores, debía ser de los últimos en hablar de *Migajas*, interesante libro de Nicolás Estévanez, ex-Ministro de la Guerra de la efímera república española, militar valiente, político activo y sentido poeta.

Tratárase de páginas plagadas de puerilidades, y yo las habría leído todas con *amore*, por atracción simpática hacia el autor. Que los hombres así, que han caracterizado una época, vivido por y para un apostolado, y héchose plaza, en fuerza de talento y energía, en la estimación de su pueblo, sugestionan y conmueven aun con sus propias nimiedades.

Nos seduce la sonrisa de la mujer amada; es reliquia sagrada el clavel que marchitó entre sus cabellos, y poema de ternura la esquelita amarillenta que desentrañamos del cofre de los recuerdos.

Muchos claveles se habrán marchitado, muchas caritas habrán traducido ternuras y habrán sido suaves muchas sonrisas; pero no serían de *ella*.

Cuando tropezamos con un benefactor, con uno de esos grandes altruístas, todo generosidad y abnegación, les seguimos con la mirada, sin descuidar un detalle de su persona: la barba canosa, las ropas descuidadas ó el paso ligero, se nos figuran andar majestuoso, elegante indumentaria y brilladores hilos de ébano y plata. Es que son de *él:* el bueno, el caritativo, el bien amado.

Así con los reformadores honrados, con los creyentes convencidos del ideal; así con el patriota y el genio.

No es este libro, de que el ilustre autor me dedica un ejemplar, obra de propaganda política ó de doctrina sociológica, ajustada á un plan, sujeta á molde, con finalidad concreta y propósito definido. *Migajas* se llama. Desperdicios del sabroso pan de la fe, del manjar sabroso de la ciencia, que el alma de Estévanez saboreó en determinada época de su vida, fecunda y accidentada.

Podría tildársela de desaliño, de incoherencia, de harta naturalidad en juicios y expresiones. Después del himno fervoroso á la libertad, la anécdota juguetona. Una página después del examen severo de los errores de la política española, ó de los graves pecados de los cubanos contra la independencia de su patria, el manojito de flores *En un álbum*, ó el infantil regocijo porque han desaparecido de las calles de la Habana moscas y mosquitos.

No es, no, ello señal de que se apaga un sol y duerme el penúltimo sueño una inteligencia en lecho de trivialidades seniles.

Es la originalidad de una obra de arte, el reflejo exacto de una existencia que fué así, luchas y amores, esperanzas y lobregueces; es el adaptamiento natural del libro á la influencia del medio en que se produce. Diríase que remeda al pueblo cubano: pensador, superficial, patriota, desentendido; llorando el 19 y bailando el 20 de Mayo; todo sensibilidad y todo *choteo*.

Está en todo su vigor el corazón que siente como el de Estévanez.

Oídle:

« Al embocar el puerto, vi por primera vez, flotando en las alturas del Morro, la bandera de Cuba Independiente. La saludé con respeto; pero pensé en « la otra » en la bandera mía, en el glorioso pabellón de España. Glorioso todavía: que los crímenes cometidos á su sombra han deshonrado á los perpetradores de esos crímenes sin deshonrar la bandera.

« Y si es que también la han deshonrado, á pesar de eso ¡la adoro! »

Yo no he de hacer un mero resumen de los trabajos más salientes del libro. Apetitosas son muchas de estas *migajas*.

Podría manifestarme conforme con muchos de sus consejos y muchas de sus afirmaciones respecto al problema cubano. Que

la reelección de un Presidente en pueblos latinos es semillero de descontentos; que el desinterés de Estrada Palma pudo evitarnos grandes sonrojos; que los partidos políticos cubanos están discutiendo ahora problemas resueltos en el mundo desde hace un siglo, y nuestros grandes hombres viviendo de teorías, contemporáneas de los monumentos de piedra de la época medioeval: todo eso es de una abrumadora certidumbre.

Dicho por persona neutral, y por autoridad tal en fe patriótica, y en devoción á la forma republicana, adquiere caracteres dogmáticos.

Pero por eso, y por la convicción que tenemos de que ello no ha de variar sino con el advenimiento de nuevas generaciones, educadas con mejores principios, se produce el fenómeno que Estévanez registra: el de que nos resignamos á más tardía restauración de la independencia nacional muchos que la amamos siempre con culto intenso, pero que la preferimos recortada á deshonrada.

Si la patria ausente y vencida es más amada para el hombre digno, la patria en peligro, manchada por concupiscencias y desdeñada por los pueblos libres que nos contemplan, ha menester grandes sacrificios del sentimiento y dolorosas dejaciones del deseo, para que se la redima, conserve y engrandezca.

«El sentimiento y la idea son dos cosas distintas. La idea de patria para unos será convención artificiosa, mero territorio circuído de fronteras; para mí es algo inmaterial, sublime, que no lo personifican ni el Estado ni sus instituciones pasajeras, ni el suelo mismo; sino el alma de la raza, el pensamiento, el recuerdo, la ilusión.»

Conformes, señor Estévanez, conformes. República, liberalismo, límites marítimos del Golfo y el Caribe, palmeras y susurros, vegas y cañaverales, carboneras, Ley Platt, Intervención... ¡eso no es la patria para mí!

Yo la concibo como Estévanez: inmaterial, impalpable, abstracta, sublime é inmortal; la canto en el idioma sonoro de mis abuelos, la siento en la tradición de mi pueblo, la vivo en el ideal de mis años juveniles, y la busco, á través de las sombras de este presente agobiador, como él busca la adorada aspiración de toda su vida, tras el vigoroso despertar de conciencias honradas, en la alborada que no se ve aún, pero que se presiente...

La primera comunión

HAY EN el mundo del catolicismo una fecha que se escribe con piedra blanca en los anales de la familia: aquella en que la niña inocente, encanto de un hogar que han embellecido todos los dones de la fortuna, hace su primera comunión.

Vestida de muselina, blanca como su alma y vaporosa como sus ensueños; los piesecitos aprisionados en crujientes zapatitos de raso; poblada la blonda cabellera de perfumados azahares, allá va, caminito del templo, la gentil desposada con la iglesia de Roma, la nueva Hija de María, presta á recibir el cuerpo de Cristo, á través de los carmíneos labios, en forma de hostia simbólica.

¡Qué día tan feliz aquel para la regocijada familia de creyentes! ¡Qué acto tan conmovedor para los devotos del catolicismo! Un alma virgen va á ponerse en comunicación con su Dios; sobre un corazón sano y puro va á caer el rocío fortalecedor de la fe; para una imaginación nueva, están á punto de abrirse las sonrosadas perspectivas de la bienaventuranza.

Pues bien: como ese día, hay un día diferente á los otros, en el mundo de la pobreza; como esa fecha se anota una fecha más alegre que todas en el libro de los recuerdos, confusos y pálidos, de las familias obreras: el día en que el primogénito es admitido al aprendizaje del taller.

Hásele vestido de limpio, recortado el cabello, lavado con jabón el cuerpo, comprado alpargatas nuevas y nuevo sombrerito de paja, ¡Dios sabe á costa de qué sacrificios!

El viejo artesano no ha podido conciliar el sueño en toda la noche anterior; todas las pulgas de la buhardilla le cayeron encima, como para no dar paz á sus nervios. La anémica mujer estuvo hasta la madrugada zurciendo la camisa del chico y planchándole el mejor pantaloncito, para que se presentara dignamente en el taller. Después ¿para qué iba á acostarse? ¿para quedarse dormida en el momento de la partida? No; de ningún modo: ella había de dar un beso al niño, la despedida á sus juegos de la infancia, la voz de aliento que le acompañaría en el momento de tomar su primera comunión ante el altar del trabajo, fuera él un *vapor* de tabaquería ó un banco de carpintero.

¿No lleva al templo perfume de azahares la niña rica? Lleve á la presencia del patrono el hijo de pobres, perfume que no se desvanece: besos de madre.

Apenas ha amanecido, y ya el futuro artesano, alegre y decidor como nunca, ha saboreado su taza de café y ha dicho adiós al trompo y al bate, al papalote y á la jaula de tomeguines; y ha cambiado un abrazo, muchos abrazos, con la autora de sus días, más tierna y amante cuanto más pobre y enferma, y ha salido por esas calles, de manos con el rugoso viejo, caminito del trabajo.

Día aquél de extrañas, dulcísimas, sensaciones; de risueñas, conmovedoras esperanzas.

Ya el chico tendrá un oficio con que ganarse honradamente la vida. Millares de hombres, sin tener ninguno, se la ganan mejor. Pero saben leer y escribir, negociar y hacer política; guerrearon para cobrarle á la patria, ó hacer patria para sus medros. El hijo del artesano, ó llegó tarde, ó nació torpe. ¿Qué culpa tendrá él de lo incierto de su destino?

Mientras el mundo sea mundo, se construirán palacios, se levantarán columnas, se fumará, se calzará, habrá obreros.

La Felicidad se entra por las puertas de aquella casita, en forma de ilusiones y esperanzas.

Empero, tengo para mí que aquel día un alma inocente ha sido obligada á pactar con la desgracia. Ha nacido un mártir más. Se han abierto las puertas del trabajo para una voluntad; pero se han cerrado los horizontes de la fortuna y las perspectivas de la comodidad para una inteligencia.

Ya se hará un hombre de provecho. Ya tendrán en él la viejecita y el viejecito amparo y sostén en los últimos días de la vida.

Estará escrito que, años más tarde, un albañil caerá del andamio, ó el brazo de un mecánico desaparecerá entre las ruedas de una máquina; pero no habrá aparecido en el mundo un legislador más, ni un general, ni un conde, ni un explotador. Como si hubiera nacido una bestia de carga, ó hubiera muerto un buey bajo el yugo.

Pasan los años del aprendizaje, años de explotación, de ultrajes, de bofetadas; años muy largos para la viejecita tuberculosa y el viejecito paralítico que no tienen más que una esperanza: la terminación del aprendizaje.

Cuando el hijo sea operario, ellos podrán vivir como otros viven, resignados y tranquilos.

Y llega el día. Y tras el día viene la paralización de la manufactura, la rebaja de brazos, el descenso de jornales, el mal estado de los negocios, ó la huelga impuesta por coacción del compañerismo: el hambre desesperante de las familias.

Se excitan las pasiones. La desesperación toma la forma de violencia. En Valladolid la Guardia Civil atropella al pueblo; en la Habana la Guardia Rural carga á tiros; en Rusia los cosacos realizan espantosa carnicería.

No ha mejorado un solo día, después de la primera comunión, el estado de un hogar donde dos mártires anónimos agonizan. Y una noche, después del tumulto callejero, apenas apagado el eco de las descargas en la vía pública, el carro de la ambulancia conduce al Necrocomio cuerpos mutilados de hombres que el hambre arrojó á la protesta, que la violencia empujó sobre la fuerza policiaca, y que cayeron para siempre, bajo el horror de esos asesinatos colectivos que no se castigan nunca, porque están vestidos de uniformes los que á la luz del día y por mandato gubernamental los cometen.

Dos paletadas de tierra cubren el cuerpo de un obrero que tuvo hambre. Otras dos ó tres paletadas cubrirán mañana los cuerpos de dos viejecitos apergaminados, muertos en el hospital ó sobre las aceras. Y la sociedad seguirá el curso de su vida, más felices y grandes los que menos trabajen y produzcan.

¡Malditos zapatitos nuevos y ropita limpia, que sirvieron para la presentación al patrono del inocente mártir! Más dichoso hubiera sido él pilleando en el arroyo con su bate y su trompo, petardeando y bebiendo en tabernas y burdeles á donde no llega la vigilancia policiaca, que levantando andamios y muriendo

como un perro, entre la indiferencia de los parásitos y las burlas de los descreídos.

Yo no sé lo que habrá, andando los años, á través de las vicisitudes de la vida, en el alma de la muchacha rica que se desposa con la Iglesia de Cristo y recibe el beso eucarístico en la primera comunión. De su fe religiosa de mañana, de la felicidad de su espíritu al cabo de la lucha, qué sé yo...!

¡Ah; pero en muchos pueblos, y á la sombra de muchas injustas instituciones sociales, el beso de despedida de la madre en el primer día de aprendizaje, es la fórmula de iniciación de una víctima en las prácticas de la miseria; la caída de un alma inocente en el dédalo de amarguras é ironías del destino adverso!

Llamó un hambriento mendigo
de un poderoso á la puerta,
y un portazo en las narices
obtuvo por respuesta.
Llamó después un artista
que traía un cuadro en venta,
y no dejó el poderoso
desenrollar la tela.
Pero llegó un usurero
que con el hambre comercia,
y el magnate y su familia
le hicieron reverencias.

Histórico

Cuando Dios Nuestro Señor vino al mundo, decidido á conceder á cada pueblo los dones que de su divina gracia mereciera, detúvose en no sé qué lugar de Europa, continente el más civilizado y donde el arte humano había producido mejores obras, para glorificación del genio, de Él heredado.

Era un puerto de mar, ó ciudad cercana á la costa, el sitio elegido por el Supremo Artífice, y allá fueron el gallardo navío y el rústico botecillo, el junco chino y la góndola del Adriático, todas las embarcaciones, de forma y tamaño hasta entonces ideadas por los hombres.

Y, á bordo de ellas, representaciones de todos los pueblos, arquetipos de todas las razas, voceros de todas las aspiraciones de la humanidad.

El español de capa y espada, aventurero y valiente; el mofletudo hijo de Albión; el árabe, ardiente como las arenas del desierto; la circasiana encantadora, la oscura etiope, ante el Señor llegaron en demanda de especiales gracias.

Cuentan las crónicas que, de una ligerísima canoa de cedro macizo, hábilmente perforado, descendió la india más hechicera que mortales ojos vieran.

De tez broncínea y redondo cuello, de grandes ojos negros, titiladores como estrellas, de breve cintura y cadencioso andar, coronada la sien de maravillas y flores de majagua y caído sobre

el pecho el triple collar de peonías, admiración fué de los concurrentes al juicio divino.

Dobló humilde la rodilla y dijo:

—Señor: ruégote que dés á mi país el cielo más azul, la brisa más embalsamada, los más tranquilos y quejumbrosos mares. Bosques de palmeras en cuyos verdes penachos se quiebre la luz del almo sol, y seibas majestuosas entre cuyas copas centenarias se deshagan los celajes y descansen las nubes. Un clima tibio y suave, sin heladas en invierno ni sofocaciones en verano. Una tierra tan pródiga, que á los cuarenta días devuelva por miriadas el grano depositado, y grueso y sabroso el nutritivo tubérculo. Ni fieras dañinas en mis bosques, ni odios de razas en mis ciudades. Comercio, mucho comercio; agricultura, mucha agricultura; paz, mucha paz.

El mensaje iba siendo largo, la petición crecida. Empero Dios mismo estaba complacido de aquella su interesante hechura.

—Continúa, pide más,—amoroso la dijo.

—Quiero, Señor, cambiar estas plumas y abalorios por trajes de olán y seda; que blanquees este mi cetrino cutis y sustituyas este mi lenguaje primitivo, por el idioma más dulce y sonoro de tus mundos, y esta mi tosca adoración de tu grandeza por creencias suaves y consoladoras, por ritos inefables y tiernísimas esperanzas. Quiero ser bella, elegante, discreta; madre ejemplarísima, consorte virtuosa, hija agradecida; quiero ser mujer moderna, ángel del hogar y flor de espiritualismo.

—Concedido todo,—el Señor dijo.—Vuélvete á tus apacibles riberas, y encontrarás en ellas todas las galas de la naturaleza tropical, y todos los encantos de la moral cristiana.

Y con esto, la india besó la sandalia del Señor, hizo una reverencia, tornó á su canoa, y deslizóla sobre las aguas, rumbo á las lejanías de Occidente.

Cuatro días después, cansada de tanta prosperidad, y de nuevas satisfacciones ansiosa, la bellísima india, transformada en mujer latino-americana, sugestiva y arrobadora, embarcóse, no ya en canoa de cedro; en navío enorme, atestado de azúcar y tercios de tabaco, con barras de oro fino por palos, y ricos tapices de seda por velas, y otra vez dobló la rodilla ante el Señor y le dijo:

—Padre mío: con todas las riquezas y todos los placeres que me has dado, no soy feliz. Ahí te traigo mis productos: regála-

los. Allá tienes mi clima: trastórnalo. Allá queda mi cielo: oscurécelo. No quiero esplendores materiales: prefiero la miseria siendo soberana, á la opulencia siendo colonia. Quítamelo todo, y dame la libertad civil que has dado á otras de mis hermanas de Occidente.

Movió el Señor la cabeza como si una leve contrariedad le molestara; sonrió con más de piedad que de condolencia y repuso:

--Pues lo quieres, sea. Vuelve á tu país, que hice tan hermoso y tranquilo, y tendrás lo que deseas.

La cubana entonces cambió tercios de tabaco y sacos de azúcar por fusiles y cañones; con los palos del navío compró dinamita y, mientras atravesaba el Atlántico, hizo con las sedosas velas del buque, paños para las albardas de sus guerreros y vendajes para las heridas de sus hermanos.

Cuando pisó la tierra natal, el humo del incendio velaba la luz del sol, el olor de la pólvora había ahogado al cefirillo embalsamado, y sobre la copa de la seiba centenaria había pedazos de seres arrancados por la dinamita y grandes manchas de sangre en las copas verdinegras de las palmeras.

Oyóse un inmenso estampido; centenares de cuerpos humanos, cañones, buques enteros, blindados de acero, cayeron al fondo de las aguas. Una bandera cien veces gloriosa bajó á tierra y otra bandera lindísima flotó en los aires.

El himno de Bayamo resonó, melodioso, en la lejanía. Una estrella hermosa, irradió.



Cinco minutos después, el cansancio invadió los músculos de la hermosa.

Ignorados apetitos se apoderaron de su espíritu. No comprendió la libertad que había pedido. Se arrepintió de haber sacrificado tanto por la posesión de dones espirituales, por la satisfacción de cívicas aspiraciones difíciles de desenvolver y conservar.

Donde antes no hubo cierzos de invierno ni fieras del bosque, destapáronse descreimientos, vanidades, codicias, soplos de degradación y odios de fanáticos.

Sintióse herida, lastimada, en peligro de caer en ajenas garras y ver ajada su virtud por la extraña bota.

—Vuelvo á ver al Señor,—se dijo,—para que me conceda buen gobierno, solidaridad nacional, eso que hace dignos á los hombres y fuertes á los pueblos: patriotismo.

Pero habían quemado la canoa de la india. ¡No tenía siquiera un débil junco como los chinos, para hacer la travesía!

Y mientras se lamentaba de su duelo, y buscaba el medio de construir un barquichuelo para hacer su tercera expedición, el Angel del Apocalipsis hendía los espacios avisando con su trompa á todos los países de la tierra:

—El Señor ha terminado la distribución de sus divinas gracias, y vuela hacia los remotos mundos y soles.

¡Hosanna! ¡Hosanna!

Hé ahí, pues, la historia de nuestros actuales infortunios.

¡A saber si volverá Dios á repartir dones á los pueblos, durante algunas centurias!

¿Cuidas en macetas robles,
y palmas de invernadero?
Pues oye: de raquitismo
prontamente se habrán muerto.
Arbol de muchas raíces,
de ramaje y tronco gruesos,
necesita tierra y aire,
luz, calor, espacio y vientos.
Así el espíritu mío,
á rudos combates hecho,
entre galas y perfumes
y mimos y discreteos,
viviría lo que el roble
sembrado en mísero tiesto.
¡Necesito fuego y aire,
cual las palmas del desierto!

Obrero regenerado

¡A la lucha: el honor es lo primero!—Dijo, al salir del mitin tumultuoso, ardiendo de entusiasmo, un tabaquero.

Atravesó las calles de su pueblo, altivo el continente, el ojo en alto, el sombrero en mitad de la cabeza, de triunfador el paso; riendo á los amigos, y torciendo el gesto á los avaros.

Detúvose en el corro que formaban—en los portales mismos del palacio—curiosos que charlaban de la huelga, repórters de diarios, y más de un bodeguero, cuyas ventas decrecieron bastante desde el paro, é hicieron en sus libros, en tres meses, miles de garabatos.

—Muy enérgico estuvo el *compañero* que disparó sus dardos contra el Gobierno hipócrita que apoya el proceder infame de los malos.—¿Verdad?—¿Y qué me dices de aquel otro que hizo á la Religión severos cargos, porque deja á los buenos en la angustia, y abre al burgués los brazos?—Vosotros, los heraldos de la prensa; vosotros, los heraldos de las grandes ideas de justicia, estáis obrando mal en nuestro caso.—Por eso estuvo bien el compañero que dijo al auditorio entusiasmado: Hermanos en la patria y la familia, cuando vuelva el trabajo ¡no más prensa que halaga á los burgueses, no más lectura; ciérrese á los falsos la puerta del taller, y que se queden á solas con sus amos!

—¿Y lo que dijo el otro? Esos políticos, sí son nuestros

hermanos: en vez de corrompernos con discursos, de moral y prudencia disfrazados, y de hablarnos de Patria y de República, de hijas, y de esposas, y de ancianos, para tentarnos á ceder, cobardes, tan nobles se mostraron, que nos dieron centenes á montones y al mundo en letras grandes lo anunciaron, como señal de su adhesión sincera, y, cruzados de brazos, nos dejaron obrar á nuestro gusto, para rendir á todos los tiranos. ¡Qué mitin, caballeros! ¡Qué ironía, qué fuego, qué entusiasmo! Si es preciso morir como en Numancia; si el valor espartano debe resucitar en este siglo, ó hay que escalar la cumbre del Calvario: ¡que prepare cuchillas el verdugo; que hagan sólo una fosa el camposanto, y el carro funeral llegue á mi puerta; veinte cuerpos helados, vencidos por el hambre y la vigilia, rebosarán el carro!

Y dejando el corrillo el tabaquero, se alejó murmurando: el honor de la clase es lo primero!

Salió á su encuentro un vendedor de *lotes:*—Vende el número á otro, estoy escaso. La semana que viene triunfaremos! Oyó cantar un gallo: espérate, criollo, dos semanas, y harás raya en las fiestas de Guatao! Desde un balcón hiciéronle una seña, tres dedos en la palma de otra mano; no hay *cáscara,* pariente; deja ver si consigo por mi barrio! Y saludó, con risa que tenía, su mezcla de alegría y de sarcasmo. Un poco de paciencia!, dijo al casero que salió á su paso. Y al sucio vendutero de la esquina: tenga paciencia y cobrará, don Pancho!

Y siguió, con altivo continente, alta la vista, descubierto el cráneo, y agitando un pañuelo, de esquinas en esquinas, calle abajo.

Llegó, por fin, á la vetusta casa, de triste aspecto y miserable estado, calurosa, y estrecha, y polvorienta—aunque por ella paga precio caro—como las casas son donde se albergan los hijos del trabajo.

Franqueó el dintel; en la desnuda mesa dejó el sombrero, la corbata, el palo; puso atrás de la puerta el humeante residuo de tabaco, y preguntó á la esposa entristecida, de hundidos ojos y semblante pálido, que descansaba en el sillón podrido, sujetos con cordel los sucios brazos, y la rejilla toda del asiento sustituída por colchón de trapos:—¿Preparaste el almuerzo?

—¡Pero si vieras tú con qué trabajo...!

—¿No te traje ración ayer de tarde? ¿el arroz está malo?

¿no es buena la manteca? ¿no están frescos, frijoles y tasajo?

—Sí, esposo mío, ¿y el carbón? ¿y el agua? ¿y todo el condimento necesario? Oye: fuí á la vecina; de su tinaja me cedió tres jarros, y un puñado de sal y dos tomates, me dió con mucho agrado. No sé ni cómo, desprendí una tabla del tabique del cuarto; hice astillas; un fósforo y papeles; prendí la leña al cabo, y preparé tu almuerzo; pero, hijo mío, demoraste tanto, que ya todo está frío, y no hay ahora, modo de calentarlo. ¿No te hará daño así?

—No; no lo creas: á un obrero lo frío no hace daño. ¡Si fuera algún burgués de esos que tienen el cuerpo delicado; que el aire les constipa, pero el alma llevan tan dura en cambio...! Poco nos queda ya de este martirio; el triunfo está cercano. Yo ganaré bastante porque tengas toda la recompensa que has ganado con tu resignación, mujer heroica. ¿Y el niño? ¿sigue malo? ¿no está fresco? ¿la fiebre le ha cedido?

—¡Pobrecito: está asado! El calor es atroz; la sed intensa; ahora encontró un poquito de descanso, y por ver si durmiendo se mejora, me he salido del cuarto. Y dí tú ¿qué le doy cuándo despierte? No tendrás para leche dos centavos. Ni azúcar queda ya: que si la hubiera, le habría preparado siquiera un cocimiento. ¡Maldita huelga, Eduardo! ¡Malditos de los lotes y las rumbas! ¡Mi niño se me muere sin amparo! ¿Por qué de ese inocente no se acuerdan, ni obreros ni ricachos? Nadie vela su sueño: yo sola le recojo entre mis brazos. ¡Que disponga el Señor de mi existencia, si ha de morir mi niño idolatrado por falta de recursos, porque ya van tres meses sin trabajo!

Y la pobre mujer, mirando al cielo, luego al marido con mirar amargo, se alejó de la mesa, y prorrumpiendo en silencioso llanto, entróse al aposento, donde yacía el chico en su letargo.

Lo que después pasó, nadie lo ha escrito.

Transcurrieron los años; volvieron al taller los tabaqueros, y otras veces dejaron el trabajo, reclamando más precio, mejores materiales y otro trato. Pero el obrero aquel ya no reside en el bohío sucio y desgarbado. Tiene muebles decentes; cría á sus pequeñuelos con regalo. Y ya aquel enfermito de otro tiempo, ganó el bachillerato. Mientras, la dulce, amada compañera, á pesar de los hijos y los años, tiene luz de esperanza en la mirada, y colores rosáceos en la mejilla, de salud espejo, señal de un corazón alegre y sano. ¿Cómo así? El compañero, de costumbres

cambió. Se fué al trabajo pensando en el hogar. No más pudieron ofrecerle sus *números* los vagos, ni hacerle señas el *banquero* pudo, con tres dedos encima de otra mano.

Y ahora, si en el mitin se le invita á dejar el trabajo, el tabaquero suele decir, después que lo medita:—¡ el honor del hogar es lo primero!

Tú eres el dúctil alambre,
yo el quebradizo cristal.
Tú te doblas, y te tuerces
á la ajena voluntad,
y te alargas, y te encoges,
y te vuelves á estirar.
En mí la más leve queja,
un gesto, un torvo mirar,
resquebraja el sentimiento,
me lastima y hace mal.
Tú harás fortuna en mi tierra
do sobra la voluntad,
y yo viviré extranjero
y moriré de pesar.

Claveles rojos

Siento disentir, pero disiento esta vez de *Ruy Díaz*, buen gramático y mejor crítico, acerca de *Claveles rojos*, producción de Lozano Casado, que vió la luz en la edición vespertina del *Diario de la Marina* de 11 del actual.

Parecióme ella linda joya literaria, delicado bouquet de tiernos recuerdos, de amores de adolescente, de dulce y santa poesía del hogar. Confieso que no pedí sus lentes á la crítica, para ver si el brillante presentaba manchas en sus facetas; la irradiación del conjunto me sugestionó.

Leí y releí *Claveles rojos;* despacito una vez; otra vez prontamente; lo paladeé; me lo sorbí, palpitante y emocionado.

Os explicaré el fenómeno. Así me gusta Lozano Casado; así quiero yo que escriban mucho, los literatos que no han nacido en este suelo y que tienen la obligación de no herir delicadezas ni envenenar sentimientos; ese es el género que deben cultivar ellos para que nuestras niñas les lean sin ruborizarse y los jóvenes cubanos, imitándoles, aprendan á sentir y á pensar hidalgamente.

Opino que si alguna justicia habría para juzgar legalmente y expulsar del país por extranjero pernicioso al que, so capa de hacer política, trastornara el orden y atentara contra las instituciones nacionales, con mayor derecho debiera ser embarcado en el primer buque ganadero que saliera del puerto el que, so pretexto de lucro, perturbara el gusto literario de nuestro pueblo,

matara el pudor de nuestras mujeres tempranamente, groseramente, con relatos de burdel, y dirigiera á nuestra sociedad cínicas invitaciones.

Yo sé que cualquiera irrespetuosidad en ese sentido, tendría explicación en la conducta de algunos escritores nativos, que parecen querer decir á los literatos venidos de otros climas: aquí se puede decir todo; aquí todo es lícito; desde la adolescencia queremos saber todo y oirlo todo.

No importa: la actitud de los escritores que á Cuba han venido en busca de gloria y pan, de nombre y afectos, va respondiendo hasta ahora á los dictados de la corrección. Cuando yo me aloje en el hogar de un amigo, si por acaso escucho frases gruesas y conversaciones picarescas, disimularé y no responderé á la hospitalidad recibida dejando caer la más pequeña semilla de inmoralidad.

No es Lozano Casado la excepción de la regla, aunque, abusando de mi *autoridad* de moralista, le haya dado en estos días su pequeño tirón de orejas.

Pero al leer su idilio *Claveles rojos*, me sentí atraído hacia él por la comunidad de ideas tiernas y conmovedoras.

Leyéndolo parecióme atisbar por el ojo de la llave, esta escena, real ó fingida, de piedad doméstica:

«Mi madre me sorprendió muchas noches sollozando, y mi madre, aconsejadora y dulce, hacía por llevar á mi corazón de cuitado las bienandanzas del consuelo: «—Eres muy niño,—me dijo;—cuando seas hombre, Rosario te amará. Yo me lo sé y tú lo has de oir de su propia boca una noche de éstas». Y yo veía cómo mi madre íbase de mi alcoba para ocultar las lágrimas que mi dolor la producía.»

¿Acaso no sienten así las madres? ¿Acaso no lloran los niños enamorados? ¿Se olvidan acaso las primeras contrariedades de amor y las inefables caricias maternas?

Retrocedí en el camino de mi vida, dejé atrás los años vividos, remontéme á la plácida región de los recuerdos, y juro que también yo hubiera podido referir escenas así, en que un rizo, una carta, una negativa, un desdén, una sonrisa, ó me hicieron reir ó llorar, ó me enloquecieron de júbilo ó me angustiaron, de manera que entonces me parecía incurable.

Eso, eso sí es natural y humano.

Volví á la lectura, y figuréme que asistía, mal oculto por el

emparrado ó mirando por los claros de florecida enredadera, á este conmovedor incidente:

«Fué noche blanca de luna la última que pasara junto á Rosario. Apegado á su reja, oíala proferir juramento de amor para cuando fuese hombre: «—Yo te amaré mucho, mi cariño te colmará de bien; estos labios míos por quien suspiran los tuyos, te guardarán sus besos; mi corazón será ánfora de ternezas que haga la felicidad de tu corazón, y estos pobres ojos míos, tan anchos, tan grandes, tan pensativos, avizorarán incansables las lejanías ansiosos de tu retorno». Y las manos blancas y cariciosas de Rosario andaban trémulas por entre mis cabellos.»

Y hubiera jurado ver los cariciosos finísimos dedos de Rosario, jugueteando en los cabellos del apasionado mancebo.

Yo no sé si la lógica y la sintaxis se han sentido lastimados con este relato; yo no sé si á la luz de la retórica, *Claveles rojos* ofrece alguna mancha en alguna de sus facetas: lo que yo sé es que no hay ahí nada de lascivia, nada de impureza, nada que sonroje; yo sé que eso es dulce, consolador y bello.

Lozano Casado ha podido recordar eso sin arrepentimiento; Rosario pudo casarse con otro hombre sin haber llevado la sombra de un pecado al tálamo nupcial.

¿Veis cómo cuando hay talento, no es preciso más que penetrar en el fondo de los corazones por la puerta franca del sentimiento? ¿Veis cómo responden las almas al lenguaje suavísimo del amor?

Este idioma sonoro que nosotros hablamos y esta imaginación soñadora que dió el Eterno á los pueblos meridionales, no necesitan prostituirse jamás en busca de sensaciones que fácilmente les reserva la vida culta; para nuestra inteligencia hay en el campo de las letras y bajo el sol de la virtud, medios sobrados de triunfo y glorificación.

No quiero yo que escribamos sólo églogas é idilios. Ahí están definidas las situaciones, claros los lindes del deber.

En el libro que han de leer nuestros hombres cabe todo: el Derecho, la Sociología, la Terapéutica; todo lo que es civilización. Desde los estudios municipales de Carrera Jústiz hasta las deducciones antropológicas de Fernando Ortiz; desde las opiniones pedagógicas de Martín Morales hasta los problemas psicológicos de Márquez Sterling; la política, la fisiología, los conflictos obreros, y la alta filosofía de Varona, caben en el libro, en el

editorial del periódico, en las primeras planas de la prensa de partido.

El libro de versos no puede ser más que esto: moral, amor, poesía. La gacetilla no puede ser más que honestidad y regocijos. La revista literaria sólo debe hablar de fiestas, bodas, cintas, flores, lo hermoso de la historia patria y lo dulce de las costumbres domésticas.

Si nuestras niñas han de leer, lean lo que instruye, deleita y consuela. Hábleselas del trabajo, de la escuela, de la costura y del amor. Dígaselas que el hogar es un templo, la piedad un culto, la maternidad lo más noble de la vida, el pudor la joya más quebradiza y la patria el ensueño más alentador.

Pero no se las ofrezca un libro de rimas y cuentos; no se las brinde un manojo de flores lozanas, escondiendo entre los pétalos el áspid de las dudas y polvoreando las frescas corolas con cenizas de virtudes muertas.

Y aunque algún escritor nativo tal haga, no le imite el literato nacido en otras tierras, más obligado que nadie á respetar el hogar donde ha encontrado hospitalidad y cariño.

Eso aconseja la corrección; eso interesa mucho á los hábitos morales de la sociedad cubana.

Rosario, la Rosario de Lozano Casado, mesando los cabellos del adolescente con sus blancos cariciosos dedos, y diciendo al poeta: «Vive, crece, espera, triunfa, y entonces te amaré», se parece mucho á las Rosarios de mi pueblo, que no viven en San Isidro, que se desarrollan y sonríen, aman y crecen al calor de nuestros besos paternales en estos pobres hogares cubanos, donde ya que no haya mármoles y pergaminos, hay fe y hay honor.

Murió el Cristo, y temblaron las esferas.
¿No comprendes, mortal, la alegoría?
Es que hasta el mismo cielo se conmueve
cuando triunfan el odio y la injusticia.
Cristo es el bueno; Gólgota es el mundo,
y la plebe judaica es la perfidia.

El mejor patriotismo

A Mario Guiral.

Tal como el médico más cuidadoso de la profilaxia y más celoso de la higiene, no está libre de contraer fatal dolencia en la atmósfera del desaseo de las casas que visita, así la porción culta de la sociedad suele, por extraño fenómeno de atavismo, que sólo explica el contagio moral, asimilarse los errores de las multitudes. No de otro modo se observa que en naturalezas robustecidas por la savia de la ciencia, perduren prejuicios y temores, y que en conciencias iluminadas por el sol del talento subsistan ridículas supersticiones.

Muchas gentes tienen formado del valor y del patriotismo, concepto análogo al que se forman las clases nescientes, y no tienen reparo en unir á ellas sus vítores y aplausos, en presencia de arrebatos temerarios, resoluciones suicidas, actos que salen de la órbita de lo humano; mientras escatiman su admiración á la firmeza del carácter y la pureza del sentimiento patriótico, cuando ellas permanecen en el fondo de la existencia normal, modestas y tranquilas, cual las violetas en los prados, perfumando con aroma de virtudes el alma de los pueblos.

Cuando yo sé que un hombre como vos ama el honor y los libros y, en esas alegres horas de la vida en que la mano de la juventud descubre á nuestras miradas horizontes bañados de tibia luz y perspectivas saturadas de poesía, vuelve las espaldas á las cariñosas solicitaciones de la frivolidad, hunde los ojos en la his-

toria de las edades, aspira con ansia los deleites de la ciencia y recoge en su espíritu máximas y ejemplos, creencias y doctrinas que constituyen la esencia de la civilización, yo no pregunto si ese hombre fué á la guerra, ni me importa que acepte duelos, desafíe poderes superiores, sostenga sitios como el de Puerto Arturo, realice marchas como las de Crimea, ó sea capaz de subir al patíbulo, sonriente, como los jóvenes Agüero, por la independencia de su patria.

No sólo con nuestra sangre se abona el árbol de la libertad humana. No sólo con el sacrificio de la existencia; más tal vez que con ese sacrificio, con la dedicación constante al cumplimiento de los deberes morales, contribuimos al engrandecimiento de la tierra en que nacimos.

Con razón lo habéis dicho: el patriotismo ilustrado, no pocas veces resulta falso; difícilmente se encuentra la honradez en las heroicidades de los que, por azares del destino, aparecen á más alto nivel que los patriotas anónimos, en esos sublimes arrebatos de los pueblos que forman épocas en los anales de la humanidad.

Codicia, ambiciones, personalismos; la vanidad, que es el vértigo de las alturas sociales, es en muchos casos la fuerza impulsora de ciertas resoluciones, que los humildes adoptan inconscientemente, equivocadamente, pero con plausible sinceridad.

Cuando México nos habla de Iturbide, ora general español, ora jefe insurrecto, finalmente Emperador, y nos recuerda á Miramón y Mejía expiando en el suplicio su lealtad al monarca extranjero, pienso que hay mucho qne rebajar en punto á sinceridad en los afectos á la tierra nativa, en los anales de los pueblos.

Ese fanatismo innato de las clases humildes, esa decisión de los compañeros de Leonidas, de los sitiadores de Sebastopol, de los subordinados de Kondratchenko y de los zapadores de Nodgi; esa resignación de los soldados famélicos de Pedro Díaz en Vuelta Abajo y esa temeridad de los calenturientos soldados de Hernández de Velasco, trepando á las casi inaccesibles cimas de nuestra cordillera occidental, cosa humana es, cosa natural, manifestación, refinada por el progreso de los tiempos, del instinto de las criaturas primitivas, apegadas á la suerte del terruño por los lazos fortísimos del egoísmo y las constantes excitaciones del amor propio.

Yo prefiero, no obstante, á la heroicidad del soldado de una

patria sola, la grandiosidad del soldado de la civilización, al mismo Bolívar, redentor de un continente, el filósofo judaico, redentor de muchas patrias; á la capitulación de Puerto Arturo, el descubrimiento de la vacuna; á todas las repúblicas, el ferrocarril, la telegrafía y el arte de Guttenberg.

Tengo placer en haber nacido en la tierra de Maceo, y de la raza de Daoiz, y en el mundo de Washington, pero me sentiría más orgulloso de mi especie, si no tronara aún el cañón en las vastas llanuras de la Manchuria, y no hubiéramos llegado á la perfección en los elementos de muerte, y no tuviéramos que realizar todavía, como en las edades prehistóricas, invasiones bárbaras á través de los continentes, en nombre del progreso convencional, con las miras reales de satisfacer egoístas ambiciones de pueblos y de familias.

Y, volviendo los ojos á la realidad de la vida y estudiando vuestra tesis en el desenvolvimiento de los acontecimientos, duélome de que no sea siempre puro el patriotismo de los elementos cultos, que podrían enderezar hacia el bien los ardorosos arrebatos de las multitudes.

Toda la gloria de Jorge Washington hasta el día en que se firmó el protocolo de paz, no vale lo que su noble labor en cuatro años de presidencia de la nueva República, á quien dotó de leyes sencillas y buenas, en cuyas costumbres echó simientes de democracia y virtudes, que aún se traducen en frutos de bendición.

Grandes fueron los mártires del 2 de Mayo, los guerreros improvisados, las damas varoniles que arrojaron de España al usurpador, pero tan grandes, los patricios ilustres, prisioneros del extraño en las Cortes de Cádiz, que echaron los cimientos de la libertad constitucional.

Admirable fué Paladines, grandes los campesinos franceses que constituyeron el improvisado ejército republicano después de la catástrofe de Sedán; mas no más gloriosos que el patriarca Thiers, encauzando por las vías del trabajo, del orden y de la esperanza en mejores tiempos, las energías del pueblo vencido.

Francia es Francia, no por las carnicerías de Bonaparte, los heroísmos de Hoche y las victorias de Mac Mahon, sino por el esfuerzo viril y generoso, inteligente y previsor, de los hombres que en estos últimos años han regido sus destinos.

¡Plegue al cielo que con la caída heroica del Gibraltar de

Oriente, quede cerrada la era de las sublimes suicidas resoluciones del espíritu guerrero, y con la paz ruso-japonesa terminen los anales del patriotismo anónimo, que vincula en la bandera de su patria amores, esperanzas, honra y vida!

Y que, floreciendo la humanidad en el suave ejercicio de las armas de la paz, sea en esta tierra hermosa que acarician los mares de Occidente y arrullan las brisas del trópico, cargadas de perfumes, donde primero se borre, en fuerza de amorosas compenetraciones y dulces enseñanzas, el recuerdo doliente de esas sacudidas del patriotismo instintivo de las multitudes, hechas por Dios, no para las tormentas y los dolores de la guerra, sino para las inefables satisfacciones de la existencia civilizada.

Del cubil asqueroso en lo profundo,
por el hambre vencidos,
sobre harapos están los netezuelos;
siete míseros más que tiene el mundo,
víctimas ¡ay! de todos los olvidos:
del de la sociedad, del de los cielos.
Sobre el cojo sillón, la pobre abuela,
la pesadumbre de los tristes vela;
en la estancia vecina,
Baco las copas del placer escancia
y rompe en sones de placer la orquesta.
La Habana está de fiesta;
El Malecón parece un hervidero
y el Prado es una inmensa luminaria.
Netezuelos, dormid. Ríndete, anciana,
segura del mañana.
El pueblo, entre sus risas y cantares,
promete amaros con amor profundo;
y en el Morro, atalaya de los mares,
la enseña de Martí lo dice al mundo.

Derecho justificado

Leí, días pasados, en un prospecto dado á la publicidad por cierta empresa periodística, una declaración que me ha hecho pensar mucho, y que no he podido menos de relacionar con las declaraciones hechas por una pequeñísima parte de mis paisanos—los menos autorizados por cierto—acerca de la actitud que deben guardar los elementos peninsulares durante el desenvolvimiento y consolidación de nuestra personalidad política.

Aseguraba el proyecto á que me contraigo, que el periódico de que era eco sería «español, sin mezclas extrañas».

Propósito éste, libre y espontáneamente concebido con el derecho que á cada uno da el estudio de sus peculiares conveniencias y el mandato de su reflexión, conviene él con el modo de pensar de otros «cubanos sin extrañas mezclas» que desean desligar en lo absoluto á la colonia peninsular de problemas que son tan suyos como nuestros, desconociendo ú olvidando la especial constitución de nuestra sociedad, donde apenas hay familias que no cuenten en su seno algún individuo de esa colonia, y donde apenas hay empresa mercantil ó agrícola, individual ó colectiva, á que no vaya unida la inteligencia, el capital ó el trabajo de un español.

En Cuba, todos los nacidos fuera de su suelo, pueden ser perfectamente extranjeros, menos el nacido en España. La extranjería de éste es imperfecta, por más inscripto que esté en las

listas del Consulado General. Quiera que no, es medio cubano por las afinidades de la familia, la fusión de intereses, la prolongada permanencia, y todo eso, desde el idioma y la sangre, hasta las virtudes y los vicios, que nos hicieron hermanos en cuatro siglos de mal gobierno y nos hacen hermanos frente á las nebulosas perspectivas del porvenir.

Nunca el padre es extraño en la casa del hijo.

Podremos obligarle, después de emancipados, á que no intervenga en la dirección de los asuntos domésticos, en los gastos y negocios, en todo aquello cuya administración hemos asumido; pero no podremos impedirle que goce con nuestra prosperidad, que es la suya, que sienta dolor por nuestros desastres, que son los suyos, y acompañe con sus simpatías nuestros actos, cuando los crea encaminados al bien común.

Se concibe la colonia española en absoluto desligada de los problemas políticos de Méjico; ni devota ni contraria del Gobierno en la Argentina. Aunque aquellos pueblos son de origen español, es lo cierto que la emancipación rompió los vínculos del pasado, estableció el divorcio de intereses y aspiraciones, y puso la barrera del odio entre el europeo y el americano.

Cuando España abandonó el Continente, el español se fué con su bandera. No hubo ya nada de común entre el dominador abatido y el vencedor irritado. Hasta el comercio internacional tuvo su eclipse de algunos años. El inmigrante peninsular ha ido á establecerse nuevamente en Méjico, cuando nada más que su prosperidad individual habría de ligarle á la suerte de aquel país.

Ha encontrado ya en América nacionalidades consolidadas, gobiernos establecidos, repúblicas hechas, sin su esfuerzo, sin haber contado con su voluntad, y para cuya conservación no ha sido necesario su concurso.

En nombre del derecho de extranjería ha tocado á las puertas de su hospitalidad, y éstas se le han abierto, sin imponerle más obligación que la de respetar las leyes del país. Él tampoco ha pedido más, sino que se le permita vivir y trabajar.

El límite de sus deberes y facultades ha sido trazado ya por la naturaleza misma de las cosas.

Poco le importa el cambio de Presidentes ni la supremacía de tal ó cual dogma filosófico llevado á la gobernación pública, si ello no significa el desorden ni lleva envuelta la ruina del capital que en fuerza de laboriosidad y constancia ha logrado reunir.

Pero ¿sucede eso en Cuba? ¿Es el español un extranjero que ha venido á establecerse por su voluntad en una nación constituída? Nada de eso. Es un factor indispensable en la constitución de esta nacionalidad, cuyos últimos perfiles no se han delineado aún.

Obligado por las circunstancias á quedarse en el país, á él le ligan más vínculos que á muchísimos cubanos, identificados con nuestra suerte sólo por el nacimiento y los recuerdos.

No han podido arrancar sus casas, trasplantar sus fincas, demoler sus industrias. Para venderlas, habrían tenido que regalarlas al único que adquiere propiedades en Cuba: al norteamericano. Y eso, después de ser ruinoso para él, aceleraría el desenlace del problema, fatal á todas luces para sus hijos.

Y aunque, llevados de un ciego egoísmo, hubieran liquidado sus riquezas y desligádose en absoluto de Cuba ¿cómo habrían podido, sin grandes remordimientos, renunciar á sus amistades de largos años, decir adiós para siempre á sus deudos, privar á la amada esposa del dulce consuelo de depositar las flores de su piedad sobre la tumba de sus padres, y condenar á los hijos, pedazos sagrados del alma, lo más bello y más amado de la vida, á no ver más la luz radiosa de este sol tropical, á no oir más el susurro plácido de las palmas agitadas por la brisa del atardecer, á no recrearse más contemplando los arreboles matinales de su cielo siempre azul, y aspirando el perfume de sus campiñas, siempre lozanas y floridas?

El español no ha querido irse, como en el Continente, con la bandera de su patria. Aunque hubiera querido, él no ha podido irse sin un quebrantamiento profundísimo de sus intereses materiales y un desastre tremendo de sus afecciones más caras.

Se ha quedado, y precisamente para cooperar con nosotros al establecimiento de la República, á la reconstrucción de la riqueza, que son el Gobierno y la prosperidad de sus hijos; á la conservación de la paz y á la defensa de los intereses de raza, á que están como los cubanos directamente obligados.

¡Ah, sí! Es fuerza que exista esa *extraña mezcla*, esa conjunción de voluntades, saludable y fecunda, ese dualismo de sentimientos en el alma del peninsular, que es la resultante lógica de los acontecimientos.

¿O es que se quiere romper con todo, con los lazos de la familia y las afecciones del hogar, con el instinto de conservación, y

la esencia real de las cosas y la fuerza natural de los hechos? ¿Alcanzaría á tanto el egoísmo, podría lograr tanto la equivocada intención de los que creen que divorciando, disgregando, atomizando los componentes de la sociedad cubana, se puede llegar á algún fin noble y justo para las aspiraciones latinas y para el engrandecimiento de la amada porción de tierra que arrullan, amorosas y espumantes, las olas del Caribe? No lo creo.

¡Bien hayan los españoles interesándose en nuestros problemas, cooperando á la consolidación de nuestra personalidad, influyendo, ó, cuando menos, simpatizando con nuestras más cuerdas iniciativas en el desenvolvimiento de la vida política de un país, que si es cuna de sus hijos, á la vez será su tumba; de una nación que se ha constituído sobre las ruinas de la suya, para realizar en este hemisferio una de las nuevas victorias del derecho y una de las nuevas arrogantes victorias de la raza!

Sí; ya veo: edificios gigantescos,
y museos, y estatuas;
puentes, locomotoras y tranvías;
el oro á millonadas;
el respeto á la ley dogma del pueblo,
la libertad civil, luz de las almas.
Pero, oye: eso no es mío
y aunque sepa admirarlo, no me halaga;
no es mi tierra esta tierra;
no es mi raza esta raza.
Yo prefiero mis rústicos bohíos,
mis arroyos, mis bosques, y mis playas.
No quiero ser colono envilecido
de una nación bizarra:
quiero ser rico, ciudadano y libre;
pero serlo en mi patria.

Pasaje histórico

En su interesantísimo libro, *La Revolución de Yara*, refiere mi particular amigo Fernando Figueredo y Socarrás, conmovedoras escenas de generosidad, grandes raptos de abnegación por parte de las fuerzas españolas, en cumplimiento de una consigna del general Martínez Campos, político habilísimo, único que pudo, con su inmensa altura moral, sellar en el Zanjón la paz de dos pueblos, y conservar por veinte años más, para su nación, la preciosa joya del Caribe.

Conocidos los trabajos diplomáticos que precedieron á la firma de aquel pacto, que poco decía en su letra, que en nada lastimaba el decoro del Gobierno vencedor y á casi nada obligaba la política colonial futura; pero que por su espíritu, por el prestigio incalculable del pacificador y por el influjo incontrastable de los tiempos era prenda segura de las incalculables reformas en los métodos de Gobierno que después vinieron; suscrito el documento por los jefes de la Revolución en las Villas y el Camagüey; acogidos á la legalidad jefes y oficiales; entregadas las armas por los soldados y dispuesta la excarcelación de los presos y el regreso de los deportados; anunciada al mundo la pacificación, y jubilosa la Nación española por el término de las hostilidades, surgió la protesta de Baraguá, obstáculo casi invencible para los planes del ilustre caudillo.

El 15 de Marzo de 1878 celebróse la anunciada conferencia entre el general español y el legendario general de la Revolución,

entre el hidalgo Martínez Campos y el tenacísimo incorruptible Antonio Maceo.

Ahí está descrita por Fernando Figueredo, esa entrevista en que no hubo halagos y promesas, reflexiones y consejos que el uno no pusiera en juego, ni desconfianzas y temeridades que el otro disimulase.

Suspendióse el acto, con sólo una tregua de ocho días. Al cabo de ellos las fuérzas cubanas volverían á romper las hostilidades, seguras de su derrota, desafiando impotentes la muerte, pero fieles al programa jurado, irreductibles por el temor ó la dádiva, irreconciliables con España.

Cualquier otro hombre, herido por la actitud un tanto seca del héroe mulato, y contrariado por aquella inesperada dificultad; teniendo ya pacificadas grandes extensiones del país y pudiendo reconcentrar sus fuerzas para la extinción de los Maceo, Calvar, Figueredo, Mármol y unas cuantas docenas más de rebeldes, hubiera sentido agotada su paciencia.

Pero los fuertes no se cansan de ser generosos; muchas arrogancias responden perfectamente á la convicción de la propia debilidad.

Todavía, la víspera de aquel en que la guerra recomenzaría, el general Campos intentó una última prueba. Citó para su campamento de Miranda al Gobierno Provisional de los rebeldes.

Llegaron los nuestros; recibiólos él con su acostumbrada cortesía. En un limpio del terreno celebróse el improvisado banquete, sentados en el suelo los comensales, departiendo sinceros, comiendo y bebiendo, alegres como hermanos reconciliados.

Inútil todo. Calvar y los suyos no se dejaron convencer. El acuerdo debía ser cumplido. El deseo de su ilustre jefe satisfecho. Sangre de hermanos volvería á teñir las feraces campiñas de Oriente.

Nadie podrá describir la amargura que se apoderó del alma de Martínez Campos, en presencia de aquel último fracaso; nadie podrá saber lo que pasó por la mente de aquel hombre cuando, estrechando la mano de sus tenaces huéspedes, volvió grupas y se internó en dirección á su campamento.

Pero aquella voluntad era de acero; aquel corazón era muy grande; sentíase él más fuerte y más tranquilo cuanto mayores fueran sus sacrificios, cuanto más conmovedora su generosidad.

Cuando amaneció el 23, los cubanos rompieron el fuego, pero

los españoles no contestaron. Fuerzas de José Maceo dispararon contra la columna española, y ésta, sin preocuparse de las bajas que sufría, contestó: —¡Viva Cuba! ¡Viva la paz!

Repitióse una y otra vez el incidente. Cuando los soldados descansaban, cuando dormían, cuando almorzaban, las descargas de los rebeldes interrumpían su faena. Pero los soldados de una nación de 25.000,000 de almas no contestaban al fuego. ¡Viva la paz! ¡Viva Cuba! era la consigna, y rigurosamente se cumplía.

El mismo Antonio Maceo pudo advertir que sus subalternos rehusaban asesinar á un enemigo que sólo tenía para ellos frases de amor, vítores para su patria, votos por la total reconciliación.

La protesta de Baraguá quedaba vencida; la bondad de un hombre ahogaba las rebeldías de cien héroes. Triunfaba el estadista; el talento se imponía.

El 7 de Abril de 1878 ocurrió esto que describe Fernando Figueredo:

«En el camino de Mayarí á Cuba, descubrimos una columna enemiga, como de 1,500 hombres. ¡Estábamos perdidos! Maceo hizo alto y conferenció con los miembros del Gobierno. Se resolvió romper el fuego.

«El enemigo era diez veces más fuerte, y disponía de caballería. No había para los cubanos más remedio que sucumbir. La retirada era imposible. El triunfo más imposible. Aparecíamos frente á ellos como un juguete en manos de un niño. Un toque de clarín, y toda nuestra línea hizo una descarga. Luego otra.

«¡Viva la paz! ¡Viva Cuba! gritaban los españoles, mientras la columna, cual inmenso reptil, ondulaba por la sabana sin disparar un tiro.

«Los españoles hacían ondear en las puntas de sus fusiles, pañuelos blancos. Sus hombres, heridos ó muertos, caían á nuestra vista.

«Aquel cuadro era imponente, inconcebible. El Cuartel General dispuso ¡alto al fuego! Desfilamos en correcta formación, mientras los gritos de ¡viva Cuba! repercutían en la inmensidad de la llanura.

«Desde el caudillo hasta el último soldado nos encontramos influenciados, vencidos, por la política de atracción del general Martínez Campos.»

¿Habéis leído hasta aquí ese pasaje, rigurosamente histórico, de nuestra gran guerra de Yara? Pues meditad ahora en las consecuencias de aquella extrema generosidad, de aquella hidalga conducta, de aquella habilísima táctica del pacificador.

Y no dudéis que es más fuerte el que perdona que el que se irrita, y logra más éxitos el que ama que el que odia.

Me avisaron que estaba muriendo
de aguda dolencia:
largos meses sufriendo, y á solas
con celos y penas.
Acudí por cumplir con el mundo,
y en el último trance encontréla.
Aún me dió su postrera mirada;
me apretó la diestra;
y cesó de vivir la infelice
rendida de celos, el mal de la ausencia.
¿Por qué sienten tan hondo las niñas?
¡Bendito el olvido que cura las penas!
¡Benditas las almas confiadas, que nunca
de celos enferman!

Del pasado

Un poco de historia cubana.

Más de una vez se comprobó en nuestra historia revolucionaria, que las contrariedades no matan los entusiasmos de una generación soñadora. Lo que falta es eso; que las generaciones sueñen con el ideal.

Como Joaquín de Agüero no se desalentó con el primer fracaso de Narciso López; como no intimidó á Isidoro Armenteros la derrota del valiente camagüeyano, así Narciso López persistió en sus propósitos y la Junta Cubana se hizo superior á sus contratiempos. Y expusieron sus vidas al plomo de los soldados de España, americanos, húngaros, irlandeses, hombres de distintas nacionalidades, afiliados en la fuerza expedicionaria, que se proponía arriar de los castillos de la tierra siboneya la bandera de los leones.

Precisamente en los momentos en que caían agujereados los cráneos de Agüero, Zayas, Benavides y Betancourt, atracaba el vapor *Pampero* en las cercanías de Bahía-Honda, y volvía á poner el pie en nuestras playas el General López, al frente de quinientos temerarios.

Acompañaban al presunto libertador, los hermanos Arnao, Elías Hernández, Ildefonso Oberto, Antonio Zayas, Lainé, Massague *y otros cubanos*. Venían el general húngaro Pragay, los jefes Kelly y Crittenden, seis coroneles americanos *y quinientos hombres de distintas nacionalidades.*

Esa es la verdad histórica: algunos cubanos; los Jefes y el .eso de la expedición, extranjeros, sin nexo con nuestra patria, uien no habían visto siquiera una vez en la vida.

En nuestras guerras posteriores, lo mismo en la magnífica de ·8 que en la precipitada de 1895, algunos europeos y amerios, simpatizadores de la justicia de los pueblos, se jugaron la a defendiendo nuestra independencia. Pero no fueron más algunos; el grueso de los combatientes, la inmensa mayoría los mártires, cubanos fueron. Eran los quejosos y los ilunados.

Jordán, Reeve, O'Ryan, Gordon, Gómez, Roloff, Miró, Feara, poned cien más, hijos del Continente, de las Antillas, de olonia, de Italia, de España misma, ó combatieron al lado de s cubanos hasta el cese de la dominación ibérica, ú ofrendaron a existencia en los altares de una aspiración generosa.

En las invasiones de Narciso López, el elemento nativo estaba en triste minoría.

De aquí el dilema: ó venían ellos á luchar por otro ideal, que no era el de la soberanía para los cubanos, ó por entonces era meramente platónico nuestro culto, y no osábamos arriesgar la cabeza por la independencia de la patria.

El 17 de Agosto de 1851, las tropas expedicionarias tropezaron con la columna española mandada por el General Enna, en los palmares del cafetal de Frías, en Candelaria, venciendo aquéllas y matando al valiente jefe español. En el cafetal Siberia también sonrió la fortuna á las armas de López.

Y, no obstante, se vió precisado el infortunado caudillo á disolver sus tropas, porque los vueltabajeros, tan entusiastas en la preparación del movimiento, le volvieron la espalda á la hora del peligro.

Se arguye que cuarenta y cinco años después, mi provincia, mi pobre provincia natal, dió pruebas de heroico valor y espartano sacrificio. Era otra generación. Los diez y siete años de labor autonomista, habían hecho hombres. Pero así y todo, si Gómez y Maceo no hubieran impuesto la revolución á filo de machetes del ejército invasor; si el representante de España no hubiera cometido la torpeza de cerrar, con la Trocha, toda salida á los arrepentimientos; sin la opinión, generalmente admitida, de que España no tendría recursos para armar nuevas tropas, y si los campesinos vueltabajeros no hubieran temido que, tras la vi-

sita de los orientales, llegaran la Guardia Civil y la guerrilla á machetearlos por cómplices, cabe suponer que el 80 % de los incorporados habrían permanecido en prudente actitud, esperando ver de qué lado asomaba la victoria.

Y abona esa creencia el hecho de que fueron contadísimos los cubanos que desde las poblaciones de Occidente, no tomadas por la invasión, se marcharon al campo; mientras de las fincas aisladas y de los pueblecillos incendiados, todos los hombres se unieron al movimiento, y familias enteras se internaron en los bosques.

Muchos decantados heroísmos nacieron así; de la imposición y el instinto de conservación de la vida.

Seamos francos y justos.

Como las fuerzas de López no pasaban de 500 hombres, y España tenía batallones, artillería, lanceros y dinero para armar *rurales;* como Narciso López, no colgaba de la guásima al que rehusara acompañarle, sino que confiaba en las ofertas hechas y esperaba cooperación de quienes debían sentirse cansados de la condición de colonos, hé ahí que los campesinos de Candelaria y los simpatizadores de la idea emancipadora, no sólo se conformaron con encogerse de hombros, sino que algunos delataban la marcha de los fugitivos y cooperaban á su persecución.

Bien al revés de eso, es este episodio:

Dispersas las fuerzas de López, dos expedicionarios hambrientos penetraron en la finca de un vizcaino, que era cabo de rondas en las lomas. Ausente él, la esposa les dió de comer; mandó á buscar al marido, y le dió la buena noticia. Aquella captura le valdría oro ó nombradía. Irguióse él, frunció el ceño y dijo con ronca voz: «anda, diles que huyan, enséñales la salida de la finca; no quiero honores ganados por mi mujer, sino por mis brazos». Y cuando calculó que estuvieran lejos, emprendió su persecución.

Los complicados en la empresa de López, que le traicionaron, no merecían tener aquel cabo de ronda.

El 29 de Agosto, y en los Pinos de Rangel, un vil sin patria, aunque debo hacer constar que no nacido en Cuba, José Antonio Castañeda, cuatrero miserable que debía favores grandes á Narciso López, pisoteó los deberes de hospitalidad, traicionó al amigo, se ensañó con la desventura ajena, y entregó ocho mártires á las iras del sanguinario Concha, que, si era General español, había nacido en tierra americana.

Que un matarife, Nicolás Vignau, sintiendo la indignación del patriota y contando con la protección de los ricos habaneros, matase como á un perro al tal Castañeda, el 12 de Octubre de 1854, en el billar de *Marte y Belona;* que pocos meses después del fusilamiento de los expedicionarios, los habaneros iniciaron una nueva conspiración en Vuelta Abajo, eso no borra la mancha que en la historia revolucionaria de mi provincia arrojó el abandono, la miserable entrega del caudillo valiente. Sobre las faldas del Castillo de Atarés volvió á correr sangre. Un militar joven y talentoso cayó exclamando: «mi muerte no cambiará los destinos de Cuba». Y con él murieron unos, ó al ostracismo fueron otros, los que á sus ordenes se alistaron para la difícil lucha, á cuyo término estaba la incorporación de esta tierra á la Confederación norte-americana.

No quiero bendecir ese propósito, yo que de mi raza me encuentro orgulloso y que hubiera preferido otras soluciones, á la condición de Florida, Louisiana, Tejas y la Alta California, Estados libres, pero de donde se ha borrado el sello latino.

Debo, empero, compadecer y alabar á quienes se proponían elevar á la condición de ciudadanos, á los colonos embrutecidos, y concebían el ideal de la felicidad de Cuba.

La muerte de los que han preferido el vilipendio, los fusilamientos, las deportaciones, el incendio de la propiedad y los horrores de la reconcentración, parece ¡Dios piadoso! que no ha tenido eficacia para cambiar nuestro destino.

España no pudo ó no quiso, liberalizando su política, detener el curso de los acontecimientos. Europa entera no podrá atrasar un cuarto de hora el reloj en que señala el destino la duración de las pequeñas nacionalidades.

Nosotros, sólo nosotros, pudimos parar por unos instantes el péndulo fatal. Pero, por una, por dos torpes equivocaciones, le imprimimos mayor impulso.

¿Quién lo detendrá ahora?

¡Sólo el que mora en lo Altísimo puede interrumpir el proceso de las evoluciones sociales!

Visión

UN RAYO de la luna, agonizante—la postrera sonrisa de aquel día—vino á bañar entonces su semblante, que de un ángel del Cielo parecía. Sus rizos agitó la brisa errante, y los dejó empapados de ambrosía; cerró los ojos, inclinó la frente, y al sueño se entregó sabrosamente.

Bella me pareció como ninguna, vista á la luz del pálido reflejo, y sentí que á una idea inoportuna daba calor mi corazón de viejo.

Cerca de mí, la plácida laguna trazaba en su cristal—límpido espejo—los pintados celajes que pasaban, las estrellas sin fin que titilaban.

Un arrullo en la selva, y otro arrullo, congregaba á torcazas y tojosas; una abeja zumbaba, entre el capullo, y Favonio jugaba entre las rosas. De un arroyo plateado era el murmullo, descendiendo de alturas rocallosas; y la voz del pastor, á los corrales conducía los mansos animales.

Pensé. Sentí. La llama macilenta, al punto mismo declaré extinguida: que ya teme al furor de la tormenta quien padeció las fiebres de la vida. La débil fibra del placer revienta, al recibir la nueva sacudida; y al corazón que el tiempo ha carcomido, queda apenas la fuerza de un latido.

Horas de la ilusión; recuerdo amado de aquellos años que por siempre fueron ¿quién no llora, tornando á lo pasado, ojos que de pesar se consumieron? Estas cenizas de un amor gastado,

ráfagas de dolor al aire dieron; y cuando al fin el árbol se desgaja, apenas si nos sirven de mortaja.

Miré á la joven con paternos ojos, tranquilo el corazón, la mente quieta. No sentí ya de un hombre los antojos: era en mí una piedad de anacoreta. Y vi en sus labios, cual la grana rojos, una sonrisa dibujarse inquieta; lanzó un suspiro, levantó la frente, y me bañó con su mirada ardiente.

—Hada ó mujer; deidad tan hechicera ¿quién eres—dime—misteriosa y santa? Y una frase argentina, placentera, como un salmo brotó de su garganta.

—Yo soy la diosa que tu fe venera, soy la belleza que tu lira canta, la sola majestad á quien te humillas, dijo; y caí á sus plantas de rodillas.

Albo el vestido; el rostro nacarado; el manto azul sobre la espalda esbelta; un artístico gorro por tocado, y la ondulosa cabellera suelta. Vestal de un culto para mí sagrado, bella cual fué la del antiguo celta, la estrella que en su seno rutilaba, en el idioma de mi Dios me hablaba.

Ebrio de adoración, tendí la mano, y la sentí perderse en el vacío; me lancé como un loco, todo en vano; sufrí la sensación del desvarío. No; no era un sueño del cerebro insano; me asaltó la congoja; tuve frío, y grité con la voz de mis terrores: ¿por qué me huyes, deidad de mis amores?

Miróme entonces y, piadosamente, dejó caer sus frases en mi oído:

—Esquivo tu homenaje reverente, en tanto que me hubieres merecido. Sé que tu corazón mis penas siente, pero no mi ventura has decidido: una vez que hayan muerto tus pasiones, vuelve, y recogerás mis bendiciones.

Dijo; y ligera como el viento mismo, desapareció la sombra peregrina tras la alta sierra y el profundo abismo, cual se esfuma en los campos la neblina. Pensé. Creí. De un nuevo cristianismo nació en mi sér la vocación divina; y parecióme ver en lontananza, reaparecer el sol de la esperanza.

Del monte á la ciudad tomé el sendero y, en llegando, reunidos mis hermanos, la escena referí, y al pueblo entero fuí estrechando con júbilo las manos.

—Vuelvo á creer en el amor sincero; sólo un alma tendremos los cubanos para abjurar de miserable guerra, y honrar el nombre de la amada tierra.

—¡Sueño! ¡Mentira!

La calumnia impía, hirióme el rostro; la maldad proterva, nuevos bríos cobró desde aquel día, y creció de los viles la caterva.

—¡Atrás, traidor! gritóme la jauría. Pisó Satán las sienes de Minerva, y surgieron doquier palabras tales, cual lenguaje de furias infernales.

—Falsear la democracia ese pretende. En lugar de venganza, clama olvido. Al extranjero nuestras glorias vende. La República hundir ha prometido. Quien de esta suerte el patriotismo entiende, ciudadanos, resulta un fementido, Como otra vez por sus delirios clame, patriotas ¡á la guásima el infame!

Pretendí convencerles, y fué en vano. Les quise separar del hondo abismo, y los dardos probé del odio insano, que ellos llamaban santo cubanismo. Lloré el último día del cubano, y escribí el epitafio á su heroísmo. Y á mi retiro me volví cuitado, del hermoso ideal desesperado.

Desde entonces, la diosa idolatrada, muchas noches, amante, me visita; y muchas veces ¡ay! en mi almohada deja caer la blonda cabecita. Y llorando la dicha malograda, y oyendo aullar á la maldad precita, el pasado nos sirve de consuelo, la fe de alivio, y de esperanza el Cielo.

Pueblo que ciego estás: lo que te espera, ni á presentirlo, desgraciado, alcanzas; y lo aborreces todo en tu ceguera, consejos, compasiones y esperanzas.

Vas á hacer que la patria se te muera; hacia la esclavitud sin tino avanzas. Intenta aún de tu grandeza el día. Abandona el error; ama y confía!

Mas, si, incurable, al deshonor te aprestas, y has de morir rendido á tus codicias, del dolor de la patria haciendo fiestas y pudriéndote el alma de impudicias, no te acuerdes jamás de estas florestas, donde la libertad tiene caricias para quien quiso liberar su suelo: á los traidores los rechaza el Cielo!

Por esos campos

Si por acaso, vecino del Malecón, dejas tu blando lecho, te sustraes por unos días al encanto de la vida capitaleña y, ora sentado en los incómodos bancos del ferrocarril. ya caballero en enjaezada mula, te das un paseo, «por esos campos risueños, donde la majagua crece», asombrado quedarás de la transformación que ha sufrido la riqueza del país en ocho años de paz, y sentirás deseos de prorrumpir en acción de gracias al Sér Supremo, que así derrama los dones de su bondad sobre los abiertos surcos del trabajo.

Cierto es que numerosos poblados, antes felices y rientes, que la patriótica tea arrasó, no han sido reconstruídos; cierto que tropezarás, á cada media legua de camino, con ennegrecidos muros, sin techumbre y coronados de malva, que fueron rico alojamiento de familias, acaso desaparecidas; ingenios demolidos, sitierías abandonadas, vegueríos alegres de otro tiempo, trocados en dehesas, por donde vagan mugientes los ganados mejicanos y hondureños.

En cambio, verás las torres de potentes Centrales, allí donde fué impenetrable bosque secular, lanzando á las nubes negras espirales; percibirás en el olfato el suave perfume de azahares y piñas, y divisarás, aquí y allá, sobre fáciles mesetas y en la vecindad de rumorosos riachuelos, blancas casitas de madera, con techos de papel, de los que parten notas de piano, melodías

de música clásica, sustitutas del rasgueo de la bandurria y los dolientes ecos de las décimas guajiras.

Otra civilización, imponiendo nuevos hábitos, graba de manera imborrable el sello de lo exótico en nuestros campos; pero la producción aumenta visiblemente y el gobierno de los cubanos. Gobierno interino, extrae de las aduanas, tanto dinero como extraía España de los derechos de importación y exportación, contribuciones directas, papel sellado, loterías y consumo de carnes.

Mucho oro da nuestra tierra. ¿Para nosotros? ¿Para Juan José? *¡Ecco il problema!*

¿Sabes quién es Juan José? La anécdota es vulgarísima, afortunado vecino del Malecón.

Un cubano fué á Nueva York y asombrado de tanta riqueza, de esplendor tanto, cada vez que tropezaba con un suntuoso edificio, de aquellos que parece que van á confundirse con el cielo, preguntaba al primer viajante que encontraba:

—¿De quién es ese palacio?

—*What you say?*—interrogaba á su vez el interpelado, que no conocía jota del idioma de Cervantes.

—¡De Juan José! ¡Qué hombre tan rico es ese Juan José!

Repitióse tanto el incidente, que para el guajiro criollo no había en el mundo sér más poderoso y feliz que Juan José.

Pero vió pasar un cortejo fúnebre y repitió su interrogación.

—¿Quién es ése que llevan á enterrar?

Y el yankee á quien se dirigió, sin detenerse siquiera, y como si fuera un doliente desesperado que quisiera llegar pronto á la necrópolis, preguntó á su vez:

—*What you say?*

—¡Juan José! ¡Pobre señor: tan rico, dueño de todo esto, y ya cadáver!

¡Qué cosas tiene la vida!

Si por acaso, vecino del Malecón, en tus recorridos por los campos de la patria, echas de ver que nuevos desconocidos cultivos esmeraldean, oyes las notas del piano desde la casita rústica, que no es aquella de que decía Nápoles Fajardo:

«Por debajo del alero
á palmos la hierba crece»;

sí te extraña no tropezar, en la angosta vereda, con el campesino de chorreadas patillas, sombrero de anchas alas, pañuelo de

bayajá al cuello, y relucientes espuelas de plata; sino que te encuentras con el arado de mulas, el carretón de cuatro ruedas, el robusto mozo de traje amarillo, y altas polainas, ó el recio negro del Sur, y oyes el chirrido de las máquinas, y ves las negras espirales de humo subiendo á las nubes, pregunta, pregunta, y el viajante te responderá:

—¿Esto? ¡De la *Land Leaf Company!*

—¿Esto? De la *Baracoa Fruit Company*, de la *Bahía Honda Company.*

¡Siempre de una *Company!*

Y te preguntarás asombrado:

¿Que todo es de un apellido, que todo aquí es de una familia, que todo es de *Company*, como allá todo era de Juan José?

Empero, no aguardes á ver pasar un cortejo fúnebre para preguntar, si *Company* ha muerto después de acumular tantas riquezas sobre el cubano suelo, porque no se trata de un sér mortal, sino de entidades jurídicas, de asociaciones domiciliadas bajo extranjeros climas, de sociedades anónimas, de que son accionistas trusts y millonarios, que no vendrán nunca á Cuba, que no verán destruídas sus propiedades por la tea patriótica para que se levante sobre los humeantes escombros una nueva nacionalidad. La gallina de los huevos de oro queda aquí, pero los huevos se irán en forma de dividendos. Hasta que un día...

Aguarda, vecino del Malecón; ahí viene un churrioso campesino, de faz escuálida y trabajoso andar; preguntémosle, que ese nos contestará en castellano:

—Diga usted, buen hombre, ¿qué fincas en explotación quedan por aquí que no pertenezcan á ninguna compañía extranjera?

—Ignórolo, señorito: soy emigrante; hace poco que trabajo por un sueldo pequeño en las faenas agrícolas de esta zona.

—Pero, diga usted, ¿y los cubanos? ¿No hay hacendados cubanos por aquí?

—No señor; están todos colocados en la ciudad; quién, de oficinista, quién, de policía ó guardia rural.

¿Oyes, vecino del Malecón, oyes? Los emigrantes españoles aran la tierra; los cubanos se han adueñado del Presupuesto y *Juan José Company*, adquiere el fundo, lo inmueble, lo que poseen en Irlanda los Lores británicos, y lo que tienen en Polonia y el Cáucaso los Grandes Duques rusos.

Lleva estas noticias á tus periódicos, para que repitan que la prosperidad de Cuba es asombrosa, que los cubanos se sienten felices y esperanzados, y que la soberanía nacional se consolida... como la autonomía irlandesa y como la felicidad de los campesinos moscovitas.

Al patíbulo sube el condenado,
loco de miedo, pálido de angustia;
con arte le trituran el pescuezo;
de Dios en nombre le perdona el cura.
El pueblo, absorto en la feroz tragedia,
ó riendo tal vez, jamás escucha
del huérfano doliente la amenaza,
la imprecación airada de la viuda.
Humanidad, que en público alardeas
de que la sangre y la crueldad te gustan;
pues respondes al crimen con el crimen,
no serás libre y venturosa nunca.

Para llenar el hombre sus deberes,
tres cosas ha de hacer—Mahoma dijo—
que son: un hijo, un libro y una casa:
ser padre, culto, y rico.
Yo que he dado á la patria prole sana
y he vaciado el cerebro en muchos libros
¿porque no hice dinero con mi pluma
he de vivir maldito?

Narciso López

En la mañana del 30 de agosto de 1851, advertíase en el vecindario de mi pueblo natal, desusada animación.

La noticia había circulado desde el amanecer. El Capitán de Partido, autoridad suprema de lo que ahora es cabecera de Distrito Municipal, centro de comercio, hervidero de odios políticos y criadero de candidatos á todos los puestos de la República,—don Faustino Labarga,—había recibido confidencia oficial del magno acontecimiento ocurrido algunas horas antes en los Pinos de Rangel, jurisdición de San Cristóbal, y misteriosamente la había trasmitido al párroco y á dos ó tres amigos, vizcaínos, manifiestamente adictos á la integridad de la patria. Y como noticias así retozan en el cuerpo y se salen sin sentir, el secreto dejó de serlo. Y apenas los guanajayenses se hubieron lanzado de sus lechos, sorbido la jícara de humeante café de Las Lomas, y salido en busca de chismes, experimentaron la agradable sensación.

No se había levantado el sol dos ó tres metros por sobre la cumbre de la Sierra de Anafe, cuando ya la calle Real, desde la Punta hasta el Cementerio, presentaba alegre aspecto; cuchicheando los hombres en corrillos formados á las puertas de las casas; asomadas á las ventanas las greñudas viejas; y las jovencitas vestidas de saya corta y canesú color de *ante*, ceñidos los piesecitos por suaves *calza-pollos;* y los enjambres de chicuelos desarrapados, atisbando por las esquinas con sedienta curiosidad.

No bien resonaron los primeros ecos del clarín de lanceros, la multitud corrió, se arremolinó, voló, hacia lo que es hoy calle Maceo, sur-oeste de la villa, á donde afluye el viejo callejón de Cayajabos.

En efecto: Narciso López, el valiente ex-General español, la brillante espada puesta al servicio de los ideales anexionistas de la época, llegaba por el camino de Vuelta-Abajo, conducido por el escuadrón que acababa de hacerlo prisionero, cerca de Candelaria.

Vestía flus oscuro, manchado de lodo; cubría su airosa cabeza un sombrero de guano ennegrecido por la lluvia; llevaba toda la barba y el pelo y reflejábase en su simpático rostro la huella de las fatigas de la campaña, por barrancos y vericuetos, por cumbres casi inaccesibles, bajo los rigores de un cruel temporal de aguas y perseguido por un enemigo numeroso y disciplinado. Era presa de la amargura inmensa que produce un desengaño y causa una traición: los vueltabajeros, comprometidos á secundarle, ó se habían quedado en sus casas, ó se unieron á sus perseguidores. Y José Antonio Castañeda le había entregado, en pago á los favores de él recibidos.

Empero, de toda su persona; de la melancólica mirada de sus grandes ojos como la triste sonrisa con que sus labios respondían á las burlas del populacho, emanaba algo misterioso que hubiera infundido respeto y amor á gentes más conscientes: la majestad del valor vencido, el infortunio de un ideal, la aureola incipiente de un martirio.

La muchedumbre, flanqueando la marcha del escuadrón, discurría, curiosa y regocijada.

En el número cuarenta y uno de lo que es ahora calle de Mártires, estaba la Capitanía de Partido. Allí se detuvo la fuerza. Penetró el prisionero. Los soldados custodiaron el edificio, y el General López rogó que se le permitiera asear su cuerpo y cambiar sus ropas; á lo que accedieron de buen grado el Pedáneo y el Jefe de la Escolta, Capitán Vidal.

Llamado el noble montañés, don Manuel Bustamante, propietario de la fonda establecida donde hoy es el elegante café *El Niágara*, acudió éste; y después de abrazar á su ex-protector y de llorar su infortunio, trájole un vestido blanco de dril, rico jipi-japa, botas nuevas, tabacos, lo que pidió él. Aseado, afeitado, alimentado, descansó el preso. Y dos horas más tarde se le condujo por las calles que rodean el parque de mi pueblo, al

camino que conduce á Mariel, Tenencia de Gobierno entonces, á cuyo frente se encontraba un militar pundonoroso—Santiago Gurrea—subordinado que fué del ilustre vencido. Desde allí se le trasladó á la Habana; se le formó Consejo de Guerra el día 31, y se le fusiló el 1º de septiembre.

Don José de la Concha, General español nacido en el Continente americano, en el espacio de tres días apresó, juzgó y mató á López, General español nacido en Venezuela. Nunca hubo peor cuña que la del mismo palo.

Un detalle de este triste episodio de la historia cubana. Mientras el noble caído era llevado por las calles de mi pueblo natal, chiquillos, mozalbetes y hombres con discernimiento y capaces de compadecer, atronaban con gritos, silbidos y ultrajes. El Capitán Vidal, servidor de España y vencedor de López, sintió sublevarse su sangre contra la cobardía de aquellos esclavos y pichones de esclavos; y, montando en santa indignación, ordenó una carga á planazos. La caterva se desperdigó. Años más tarde, aquellos chiquillos hechos hombres, y aquellos hombres mismos, bendijeron la memoria de López y odiaron á España y á Concha. Rectifico: no todos. Muchos volvieron á infamar á los mártires, y se movilizaron en 1871, ó se hicieron guerrilleros en 1895. Es la triste historia de los pueblos sin cultura.

Pasó más tiempo. Cuarenta y siete años después, advertíase también desusada animación en las mismas calles de mi villa. Encortinadas las casas, repicando las campanas, tocando la orquesta, lanzáronse los guanajayenses hacia el camino de Vuelta-Abajo. Pero ahora, no para recibir á un caído, sino á un libertador triunfante. El General Pedro Díaz, Jefe del sexto Cuerpo de Ejército, ocupaba la población que acababan de evacuar las tropas españolas.

Vítores, aclamaciones, cánticos; flores que caían al paso del vencedor, y blasfemias que de mil labios partían contra la Nación humillada... Volví la cara en torno; recordé el pasaje de 1851, y... no ví al Capitán Vidal, rebelándose contra aquellos valientes, traidores de la víspera; patriotas á la hora del éxito. Y sentí honda tristeza por los míos, convecinos y paisanos.

Pasaron ocho años más. El 21 de septiembre de 1906, los mismos corrillos el mismo regocijo, carreras, vítores y flores. Ya no era la bandera española triunfadora, ni la bandera española vencida: era la bandera cubana manchada de lodo.

Por el camino de Vuelta-Abajo llegaban el General *Pino* Guerra y su improvisado ejército, tintos los machetes en la sangre de Río Feo y Palacios, y dispuesto el ánimo á deponerlos ante la autoridad del Interventor extranjero.

Carrillo, Páez, Betancourt, Pozo; los héroes del sexto Cuerpo que ayudaron á crear la República, ayudaban ahora á matarla; completaban la obra funesta de los funestos amigos de Estrada Palma.

Y muchos labios bendecían á *Pino*, y muchas manos saludaban desde los balcones al Ejército Constitucional; y esas manos habían cometido indignidades en las elecciones escandalosas del año anterior, y esos labios habían adulado al anciano Presidente.

Si el Pedro Díaz de 1898, se hubiera presentado en las calles de mi villa aquella mañana, los que le arrojaron flores y le echaron loas, le habrían tirado piedras.

Comparando fechas con fechas, y estudiando estas versatilidades, siento horror y vergüenza, cuando trato de ojear, con ansiedad profunda, en los inextricables pliegues del porvenir.

Se me hace muy duro creer en la pronta redención moral de esta sociedad, la misma de hace medio siglo, en aclamar al vencedor y silbar al vencido.

Y temo que ella tendrá vítores y flores, cánticos y adulaciones, para cualquier tirano que el destino nos reserve: llámese Mourawieff ó Estrada Cabrera.

¿Por qué te adoro? ¡Qué sé yo, bien mío!
¿por qué busca el calor quien siente frío?
¿por qué á la soledad las almas huyen?
¿por qué bullen
y van al mar las aguas de la fuente?
¿Por qué te adoro...? No lo sé, bien mío.
¿Sabes, acaso tú, por qué el creyente,
en sus horas de amargo desconsuelo,
eleva el rezo fervoroso al cielo?

Un episodio

Suelo, en mis brevísimos ratos de ocio, repasar las páginas de la historia patria, evocar nombres y fechas, comparar situaciones con situaciones y hombres con hombres, para deducir de los accidentes de la hora presente, si va reformándose, al contacto de la realidad, y bajo las inspiraciones de la experiencia, el carácter nacional; ó si, por el contrario, los mismos errores y las mismas exajeraciones de la moral patriótica, determinarán el fracaso de hermosas idealidades, y la repetición de análogos infortunios.

Ahora, precisamente, la conciencia pública siéntese perturbada en presencia de la campaña presidencial.

Armas de mala ley, recursos desesperados, todas las injusticias de la pasión y todos los desórdenes de la violencia pónense en juego para soliviantar los ánimos, y hacer, de una noble función cívica, del choque ordenado de las simpatías populares en favor de uno ú otro candidato, campaña de denuestos, arsenal de injurias contra reputaciones respetables, y semillero de odios personales, que minen y envenenen el corazón de las multitudes.

Y no es nueva ni original la torpe labor. Ejemplos de obcecación pasional y de fatal imprevisión ofrece la crónica fiel de las rebeldías cubanas, la verdad histórica de los sentimientos y determinaciones que empequeñecieron la ingente tarea de la generación más sana, culta y viril, de todas nuestras generaciones.

No iré á buscar la confirmación en sospechosas fuentes. Fer-

nando Figueredo Socarrás, revolucionario de abolengo, devoto de esta situación política, sincero gubernamental ahora, como incansable conspirador ayer, traza á grandes rasgos pero con toda exactitud, el resultado de las dolorosas intrigas contra el Padre de la Patria, que se llamó Carlos Manuel de Céspedes.

Ahí está su libro *La Revolución de Yara.*

La Cámara separatista, orgullosa de su Presidente, el genio creador de la protesta armada, acordó la deposición del ilustre caudillo, sin oirle, sin permitirle la defensa, sin cargos sólidos en qué basar la atroz medida.

Presentada la moción por Pérez Trujillo, apoyóla Estrada Palma, ese mismo venerable patriota, cuya deposición fundarían ahora sus enemigos, en la creciente de los ríos ó el ardor del sol sobre los campos.

Y el que trazó á su pueblo la senda del honor y encarnó el amor y las aspiraciones nacionales, murió segunda vez á manos de los soldados españoles, habiendo muerto antes, á golpes de ingratitud y envidia, en la conciencia de los suyos.

Los detalles de aquel hecho, descritos por Figueredo, no deben ser olvidados por el señor Estrada, si la mayoría del cuerpo electoral le vuelve la espalda en las próximas elecciones; ni por el señor Gómez, si el *block* villareño se le escapa de las manos.

Los hombres superiores han de sufrir, de distinta manera que las otras gentes, los fallos más injustos del destino.

Cuando Cépedes recibió en Cambute la esperada noticia de su deposición estaba tomando el desayuno, que no interrumpió. Concluído éste, rompió el sobre; leyó tranquilamente el mensaje; en su noble semblante no asomó la menor huella de disgusto; y, extendiendo la mano al emisario, díjole con afabilidad:

—Amigo mío: mil gracias por haberme traído este decreto, que quita de mis hombros el peso de una carga que ya me era insoportable.

Así; así deben recibir los grandes, á presencia del mundo, las contrariedades.

Momentos después, el héroe caído, lejos de alimentar rencores que habrían redundado en daño de su causa, decía al señor Figueredo, ocultando con sonrisa dulce la herida de su alma:

—Ya soy libre; ahora puedo trabajar más por la redención de mi país, ó influir en el ánimo de mis amigos para que presten decidido apoyo al nuevo Presidente.

Y cuando la Cámara y su sucesor llegaron á Cambute á hacer efectivo el impremeditado decreto, sombrero en mano saludó á sus visitantes, y con apacible majestad acató el fallo; dando así un hermoso ejemplo de grandeza de alma que le conquistaría puesto distinguido en los anales patrios, si ya la posteridad no hubiera proclamado sus méritos y no le hubiera reservado la justicia un lugar prominente en el amor de las generaciones.

Gómez, Palma, para cuando la ingratitud llegue—que llegará—ya sabéis cómo las almas privilegiadas responden á la iniquidad de las multitudes.

Y no es sólo el grosero personalismo, ni es sólo la pasión sectaria, nuestro único infortunio. Hay algo muy grave en el actual proceso, algo que puebla de sombras terríficas los horizontes.

Oid: Isla de Pinos, casi no es nuestra; una compañía americana ha comprado la isla de Turiguanó; el veinticinco por ciento de la riqueza azucarera, es capital *yanki;* veintidós fábricas de tabacos, veintisiete Centrales y todas las empresas ferrocarrileras pertenecen á sajones. Hay doce compañías millonarias dedicadas á la adquisición de tierras cubanas. Colonias extranjeras se han adueñado de seis mil caballerías de tierras del Estado, en Oriente. La propiedad inmueble se nos va de las manos; lo mejor de Cuba deja de ser para los nativos. Lo mismo que en Tejas, que en Louisiana, que en la Alta California, que en Hawaii.

Leed ahora á Figueredo:

« Mientras Martínez Campos avanzaba resueltamente, cavando á cada paso la fosa en que había de enterrar la personalidad cubana, los revolucionarios inconscientemente le secundaban, perdiendo un tiempo precioso, único, en reformas inútiles y complicadas del gobierno interior. Agregar ruedas nuevas, hacer más embrollada aquella máquina que por exceso de piezas no podía funcionar; crear Cuerpos legislativos, cuando para constituir la primera Cámara de diez y seis Diputados, había sido preciso designar individuos sin competencia alguna, era una imprudencia. Allí no había hombres de gobierno. Se entorpecía la marcha de la Revolución. Pudo establecerse algo fuerte, enérgico, salvador: la dictadura. ¡Ah: pero los dictadores no se improvisan, ni se forman al capricho de unos cuantos! Las dictaduras surgen en circunstancias excepcionales, y los dictado-

res se imponen por la fuerza incontrastable de su talento y de sus glorias. Allí se pedía el cambio de apellidos, la sustitución de Céspedes por García—como ahora la de Palma por Gómez y mañana la de Gómez por Zayas—pero dejando íntegro el drama, igual el escenario, subsistentes los procedimientos y en persecución de la misma misérrima finalidad.

«El Zanjón había de ser la inevitable solución de los conflictos internos de la Revolución.»

Y yo pregunto: ¿se repite ó no la historia? ¿Ha mejorado nuestra educación cívica? ¿nos llevan la experiencia y la buena fe al triunfo de la patria? Y pregunto más: ¿el Martínez Campos que ahora avanza por los campos de Cuba, trae en la mano el ramo de olivo, la reconciliación del hermano, ó el látigo del dueño y los prejuicios del extraño...?

1905.

Yo vengo á confesarte, Jesús mío,
la ansiedad incesante con que lucho:
mis hijos tienen hambre, tienen frío,
y yo, al verlos llorar, padezco mucho.
Si he de seguir así, no te respondo
de resignarme en el mañana incierto;
la intención de pecar; no te la escondo;
pero será por ellos: te lo advierto.
Algo, un día, sus labios murmuraron;
crispó la diestra; del vivir maldijo;
oro trajo al hogar; le castigaron,
y quedó en el altar el crucifijo.

Negro crimen

Una vergüenza más, una esperanza menos.

Personalmente no le conocía. Pero desde la Convención, casi diariamente me sonaba su nombre en los oídos.

Hay espíritus así, inquietos, ardorosos, todo fe y entusiasmo, nacidos para la lucha y conformados para la contrariedad, que atraen sobre sí la atención pública, y se hacen amar ó discutir, condenar ó aplaudir de sus contemporáneos.

Yo no hubiera podido decir, seis meses atrás, frente á un grupo de fotografías de Representantes, cuál era la de Enrique Villuendas. Si después de su tremendo fin, no hubiera visto su efigie, orlada de negro, en los periódicos, y seguida de encomiásticas relaciones y protestas dolientes, sino confundida entre otras cien, yo habría dicho sin vacilar, juzgando sólo por la comisura de los labios, por la viveza de los ojos, por no sé qué inexplicable expresión de ardimiento é ingenuidad: ¡ éste es !

Y es que en política, como en otras muchas manifestaciones de la existencia humana, el rostro es el espejo del alma. Generalmente nos habla de pólvora, dinamita y catástrofes, un tribuno que al primer disparo correría á agazaparse en oscuro rincón. Las contracciones forzadas de su cara, las inflexiones de su voz, de antemano ensayadas, no acusan al apóstol ni menos al héroe temerario. Y en otras ocasiones ¡ qué esfuerzos no realiza el consejero bonachón, el conferencista pausado, que nos recomienda orden y prudencia, para disfrazar los sentimientos de su co-

razón, cohibido por las conveniencias egoístas del estómago y ahogado casi por la presión del cálculo, vividor y astuto!

La sinceridad es flor rarísima en el jardín de la oratoria moderna.

Nuestros políticos aprenden, desde los primeros pasos, á adaptarse á las circunstancias y dominar los arrebatos del carácter.

Si pudiéramos llevar el escalpelo al fondo de las almas ¡ cuántos anónimos Ravacholes encontraríamos en el seno del moderantismo, y cuántos hombres modestos, tímidos y prudentes por idiosincrasia, en las mismas avanzadas liberales!

No es el dogma lo que agrupa á nuestros políticos, ni están por natural inclinación en uno ú otro campo las masas contendientes. Una ambición no lograda, un despecho agudo, compromisos de amistad, cualquier cosa menos los ideales, han establecido la línea divisoria. Y cuando eso sucede, no hay sinceridad en las palabras ni corrección en los procedimientos.

Villuendas sí era sincero. Si hubiera tenido que figurar por dos horas seguidas en un partido de excépticos ó de cobardes, ó habría comunicado á los demás valor y decisión, ó habría estallado él. Estaba su espíritu en todo el ardor de la actividad ígnea. Creía, amaba, soñaba. Gozaba anticipadamente en la visión de su triunfo, confiaba en la belleza de la causa y en la fortaleza de su voluntad.

¿Por qué han de caer los que no tienen miedo; por qué han de morir los que creen todavía?

Rara vez convine con sus ideas ni aprobé sus procedimientos. Si dos hombres pudieran representar los ejes del planeta, él habría sido un polo y yo el otro. No sé si porque él nacía á la vida de la gloria cuando yo bajaba al abismo de la duda por los barrancos de la ingratitud; no sé si porque él era esperanza naciente y yo una sombra que se esfuma; quizás porque nacimos en distintas horas y recibimos de distintos cuadrantes los aires de la fe. Pero le admiré por franco, por decidido y honrado. Lo que yo más amo de los hombres públicos, es el valor de las propias convicciones. Lo que más me repugna de los políticos de todos los tiempos es la hipocresía.

Yo creo que se puede hacer todo en la vida sin disimulo; que todos los errores tienen disculpa cuando la honradez del propósito los abona; que la lealtad y la energía son virtudes redentoras.

Triste impresión causaron en todos los ánimos los sucesos de

Cienfuegos. A mí, que vengo anunciando revueltas, temiendo trastornos, llamando al corazón de todos, para que no peligren el honor de la patria y la soberanía de nuestro pueblo, á mí llegaron las dolorosas nuevas como punzadoras saetas, á herir la escasísima esperanza que me quedaba de renacimiento nacional.

Compadecí á Illance, á Carlos Pérez, á los policías heridos, á los liberales muertos ó heridos. Hombres como yo, cubanos como yo, con hijos y esposas, con padres y hermanos: ¿qué alma ruin podría mirar con indiferencia su desgracia?; ¿de qué corazón podrido no habrá brotado un sentimiento de piedad por los huérfanos; ni de qué labios ulcerados por el odio no se habrá levantado la plegaria par la paz eterna de los caídos?

Pero Villuendas era Villuendas, es decir, un intelectual. Y cuando un intelectual cae, paréceme que algo de mi propio sér se derrumba. ¡Estamos tan escasos de cerebros equilibrados!

Fiscal de Audiencia cuando apenas sombreaban su labio los sedosos vellos de la adolescencia; legislador activo, patriota creyente, tribuno fogoso porque creía lo que decía, arrebatado porque amaba; hasta incorrecto y temerario porque tenía sangre joven, nervios vigorosos, hierro en los vasos sanguíneos, plétora de fe y plétora de vida, es gran lástima que haya sucumbido en la flor de la existencia, cuando la nacionalidad ha menester nuevas energías que sustituyan á las gastadas del pasado, yacentes bajo las arrugas de nuestros rostros y las canas de nuestras fatigadas cabezas.

Pérez, Illance... sí, os compadezco; érais mis paisanos. Pero sólo habríais sido aptos para policías ó guerreros. Villuendas, viviendo un poco más; Villuendas, sometido á la acción depuradora de los años, pasado por el crisol de la experiencia y aleccionado por la adversidad, habría sido un sincero conservador de nuestras instituciones.

¿Por qué, odios ruines, rivalidades viles, política ciega del personalismo, por qué matáis á Illance en el cumplimiento de su deber, y por qué apagáis la luz de un gran cerebro, que hubiera iluminado los cielos de mi Cuba?

Política sin dogmas, qué infame eres; qué infame...!

1905.

Coincidencias y avisos

Idólatras de la democracia francesa; cubanos que sentís húmedos los ojos leyendo, enternecido el corazón, esas manifestaciones salientes del patriotismo francés, que decapita por débil á un rey y lleva á la guillotina á los proclamadores de los derechos del hombre; que canta al morir de frío y sed en la Crimea y Egipto, por devoción á un déspota; que lleva el pan de los pobres y los zarcillos de las mujeres á la gran suscripción que ha de cubrir el empréstito y consolar la vergüenza nacional, liberando la patria hollada por los cascos de los caballos prusianos; ya lo veis: dos meses después de haber estado en peligro la Francia ante el problema de Algeciras, y de haberse conmovido la humanidad con la catástrofe de Courriéres; cuando no han perdido su brillo los vestidos de luto de los huérfanos, ni se han secado las lágrimas de las viudas, ni han podido darse cuenta del por qué viven las madres de los mineros, otra gran calamidad se cierne sobre la patria de Víctor Hugo; y generosa sangre, sangre de obcecados y de esclavos del deber, tiñe las calles de París, Marsella, Rouen, Brest y otras populosas ciudades.

¿Qué quiere el obrero francés? ¿Qué desespera al trabajador francés? ¿No tiene República? ¿No impera allí la democracia; no se han suprimido, el derecho divino, los sueldos vitalicios, cruces y dignidades; no están abiertos todos los caminos del engrandecimiento social, á herreros, albañiles, mineros; al talento y la virtud de los ciudadanos? ¿Por qué trepida allí la tierra,

se agrietan las instituciones, la libertad se eclipsa, y manos francesas esgrimen el puñal y el fusil contra pechos franceses?

¿Por qué...? Pues porque aquel pueblo, no obstante la democracia, no es feliz; porque ese patriotismo que os enamora, cubanos, no es el que garantiza la paz de las naciones y mejora el estado civil de los ciudadanos.

Ved las turbas. En nombre de sus creencias, resistiendo á los gendarmes en las puertas de las iglesias, como si defendiendo las preseas de las imágenes defendieran el mismo pan del alma; y vedlas levantando barricadas en las calles de París y lanzando bombas de dinamita, como si del derrumbamiento de la riqueza pública y la desaparición de los ricos y los felices, manara pan de trigo para su prole, miel para sus labios, descanso y vigor para sus miembros cansados y enclenques.

Observadores desapasionados: no culpéis del todo á los míseros; no lloréis de ternura y simpatía, idólatras de ese patriotismo que ruge en la Vendée y capitula en Sedán, muere en Sebastopol, huye en España, canta en la Bastilla, aulla en la Comunne, se alía al prusiano para derrocar al tercer Napoleón, se desnuda luego para limpiar de enemigos el suelo de la patria, y sacrifica víctimas y vomita metralla en plena República, fastuosa, respetada en el mundo, aparentemente libre.

El arrabal se agita, porque la infelicidad le acosa. La República mató el orleanismo y sepultó al bonapartismo, pero no dignificó al francés. No mejoró la condición popular; no hizo ciudadanos.

En Francia, el cerebro del universo, el campesino es ignorante. El sufragio es una mentira en los Departamentos. Los alcaldes hacen las elecciones; los caciquillos numerosos y egoístas, constituyen á su antojo ese Parlamento que decreta el inventario de las iglesias, y organiza ese gobierno, cuya policía y cuyo ejército imponen el orden á tajos y mandobles.

El elector aparente, la gran masa ignara, y el elector positivo, las clases directoras, sostienen crudo litigio en las calles; los unos por su mejoramiento, los otros por sostener sus privilegios y comodidades. Y la sangre que salta, chispea y quema, y el humo de los disparos tizna la bandera de la patria.

Hay República, pero no hay equidad. Hay democracia, pero no hay justicia, paz ni fraternidad.

Apartando los ojos de aquel cuadro de desgracias, enjugan-

do lágrimas que la piedad arrancó por la espantosa catástrofe de Courriéres, y acallando los temores que me inspira la posibilidad de que nuevos Marats, nuevos Robespierres y nuevos Santerres puedan alentar en el fondo de esas agitaciones obreras; y volviendo los ojos á la amada soberana del Caribe, donde también tenemos República, pero no amor fraternal, solidaridad, confianza ni previsor patriotismo, vedlo, cubanos: el cacique hace elecciones, la población agrícola yace en el embrutecimiento, y la propiedad rústica se nos escapa con dolorosa rapidez.

¿A dónde irán esos míseros, arrojados del bohío de su padre, de la pródiga tierruca que fecundó el sudor de sus ascendientes? ¿Qué hará mañana la infeliz población obrera, cuando el *trust* extranjero ponga tasa á los jornales, cuando numerosas máquinas hagan innecesario el trabajo de las manos; cuando á la familia cubana apenas queden dos palmos de terreno propio para posar la planta, ni un pedazo de cielo azul, bajo el cual no ondee la bandera extraña, y al cual ascienda el dulce credo del alma criolla, en la oración inefable por los viejos ideales?

No hacéis caminos ni fundáis bancos, no facilitáis la conservación de la riqueza nacional; no abaratáis la vida del pobre, devotos del patriotismo de Crimea y Sedán.

Ahora mismo, en estos momentos. ¡Vergüenza del derecho, burla de la equidad, profanación del ideal y olvido de las abnegaciones legendarias! ahora mismo habéis duplicado el sueldo á Su Excelencia Nula, el Vice-presidente de la Republiquita y aumentado el de los Secretarios de Despacho, que estaban bien pagados. Y como si eso no bastara, sumáis al error provocativo el alarde irritante, y concedéis 2,400 pesos de extra á la Presidencia de cada Cámara, para gastos de representación, para lujo, para vanidad, para ostentación lastimadora; para que cada funcionario sostenga su lista civil de príncipe, arrastre coche propio, emplee escuderos, caballerizos, palafreneros y bufones, como en las Cortes europeas los magnates de las vetustas monarquías.

«Que tu mujer no ostente joyas mientras tus hermanos tengan hambre», recomendó Máximo Gómez, á raíz de su triunfo. «Que las oscilaciones de la moneda, el monopolio del comercio, el recargo de los aranceles, los *trusts* de la industria y las rapiñas de los Municipios encarezcan la vida y maten de angustia al trabajador, y hagan vender al extranjero el último palmo de la tierra natal; pero que el fausto sea la característica de la República y

el despilfarro la nota saliente de estos efímeros gobiernos», contesta el egoísmo.

¡ Ah: causas iguales, producen siempre idénticos efectos !

Tirad el oro, agostad las virtudes, romped los ideales. Entre la experiencia benéfica de los cuákeros ó el ejemplo altísimo, grandioso, de los puritanos; entre la previsión de Washington, Lincoln y Roosevelt, y el patriotismo francés, que pone los destinos militares de la nación en manos de una sociedad secreta y la voluntad nacional en manos de prefectos, caciques de los Departamentos, ya sé que os decidís por la última forma de gobierno popular, ¡oh mis equivocadísimos paisanos de estos días!

Por eso mi República no es vuestra República, ni vuestra democracia mi democracia; por eso vosotros recaudáis mucho para despilfarrar más, y yo suspiro por un gobierno moral y baratísimo, que recaude poco en las aduanas porque más no necesite, y alijere la carga de miseria que hace crujir al arrabal, y mantiene la esclavitud de los míseros en plena libertad republicana.

Boabdil, arrojado de la espléndida Granada que el genio árabe embelleció y que algunos siglos de costumbres y creencias africanas inmortalizaron, pudo, al dar su postrer suspiro en la Vega, consolarse pensando que los que le vencían y arrojaban eran los descendientes legítimos de los primitivos pobladores, los nietos de aquellos que la media luna había dominado y esclavizado.

Vosotros, Boabdiles antillanos, los de presupuestos de veinte millones para un pueblo que ni cuando las inundaciones arrasan sus cosechas reciben vuestro auxilio, vosotros no tendréis ni esa triste satisfacción cuando, muy pronto acaso, entreguéis las llaves del Morro al sajón.

Ni dejaréis Alhambras, que revelen vuestro amor al arte y vuestra fe en algo espiritual, ni volveréis á España lo que en nombre de la independencia y la justicia le quitasteis.

Eso sí: llevaréis tesoros para vuestro regalo particular, no tan pesados y crecidos, empero, como las maldiciones de las generaciones por venir.

1906.

Para la Historia

PÍDESME, buen vecino de Marianao, que te ayude á sacudir la fibra patriótica de nuestro pueblo, para que sean inmortalizados en mármoles y aceros, en criptas y obeliscos, los nombres de nuestros héroes y las fechas más salientes de nuestras casi deshonradas rebeldías.

Tú quisieras que en plazas y avenidas, en paseos y caminos, pudiera leer mañana el tourista la relación de los pasados infortunios; que las épicas leyendas de la libertad, tan en los labios ahora, llegaran á conocimiento de las nuevas generaciones, sin el barniz pegajoso de la vocinglería; en toda la encantadora sencillez de un jeroglífico oriental, trazado sobre un peñón abrupto, que revela al arqueólogo toda una tradición, toda una raza y toda una época.

Ya sé lo que quieres. Un pueblo enamorado de su independencia, y de sus anales orgulloso, que levanta aquí una estatua á Washington, allá otra á Laffayete, acullá un mausoleo á Grant y un túmulo á Lincoln. Que diga dónde fueron las primeras escaramuzas de Lexington; por dónde hizo su carrera el heraldo de la revolución, Pablo Revere; dónde fueron las batallas de Trenton, Princenton, Bunker-Hill; por dónde asaltó Etham Allen el fuerte Tricondégora y en qué día de marzo de 1776 evacuaron Boston las tropas del rey británico para no volver á turbar más la paz de una colonia viril y honrada.

Tú quisieras, como los nombres de Reed, Wayne, Jones,

Harrison, Gates, Green, perduran en la memoria de un pueblo agradecido, que vivieran aquí, incesantemente recordados y lealmente queridos, los de aquellos cubanos que, pudiendo vivir á la sombra del dominador, complacidos y hartos, prefirieron la cárcel, el destierro, la manigua, el hambre y el peligro, por dar patria á despreocupados y olvidadizos.

Oye: yo no he visto, con estos ojos que tantas indignidades vieron, ni más ciudades que tres ó cuatro de mis ciudades, ni más tierra que mi tibia tierra cubana. Pero leyendo en la historia de los pueblos redimidos, yo he visto con los ojos del espíritu la obra de la piedad y el reconocimiento; y he sentido la inefable satisfacción de un bien profundísimo, doblando la rodilla ante el obelisco de un libertador, inclinándome á leer el epitafio de un mártir; admirando, ya una reja que abrazan floridas enredaderas, ora un pedrusco tras el cual disparó el fusil un patriota, aquí el árbol bajo cuyas ramas se congregaron los patriotas á jurar, allí la losa granítica que señala el sitio donde cayó una grandeza.

Yo no creo que han de ser precisamente mármoles y jaspes, joyas arquitectónicas y monumentos de lujo, los llamados á revivir en la conciencia de un pueblo las glorias de su pasado.

Gústame lo natural, lo sencillo, lo verdaderamente objetivo y conmovedor. Donde estuvo una seiba célebre, otra seiba; lo que peñasco agreste fué, siga siendo peñasco.

Ponga la gratitud popular las inscripciones; trace el nombre y la fecha, y deje lo demás al sentimiento imaginativo de las generaciones que vendrán. Eso sí; aísle el lugar sagrado, impida profanaciones, defiéndalo de la incuria de los ingratos, plante flores en torno del monumento, y castigue con mano fuerte á los que escarnezcan las glorias del país.

No me gustaría la estatua de Martí en el vestíbulo de Palacio, ni la de Maceo sobre la Avenida del Golfo: allí caben las filigranas del arte para recreo de la frivolidad. Allá donde cayeron bendiciendo la libertad, allí les bendiga eternamente la patria, sin Arcos de Triunfo ni Columnas Vendome, sin concursos de planos y subastas de piedra de Carrara, en monumentos sencillos como ellos fueron; respetados y protegidos como sus nombres deben ser.

Y hé ahí lo que pasa con el sepulcro del Cacahual, en que se hundió una grandeza soberana y se extinguió una risueña espe-

ranza. Un gallego lo cuida, y ni su sueldo se paga con puntualidad. Los jardines desaparecieron. El surco que habían trazado las pisadas de los curiosos—que no las lágrimas de los amigos—lo ha borrado la vegetación de malvas y romerillos.

Y es que después de Bunker-Hill y Filadelfia, un pueblo liberado quiso educarse y engrandecerse; y después de Rubí y Punta Brava, otro pueblo no quiso sino mandar, medrar y disolverse. A otros tiempos otros hombres.

Tú deseas, vecino de Marianao, que en el Parque de la Punta se levante algo parecido á lo que los barceloneses levantaron en uno de sus paseos, en memoria de los infelices ciudadanos, arteramente asesinados por el General Zapatero. Tú quieres que la piedad y el cariño de los cubanos se traduzcan en artísticas joyas, en monumentos magnificentes.

Yo me conformaría con que la piedad fuera sentida y el cariño sincero; con que los triunfadores y los poderosos de ahora merecieran el respeto público; con que no se profanaran los sitios que el heroísmo santificó y no se ridiculizara el catálogo de los buenos, aumentando de tal suerte el santoral, que dentro de poco no habrá quídam que no sea un Bolívar, ni esquina de calleja donde no asome el apellido de un benefactor.

Registra esos pueblos de Cuba; lee inscripciones, rótulos de las vías y de los puentes: guerreros que fueron á parar al presidio, déspotas que se irguieron sobre el rebajamiento colectivo; cada guajiro inculto y cada títere vanidoso, que da vergüenza verles inmortalizados, como si Agramonte ó Céspedes, como si La Luz ó Martí fueran.

Dos Rios, Cacahual, San Lorenzo, Jimaguayú... las reses pastarán sobre la tierra que abonó sangre preciosa. ¡Mejor así, que en contubernio horrible!

1906.

Dolencia rebelde

En diez años apenas tiene tiempo para cambiar de fisonomía moral un pueblo. Una década es un soplo en la vida de la humanidad; representa ella, ante la inmensidad de los siglos, menos que un minuto en la vida del individuo.

Los vicios de origen, los desequilibrios del espíritu, por ley de herencia, y las degeneraciones del carácter, por errada educación, no sólo han menester tiempo, sino un régimen depurativo severísimo para desaparecer ó modificarse.

Es axiomático en patología la violencia de ciertos virus, que no penetran en el organismo para dejarlo á los primeros esfuerzos de la terapéutica, sino que se extienden, arraigan y perduran hasta el borde mismo de la fosa; que se trasmiten á la descendencia y reaparecen en el curso de las generaciones, si una mano hábil no las ha neutralizado ó barrido, á fuerza de cauterios, en alguna de las etapas del mal.

Asegura Lombroso que las grandes estadísticas del crimen se nutren de las grandes fuentes del alcoholismo. Para la medicina legal contemporánea, consoladora y humana, el delito no es una maldición divina, ni la obra de lo imprevisto: generalmente laten sus gérmenes en la dolencia corporal ó se elaboran sus energías en el medio ambiente, incitante y corruptor. Hacer sanos de cuerpo y puros de espíritu, equivaldría á cerrar las cárceles y abolir el patíbulo.

Nacen del olvido de los preceptos sociales los paroxismos que caracterizan algunas épocas, y el rebajamiento intelectual y físico de que adolecen algunas variedades de la especie racional.

Sin un continuado tratamiento, vigoroso, no se curan dolencias que han viciado los órganos humanos.

Del mismo modo persisten los errores de un pueblo y las debilidades de una sub-raza, criada en atmósfera mefítica, cuando no se establece un plan curativo de ciencia y virtud, enérgico; si no sobreviene un robusto esfuerzo colectivo por vencer del peligro y se entabla una abnegada labor en pro del mejoramiento nacional.

Porque así creo, no se ha unido á la natural amargura de mi corazón la extrañeza de mi ánimo, en presencia del crecido número de presos políticos que ha dejado la constitución de las mesas electorales; de la aterradora cifra de cubanos detenidos ó procesados por sedición, escándalo, coacción ó atentado á agentes de la autoridad; por hechos, en fin, que no hubieran ocurrido en el tranquilo desarrollo de la existencia social, á no ser esa trastornadora política del personalismo, que ofusca las inteligencias y perturba las voluntades.

Pueden contarse por cientos los ciudadanos recluídos en distintas cárceles, y los acusados en distintos Juzgados, cuando parecía que con la redención política de la tierra y el gobierno libre del pueblo, sancionado por una de las Constituciones más democráticas que se conocen, todos nuestros graves problemas quedaban resueltos y satisfechas todas las aspiraciones de dignidad y justicia, que llevaron al sacrificio de la guerra civil á los hombres de dos generaciones.

El extranjero, ignorante de las miserias que nos corroen, que después de hojear los libros de las cárceles y conocer el registro de las Audiencias, quisiera explicarse lógicamente el origen de tantos delitos, por la pasión sectaria inventados, pensaría que á los tres años de República independiente, centenares de locos se habrían propuesto repetir el caso de Santo Domingo, de mediados del pasado siglo, luchando por reincorporar la tierra nativa á la Corona castellana, y pidiendo tropas á otra Isabel II para imponer la reconquista á sus paisanos; pensaría si el ideal de los días de Narciso López y Saco habría reencarnado en parte de esta generación, y centenares de utópicos se habrían empeñado en precipitar la anexión, poniendo á los pies de un poderoso que

no les quiere ahora, su condición de ciudadanos y su prestigio de luchadores.

Porque sólo así tendrían atenuación las violencias y explicación los arrebatos. Una mitad de la población, orgullosa de su personalidad civil, y otra sedienta de la opresión extraña; una mitad de dignificados, y otra de envilecidos, una de esclavos despechados y otra de soberanos soberbios, bien podrían llenar cárceles, desgarrarse en la vía pública, temerse y odiarse.

Pero cuando el extranjero supiera que no se trataba de traer otro Maximiliano de Europa, ni de incorporarse á la Federación como Hawaii; sino que ha sido la lucha por una candidatura presidencial, la pugna de dos partidos de burócratas, se haría todas las cruces del asombro, é iría como Lombroso á buscar en las grandes fuentes de anteriores vicios, el germen fatal de las actuales torpezas.

No me extraña que resulten liberales todos los procesados. Son la oposición. Los que asaltan la fortaleza son los que ruedan siempre al foso. No me admira que los jueces procesen. Lo que me entristece es que sobren acusadores y denunciantes; lo que retrata al pueblo de diez años atrás, es el cúmulo de testigos de cargo, hermanos por la sangre y la tierra, por el habla y la historia, por todas las amarguras del pasado y todas las esperanzas del porvenir, de los perseguidos.

Es la eterna desdicha: en la manigua, acusando de espía al compañero, y de cómplice del soldado á la familia labriega. Cepos de campaña, ahorcados por Consejo de guerra, macheteados sin formación de sumario. La Revolución fué pródiga en estos hechos.

¿Los que acusaban? cubanos. ¿Las víctimas? cubanos. No siempre existió el delito, pero siempre se aplicó la pena: terrores de la guerra civil.

De trincheras adentro, el guerrillero, de los más patriotas de ahora, arrasando sitios de labor, incendiando pueblos, asesinando niños y violando mujeres. El *chota* urbano, dando confidencias á la guardia civil. El oficialito de voluntarios, extremando la nota, por cobarde. Aquí el proceso por infidencia, allá la confiscación de propiedades, acullá la mentira vil enardeciendo al comandante de armas. Me acuerdo de un criollo uniformado que en los primeros días de la contienda pretendió lo que ningún español me habría exigido: que alojara cuatro soldados en la alcoba de mis hijitas.

Y celadores, jefes de día, y guardias, y auxiliares de la resistencia española, no habían nacido más allá de la Punta Maisí.

No cambia, no, en diez años la fisonomía moral de un pueblo mal educado.

El que á la puerta del colegio hizo agresión á la fuerza pública, el que disparó su revólver contra la Junta escrutadora, el que amenazó de muerte al amigo y acusó de falsedad al hermano, todos los que han denunciado y perseguido, nutriendo las cárceles y llevando el dolor á las familias, en los odios de la lucha armada y en la atmósfera fatal de la esclavitud colonial adquirieron la dolencia de impiedad y desamor.

Ha faltado el tratamiento. La dosis de virtud y ciencia que penetró en el organismo social después de la paz, ha sido impotente para destruir el virus terrible que nos devora.

1906.

Ya me hicisteis abuelito.
Hijas mías bien está:
sentados en mis rodillas,
con mis barbas jugarán
y evocaré las memorias
de tiempos que han muerto ya,
en que eran vuestras sonrisas
mi sola felicidad.
Angelitos: ellos vienen
mis fríos á calentar,
con rayos de vuestras almas
que fueron todo mi afán.

Dos banderas

HAN TERMINADO las fiestas de Santiago, iniciadas con exquisita cortesanía y realizadas en medio de la más franca cordialidad.

Discursos inspirados, recepciones ceremoniosas, banquetes, regocijados bailes, piadosas invocaciones al Dios que protege la libertad de los pueblos y vela por el progreso de la joven América: todo ello era propio del acto, todo debido al reconocimiento de dos naciones que allí, en la loma de San Juan, escribieron, una, la página más efectiva de su soberanía; agregó la otra valiosos trofeos de gloria á la corona de su triunfante imperialismo.

Fué la fiesta de dos hermanos; el abrazo de dos banderas. Pero ¡ ay ! también fué la apoteosis de una raza hidalga, la glorificación póstuma de otra bandera, millares de veces agujereada en los combates de largos siglos, que cayó envolviendo el cuerpo de Vara del Rey, y se hundió entre las aguas sanguinolentas de la bahía.

Young, Chaffee, Smiles, vuestro es el triunfo. Sampson y Schley abatieron con sus potentes cañones toda la arrogancia de un imperio colonial que había creado el Descubrimiento, organizado la Conquista, defendido la Colonización y minado los errores de una ciega política secular.

García Vélez, Rabí, Lora, vuestro es el éxito. El natural amor al terruño, la ardiente sed de personalidad civil, ultrajes colectivos y lógicas aspiraciones de ventura, pusieron en vuestras

manos el machete heroico, en vuestros corazones la valentía rebelde; todo el fuego de la pasión y todo el vigor de la fe en vuestras almas.

Exito, triunfo, satisfacción, grandezas, quedaos con todo eso, que es vuestro. Dejad al caído el heroísmo del mártir, la numantina abnegación, eso que no depende de la fuerza bruta de las baterías ni de la justicia de la causa que se defiende, vista á la luz de la sociología contemporánea. Dejadle eso que es propio suyo, instintivo, eterno, irreductible: la temeridad sin límites, la resolución sin miedos, la prestación ciega al sacrificio cuando en nombre de la patria se le pide.

Yo bien sé cuán dignos son de nuestro cariño esos musculosos hijos del Norte que asaltaron el fuerte Viso, que coronaron las alturas del Caney, que abrieron sus pechos á las descargas del soldado español por liberarnos, cuando ellos eran en su tierra libres, ricos y señores. Pero yo no sé si ellos hubieran franqueado la entrada del puerto, á bordo del *Vizcaya* y el *Oquendo*, con Eulate, Concas y Cervera, teniendo entonces en frente la poderosa escuadra enemiga, abajo el sepulcro helado, y al cabo de todo la ingratitud y el olvido.

Yo bien sé que mi pueblo desciende en línea recta del pueblo del Dos de Mayo; que apuró todas las amarguras, sobrellevó todas las desventajas, puso á contribución su constancia y en peligro su porvenir, jugándose el eterno vencimiento, la anulación de su ideal, familia, paz y vida, en la empeñada contienda. Pero yo sé que él esperaba eso; que él contaba con eso, con Chaffee y Sampson, con la ayuda incontrastable del poderoso vecino.

Detrás de nosotros, los cubanos, estaban 70.000.000 de libres, estaban las simpatías del mundo de Bolívar, estaba Monroe, la doctrina de Monroe, salvaguardia de los países americanos.

Detrás de Linares y Blanco, no había nadie. Weyler mismo sería idealizado; Cánovas mismo, bendecido. Para las naciones de Europa que tienen intereses en Africa y planes de expansión en el Extremo Oriente, el hundimiento de Iberia sería inmediata garantía: un competidor menos.

Repetimos la historia de 1808. Castaños, Porlier, Espoz y Mina: armad campesinos, utilizad mujeres, emplead piedras, palos, cacerolas, sosteneos; ya vendrán á auxiliaros las legiones de Wellington, y con su ayuda arrojaréis á las aguerridas huestes del primer Capitán del siglo.

No me molesta la independencia: prematura y todo, la bendigo. Por conservar la personalidad nacional, por perpetuar la República, por dejar á mis hijos una patria honrada y libre, daría gustoso las últimas horas de mi agitada existencia, todo lo que pueda restar de mi triste vejez.

Pero permitidme un desahogo, no sé si inmodesto ó legítimo; toda la labor de mi vida estuvo consagrada, con la historia por guía y la pluma y la palabra por armas, á retardar el día en que los descendientes de Guillermo Penn sentaran la planta en mi tierra, para cumplir los vaticinios de nuestro Saco.

De utópico me calificó el autonomismo; la prensa peninsular, Chíes y Demófilo, los republicanos más exaltados de España; *Cuba* y *El Yara* y toda la emigración, ó por traidor ó por tibio me condenaron. Y un día, cuando ya iba siendo tarde, el austero Pi y Margall y algún otro bueno, como Sánchez Bregua, proclamaron la solución de toda mi vida, y media nación se sintió inclinada á rectificar los yerros de sus infames Gobiernos. No había casi tiempo ya.

¡Qué hermosa República la que habríamos establecido por mutuo *consensus* antes del despertar de las ambiciones del vecino! ¡Qué gran país éste sin la Reconcentración ni los trastornos psíquicos de la guerra civil; sin la riqueza destruída ni la población enferma, con toda la propiedad en manos de los hombres nativos y de los padres de los niños nativos, y no en poder de *trusts* y millonarios que ni nos conocen ni nos quieren!

Pero aquello pasó. Ante los hechos consumados no caben rectificaciones.

Sobre el martirio de un pueblo valiente, sacrificado á la obcecación de sus directores, se levantó la República Cubana, pletórica de vida, rebosante de esperanzas, joven y ardiente.

¡Dios la conserve, la justicia universal la defienda, la libertad la ampare, la posteridad la admire!

Pero oídme: desde ahora, desde estas fiestas de Santiago, temo más por la personalidad de mi patria, y más intensas sombras percibo en los horizontes nacionales. No temo tanto á Guantánamo y Bahía Honda como á San Juan y Caney. Allí se vertió sangre americana. Allí cayeron ciudadanos de una gran nación, que honra su bandera, y bendice á sus muertos, y glorifica á sus mártires.

¿Hay cosa más natural para el padre, que adquirir el terreno

donde reposan los huesos de sus hijos? No es del cura, no es de la iglesia, no es de nadie, sino de la madre infeliz, el sitio donde cayó un pedazo de su corazón adolorido.

¡Dos pueblos! ¡Dos banderas! ¡Ah! si quisiera Dios que no agitaran las brisas de Santiago más que una bandera, la mía, sobre las alturas de San Juan, ¡qué fecundos entonces los sacrificios de tres pueblos!

1906.

Ve con Dios, golondrina;
él te acompañe, rauda peregrina
que huyendo de los fríos del invierno,
en cualquier hueco de lejana ruina
harás un nuevo nido, tibio y tierno.
Yo, de la perversión siento el rugido;
la injusticia me hiere y me provoca;
yo no puedo volar: entumecido,
muero de angustia en el estrecho nido
de la nativa roca.

"El Pantano"

NUNCA es tarde para hablar de *El Pantano*, la zarandeada producción de Mario Muñoz-Bustamante.

No obstante la crudeza del estilo, hiriente como navaja de barbero; no obstante lo groseramente realista de las escenas y el hedor á carne podrida que de la trabazón del libro se desprende, diferénciase él de otras obritas pornográficas que han hecho gemir las prensas cubanas, en que no idealiza extravíos, no disculpa corrupciones; pasa, como por sobre ascuas, por sobre hipócritas bacanales y enfermizos placeres, para llegar al desenlace horrible: una inteligencia que se apaga, una voluntad que cae, un hijo que muere, un cubano útil que sucumbe á manos de sus propias ambiciones; y un hogar vueltabajero, honrado y antes feliz, donde quedan huérfanos é inconsolables dos viejecitos, que no habían criado á aquel fruto de sus amores para extraerlo podrido del lodazal de la vida capitaleña.

Piensa Mario que no estamos en tiempo de construir el nuevo edificio, sino de derruir el viejo, el carcomido, bajo cuyos techos vivimos tan miserablemente. Y porque así cree, y la nostalgia del bien le domina, y el imperio de la iniquidad le subleva, siente profundas náuseas, pone en ejercicio vigoroso de segregación sus fauces, y arroja un tremendo salivazo al rostro de esta existencia de convencionalismos de una sociedad desequilibrada, que oculta bajo sedas y paños, fétidas lacerias; que quiere acallar con las notas del piano y el ruido de las carcajadas, el llanto acerbo de las ultrajadas virtudes.

A diferencia de Campa, que trajo á la Condesa de Polier á mi provincia para que en ella faltara al honor conyugal, Muñoz-Bustamante plantó en ella el nido de paz de Rosario y Joaquín; quiso retener en ella al hijo pródigo, ofreciéndole los atractivos de la cacería, la armonía de la selva, los arpegios de las aves, la hirsutez salvaje de los árboles, claro de luna, rodar de hojas, rumor de arroyos, luz de cielo, poesía de paisajes, suave placidez de la vida campesina y encanto inefable del hogar nativo. Y cuando no pudo sacar del pantano aquella pobre flor, que vientos de excepticismo arrancaron del tallo, trájola á deshojarse sobre el tronco de origen, y trazó todo un poema de arrepentimiento y desventura, al descansar Luis Marcial la cabeza en el materno seno, nido de afectos sin impurezas ni egoísmos.

¡ Cruel artista: aún había remedio para esa alma descarriada; aún era más noble y más moral, más sugestiva obra de creyente, salvar al pobre muchacho para la dulce vida del matrimonio honrado, y dejar que siguieran perdiéndose hasta el fin, deshaciéndose y pulverizándose, Elena Cores y Portocarrero, Adelaida y Mariano Izquierdo, la Redacción asquerosa de *El Triunfo*, y los indecentes histriones, disfrazados de geniales trovadores de Hispano-América !

¡ Qué exacta la reproducción de D. Rufo, el engreído personaje político, dispensador de mercedes, cobrador del barato en la mesa del presupuesto, repartidor de actas de Representantes y Consejeros en nombre del sufragio universal y con poder bastante de un pueblo imbécil !; ¡ qué admirable fotografía de aquella asamblea primaria, soberano organismo de un país democrático, que no sabe dónde empieza el derecho ni dónde acaba la patria; que bebió en su infancia leche de servilismo y siente en su estragado estómago sed de tiranía !

No conozco á la señora de Rodríguez, ni á las Pomares, ni á María Antón, ni á la de Somorrostro; si hay en el mundo un Martín Suárez y un Fernández Vera, no recuerdo haber tropezado con ellos.

Y es que mientras Luis Marcial sintió la comezón de visitar el gran mundo descrito por Frasquito Mendive, el mundo de las gardenias y las anémonas, del *recital* y las alegres tertulias donde se bebe y se baila, yo discurría por el naranjal del *sitio* de don Joaquín, mi tocayo, aspirando la esencia de los frescos azahares, admirando sus vegas, acariciando sus perros, recreándome con

sus caballos, sus aves y sus frutas; y consolaba á la pobre viejecita, prometiéndola que el hijo único, hastiado al fin del hedor del pantano, cansado de adular á pícaros y de encumbrar á desagradecidos, tornaría al nido paterno, cubriría de besos aquellas venerables canas, y cerraría piadoso un día aquellos ojos, que á todas horas creían verle aparecer por las revueltas del camino, de brazo de una compañera gentil, que les daría rubios y traviesos nietecitos.

« Este círculo de la aldea es muy estrecho para ti. Vente con nosotros á la gran urbe: allí está tu puesto de honor; allí tu porvenir y tu gloria. Ven, no lo pienses, ven. »

Así me decía ayer la fe de los esperanzados; así suele decirme todavía la amistad. Pero es en vano. Estoy habituado ya al olor silvestre, y no me cansa el vaho húmedo, pero perfumado, de las florescencias campestres.

Por inclinación, por gusto ingénito, por educación también, he temido acercarme mucho al sitio donde millares de pies chapotean: me salpicarían.

El hedor del pantano paralizaría las funciones pulmonares. En el hospital y en la *Morgue*, yo me asfixiaría.

Aquí vivo aspirando esencias de mis sencillas flores campesinas.

No lean mis paisanitas el libro de Mario. Pero cómprenlo y léanlo mis paisanitos jóvenes. Es una imprecación, casi un alarido; pero también es una advertencia, casi un preventivo.

Dichosa tú aunque has sufrido;
pues en agua convierte tus enojos
la válvula de escape de tus ojos.
Hombre, fuerte, engreído,
yo no puedo llorar de ojos afuera,
y ya hay tanto vapor en la caldera
que presumiendo estoy el estallido.

Tiempos y costumbres

ACABABA de leer polémicas suscitadas en la prensa de Sagua, con motivo de la historia de aquella rica villa, escrita por Antonio Alcover y editada por la Municipalidad, cuando desentrañé del polvo del olvido una interesante obrita publicada hace un cuarto de siglo, con el titulo *Una villa de España y Una ciudad de Cuba;* homenaje de amor rendido por José M. de Abraído y Sarmiento, á Avilés, la villa natal, la graciosa perla del Cantábrico; y á Puerto Príncipe, su segunda patria, el nido de sus amores de hombre, la ciudad hidalga, de las mujeres hermosas, de las costumbres patriarcales y las patrióticas leyendas.

Y comparé tiempos con tiempos y costumbres con costumbres.

Acogida fué con amor la obra de Abraído, loada por la prensa, encomiada por la *Revista de Cuba,* el más gallardo exponente entonces de nuestra intelectualidad, presentada á la Real Academia de la Historia y á la Real Academia de la Lengua, y por ambas doctas Corporaciones celebrada: premiada en una Exposición Regional y comentada en los círculos literarios de la Habana y Madrid.

Ahora—y esto no es intentar la defensa del señor Alcover—sería muy difícil coleccionar en un libro los anales, las leyendas y los hechos más salientes de una población cubana, logrando aplausos unánimes para el empeño. La pasión política vería injusticias y falsedades, aun en la descripción de calles y monu-

mentos. Y cuando el juzgador no sentara voluntariamente el perjuicio, y por antipatías personales obrara, el narrador mismo cedería á sus pasiones de sectario, traduciría en el libro sus personales rencores, y haría de su historia un mero alegato de bandería, ó una mera exposición de sus sentimientos.

Cuando Abraído escribió, el diablillo de las rivalidades locales no había emponzoñado las relaciones de vecindad y convivencia.

Pero dejando á Alcover y á su Historia de Sagua, y á Abraído y á su Crónica del Camagüey, uniendo mi aplauso al que hace veintiséis años resonó, unánime y vigoroso en los oídos del culto avilesino, y lamentando que en este estado de apasionamiento y malquerencia en que los cubanos vivimos, no sea posible intentar una serie de historias locales, de que se formaría luego la historia general del país, comparemos tiempos con tiempos para hacer consideraciones de otro orden.

Deleita en *Una ciudad de Cuba* el recuerdo de los hábitos criollos, de las costumbres puramente camagüeyanas del pasado siglo.

El empleo del *vos* y de un rebuscado léxico, hasta por los negros caleseros y cargadores de maletas; la *siesta*, regocijada romería en las afueras de la población; la *Feria de la Caridad;* los templos suntuosos y repletos de fieles; los paseos á lo largo de las riberas del Tínima, cuajadas de olorosas clavellinas; la fiesta de San Juan, animadísima, derroche de lujo, alegría y confraternidad; los *ensabanados;* las procesiones; y, sobre todo, el clásico, el muelle *quitrín*, nido de gracias, trono de diosas, sabroso vehículo que llevaba al paseo, carga preciosísima, las mujeres más arrogantes, de más lindo busto y más ardientes ojos de la América toda, cosas son cuyo sólo recuerdo evoca el de las viriles generaciones sacrificadas á un ideal, que hemos vendido, como la herencia de Esaú, por un plato de lentejas; y ponen espanto en el ánimo, considerando cuán presto se esfuman nuestras glorias locales, y cuán radicalmente cambian las costumbres y los sentimientos de la población nativa.

Y no hay que sumergirse en la poesía de los hábitos populares. Vengamos á lo práctico de la vida.

Pocos años atrás, no había un *sitio* de labor sin molino de piedra para triturar el maíz, ni sin pilón de madera para descascarar el arroz.

Como en la aldea asturiana, mozos y mozas pasan las primeras horas de la noche en la tradicional *esfoyaza*, sentados en torno de la reciente cosecha despajando el maíz, riendo y cantando; como en la aldea gallega, enristran la cebolla y apartan la patata; de las pompas de la ciudad desentendidos y á prevenirse contra las dificultades del invierno consagrados, así el cubano guajiro invertía las veladas en pilar el arroz, por él cosechado, ó en triturar entre dos dentadas piedras el maíz que los chicuelos desgranaban á mano; mientras la guajira, feliz en su estado, reina y señora del bohío, hervía el aromoso café, zurcía la camisa de listado del marido, y cantaba, á plenos pulmones, con argentina voz, las décimas de Poveda y Arrondo, canciones como *La Bayamesa*, trozos sentidos de la música popular criolla, en que no había mucho de arte; pero sí bastante de sentimiento y pureza de amor patriótico.

Los tiempos han cambiado. El pilón de madera ha desaparecido, y el molino de piedra está tirado entre los matorrales del lindero. El guajiro no siembra arroz: lo compra en la bodega. Cuando cosecha maíz, lo vende todo, y la mitad de lo que le produce, lo juega. La harina de maíz americana, que compra en el pueblo, parécele más sabrosa que la de sus gruesas doradas mazorcas. Come pan y bebe vino, arruinado el platanal y secas las matas de cafeto que le daban aromoso grano.

Y cuando la tarde llega, y el cendal de sombras de la noche empieza á dibujarse en las indecisas claridades del oriente, la familia campesina va á pasar la velada al pueblo cercano; las mujeres paseando en el parque, murmurando en la tertulia de amigas, ó ajustando en las tiendas y casas de modistas el precio del corsé ó la forma del *Imperio;* los hombres discutiendo en el Comité la candidatura presidencial, jugando al *poker* en el billar ó apurando la copa de *lager* en el café.

Y así en la vida rural, y en la de la villa, y en la de la capital, todo ha cambiado, se ha transformado, civilizado y creo que empequeñecido todo.

Si somos más felices ahora que antes, no soy yo el encargado de decirlo: dígalo cada uno, después de volver los ojos al período de su adolescencia y comparar, con su tranquilidad y su abundancia de ayer, sus temores y sus desesperanzas de ahora.

Mucha prisa habría de darse quien intentara escribir la historia de las costumbres cubanas, y grabar en un libro la fisono-

mía étnica y la estructura moral de este pueblo, hoy que todo se esfuma, se pierde ó se corrompe al calor de egoísmos viles y exóticas prácticas.

Ya no canta la guajira mientras cuece el café, ni pasea en *quitrín* la hermosa camagüeyana.

Aquello se fué.

¿Qué predijo en sus trenos Jeremías?
De la nueva Salem la humillación.
Sus palabras sin eco se perdían,
y el Profeta triunfó.
Se fatigan las turbas inmorales
si se les habla de piedad y amor;
no saben tener patria, ya no quieren
ni fe ni religión.
¡Ya oirán en las trompetas de la fama
el anatema eterno del Señor!

Pedí á Lesbia, la niña candorosa,
un beso, y me lo dió,
y la dejé, fragilidad juzgando
lo que era en ella verdadero amor.
Y á ti, que no has querido darme nunca
tal prueba de pasión,
te adoré, interpretando el fingimiento
como inefable muestra de pudor.
Esa triste experiencia de la vida
suele adquirirla tarde el corazón.

"De tierra adentro"

YA LO dije en carta particular, agradeciendo á Jesús Castellanos un ejemplar de su último libro: no he de encontrar en los jardines de mi admiración bastantes flores vírgenes. frescas y olorosas, que llevar á la corona de triunfador, del escritor sonoro y sugestivo, observador y castizo, que es gallardo exponente de nuestra intelectualidad.

Este libro, poema de dulzuras de la vida campestre, inmensa égloga, sin la forzada mutilación y las severas acotaciones de la rima, abre nuevos horizontes á la actividad imaginativa de nuestros literatos.

Ahí, bajo las frondas húmedas y aromatizadas, tras las cercas festonadas de aguinaldos y piñones floridos, y sobre las crestas de las peladas alterosas montañas cuajadas de luz y bañadas de aire oxigenado, ahí está la gama de todos los humanos sentimientos, ni constreñidos por los convencionalismos hipócritas de la sociedad, ni corrompidos por el vaho de pasiones de la gran urbe, donde la civilización es inmoralidad, el progreso egoísmo, y garantía de éxito lo más cínico del carácter, lo más desvergonzado de la voluntad.

La naturaleza, con toda su imponente majestad; la dulce rusticidad del bohío; las simpáticas ignorancias de la vega; la sencillez con que se realizan las funciones del organismo y se verifica la unión de los sexos por secreto misterioso impulso, que no por cálculo ni á influjos de la degradación erótica, recursos poderosos son en manos del talento, para estudiar la psíquis de

un pueblo y contribuir á la reforma de costumbres y tendencias, en que está el secreto de la prosperidad colectiva.

Cerebros enfermizos, calenturientas imaginaciones, escritores que ven la vida nacional á través de las copas del festín y del humo de los fumaderos; que creen pulsar las palpitaciones de su época en las carcajadas del *clown* y en las piruetas de la meretriz, y que en el vaho de la impudicia política y social, pública y doméstica, experimentan la laxitud del oriental y ceden á los afrodisiacos de la sodomía, están engañando á la historia futura con falsas fotografías de su raza y de su pueblo; negando para siempre toda virtud y todo encanto, y copiando del cinematógrafo de la vida universal, las películas más provocativas, para legarlas á nuestros hijos, como reproducciones exactas del alma cubana.

Hay que salir de San Isidro, y aun del Malecón; hay que tomar el Havana Central, el ferrocarril de Bahía, cualquiera de esas grandes arterias de la industria, y hundirse bajo el follaje, sestear á la sombra de la seiba centenaria, descender al barranco, subir á la Cordillera de los Organos, percibir el susurro de los mares de caña-miel, el relincho del caballo, el mugido de la res, el ladrido del perro, el canto del gallo, el grito del montero, el *¡tesia!* del gañán, la canción sentida de la guajirita, de argentino acento y suaves modulaciones, para conocer la vida cubana, para identificarse con las quejas y los deliquios de nuestra alma, de que sólo un girón, brillante en la corteza, podrido en el fondo, está perdido entre los torrentes de luz artificial de las populosas ciudades.

Cuba no; un átomo de Cuba, mora entre la Víbora y el Morro. Millón y medio de seres humanos, con sus candideces y sus heroísmos, sus debilidades y sus prejuicios, sus virtudes y sus engaños, entre la lujuriosa vegetación campesina alientan y aguardan. Plante aquí su máquina fotográfica el artista; traiga aquí sus experiencias el psicólogo; derrame por estas campiñas tesoros de conocimientos didácticos el moralista patriota.

Yo no puedo decir, después de leer *De tierra adentro*, cuál de esos cuadros de vida, pletóricos de luz y aromas, me gusta más. El genio brilla en ellos. La robustez de estilo y la corrección de la frase, por igual les animan. Jesús Castellanos resulta ahí pintor y poeta. Pero más que eso, pensador profundo y educador sincero.

Catela, la niña divagadora y creyente, de mis viejas montañas

vueltabajeras, tardó mucho en aprender lo que el autor y yo aprendimos, de muy niños, en los bancos de la escuela: que hay capas sociales en el mundo; que ni Amor mismo tiene poder para unir almas que los convencionalismos de la vida hicieron disímiles, superiores é inferiores...

Sebastián, transigiendo con la deshonra de su tálamo, á cambio de extender los límites de su finca *La Caprichosa*, es un tipo de la ciudad y del campo; es la degeneración horrible del respeto conyugal.

La venganza de *Colorao*, terrible, sañuda, probablemente un incesto vil, tiene siquiera su disculpa: el explotado y herido hizo de su hijo el instrumento, y de la hija de su enemigo la víctima; pero no llegó á tanto...

Y es que en el campo, hasta á los crímenes falta el refinamiento y el cinismo; es que el guajiro machetea, ahorca, da cien puñaladas en el momento; pero no envenena lentamente, fríamente, satánicamente.

Nuevo es el escenario; inexplorado está el campo para los artistas de la palabra y los creadores de la novela. Jesús Castellanos les abre brillantemente el camino: síganlo.

La Naturaleza libre es cosa tan bella, que hasta en los países pobres resulta ella rica. Hay, bajo cada pico mal tejado de bohío, un choque constante de sentimientos, que crea dramas y novelas. También por aquí corre el hilo de la pasión, con sus notas y sus rugidos.

Pero es la pasión primitiva, ingénita, legítima; no es el producto de exótica moda ó desviaciones del instinto; no es el vicio de las ciudades: es la expresión externa de las almas ineducadas, oprimente como el caimito ó el marañón, punzante como la piña de ratón que crece sin cultivo, después de nacer al azar.

Zamacois, Paul de Kock, *La Saeta*, *Demi-Monde:* he ahí la depravación del amor y la excitación de los sentidos, en todas las latitudes de la civilización contemporánea. El camino estátrilladísimo. Manoseado el asunto. La emoción es la misma siempre.

En la rusticidad hay horizontes nuevos. Problemas dignos de estudio hallará el pensador en las chozas de nuestros campesinos. Paisaje delicioso copiará el pintor, del espléndido original de la naturaleza.

No hace falta más que una cosa, que Castellanos tiene: alma de artista.

Con el ejemplo

Aunque en nota oficiosa facilitada á la prensa de información, se trató de desmentir el vergonzoso hecho denunciado por *El Correo* de Matanzas y por mí acremente censurado, de haber sido lanzados á la calle muchos enfermos que morían poco á poco en los hospitales de su tierra, so pretexto de la cronicidad de sus males ó de la escasez del presupussto; como si lo primero no les hiciera más dignos de lástima, y como si lo segundo no pudiera ser remediado en un país que paga senadores y representantes en huelga y tiene lujo de inspectores y superintendentes, es lo cierto que, en Matanzas solamente, sesenta víctimas de la adversidad que hallaban sopa y refugio en las salas del hospicio, arrastran ahora su desamparo y sus úlceras por las vías de la vieja ciudad.

La sociedad feliz se encoge de hombros en presencia de tanta desventura.

Organismos que se dicen benefactores, y propagandistas y pastores de esa moral nueva que se ufana de restar esclavos al fanatismo y dolores á la humanidad, apenas si se han dado cuenta de eso; seguramente porque entre los procedimientos redentores no figura el sacrificio de las propias comodidades al alivio de la desgracia ajena, reduciéndose la pretendida magnanimidad, á empirismos y teorizaciones, á propósito para discusiones de sobremesa y comentarios á la salida del teatro.

Cuando se ceban en nosotros las grandes contrariedades de la

vida, y el cuerpo padece, y el ánimo desespera, y duele la llaga, y escuece la piel leprosa, y se encorvan los huesos envejecidos, y el pan falta, y las probabilidades todas de mejoría escasean; cuando del labio parten quejas, del corazón suspiros y por los ojos asoma el líquido amargo, teorizaciones y empirismos resultan un sarcasmo: alimento y calor pide el cuerpo, y seguridades de morir en paz pide el alma.

Hay en el pueblo de Milanés y Plácido una asociación religiosa, muy escasa de recursos y muy rica de abnegación: las *Hermanitas de los Pobres*. Vive pidiendo limosnas á los ahitos para los desgraciados. La súplica es su medio de acción. Calmar hambres del cuerpo y tristezas del espíritu, su santa ocupación. Y las *Hermanitas de los Pobres*, sin pensar en su exhausto tesoro á que Dios proveerá, sin tener directores, mayordomos, inspectores, ni grandes oficinas, pensando sólo en Jesús y ardiendo en amor al prójimo, recogieron á quince de los infelices arrojados por la caridad republicana, y sobre ellos y sobre sus harapos han tendido el manto divinal de su piedad.

Escuchad á los fuertes:

« Esas instituciones religiosas son corruptoras. Los conventos son antros de inmoralidad. Es un crimen permitir que se encierren en vida, se aparten del hogar y mueran para los placeres de la juventud y las funciones de la maternidad, mujeres que han sufrido una contrariedad, ó rendídose á fanáticas solicitaciones. Nada de Hermanas de la Caridad: *nurses* pagadas por el Estado bastarán. Nada de albergues con crucifijo y confesor: hospitales con pisos de mármol y lujosos departamentos.»

Pero cuando el presupuesto no alcanza, á la mendicidad van los míseros; cuando la dolencia es incurable, vayan á morir los desgraciados sobre el estiércol de alguna caballeriza. ¡ Extraña piedad la piedad oficial !

Para sentir la ternura en toda su intensidad, se ha de ser mujer. Para comprender el dolor ajeno, se ha de haber sufrido mucho. Sólo el apostolado produce abnegaciones, y sólo el culto, muy hondo y muy sincero, arrostra el martirio por el placer de hacer bien.

Cuando el humo de la pólvora llena el espacio, y silban las balas, y ruge el cañón, y hay ayes de angustia, brazos arrancados, cráneos rotos, y humea la sangre, y mil labios claman ¡ ay, Dios ! ¡ ay, mi madre !, sea cual sea el idioma en que lo digan, sólo hay

un sér á quien la carnicería conmueve: la mujer; sólo hay una mujer bastante valiente para exponer su vida y bastante amorosa para restañar heridas, recoger suspiros de moribundos, y dejar caer el bálsamo de la resignación sobre los grandes infortunios del hombre: la Hermana de la Caridad.

Yo no quiero saber si ella abrazó desde la adolescencia ese sacerdocio; si la fanatizó un cura ó la perturbó el éxtasis; no me importa si una gran desgracia del mundo profano la abatió, y á la heroica resolución la empujó: yo sé que ella es la abnegada, la benefactora y la mártir, cuando el resto de la humanidad, ríe, goza ó riñe y se despedaza; mientras la moral novísima teoriza acerca de la razón libre y el criterio fuerte, y hace madres para la miseria y hembras para la crápula, y luego las confunde en la sala del hospital, hasta un día en que las arroja, juntas, igualmente despreciables, á la vía pública, ó porque son incurables sus dolencias, ó porque el presupuesto no alcanza para burócratas y mercaderes.

Hé ahí las *Hermanitas de los Pobres;* bien pudieran ser las esclavas de los ricos, las usufructuarias de los placeres y las vanidades del mundo. De criadas domésticas trabajarían menos. Cavando la tierra ganarían más. Con sus propias tristezas tendrían bastante para llorar en la vida, y van á tomar para sí las tristezas ajenas.

Sólo la fe hace intenso el amor humano. Sólo el amor, sublimado por el sacrificio, es capaz de realizar los prodigios de la caridad evangélica.

Creyendo y amando, las virtudes son fecundas y la tranquilidad de la conciencia engrandece á las criaturas.

Propagandistas y pastores, teorizantes y negadores de la utilidad de las creencias religiosas: iré con vosotros cuando no lleguen desgraciados á las puertas de los asilos piadosos, porque vosotros los hayáis curado y consolado. Mientras, bendeciré la Cruz Roja de los campos de batalla, y tendrá florescencias mi alma para ornar las frentes de las Hijas predilectas de Jesús.

Filosofía del arroyo*

LA HUMANIDAD es cruel con los humildes; más dura con los que pugnan por elevarse, que con los que voluntariamente descienden.

Muchas veces, de codos sobre mi mesa de trabajo, á solas con mis recuerdos y desesperanzas, fijos los ojos en las blancas cuartillas que aguardan, como el surco abierto en la tierra, la simiente de mis ideas, el aire de mis suspiros ó el riego de mis lágrimas, he preguntado *in mente* á la sociedad: ¿qué se entiende por un buen ciudadano en el país de mi nacimiento? Y después de intentar definiciones, y de arrojar otras tantas hojas de papel emborronado al cesto, he quedado en la misma desconsoladora ignorancia que antes de formular la terrible interrogación.

Yo he leído en todos los tratados de moral y en todas las obras de sociología, que el espíritu humano tiende á su posible perfectibilidad, por la depuración de los instintos naturales, el cultivo de la inteligencia y la fiel observancia de los preceptos, de carácter mutuo, en que descansa la organización colectiva.

Y he tenido por mejor ciudadano al que, observando estrictamente sus deberes sociales, haya mostrado mayor empeño en conquistarse la estimación pública.

Para la filosofía del arroyo, para la lógica sui géneris de las pasiones desatadas en este momento álgido de la vida nacional, el mérito no existe, la probidad no vale, el esfuerzo ennoblecedor no alcanza respeto, ni son suficiente ejecutoria la diafanidad de procedimientos y la altura de juicio de los hombres.

Las trompetas de la fama atruenan los espacios cantando los éxitos del osado, y doblan á muerto las campanas por la tranquilidad eterna del modesto y del piadoso.

Antecedentes, vida doméstica, resignación con el dolor, continuado ejercicio mental, incansable devoción á la patria y dedicación incesante al progreso, ¿qué significan, cuando el concepto de la justicia se ha perdido, y toda noción de piedad se ha relajado?

Convencionalismo hipócrita, ese que justifica las violencias de la revolución en el estado de inferioridad en que la Colonia mantenía al pueblo; mentira vil, la que explica los horrores de la guerra con la necesidad de elevar á los oprimidos á la condición de ciudadanos, conscientes y virtuosos.

¿Es lo mejor del país lo que brilla en el palenque de la vida nacional? ¿Es la honradez siquiera, es siquiera el mayor esfuerzo por el bien común, el triunfador, el respetado y el fuerte?

Decía Márquez Sterling que el Gobierno moderado sentía invencible horror por lo intelectual; repugnancia ciega por todo el que pensara.

Yo digo que, hoy como ayer, hay algo más probado, más notorio, más doloroso: la envidia de los humildes que descienden hacia los humildes que suben; la enemiga de la sociedad hacia quien le habla lenguaje de verdad y aplica á sus lacerias el cauterio de la crítica honrada; la general resistencia á reconocer el mérito, allí donde el mérito no se auxilia de la osadía ni se entrega á la desvergüenza, á cambio de egoístas satisfacciones.

Fastidian los pujos de moralidad: dice la protervia. Cansa la muletilla de los buenos consejos: agrega la necedad. Y resulta mejor ciudadano el que roba, si deja robar también, en la estúpida filosofía del arroyo.

Yo sé cuán deficiente era el nivel intelectual de la sociedad cubana, cuando esto era mera factoría mercantil. Yo sé que sólo los ricos podían consagrarse al estudio, y beber, bajo extraños climas, á grandes sorbos, el néctar de la ciencia. Por eso creí que mereciera plácemes, en su día, quien haciéndose superior á las imposiciones del medio, obtuviera por sí mismo la cultura mental con que pudiera contribuir á la realización de altísimos ideales. Yo sé que el hálito de los vicios enrarecía la atmósfera; que para la virtud doméstica faltaban estímulos y para el vigor físico alicientes. Y creía yo que fundar un hogar y santificarlo

con todos los amores puros; compartir los días de la existencia entre el trabajo, que da pan, y el raciocinio, que da fe; huir de la indignidad, luchar contra el despotismo, minar día tras día la Bastilla colonial, y laborar hora tras hora por el advenimiento de las rosadas auroras de la libertad, era algo que mereciera, no premio, no loores, no vítores: sencillamente la consideración debida á quienes ejercitan un derecho inalienable y cumplen un deber, á las veces difícil y penoso.

Confieso haberme engañado lastimosamente.

Y no es que los puros de corazón estorben: ni se sabe que viven. No es que á título de colaboradores de la gran obra, algunos hombres de bien se acerquen á la caja del Presupuesto, el día del balance: han renunciado voluntariamente á las utilidades de la razón social; desde que la patria se convirtió en almoneda, y los sentimientos de justicia y las aspiraciones de dignidad tomaron color de granjería, los abnegados se apartaron.

¿Qué, pues, determina la burla ruin, el fatal encogimiento de hombros de la envilecida multitud? La conciencia de la propia falta.

Sabe el ratero que no ha de compartir con él lo rapiñado el Juez del distrito; sabe la meretriz que no vendrá la noble matroná á disputarle su comercio, sabe el esclavo que no le ayudarán á llevar su cadena los hombres libres. Pero saben también que el Juez condena, que la moral execra, que la esclavitud inspira horror. Y el conocimiento de su inferioridad es germen de envidias y manantial de aborrecimientos.

Mas ¿tiene la culpa el águila de que el pavo no vuele, ni el cocuyo de que la luz de la luciérnaga no alcance á la copa de la seiba centenaria, ni puede la gacela limitar su paso al arrastramiento de la lombriz?

Sufran el cauterio los acomodaticios y envidiosos, roídos por el egoísmo. Aguanten mis apóstrofes esos menguados directores de la sociedad cubana, que menosprecian por incultos y abyectos á los que la Colonia dejó sin educación y la guerra sin moral; pero que aborrecen á la vez á los que se educaron á pesar de la Colonia y no se prostituyeron á pesar de la República. Temen ellos mirarse en espejos tales, que retratan la deformidad de sus almas. No temen que les disputemos la tajada; se sublevan á la idea de que la están comiendo salpicada de saliva, la saliva de nuestra lástima.

Tú, chusma imbécil, ríe tú de las tristezas y las desesperanzas de los que, salidos de humildes capas sociales, han querido subir para dignificarte; haz coro, chusma imbécil, á las carcajadas de la orgía y á los eruptos de los ahitos.

Es tu filosofía, la filosofía del arroyo; bendito el que roba si me deja robar; maldita la patria si he de trabajar para comer; abajo, en la húmeda tierra, hoza el cerdo, y hozando engorda.

Pero, óyelo bien: llorarás lágrimas de sangre, más pronto de lo que te figuras. Te sobrará vida para que puedas llorar tanto como has reído.

«Si no vienes hoy mismo, me suicido.»
Cerró el pliego, y lo puso en el buzón.
Preludiaba la orquesta en el Casino:
¡Tan joven y morir, ingrato amor!
«Por la postrera noche de mi vida,
á espaldas suyas, bailaré un danzón.»
Y mientras él volvía desolado,
ella, cubierto el rostro de arrebol,
se arrojaba en el lecho tarareando
los últimos compases del danzón.

Loando y sintiendo

Leyendo á Lozano Casado, yo que amo mucho á mi tierra, que quisiera ver honradas y felices á todas mis paisanas y que he creado una familia, no para que nadie me la prostituya en la intención siquiera, sino para que me consuele, en las últimas horas de la vida, con los misticismos de la piedad y las exquisiteces del honor, he sentido admiración por el poeta y condenación por el descriptor despiadado de escenas de alcoba y debilidades del lecho.

¡Qué dulzura de sentimientos en estos versos:

«Los recuerdos y las cumbres,
cuánto más lejos están
son más alegres y azules.
Yo por eso
prefiero ver á distancia
las cumbres y los recuerdos!»

¡Qué valentía en éstos:

«El mundo es del más fuerte; á martillazos
se llega al corazón de la montaña!»

¡Qué candidez en éstos:

«Y cerca de mí se siente
de linfa clara y undosa
la sonatina doliente:
se está muriendo una fuente
por el amor de una rosa!»

¿Por qué el que escribe esto, que es poesía, luz, sentimiento, vida, ha escrito las treinta y una primeras páginas del libro; por qué hacer una colección sola de *Noches de Amor* y la *Canción de los recuerdos?*

Dice Lozano Casado que sus poesías son sinceras y humanas. Bien está. Humanas son las más groseras funciones de nuestro organismo, y no sé que sea síntoma de cultura la reproducción en páginas para las personas decentes, de las escenas del *water closet;* no sé que distraiga la imaginación y halaguen el gusto del lector el color de nuestras secreciones, el hedor de los líquidos y materias, humanísimas.

Por algo se diferencia la vida social de la vida del instinto. Por algo envolvemos en lienzos nuestra desnudez, habitamos en casas y reservamos para sitios *ad hoc* la satisfacción de ciertas necesidades. Quede al perro, al ave, al irracional, el recurso de manchar nuestros sentidos con sus deyecciones y realizar los fenómenos de la reproducción á la luz del sol.

Humanas son las pasiones; pero humano es su dominio; no por ser humanos los extravíos: el robo, el homicidio, el adulterio, y otros aun más asquerosos, tienen sanción legal en el mundo civilizado, derecho á la publicidad, ni razón para turbar y herir los dulces convencionalismos de la familia.

Como no es lícito desnudarse en el parque cuando se siente calor, romper la paz conyugal por medios violentos, ni despertar á gritos al que descansa cuando sentimos el humano deseo de alborotar, así no es lícito tampoco desnudar el alma, exhibir las propias debilidades, despertar pasiones que duermen, ni engañar á las almas buenas, ofreciéndoles una obra de arte y sentimiento en las páginas de un libro, de donde brotan, en vez de flores y amorcillos, áspides y lacerias.

Habrán sido muy sinceras las sensaciones de Lozano Casado en esas *Noches de Amor;* pero, ¿cómo podría él asegurar que no han sido noches de extravío y sensaciones de prostitución?

Humano, sincero, grande y bello es el recuerdo de la patria y de la familia. ¿Qué placer de alcoba, qué embriaguez maldita, más natural y sentida que el amor filial, que también Lozano Casado lo siente, como él es, dulce, consolador, inefable:

«Me acuerdo de mi madre, aquella santa—á quien oí gritar: hijo, sé bueno.»?

¿Cree el poeta que cumple fielmente el deseo materno enve-

nenando pudores y despertando el diablo de la duda en el paraíso de los amores conyugales? ¿Por qué es santa aquella mujer; por qué su dulce recuerdo, el influjo sabrosísimo de sus virtudes y la magia irresistible de sus consejos, ha hecho del bardo errante un candidato á la gloria, y un mimado de las letras?

¿Las mujeres como la protagonista de la página 79, merecen siquiera el amor de sus propios hijos?

¿No sería impiedad y profanación escribir el nombre de la adúltera en la misma hoja en que el respeto de la sociedad escribiera el de la matrona excelsa, espejo de virtudes, fuente de amores castos, tesoro inextinguible de la dulce poesía del hogar tranquilo?

Pues impiedad y profanación es lo que Lozano Casado ha hecho, poniendo de antesala, de vestíbulo, de puerta de entrada á los suaves deleites de su libro, el alarde erótico y la blasfemia pasional de las páginas primeras.

Y conste que no pretendo lastimarle; que aparezco severo con él, por lo mismo que le tengo en altísima estima. Duélennos más los extravíos de aquellos á quienes mejor queremos. Resalta más el contraste de la mancha sobre la brillantez cristalina; porque le admiro, le pego.

¿Será que el fácil versificador, dotado de espíritu sagaz de observación, ganoso de lauros, cualquiera que sea su procedencia, y conocedor íntimo del medio social en que nos movemos, haya fiado más el éxito á los extraviados que al juicio severo de los menos?

¿Será que se haya dado cuenta cabal de la decadencia de aficiones estéticas, de la corrupción del concepto moral, de la fiebre profunda de frivolidad y descreimiento que ha hecho presa de las almas de la turba, de todo lo que se mueve y late en la superficie de la vida nacional?

¿Será verdad, como me dice el sordo rumor que á mi retiro llega de vez en cuando, será verdad que hay mucho de infecto sobre las alfombras de los palacios y mucho podrido en el corazón mismo de las grandes ciudades, donde los libros se editan, se leen y se compran?

De pensarlo me estremezco.

Amo los versos. Admiro á los poetas. Por Lozano Casado siento fraternales simpatías.

Pero no le quiero ebrio de pasión erótica, sino saturado de

espíritu cívico, haciendo de mi tierra su tierra, consagrando su talento á la educación moral de mi pueblo.

«Mi patria es la patria de todo el que gime», dice él.

«Que las aves de amor tienen un nido — en cada sér que llora» — exclama dirigiéndose á nuestro Martí.

Haga, pues, su fácil lira, nidos de amor para los que sufren, en esta patria infelice, donde no lloran solamente los liberales sin empleo del Presupuesto, los cesantes reñidos con el trabajo corporal, y los enfermos del cuerpo y los huérfanos por decreto de la muerte; donde también llora el padre que advierte el avance de la ola de la inmoralidad, el esposo que creyó santa á la mujer que lo engaña... y el hijo que no puede llevar el apellido paterno; donde hay que sembrar muchas simientes de grandeza espiritual, y cultivar mucho los sentimientos, para que en los huertos de la virtud cívica haga cosecha de bendiciones la joven República.

—¿Y el pajarillo aquel, de finas plumas,
que daba en esta jaula su canción?
—¿Aquél? Se me voló.
—¿Y la azucena, siempre florecida,
que perfumaba el aire en tu balcón?
—¿Aquélla? Se pudrió.
—¿Y aquel amor, primero de mi vida
que te dejó á guardar mi corazón?
—¿Aquél? Se me murió.

Nacionalismo

Pueblos incapacitados son aquellos que, nacidos y criados en forzosa dependencia, no saben apreciar el bien inmenso de su personalidad jurídica, el prestigio sin límites de la soberanía nacional.

Quede al perro la facultad de acomodarse á los mandatos del amo que más abundante pitanza le ofrezca; quede al gato la condición de encariñarse con las cuatro paredes de la casa nativa, sin importarle que sean otras las gentes que la habiten, ni distinto el sitio donde se le arrojen los desperdicios de la mesa.

Pueblos que en inferioridad moral nacieron, y por mudanzas del hado se vieron libres, rara vez vuelven los ojos á las negruras mal borradas de su pasado, ni escudriñan, precavidos y recelosos, á través de las inciertas brumas del porvenir; como el opulento mortal olvida la humildad de su origen y considera inconmovible y eterno su poderío.

Son el esclavo y el mísero los que tornan la mirada sin cesar hacia la libertad y la grandeza perdidas. Son las sociedades nacidas y vigorizadas en la independencia, dueñas un día de sus destinos, pero caídas en infamante servidumbre y sojuzgadas al ajeno capricho, las que alientan las rebeldías indómitas del alma nacional, y recobran fuerzas en su propio vencimiento, y prestan calor á las dulces esperanzas de rehabilitación, en medio de sus más crudas adversidades.

Recuerdo haber leído una interesante correspondencia de Luis

Morote, hablando de las hondas raíces que el nacionalismo tiene en Polonia. Decía él, que cualquiera que sea el grado de cultura de un hombre, el cargo que desempeñe ó la órbita en que se mueva, siente la sugestión de su pueblo y responde al estado de la conciencia nacional, enamorada siempre del ideal de independencia, y resuelta á mantener viva y ardiente, de generación en generación, la protesta contra su actual inferioridad.

Podrá el observador meticuloso entristecerse recordando las sombras que envolvieron el reinado de tál Augusto ó cuál Ladislao, y experimentar repugnancia á la idea de vivir en la patria independiente del siglo xviii; mas ¿qué corazón polaco no se conmueve y enardece, cuando la voz de sus literatos evoca las proezas de los viejos héroes, la abnegación de sus mártires, la virilidad de aquellos sus antecesores, vencidos, atados por un golpe de la fuerza bruta, al carro victorioso del primer Romanoff que posó su planta sobre la Carta Fundamental del amado país dividido en porciones desiguales por las dentelladas de los mastines extranjeros, y condenado á eterna oprobiosa servidumbre?

Yo he adivinado el estado mental del periodista español, anegado su corazón en ternura piadosa y santa tristeza, en aquel hogar que le tuvo de huésped, y donde todo era polaco: el lenguaje familiar, las costumbres domésticas, el culto religioso, la alimentación, el aire; frente á aquellos cuadros y libros que reviven los esplendores de la domada nacionalidad; oyendo á aquellas criaturitas leer, en el idioma de Sienckiewitz, las biografías de los antiguos monarcas, el detalle de las viejas prácticas, la leyenda hermosa de otros días, poetizada por la lejanía y exornada con los tibios encantos del bien perdido.

Me lo figuro, horrorizado de la esclavitud y conmovido por la desgracia ajena, volviendo los ojos del alma á la patria suya, grande á pesar de sus errores, noble y digna en medio de los mayores infortunios; á esa España que no tiene escuadras en el mar de la China, ni ejércitos en la Manchuria, ni extensión territorial más allá de Ceuta y el Golfo de Guinea; pero señora de su albedrío, patria y tumba de sus Alfonsos y sus Fernandos; á esa tierra, pasado, presente y porvenir de sus inquietos valientes hijos.

Y pienso que Morote, creciéndose en su patriotismo, vigorizándose en el amor á su nacionalidad, se habrá sentido animoso de enviar una mirada de compasión á aquel buen pueblo polaco,

para quien parece ser inacabable la opresión; para quien parece que brotan Mourawieffs y Trepoffs, como chorro constante de déspotas, del fondo de las estepas rusas.

Desgracia grande la de los pueblos que pierden su personalidad internacional; desventura horrenda la del ciego de nacimiento que por milagro quirúrgico recobra la vista, y admira las maravillas celestes, y torna á perderla, hundiéndose en la fatídica noche de la desesperanza.

Nacer esclavo; llegar á libre; volver á siervo... qué horrible esto!

¡Ay, sí: yo quisiera que el pueblo mío, en peligro hoy de nueva incurable ceguera, amara con todas las energías de su sér la independencia de la patria, dejando al cuadrúpedo canino la facultad de acomodarse al amo que más pitanza lė ofrezca; huyendo de imitar al felino, encariñado con las paredes de la casa, no con los mimos de la familia.

Yo quisiera que el nacionalismo, reflexivo pero sincero, prudente pero fervoroso, hiciera su altar y su nido en el espíritu cubano, resuelto á resistir las adversidades del destino y la obra demoledora de los siglos.

¡Cuánto inglés en nuestras escuelas, en nuestras conversaciones y en nuestros gustos! ¡Cuánta imitación servil de extrañas costumbres y sometimiento voluntario á ajenas imposiciones! ¡Cuánta conformidad con lo imprevisto; qué resignación asquerosa con la idea del derrumbamiento de la patria! ¿Lo inevitable...? También la muerte es inevitable, y sólo los locos la provocan. Porque el fin de la vida vendrá al cabo, no dejan la medicina y la ciencia de ayudarnos á procurar su retardamiento.

Dejarse morir sin luchar, es cobardía. Forjar uno mismo sus cadenas, es vileza.

¡Ay de los pueblos donde no palpite, como en Polonia palpita, cada vez más pura y resuelta, el alma nacional!

El atroz problema

EXPLICABLE y plausible es la atención con que, una pequeña parte de nuestro pueblo, lee la noticia de cualquier negociación entre partes, precedida del membrete: *la tierra se va.*

Para los que sabemos, por la elocuente experiencia de la historia, que el amo de la propiedad es el soberano; para los que, paseando la mirada en torno, nos vemos sin pan ni hogar, los más de nosotros los nativos, míseros asalariados, jornaleros, artesanos en huelga; burócratas, cuando más altos; pordioseros, cuando más bajos; para nosotros cada pulgada de terreno que pase á extranjeras manos significa que descendemos un escalón en el dominio de nuestra patria; y cada vez que en una finca, por cuyas guarda-rayas pasearon en quitrín nuestros aristócratas y bajo cuyas florestas durmieron el sueño del embrutecimiento nuestros esclavos, flota á los aires, desde lo alto de la casa de vivienda, una bandera que no es la que llevó al sacrificio á nuestros padres, sentimos algo así como el frío de una hoja de acero en las entrañas, y experimenta nuestro sistema nervioso, temblores, agitación, cólera, y luego el aplanamiento de la impotencia.

Se nos va la tierra, luego se nos va la personalidad. No tienen patria, no sé si tienen Dios, los eternamente míseros.

Pero el sentimiento no es la razón ni el recuerdo es la realidad. Lamentaciones tardías y deseos platónicos de bienestar, no son agentes de fortaleza en la existencia nacional.

Hemos podido luchar y vencer, y no hemos querido intentarlo siquiera. Todavía podríamos resistir, y nos entregamos, como la infeliz mujer seducida se entrega, desmayada, á nuevas seducciones, segura de que es aquél su inevitable destino; olvidando aquel aforismo de Goldsmith: «Nuestra mayor gloria no consiste en no caer jamás; sino en levantarnos cada vez que caemos».

Las naciones no progresan ni los pueblos realizan su altísima misión en la vida, estacionando la producción y sobrellevando su miseria.

Hay que levantarse, crecer y andar.

Una colectividad viviendo entre escombros de muertas civilizaciones, posando los pies sobre ortigas y jaramagos y murmurando la oración del pasado en las grietas y escondrijos del musgoso castillo, nido de buhos y sepulcro de la esperanza, es una colectividad de infelices, perdida para el desenvolvimiento social, cuando á dos pasos de su morada ruinosa zumban, agitados por la electricidad, los alambres, ruge el vapor de la locomotora, suben hacia las nubes las azules espirales de las torres, y otra colectividad, más práctica y dichosa, eleva al són de fraguas y martillos, serruchos y chavetas, el himno alentador del trabajo.

Es muy fácil decir desde la Habana: ¡no vendáis vuestras tierras!

Lo difícil es, teniéndolas, conservarlas, cuando no hay brazos que quieran abrir el surco, cuando las cosechas se venden mal, y cuando lo que ellas producen, no basta á las necesidades de la vida, porque la carestía de las subsistencias, la oscilación de la moneda, lo ruinoso de la Administración Pública, las depredaciones de los bandidos y el temor de nuevas revoluciones, deprecian la propiedad é intranquilizan los ánimos.

Hubiera sido más humano y justo, favorecer al terrateniente nativo, empleando en vías agrícolas el oro que ha tirado un Congreso despilfarrador; respetando el caballito y la yunta de bueyes del campesino cubano, rebajando ese monstruoso arancel de aduanas que pesa, como losa de plomo, sobre el pueblo consumidor.

Esos campos yermos; esas inmensas extensiones de tierra fértil, cuyas casas y ganados arrasó la Revolución por la independencia y no ayudó á levantar y reponer la República; esas vastas soledades que el cubano ó no quiere ó no puede cultivar; donde la guásima, el ateje y el jagüey crecen á sus anchas, entre

océanos de espartillo y *don Carlos;* cuajadas á trecho de amarillento romerillo; limitadas por cercas de piñón que festonan los aguinaldos blancos y azulados y donde sólo se percibe el mugido de alguna res extranjera, y el chillido de algún ave, asustada de la presencia humana ¿bastan, así, abandonadas, improductivas, salvajes, al renacimiento de un pueblo y al esplendor de una nacionalidad?

¿Es que no ha de producir el surco, crecer la hoja y madurar la fruta, para que un país agrícola pueda llenar sus necesidades materiales y aspirar á eras de riqueza y bienestar?

Sí; cada vez que una pulgada de tierra se extranjeriza, un pedazo de patria se nos va; pero también da un paso la civilización, surge una iniciativa y el progreso humano adquiere un derecho; también entonces nace algo, que es vida, cultura, pan y humanidad, de las ruinas de un pasado dormido y sobre los escombros de una civilización muerta.

Se alza una bandera, que no es la nuestra, en la finca que abonó el sudor de los esclavos y por cuyas alamedas pasearon sus gracias, en lujoso quitrín, nuestras abuelas.

Pero bajo aquella bandera piafa la mula, cruza el arado, ruge la locomotora, repiquetea el martillo, y el esfuerzo del hombre arranca á la naturaleza los tesoros y los dones de la industria.

Con esos millares de millares de caballerías de tierra, cubiertas de hierba, pobladas de seibas y palmares en cuyos troncos se enreda la pita-haya y el majá se enrosca; despobladas, improductivas, muertas; con ésas, sólo podríamos tener la patria de los antiguos aborígenes, patria agreste y salvaje, incapaz de todo empeño en la obra gigantesca que realiza la humanidad á través de los siglos.

Las naciones viven de oro; la civilización no viste de taparabos, ni se concibe la libertad del pordiosero.

Ha de producir el suelo, para que el palacio mantenga su lujo y en la choza del trabajador se coma y se espere.

¡No vendáis la tierra!... ¡Ya hubierais vendido hasta la que pisan nuestros pies, políticos equivocados de mi país...!

Santerre en acción

RECAPACITANDO acerca de lo que en nuestra patria ocurre en la hora presente; preguntando á los hados qué clase de República es la que han querido procurarse los cubanos, y empeñándome en colegir qué entenderán por hacer patria los *grandes hombres* que, sin intervención de Plutarco, han caído sobre este país y asumido las funciones gubernamentales, los unos; la dirección de los partidos políticos, los otros; la educación de los espíritus, aquéllos; recuerdo una anécdota que leí, en otros tiempos, cuando Dios quería, referente á la fiebre de igualdad y democracia que se apoderó del buen pueblo de París después de la proclamación de los derechos del hombre.

Un pobre señor salía ó entraba por una de las puertas de la gran ciudad.

El centinela, celoso ciudadano de la milicia de Santerre, inquirió su nombre, por si se trataba de algún noble que debiera expiar en la guillotina el delito de ser rico y culto.—Me llamo el marqués de Saint-Cyr, contestó el interpelado.—Perdona, ciudadano, objetó el centinela; la Convención ha suprimido los títulos nobiliarios: ya no hay marqueses en Francia.—Bueno, pues me llamo Saint-Cyr.—Tampoco puede ser: en la República francesa no hay santos, hemos suprimido el calendario.—Bien está, me llamo Cyr á secas.—Protesto también: Cyr con C ó con S, quiere decir señor, y en la tierra de Marat ya no hay señores.—Pues

entonces, ciudadano, soy tu hermano.—¡ Eso es ! ¡ Vengan esos cinco, ciudadano, y pasa cuando quieras !

Y el pobre Saint-Cyr siguió su camino, no sé si burlándose de la imbecilidad de aquellas gentes, que confundían los altos ideales de la humanidad con el abuso, y pretendían hacer amada la República, obligando á los hombres á renunciar á sus apellidos, ó compadeciendo á su patria infeliz.

En efecto, leyendo la prensa de estos días, pidiendo datos á las estadísticas de los Juzgados Correccionales y recogiendo los hondos clamores de millares de honrados industriales arruinados por las multas, acusados por los inspectores y zampados en la cárcel por los jueces, adviértese á simple vista el poco miramiento con que son tratados los contribuyentes, la manifiesta enemiga que sienten contra el comercio los agentes del Fisco y la complacencia con que muchos, que viven y comen porque hay industrias en el país, ven el desmoronamiento de los capitales que dan vida á todos, y la muerte de la producción local, tan protegida y amparada por todos los gobiernos que tienen conciencia de su misión.

Parece que los inspectores, como el soldado de Santerre, entienden que en la República cubana no debe haber ricos; que la igualdad, preconizada por la Revolución, no debe fundarse en la aptitud de todos á subir, sino en la necesidad de que bajen y se hundan en la miseria los que, á fuerza de privaciones y de fatigas, han subido á las alturas de la comodidad material.

Cuando analizamos las condiciones intelectuales de ciertos caciques de provincias, y de ciertos grandes figurones de la política moderada y de la política liberal; cuando tropezamos con nombres ilustres, con personalidades eminentes, con verdaderos talentos y verdaderas glorias cubanas, ó alejados ellos mismos, por natural escrúpulo de conciencia, de tanta podredumbre como han acumulado en torno de las instituciones el personalismo y la codicia, ó relegados por sus correligionarios al triste papel de comparsas, de personajes que ayer eran monteros, de Licurgos y Solones que no saben redactar una carta familiar con mediana ortografía, y de hombres enriquecidos con los productos de las casas de cita ó con el descuento de pagos á los empleados, ó con robos de reses y negociación y reparto de los destinos públicos, no se necesita ser muy avisado para comprender que no es el saber lo que priva, ni la ilustración la que se aprecia, ni la honorabili-

dad de las biografías individuales lo que arrastra y encauza las simpatías populares.

¡No queremos intelectuales!, suele decir el pueblo que no sabe leer. ¡No se necesitan sabios; lo que precisa es patriotismo y vergüenza! añaden los más ardorosos. Y, claro está, ellos son los modelos del patriotismo y los dechados del honor, simplemente porque ellos lo creen así.

De donde resulta que para el miliciano de Santerre, la Revolución ha proscrito el talento, y se han suprimido del calendario cultura é intelectualidad.

Visto el modo de obrar del Gobierno, y el sentir del pueblo, veamos el de pensar de la prensa, portaestandarte del progreso, guía de la civilización y elemento poderosísimo de dignificación en todas partes. Ahí están sus últimos números. Adulterios, abusos deshonestos, crímenes contra natura, el bautizo de un muñeco realizado por pederastas y la acusación contra un sexagenario, todo ello dicho, repetido, coreado, discutido; con amplitud de detalles y *zolesco* lenguaje presentado á las miradas de nuestras hijas, de nuestras hermanas, de las niñas inocentes del colegio, que piden besos paternales, consejos amorosos, advertencias saludables, y á quienes se corrompe y envenena con el virus de la malicia, en la edad precisa del pudor tierno y de las inefables ignorancias.

Un periódico muy cubano, eco de la parte más culta de la población cubana, cuando la opinión pública se sentía horrorizada por los repetidos crímenes de esos días, y de todos los hogares dignos se elevaba un eco de reprobación, presentó una caricatura en que el padre y la madre salían á la calle forrados de planchas de acero, después de dejar á los hijos encerrados en inexpugnables fortalezas.

Después de la inmoralidad, el sarcasmo.

¿Qué puede conmover ya á este pueblo, qué sentimiento santo ni qué virtud excelsa queda ya en esta sociedad, que no merezca ser expuesta á las burlas de los descreídos y á la chacota de los degenerados?

—La República—podría decir el guardián de nuestras puertas, al extranjero que á ellas llegara;—la República ha suprimido la riqueza, y no siente interés alguno por el trabajo honrado.

—Bueno; pues penetraré en vuestra patria á título de hombre ilustrado.

—Tampoco; el talento es lo que menos preocupa á nuestro pueblo. Ahí están muriéndose de hambre verdaderas lumbreras porque la Revolución se hizo contra los intelectuales.

—A lo menos, por lo religioso y moral me dejaréis pasar.

—¡Imposible! La moralidad no se cotiza ya. La poca que la guerra civil nos dejó, *Tintán* y los bautizadores de muñecos se encargaron de pulverizarla, y la prensa genuinamente cubana ha aventado al aire sus cenizas.

Y sólo cuando el visitador manifieste su intención de ayudar á prostituir las costumbres, á esquilmar el Tesoro de la patria, á perpetuar la división entre hermanos y el odio entre parientes, á desacreditar la República con fraudes electorales, multas contra los españoles, escándalos en la Cámara, crímenes en las calles, y todas las relajaciones en el hogar y en la política, entonces, y sólo entonces, el buen patriota, encargado por Santerre de vigilar á los nobles, extenderá sus manos al extranjero y exclamará orgulloso:—¡Un descamisado más, un anarquista, un degenerado más! ¡Viva la República!

1906.

—¿Sufre mucho un mendigo, madre mía?
—¿No lo ves, alma mía, en su semblante
del que ya se ha apartado la alegría?
—Y dime, madre, ¿si sufrió bastante,
por qué no muere ya, como el abuelo?
—Porque no quiere Dios.
Y apresurada,
en la boquita dióle una palmada
y levantó los ojos hacia el cielo.

Renegados, no

I

Amar sinceramente al pueblo americano, noble como todos los pueblos educados; parécenos cosa justa; mirar con hondo respeto á su Gobierno, cosa lógica. En el corazón cubano ese respeto y ese amor pueden, acompañados del agradecimiento, constituir un sentimiento profundo, arraigado, inalterable, á virtud del cual dos pueblos y dos Gobiernos deben permanecer estrechamente ligados por los lazos del cariño, y confundidos en mutuas aspiraciones de libertad y de progreso.

Hubo un día en que las impaciencias de los unos y las intransigencias de los otros crearon en esta sociedad un tremendo estado pasional. Una guerra asoladora diezmó la población; todos los crímenes y todas las depredaciones encubiertas con el interés político, se desataron sobre un pueblo infeliz, que no tenía la culpa de su destino. Y sólo la intervención americana, apelando al discutible derecho del más fuerte, podía poner término á tales calamidades, que dejaban exhausto el Tesoro español, sin brazos ni medios de defensa al comercio español, huérfanos de hijos amantes los hogares españoles. Sólo la acción de aquel Poder invocando intereses morales, podía salvar del fuego las riquezas cubanas que restaban, librar del patíbulo cabezas ilustres, arrancar de los horrores del barracón de reconcentrados las víctimas supervivientes de aquella hecatombe en que millares de niñas y millares de campesinas, arrebatadas fueron á las dulzuras de la

vida campestre, para pasto del beri-beri, el paludismo y el hambre.

Fueran cuales fueran en el fondo las pretensiones del pueblo vecino; palpitara ó no bajo la apariencia de un propósito humanitario la ambición de gloria y poder que inspiraban los actos del imperialismo *yankee;* estimárase ó no violento el procedimiento y atentatoria á seculares derechos la intromisión, es lo cierto que ello varió radical y repentinamente el curso de los acontecimientos.

La guerra cesó como por ensalmo, suspendióse la reconcentración, abriéronse las cárceles. El ejército cubano, harapiento, sin parque y enfermo, en las tres provincias occidentales, salvóse de una próxima muerte. La Revolución, dominada por el sufrimiento en Vuelta Abajo y la Habana, entrevió de improviso las perspectivas de la victoria. Barcos cargados de comestibles distribuyéronse en nuestros puertos, y grandes recursos fueron repartidos en poblaciones y campamentos.

¿Cómo, siendo cubano, no sentir gratitud inmensa hacia el benefactor que así derramó tesoros de caridad entre los míseros, hizo inclinar en nuestro favor la balanza de la guerra y nos aseguró un triunfo de cuya consecución ya desesperábamos?

El mismo español, natural y profundamente lastimado por el abuso de poder del Gobierno americano; el mismo Gobierno de la Metrópoli, la misma Nación española, han debido después, pasada la protesta del sentimiento herido, sentir vencida su queja por altas consideraciones de conveniencia. Cuba era el cementerio de la robusta juventud peninsular. Ya apenas si quedaban allá riquezas que empeñar para sostener el dudoso pleito. Las madres temblaban al ver á sus hijos llegar á la edad en que la Ley de Quintas lleva á los hogares la tristeza y el desamparo. La fuerza pública cazaba, como á fieras, á los reclutas que no querían venir á morir de fiebre en los soportales de las poblaciones, de disentería en la Trocha, á machetazos en las sorpresas de la manigua.

Emigrar era la obsesión constante del pueblo pobre de la península. Languidecía por falta de brazos la agricultura; permanecía la industria encerrada en los estrechos moldes de la rutina, porque el favoritismo del arancel no le exigía modificar los métodos, como en otras naciones. El carácter nacional, emprendedor y laborioso, se había prostituído, renunciando á

extraer del propio suelo sus naturales riquezas, obsesionado por la posesión de colonias donde se podía ser empleado, militar, vista de aduana ó guardia civil; divorciándose del amor á la aldea, del apego al terruño, de la satisfacción de ciudadano honrado de una nación europea, á cambio del efímero orgullo de dominador de indígenas ó explotador de factorías.

La intervención americana, hiriendo, ruda, sentimientos de raza y honor, puso término á eso.

Las cifras del Presupuesto han venido á demostrar después, que España puede vivir, que vive más próspera sin Cuba y Puerto Rico, con más prestigio como Nación continental, que simpatías como Potencia colonial. Si de América no le va tanto dinero como antes, menos parásitos tiene que alimentar su Tesoro. Ya no necesita aquel remedo de marina que consumía tantos millones en construcción, entretenimiento y dotación de barquichuelos. Ya no necesitan emigrar los jóvenes españoles, por temor de morir del vómito en los cuarteles de Cuba y de malaria en los barracones de Filipinas. Ya el parasitismo se ha modificado. Ya no vienen empleados á enriquecerse y quedarse en las colonias, y millares de brazos, antes inactivos, dedícanse allí al desarrollo de nuevas industrias, al mejoramiento de la producción nacional.

Si España, en el orden material, recibió beneficio con la cesación de su poderío, y Cuba les debe, con la vida de sus soldados y de sus campesinos, la vida, y con la Ley Platt y el 20 de Mayo su personalidad y su República ¿quién puede odiar aquí al Gobierno americano, ni menos sentir desafección hacia el noble pueblo de Washington, generoso y bueno, como todos los pueblos que leen mucho? Es de creer que nadie.

Cubanos y españoles saben que el cimiento principal de las instituciones fué el período interventor.

A él se debe la cordialidad reinante; por él no se repitió en Cuba el espectáculo de venganzas que siguió á la emancipación de los pueblos sur-americanos.

Consignados en el Tratado de París los derechos de todos; resguardado el orden interior por los fusiles americanos y limitados por una ley internacional, irrevisable por ahora, los propósitos de dilapidación que hubieran dado al traste con todos los empeños de reconstrucción de la riqueza, hemos podido pasar de la Colonia á la República por el puente de la Intervención, sin

sacudimientos ni contratiempos, pausada y felizmente y hemos podido seguir amándonos, como miembros de una misma familia, españoles y cubanos, irreconciliables por el odio mutuo si unos ú otros hubiésemos vencido por nuestras propias fuerzas y quedádonos á solas con nuestras pasiones de vencedores.

Son incidentes que ocurren en la vida de los pueblos, por permisión divina, para bien del género humano.

Mas ese respeto de los españoles y ese amor de los cubanos hacia el vecino, ¿no tiene un límite? Sí; tiene varios; el instinto de la propia conservación, lo que hay de altivo y noble en el hombre consciente.

Agradecidos, sí; serviles no.

II

En los días gloriosos de la guerra grande, había ciertos cubanos, ganosos de demostrar su adhesión á la Metrópoli ó temerosos de ser sospechados, que traducían en una frase pueril sus alardes. «Si supiéramos—decían ellos en público—por cuál de nuestras venas corre la sangre cubana, la cortaríamos para que se vaciara».

Andando el tiempo, la historia se repite. Sólo què para los españolazos de entonces, por una sola de sus venas circulaba sangre de indígenas, mientras por las demás corría pura sangre goda, al paso que los sajonazos de ahora, como no han tenido entre sus ascendientes ninguno de raza inglesa ó de estirpe teutónica, veríanse precisados á vaciar por completo sus arterias y hallaríanse apuradillos para sustituirla, mediante una rápida y completa transfusión, con sangre de los Williams y Thompsons más ó menos auténticos que por el mundo andan.

Siempre habíamos creído que era una alta virtud social la conservación de los caracteres de raza, y un gran mérito el amor á la historia patria, y no creímos jamás que el cambio de la forma de Gobierno, la sustitución del régimen político, el paso mismo de la condición de dependencia á la posesión de la personalidad independiente, hiciera á los pueblos renegar de su origen, entristecerse de sus antecedentes y abominar de su historia.

Podrán tener los pueblos todas las quejas que quieran de sus gobiernos y aspirar todas las colonias al derecho de naciones

libres, sin que por eso se borre su fisonomía étnica, ni inspiren rubor sus peculiares caracteres.

De que el vecino de enfrente sea un hombre ilustrado, de conversación amena, rico y espléndido, no se deduce que dejemos de amar á nuestro padre porque sea un obrero inculto, ni que releguemos á nuestra madre al último rincón de la casa cuando ocupa el estrado la familia del vecino. Podrá haber tristeza, conmiseración, un vivísimo deseo de que nuestros ascendientes se ilustraran y enriquecieran rápidamente; pero nunca la vergüenza de proceder de quienes, á cambio de su pobreza y de su ignorancia, tuvieron honradez y virtud, amor paternal para criarnos y orgullo tal vez de tenernos por hijos.

Ahí está el ejemplo, muy próximo y muy vivo. En esos Estados Unidos, asombro del mundo y refugio de los detritus de todas las naciones, descargan Alemania, Irlanda, Escocia, por millares de millares, sus campesinos y sus obreros miserables. Muchos de ellos, queremos admitir que todos ellos, se harán ciudadanos americanos. Pero el amor á la tierra de que proceden, los recuerdos históricos, las creencias religiosas y las costumbres europeas, no se borran por completo, siquiera se modifiquen á impulsos del medio ambiente. San Patricio sigue siempre adorado como en la paupérrima isla inglesa. Un barrio italiano, como un barrio judío, determina la perduración de hábitos nacionales. Las desgracias de Alemania encuentran eco en miles de corazones alemanes, y miles de franceses, de españoles y de italianos, leen, en periódicos escritos en italiano, francés ó español, noticias de la tierra de su origen, y se recrean con las joyas de sus respectivas literaturas y se complacen en los progresos científicos y en las proezas militares de los hombres de su raza.

No hemos sabido jamás que el pueblo americano se sintiera mortificado porque los franceses que en su seno viven, prefieran *Los Miserables* á *La Cabaña de Tom* y quieran sostener comunicación intelectual con la tierra de Víctor Hugo.

Aquel es un país libre, allí vive un pueblo culto. Y bajo la libertad y la cultura no se busca que los hombres renieguen de su origen ni se tiene á mérito la abominación de la propia historia, ni son tenidos en más los renegados que de su idioma abjuran y de la sangre de sus venas se sienten pesarosos, si no cooperan más que otros al progreso de la colectividad y al esplendor nacional.

No es grande á los ojos del pueblo *yankee*, el que califica de bárbaro á su propio abuelo, sino el que se preocupa del nivel intelectual y moral de su hijo. Respetar la ley, amar el trabajo y la cultura: eso es lo que los americanos exigen á sus nuevos conciudadanos. Jamás les han preguntado si les gusta el inglés, si recuerdan con orgullo la historia de su país, si se sienten ó no satisfechos de la densidad y color del líquido que circula por sus arterias.

Luengos años hace que Louisiana es un Estado de la Confederación, y aún se habla allí el francés. En New Orleans todavía muchas gentes viven á la francesa, sienten y piensan en francés, y nadie se preocupa de ello. Obran á la americana en sus relaciones sociales, y eso basta.

Si Cuba no es un Estado de la Unión, si han de pasar muchos lustros para que lo sea, ¿qué mal hay para que sintamos como latinos, en que pensemos como hispano-americanos?

¡Que aquí, del Norte, nos vienen nuevas corrientes de civilización! Eso se sabe. Pero de allá, del Este, nos llegan los recuerdos, la historia y las costumbres, la tradición y las pasiones, expresadas en un lenguaje sonorísimo, espléndido, incomparable.

¿Desde cuándo el presente no es el nexo entre el pasado y el porvenir?

¿Desde cuándo no están unidas en la vida humana las aspiraciones y las remembranzas? ¿Es que no se puede progresar, ilustrarse, enaltecerse, sin sentir la vergüenza del propio origen, romper con todos los antecedentes de la propia vida, resellarse y renegar?

No han exigido esto jamás los americanos á pueblo alguno. Sería miserable que nos anticiparamos nosotros á su deseo, echando el velo del olvido sobre la tumba de nuestros ascendientes, arrojando el lodo de la repudiación al rostro de nuestra propia madre, cambiando de repente nuestras creencias, nuestros gustos y nuestros amores, como si la gratitud hacia un buen amigo pudiera traducirse en el servilismo del esclavo ó en la caricia del perro.

Ni en Filipinas, donde el dominio *yankee* responde á una compra-venta, primero, y á una sangrienta conquista, después, exigió Mr. Taft, de los hermanos de Rizal, que sustituyeran con el inglés el tagalo, se pelaran al rape, usaran tirantes y sorbieran

rapé, y se embadurnaran de colorete el rostro para parecerse á los mozos de Kentucky y Georgia.

¿Por qué, por qué la sincera unión de cubanos y españoles, el amor á las tradiciones, el gusto literario y los santos afectos de la familia, han de constituir una ofensa contra los americanos? ¿Cuándo han pretendido ellos, cómo podrían pretender ellos, de una nación que han constituído en independiente, de un pueblo á quien han salvado, creyéndolo honrado y digno, que se anticipara vergonzosamente á la obra del tiempo, pugnara por romper ¡cosa imposible! su carácter étnico, *vaciara sus venas* en renegación miserable de lo que hay en él de grande y altivo, de generoso y admirable: sus sentimientos de latino, sus ímpetus de español, sus entusiasmos y sus sentimentalismos de pueblo meridional? No lo han pretendido, ni lo pretenderán; lo creemos firmemente, por el mismo concepto en que le tenemos.

Que ellos saben bien, que si de su seno nos llegan nuevas ideas políticas y grandes adelantos en la ciencia de la vida, del otro lado de los mares nos llegan, como á ellos de Inglaterra, el eco dulcísimo de los recuerdos, la armonía del lenguaje, los reclamos de la raza, los encantos de la literatura y sobre todo, para coronamiento espléndido de nuestra nueva condición y digno remate de nuestro triunfo, la bendición inefable de generaciones pasadas, la misteriosa y dulcísima voz de nuestros abuelos, surgida de sus ignoradas tumbas, viajera del océano en alas del airecillo, que viene á resonar en nuestros oídos, alentándonos, en el lenguaje de Cervantes, á consolidar la personalidad de la patria, creada por los esfuerzos de nuestros Velardes y Daoiz, para esplendor de la humanidad y gloria inmarcesible de la raza.

¡Cuánto tiempo perdido en el estudio;
cuánto inútil esfuerzo por el bien;
cómo aplauden los hombres al infame
si escala las alturas del poder!
Y sin embargo de que así es el mundo,
jamás esa moral aplaudiré.

Duelos forzados

A FE que tienen extrañísimo modo algunas autoridades de mi tierra, de asociar el alma de las multitudes á los duelos y alegrías nacionales.

El sentimiento se comunica de corazón á corazón; la jovialidad se trasmite y el pesar se hace contagioso; pero no podemos reir ni llorar por ajeno mandato, si no nos sentimos predispuestos al pesar ó á la risa.

Todo podrán hacer los alcaldes; todo los gobiernos: desde cohibir las expresiones del sentimiento, hasta desgarrar carnes y triturar huesos. Lo que no podrán lograr jamás es dominar el fondo de las conciencias, donde no hay más soberano que uno mismo.

Para que el espíritu social albergue, y en él perduren, admiración y gratitud, piedad y amor, nada es más eficaz que la educación cívica, saturada de moral pura, que traza al hombre sus deberes, le hace comprensibles los beneficios recibidos, y despierta en él las obligaciones, de índole psíquica, espontáneas y sinceras, que la existencia colectiva demanda.

Un pueblo que no sepa agradecer, en vano será empujarlo á realizar actos de estudiada cortesía hacia sus benefactores. Es preciso tener discernimiento bastante para apreciar las circunstancias en que vivimos, los progresos que alcanzamos, las tristezas que vencimos y los peligros de que escapamos, para poder medir toda la magnitud del esfuerzo realizado y experimentar la dulce satisfacción del deber cumplido.

No se honra á los grandes hombres sino imitando su ejemplo, bendiciendo sus nombres y glorificando sus méritos.

Las apoteosis teatrales, efectos de puro espejismo, bajo su aparente esplendor ocultan detalles grotescos. No es el arte pictórico, reproductor feliz de las magnificencias de la naturaleza, el telón de boca que aparece de repente á la vista de los espectadores, bañado por las luces, hábilmente dispuestas: basta mirarle á la luz del día, para reir de los brochazos gordos, de las líneas torcidas, de los rasgos de mal gusto, en que no brilló la chispa del genio.

Piénsase que las coronas costosas, los lazos negros flotando al aire y la novelería bullendo al paso de un cortejo fúnebre, son la acabada expresión del duelo patrio. Olvídase que la multitud se agrupa lo mismo en torno de un féretro, que al cruce de una compañía de titiriteros; que muchos dejan á la puerta del salón de baile el luto de un hermano; que son cenotafios y coronas, cuando menos, signos de riqueza; generalmente, pruebas de vanidad. ¿Qué sería del dolor de los míseros, si sólo en mármoles funéreos y en ramos de biscuit pudiera expresar sus pesadumbres la humanidad?

Me explico á la prensa haciendo la biografía minuciosa de los muertos ilustres, recordando sus virtudes, poetizando todos los períodos de su existencia, y describiendo, con trazos admirables de retórica sentimental, las futuras consecuencias de aquella gran contrariedad. Hácese de ese modo la luz del recuerdo en la conciencia popular, plántase en las almas el germen del agradecimiento, conmuévese la piedad colectiva, é inclínanse las voluntades al cumplimiento fiel de sagrados deberes sociales.

Yo vi muchas veces la bandera roja y gualda adornando ventanas de las casas de los conspiradores, y sorprendí muchas interjecciones de ira, cuando el señor Preboste colonial ordenaba el regocijo á los que estaban más lejos de sentirlo.

Murió Máximo Gómez; experimentó el pueblo cubano una pérdida sensible; el elemento revolucionario una tremenda desgracia. Un hombre ilustre, genio militar esclarecido y ciudadano de indiscutible superioridad de carácter, cuyo nombre va unido á nuestra historia, desaparecía.

Que en torno de su ataúd se congregaran millares de seres, que se suspendieran en toda la nación las fiestas, se enlutaran las casas, se hiciera un alto en el infame bregar de odios y codi-

cias, para rendir homenaje de amor al muerto, eso era plausible y enaltecedor. ¡Infelices sociedades las que se encogen de hombros cuando un benefactor pasa, que vuelven la espalda al túmulo que encierra los restos de un grande!

Pero el dolor popular, como el de cada individuo, ha de ser sentido, natural, espontáneo: no impuesto ni aconsejado por recomendaciones.

Bien está que el Estado clausure las oficinas administrativas en los días tristes, para dar al pueblo ejemplos de piadoso deber. Así como así, los servidores públicos holgarán, riendo ó llorando, pero sin hambre en los estómagos ni zozobra en el hogar. El presupuesto no descuenta días de luto ó regocijo. Lo que no está bien es suspender el trabajo en los talleres, imponer el ayuno á los desheredados, condenar al obrero, en nombre de la patria, á torturas mayores que las cotidianas.

Los que han hambre, abominan de la sociedad. No hay convencionalismo patriótico, al que sacrifique con gusto el hombre honrado el pan de su mesa y la paz de su prole.

Estos duelos por decreto, que suspenden el trabajo y llenan el club de juegos, me recuerdan los Jueves Santos de mi juventud. Suspendíase el tráfico, callaban las campanas, conmemoraba la iglesia el martirio del Redentor; pero surgían la ruleta y la lotería de cartones. Y habían cumplido con su fe religiosa autoridades y creyentes.

Es humano sentir antes el pesar propio que el ajeno. Entre el dolor nacional y el hambre de los hijos; entre la festividad cívica y las brutales necesidades domésticas, no cabe vacilación. Al obrero que si no trabaja no come, poco importa que el resto de la humanidad viva en la holganza. Al padre que necesita percibir el mísero jornal del día, para llevar medicinas y alimento al hogar, no se le puede exigir la presteza con que el oficinista abandona el bufete, seguro de no sufrir descuento en la nómina del mes.

No me explico ese amor á la clase trabajadora, que está pendiente del primer accidente triste ó alegre, para recomendar el cierre de las fábricas y condenar al ayuno á los infelices.

No comprendo esa democracia, esa solidaridad obrera, esa protección al pueblo pobre, que ve impasible la escasa remuneración del trabajo manual y el encarecimiento de la vida; que deja abiertos los comercios, poblados los cafés, repletos los billa-

res, y sólo se preocupa de la interrupción del himno magnífico del trabajo, la más gallarda manifestación del espíritu hacia el Creador, y la más fecunda fuente del humano progreso.

También se honra á los muertos ilustres, ganando honradamente el pan; también el serrucho y la chaveta producen dulces notas de confraternidad y honor, menos alborotosas, pero más sinceras que las procesiones y los aparatos teatrales.

Por ellos, los míseros; por la libertad del trabajo, que no puede estar á merced de accidentes que el convencionalismo social suele exagerar y, á veces, móviles insinceros inspiran; y por la memoria misma de los ilustres caídos, más gloriada ella cuanto más trabajemos los vivos y más amada cuantos menos dolores existan en los hogares cubanos, desapruebo ese procedimiento puesto en boga por los Prebostes del patrioterismo, empeñados en lograr, por el hambre de los trabajadores, la identificación del alma de las multitudes, con los duelos y las grandezas que harán épocas en la historia nacional.

El regocijo no se impone. El dolor no se aconseja. Ello es obra espontánea del sentimiento; fruto legítimo del estado de las almas.

Mejórese la condición del proletariado, y edúquesele en la escuela del civismo, y él llorará ó reirá cuando la patria llore ó ría, sin que el señor Preboste se lo mande.

Dices que no comprendes, niña hermosa,
viendo los aparatos funcionar,
fuerzas voltaicas, trasmisión del fluído,
conductibilidad.
Pues oye: cuando envuelto en las tinieblas,
se aproxima á la reja tu galán,
y te estrecha la mano, y se la estrechas,
lo que sientes, que es miedo y es afán,
eso es la trasmisión de los fluídos,
eso, electricidad.

Magnífico obispo

Sé que para algunos de mis bondadosos lectores, lo que voy á decir es una necedad: siento hondísima admiración por el señor Obispo de Marsella; quisiera saber cómo se llama, tenerlo á mano, para que mi saludo, respetuoso y sincero, hubiera sido de los primeros en responder á su heroica actitud.

Mi pueblo, apasionado y de imaginación vivísima, comprende más la libertad á la francesa que el derecho á la inglesa; se halla mejor con la democracia de 1793, aunque vaya á parar al Consulado y de ahí al Imperio, que con la igualdad sajona, que en los Estados Unidos hace iguales á los hombres ante la Ley escrita, y sagrados todos los derechos é inviolables todos los cultos.

—Se arrepiente el entusiasta de la juventud,—dirán esos buenos lectores.

—Defendiendo el fanatismo religioso y felicitando á un obispo rebelde, el eterno cantor del respeto al Poder constituído y de obediencia al precepto legal!

Y se harán cruces por la supuesta rectificación de un criterio, que los años han depurado y fortalecido.

Pero no hay tal rectificación. La libertad que hace dignos á los pueblos es la de Suiza, la de Inglaterra, la de los Estados del Norte. Gobiernos progresistas son los que no quieren dominar sobre las conciencias por el atropello, sino por la educación. Es que lo que hace fuertes y felices á los hombres, es el respeto al ajeno derecho y la valentía en la defensa del propio; es que cuan-

do el Estado toma partido en las luchas de los ciudadanos, divididos por hondos problemas de la conciencia, ni eso es democracia, ni eso es república, ni eso es justicia.

Duéleme de veras el rápido crecimiento de la influencia yanqui en nuestro destino; entristéceme pensar que pronto no quedará del ideal de soberanía de la generación hidalga de Aguilera y Céspedes, otra cosa que un recuerdo confuso. Pero: ¡qué Gobierno tan respetuoso de las creencias de su pueblo el Gobierno yanqui: qué seguros de su personalidad y de su honor los hombres de Norte América!

Introduzca allí el Presidente de la nación los regalos que se hicieron á su hija en Oriente; pero pague los derechos de Aduana como cualquier otro ciudadano. Si puede colarlos de contrabando, como un tercio de tabaco en Tampa ó Key West, allá él con su conciencia; mas no busque el favor oficial, pisoteando la Ley.

Construyan cuantas iglesias quieran los Ministros de todos los cultos; funden un colegio en cada esquina; llénense de oro sus cepillos y de alumnos sus institutos: el Gobierno no tiene nada que hacer.

En los pueblos latinos, se entiende por conciencia nacional, la propia. Todavía, en el siglo xx, la Francia republicana se siente devorada por luchas religiosas, como el pueblo eslavo, como la Rusia decadente, la vetusta Armenia y la degradada Turquía. En los anglo-sajones, ya la intolerancia pertenece á la barbarie del pasado.

Cerebro del mundo, patria de la personalidad civil, emporio de las ciencias, la tierra heroica de Hugo y Thiers no ha depurado su organismo del virus fatal de la intransigencia.

Las guerras de la Vendée; la noche de Saint Barthelemy; hugonotes, calvinistas, romanos; reyes que asaban á sus súbditos en parrillas y plebe que decretaba la abolición del Dios de lo creado: parece que eso resucita y se reproduce á través de los siglos, pese á la civilización y á los mares de sangre derramados desde Calais á los Pirineos y desde el golfo de Gascuña hasta el Rhin, por el derecho del hombre y la grandeza social.

Me explicaría al Gobierno de Francia rompiendo sus contratos con Roma, separándose oficialmente del catolicismo, negando subvenciones al clero y entrada á los dogmas en las escuelas municipales. Pero no me lo explico inventariando las propiedades

de las iglesias. ¿Quién le ha dado poder para apropiarse lo que á ellas llevaron la piedad y la fe?

Comprendería que masones y protestantes, libre-pensadores y laicos, levantaran, frente á cada colegio católico un instituto científico, frente á cada iglesia una logia y frente á cada púlpito una tribuna. Que se contestara á una educación con otra y á una propaganda con otra propaganda moral. Que se extremaran las buenas obras, la práctica de las virtudes, todos los recursos de dignificación y enaltecimiento. Veinte años más, y la mejor semilla habría fructificado y arraigado para siempre la paz en las conciencias.

Lo que no me explico, á los veinte siglos de Cristo, es esa hondísima división de las familias, esa guerra de los hogares, ese desgarramiento del amor de hermanos, en el seno mismo de la patria.



Y volviendo al obispo de Marsella: ¡qué generosa actitud, qué bizarro comportamiento! Pues aquella es su fe, morir por ella será cumplir un deber sagrado. Pues aquellos perseguidos son sus hijos, poner el pecho á las balas por defenderlos, es volverles en abnegación lo que ellos le dieron en respeto y sumisión.

Todos los días vemos al pobre pueblo, la carne de cañón, arrollado por los cosacos del despotismo, mientras sus instigadores salvan la frontera. Todos los días un humilde sube al patíbulo, un infeliz rueda al presidio, y la manada de idiotas es atropellada por el carro del triunfador, mientras el astuto se escurre, el director espiritual se disfraza y el desalmado se encoge de hombros.

Lo que no se ve todos los días es un Príncipe de la Iglesia, de pie junto al altar mayor, excomulgando á la gendarmería, y reclamando para sí la primera bofetada y el primer insulto.

No me gustaba, por el momento, la obra de Martí; hubiera dependido de mí, y el Maestro habría dejado que el pueblo de Aarón peregrinara unos años más en el Desierto, y acabara de sacudir sus vicios de idolatría. Pero admiré siempre la majes-

tad de su apostolado, y lloré sangre cuando la noticia de su martirio llenó de hiel mi corazón, hasta congestionarlo, y golpeó mis sienes, y produjo tormentas de rencor y desesperanzas en las células de mi cerebro.

Desafiar al poderoso; dar el ejemplo cívico á los humildes: poner el pecho al peligro y morir por el ideal: eso no lo hacen más que las almas que tienen fe; los privilegiados, los escogidos.

¡Por la Religión; por la Patria... es enteramente igual!

Miré al fondo del cráter tenebroso
y volví la mirada, indiferente
medí la inmensidad del mar undoso,
y me sentí valiente.
Contra todas las furias del abismo
mi razón resistió, serena y ruda,
pero bajó á mi corazón la duda,
y ya tengo terrores de mí mismo.

De tu prosa fatal no aplaudo nada,
porque nada hay en ella honrado y serio.
Es la lujuria vil, idealizada,
la glorificación del adulterio.
Si retratas la vida en esa prosa;
si es infame la madre, y fementida
la piedad de la hija y de la esposa:
¿qué quedará de noble en esta vida?

No calumniéis

En este país, donde no se concibe el amor desinteresado á la patria y á sus instituciones, y donde cada quisque juzga el corazón ajeno por los raquíticos sentimientos del suyo, es lo más frecuente oir, como comentario á las opiniones del escritor honrado, la insidiosa sospecha de que busca un destino á través de sus censuras, ó disfraza con sus aplausos calculadas adulonerías.

Y es que el nivel moral de los calumniadores está mil codos más abajo de la honradez del patriota; á millares de leguas de la vocación del crítico sereno, que de sí se olvida para pensar en el bien de la comunidad.

Muy ciego sería el periodista que persiguiendo el medro personal, se colocara siempre en la oposición.

En una sociedad donde se cambia de chaqueta todas las mañanas; donde todos los días rectifica su criterio un ilustre y por nuevas vías se encauzan las simpatías de las multitudes; donde se anochece moderado, se amanece *constitucional* y se vuelve á anochecer zayista ó anti-zayista; donde el voto del último analfabeto es causa de enamoramientos, y la pluma de un escritor leído sería muy bien pagada; donde todo es personalismo, negocio, contrato y ganancia, aquí, menos que en ninguna parte, puede sospecharse ambición, en la conducta de quien se niega á toda disciplina y rechaza toda jefatura; sentencia segurísima de proscripción y olvido.

En cualquiera de estos cambios inesperados de la política,

hay oportunidad para ceder la pluma y alquilar la inteligencia. Y eso, que lo saben y lo practican tantas nulidades; eso que, como trillado camino, ni de las masas ignaras es desconocido, no había de olvidarlo el escritor encanecido en la lucha diaria, si por fenómeno de degradación espiritual ó por excesivo amor al bienestar doméstico, llegara á contagiarse de la fiebre de codicias reinante.

Es claro como la luz que nada reclaman para sí los que de la organización de los partidos se apartan; es claro que la clase neutra querrá, si es rica, orden y garantías, si es pobre, progreso y paz; pero no destinos, no lucros, no prebendas. Estaría más cerca de ellas en las filas del sectarismo; podría lograr honores y ganancias, sumándose alguna vez á los triunfadores de ocasión.

Y si tal digo de los que piensan y no hablan; de los que sienten las tristezas de Cuba y no luchan por disiparlas, ¿qué diré de los que suspiran por ideales lejanísimos, se colocan frente al personaje y frente á la turba, y contra lo que se ha dado en llamar el sentimiento nacional, esgrimen el látigo de sus condenaciones, ó prorrumpen en las carcajadas de su desdén?

Creedlo: para ciertos hombres, habría puesto, y no de las últimas filas, en cualquiera de los grupos políticos de esta tierra. A ciertos hombres, los caciques bajarían á recibirles en el descanso de la escalera, les sentarían á su mesa y les sonreirían. Las puertas de los palacios no se abren primero para que entre la avalancha de aduladores, que para dar paso á la majestad del hombre digno, de lo que vale y lo que puede conscientemente seguro.

Luego si al banquete no asisten y á los palacios no suben, es que no quieren; es que les repugna la hipocresía cortesana, y de su humildad y de su independencia están satisfechos.

¡Quítese la gorra la turba ignara, y baje los ojos avergonzada la plebe aduladora: es que la abnegación y el patriotismo pasan, calle abajo, buscando á los modestos y á los honrados, para platicar con ellos acerca del porvenir inseguro de la amada tierra!

¡Pobres sociedades, de bienes y de moral muy pobres, estas sociedades en embrión!

A cada rato la prensa del mundo nos da cuenta de actos solemnes en que una nación honra á un hombre ó enaltece una memoria.

El poeta coronado, el periodista enaltecido; el monumento

que se inaugura, el discurso que se aplaude, la calle que se bautiza con el apellido de un literato, y la casa nativa de un luchador donde se graba la elocuente lápida.

Nakens en la cárcel de Madrid no ha estado ayuno de simpatías, así de republicanos como de monárquicos. Sobre Oscar Wilde, degenerado, la posteridad echa piadoso velo, mientras la literatura evoca su nombre glorioso. El talento fué respetado, aun en sus grandes caídas, en los pueblos cultos.

Ayer, en la Colonia, en la no pocas veces calumniada Colonia, Márquez Sterling derrochaba no igualadas ironías; Múzquiz, Gálvez, Román Leal, Linares, Pérez de Molina, Conte, Campo, Zayas, Gómez, Sanguily, cien y cien periodistas, fustigaban vicios sociales, condenaban actos gubernativos, laboraban por la dignificación del colono y por el vencimiento del cacique, y no se les injuriaba con la sospecha vil de propósitos de medro.

Curros defendiendo á los inmigrantes, Saturnino Martínez organizando á los obreros, Valdés Domínguez reivindicando á los estudiantes, eran para los mismos virreyes, para los explotadores mismos, seres honrados y apóstoles respetables.

Ora, ora, cualquier desgraciado, cualquier indigno, escribe con buena letra un anónimo asqueroso, y lo dirige al escritor honrado; como se arroja un pedazo de estiércol á la marmórea estatua del paseo; eso sí: quedando la mano del insultador impregnada de la hedionda escoria, que limpiará en sus propias ropas, más limpias seguramente que sus conciencias.

Yo no sé que hayamos levantado un monumento á la memoria de poetas y literatos, de los luchadores valientes de la pluma, creadores ellos de aquellas generaciones que por la libertad se sacrificaron; yo no sé que en ningún día del año se evoquen con recogimiento y se pronuncien con amor, nombres que aureoló la fe, de escritores que emigraron, murieron en el patíbulo, arrastraron la cadena del presidiario, ó en la horrible miseria del hogar horrible expiraron solos y á obscuras. Pero yo sé que hoy no se concibe el desinterés del periodista, el amor sincero á Cuba y el culto al ideal. Y yo sé que por los buzones de la República cruza el anónimo vil; que no son analfabetos los insultadores, y que parte del estiércol arrojado á la estatua, en los dedos y en las ropas del anonimista queda.

Y sigo teniendo piedad de estas sociedades en embrión, á veces fetos informes, incapacitados para vivir.

Por la región

Los vueltabajeros aman mucho la región de las palmas y los pinos. Puede ser que el cunerismo y el caudillaje, y esas otras plagas sociales que de la ignorancia se derivan. desaparezcan de Vuelta Abajo antes que de otras comarcas de la patria.

Háceme concebir la consoladora esperanza, el hecho de que todavía, no obstante la honda perturbación que la política del personalismo ha llevado al fondo de las aulas, todavía Pinar del Río aparece en la estadística escolar con cifras más halagüeñas que sus hermanas.

No desperdicia ocasión de consignar sus éxitos, quien profesa verdadero culto al solar nativo.

La enseñanza oficial sufre hoy una crisis dolorosa. La matrícula de las escuelas primarias ha decrecido progresivamente en los últimos años. Ya me duele la mano de hacer cuentas y estados comparativos para la prensa, demostrando cómo estamos dejando caer el hermoso edificio escolar. Pero en Vuelta Abajo siempre hay buena matrícula, buena asistencia y maestros buenos.

Los occidentales son los niñitos más amantes de la escuela, menos gravosos al Estado. Y tal vez los menos protegidos y considerados, como sus padres son los ciudadanos que menos pesan en la balanza nacional.

Dada su afición al estudio, si reformas necesarísimas del sistema respondieran á sus esfuerzos, ¿el caudillaje y el cunerismo,

el servilismo y la ingratitud, no desaparecerían, para dejar paso á la resolución cívica, y al santo amor de lo bello y de lo justo?

....

Los vueltabajeros queremos mucho á la región de las palmas y los pinos. Un día, la amistad bondadosa, ó cándida, excitó las vanidades patrióticas de un hombre, y despertó de súbito en su mente sueños de gloria.

Venciendo la resistencia de los viejos hábitos de humildad, y cediendo á las solicitaciones de un gran cerebro, honra de Cuba, el oscuro pinareño se lanzó á la candente arena de la política militante.

Flaqueó la amistad, desertaron los auxiliares, triunfó el caudillaje. De la misma masa de afines surgió la serpiente de la traición, y una vergüenza no buscada tiñó la faz de un hombre honrado.

Pero, desde entonces—júrolo—creció el sentimiento de la piedad filial en el corazón sin mácula, y duplicáronse los esfuerzos del escritor por recabar para la región natal el respeto público, la protección del Poder Central, y toda la posible grandeza de sus elementos representativos.

Pinar del Río no podrá ya sacarme de esta modesta posición tan en armonía con mis sentimientos y aptitudes, porque yo no daré otro paso en falso en los últimos días de la existencia; pero yo gozaré siempre con sus éxitos, compartiré sus tristezas, y haré labor de titán por curar sus amargas desesperanzas.

Yo me holgaré cada vez que la estadística oficial me diga: tu región ha ofrecido en este trimestre aumento de matrícula escolar; tus hermanitos vueltabajeros han asistido á las escuelas con más puntualidad que los del resto de la nación; cuando me recuerde que no son pinareños los grandes criminales, ni se han desarrollado en torno de la Cordillera de los Organos las espeluznantes escenas que registra la crónica judicial; cuando me diga que no tienen nada que temer de los vueltabajeros las instituciones y la paz de mi patria.

Caudillaje, cunerismo: no seréis dogmas permanentes en la región de las palmas y los pinos.

Yo anhelo que ella, siempre en primera línea en las estadísticas escolares, voluntad que se rebela contra la inferioridad, organismo que lucha por el pan de la vida y la depuración del alma, y se agita y forcejea para sacudir el peso de inveteradas

tristezas, triunfe al cabo; siquiera cuando esta generación que ahora lee el libro de Borrero, la *Instrucción Cívica* de Montoro y la historia cubana de Vidal Morales, pueda llegar á los comicios á depositar su voto, que significará conciencia, meditación, patriotismo, fe. No me arranquéis esa esperanza: realidades groseras de la vida!

¡Es tan dulce convertir lo que pudiera ser queja contra la patria, en sincerísimos votos de ventura! ¡Es tan sabroso devolver á la región amada, al suelo natal, aunque en él no se nos haya querido mucho, en forma de vítores y plácemes, sus caricias y amores, el beso de sus brisas, la luz de su cielo, el murmullo de sus ríos y el aroma de sus flores...!

Te amarán, no lo dudo, eres hermosa,
y tú te rendirás á otro cariño;
pero sábelo, ingrata, aunque me duela
humillar mi altivez á tus desvíos:
ninguno te amará tan ciegamente
como yo, despreciado, te he querido.
Y es que pasiones que creó el infierno,
resisten al ultraje y al martirio,
y llega el infeliz que las alienta,
á perder el concepto de sí mismo.

De una biografía

He leído, sobre la firma de Ricardo Blasco, que el Presidente de la República Francesa, Armando L. Falliéres, es hijo de un humilde curial provinciano—algo así como nuestros jueces y secretarios municipales—y nieto de un más humilde herrero.

En las Repúblicas, cuando pasa la fiebre bélica de los libertadores, y vuelven las aguas á su nivel, esos casos se repiten.

Y no es que Mr. Falliéres naciera por accidente en una casita de Mezin, Departamento de Lot y Garona, y fuera llevado desde niño á otros centros de mayor cultura, iniciado en las ambiciones de la vida capitaleña y preparado desde los primeros pasos para escalar las altas cumbres de la ciencia. No es que un azar repentino en la fortuna de sus padres, ó un rapto de audacia durante las contiendas civiles, le facilitaran los caminos y le conquistaran la popularidad. No es ni siquiera que su mérito se haya abierto paso á la sombra de las instituciones democráticas, porque la mitad de su vida se desenvolvió entre las decadencias del último imperio napoleónico.

Su pueblecillo natal tiene tres mil habitantes, menos de la mitad que el mío. Su situación, en el fondo de Gascuña, lejos del gran cerebro de Europa, no era la más á propósito para poner á la joven inteligencia en directo contacto con la vida intelectual de su siglo.

Estudió primeras letras en la escuelita de su pueblo, como el noventa por ciento de los cubanos que sabemos leer. Se hizo

bachiller en el Instituto de Angulema, y abogado en París; tornó al solar nativo, y abrió bufete para defender litigios de aldeanos. Unas cuantas oraciones forenses, y se le elige Consejero General. Luego es Alcalde. Y á los treinta y seis años de edad, su región natal le hace Diputado, y ya no vuelve ningún cunero, advenedizo ninguno, á disputarle la representación de sus paisanos, con cuyo honrado cariño cuenta.

¿Sabéis lo que ha hecho él para merecer esa confianza? Pues, primero, ser gascón antes que francés; es decir, haber nacido cerca de Nérac. Segundo, haber sido republicano desde el comienzo de su vida pública, inclusive rompiendo con sus parientes y amigos por defender la libertad de su pueblo. Tercero, haber cultivado su gran talento. Cuarto, no haber cometido jamás una indignidad, sufrido una cobardía, avergonzádose de su origen, ni desatendido las necesidades y clamores de su región.

Bajo la Monarquía se hizo hombre; bajo la República se hizo grande. El imperio no le estorbó, y la democracia le enaltece: nada más natural.

Desde que París le conoció, sus éxitos no han tenido tregua: Subsecretario de Gobernación y Cultos, Ministro de Justicia é Instrucción Pública, Presidente del Consejo, Presidente del Senado; ahora Primer Magistrado de la cultísima, de la heroica nación francesa. ¡Qué gloria para la pequeña aldea gascona de Mezin, qué triunfo del talento, qué honor de las instituciones republicanas, qué gran ejemplo para los pueblos!

En la intimidad, Falliéres es un hombre afable y sencillo. Su pasión, sus viñas. Su deleite, cazar y pescar en la región nativa. Su palacio de *Loupillón*, un *Chateau* modesto, mal amueblado, donde discurre con los obreros y campesinos de las cercanías. No emplea el dinero del Estado en apuestas de automóviles, viajes rumbosos por el extranjero, ni alardes de lujo. El cree que lo que él cobra, al país debe volver. Y reparte una porción entre los necesitados y destina otra á la agricultura, en que emplea á muchos trabajadores. Cuando las vacaciones del Senado le dejaban tres días libres, á Loupillón se iba, á cuidar sus viñedos, á recorrer sus prados, á charlar con los sencillos.

Así hacía Posada Herrera, y eso que no era republicano. Placíale más oir las cuitas de los pescadores de Llanes, y admirar las virtudes de sus pescadorcitas, que intrigar en los círculos políticos y doblar la espina dorsal en los salones del Real de Madrid.

Cuando Falliéres llegó al Eliseo, no por eso olvidó á su padre, curial, á su abuelo, herrero, á sus condiscípulos, labriegos; su vieja casita de Mezin ni los dulces recuerdos de su Departamento de Lot y Garona.

Leyendo estos datos biográficos, simpáticos, atrayentes, conmovedores, he pensado que para ser Presidente, Ministro ó Diputado, son indispensables tres cosas: talento, mucho talento; probidad, mucha probidad; sencillez, mucha sencillez.

Pero he pensado también que eso no basta, si quien más obligado está á conocer y amar á sus hijos, les abandona.

Trabajo habría costado á Falliéres, abogado de Nérac, representar á Marsella; trabajo habría costado al castellano de Loupillón, conquistar los votos del Barrio Latino, sin el empujoncito de sus paisanos y condiscípulos. Si cuando en 1876, los vecinos de Nérac presentaron la candidatura de su Alcalde, le hubieran sacrificado á la vanidad de un militarote venido de Metz ó Sedán, con más cintajos que gloria, ó á la codicia de algún *politicien* de Versalles ó del Barrio de la Opera, creedme: no sería un gascón vecino de los Pirineos, hijo de curial y nieto de herrero, el jefe glorioso de la nación de Hugo, Thiers y Gambetta.

Ya sé yo que estas biografías se leen hoy y se traducen después de una década de experiencias dolorosas. Ya sé que en Cuba no ha pasado la fiebre bélica, ni han vuelto á su nivel las aguas de la justicia.

Pero para mañana, para dentro de seis, de diez años, os lo advierto, *Turanios* de esta novísima Caldea: es humillante y torpe, esperar que todas las grandezas, todos los adelantos y todos los honores, os los traiga el mitológico *Oanes* desde lueñas tierras; es estúpido adormecer las propias energías, en espera de la noche en que desembarque por el Golfo Pérsico el personaje, os deje un progreso, á manera de piadosa dádiva, y os vuelva la espalda, temeroso de familiarizarse con vuestros hábitos y sentimientos.

También crecen virtudes en el seno de la vida provinciana, como en los grandes centros de la cultura nacional; también nacen humildes y mueren olvidados, talentos y probidades, en esas vastas campiñas «donde la majagua crece».

Para oligarquías de derecho divino y admiración idolátrica á *Oanes* deleznables, no valía la pena de haber luchado, de haber sufrido, de haber hecho tanto por derrocar vetustos régimenes y enaltecer la propia personalidad.

Pedagogía reformatoria

Ha de haber más de ciencia y de moral en el sistema educacional de la nación.

Un malogrado filósofo francés, M. Guyau, cuya obra póstuma, *La educación y la herencia*, he consultado en estos días, opina que ese sistema debe ayudar eficazmente á la ley de herencia, en cuanto ella tienda á crear en el seno de la raza superioridades duraderas, y combatir cuanto tienda á acumular las causas destructoras de la raza misma, experimentando hábilmente sobre el organismo nervioso de los muchachos para conocer el motivo generador de sus desequilibrios.

En las escuelas públicas, y más particularmente las que tienen la misión de corregir esos desequilibrios, el estudio científico de jóvenes almas se impone como necesidad suprema. La sugestión debe ser empleada como agente terapéutico para resolver enfermedades mentales incipientes, sustituyendo el neurosismo nocivo de que los chicos resultan aquejados, por un neurosismo dulce y bueno.

La sugestión, á juicio de eminentes sociólogos, y á virtud de repetidas experiencias, puede variar el carácter, inclinaciones y gustos del individuo, cuando ella es científicamente aplicada.

Yo entiendo que nuestro profesorado no está todavía en posesión de los poderosos recursos que semejante obra reclama; y afirmo que no se ha intentado nada sugestivo para encauzar las aficiones de los muchachos recluídos en nuestros reformatorios,

limitándose toda la acción del Estado á la represión dura, la frase acre que envenena y el odioso castigo corporal, el peor enemigo del honor y de la conciencia del castigado.

Lo mismo en la escuela que en el hogar, el razonamiento hace más que el castigo. El uno conmueve, el otro irrita. El uno desarma, el otro subleva.

Cuando yo oigo decir á un maestro que no puede dominar á un niño de corta edad sino á mojicones, no admito la irascibilidad del niño, proclamo la incompetencia del mentor. Cuando sé que en el Correccional se reparten palizas, reconozco la ineficacia del sistema vigente y aseguro la inhabilidad de los encargados de aplicarlo.

El castigo corporal no debe sobresalir entre los medios educativos, ni siquiera entre los recursos de corrección. El miedo cobarde y el rencor salvaje, no son los mejores agentes de sumisión. El perro más sufrido, un día muerde, y la fiera domesticada se acuerda alguna vez de los bosques nativos.

Otros son los sentimientos que deben mover la voluntad del sér racional.

La cólera brutal del maestro hará, por acción refleja, un brutal colérico del tierno educando. Todo será cuestión de tiempo y oportunidad.

Una paliza, administrada en nombre de la justicia, duele menos á la humanidad que un bofetón injusto aplicado por la violencia al rostro de un niño. Una paliza, descargada con brutal cólera en represión de un leve desliz, repercute en el alma de toda la colectividad.

La condición de víctima da fuerzas al atropellado para considerar á su agresor, no como á padre ó maestro, sino como á verdugo.

El castigo continuado crea el hábito de recibirlo. El carácter habrá variado radicalmente; la vergüenza se habrá perdido; el fin moral será imposible.

El muchacho que se acostumbra á ser castigado, pecará indefinidamente. No es el dolor de las carnes lo que representa el castigo: los muchachos se golpean diariamente unos á otros, y después ríen. Es el recuerdo de la reprensión el que ha de obrar sobre las determinaciones futuras.

Si adjudicamos las escuelas públicas á burócratas, y ponemos el sistema correccional en manos de capataces, habremos elevado

á institución pedagógica el mojicón y el vapuleo, y el carácter moral de la enseñanza se habrá falseado.

Son sociólogos, educadores eminentes, filósofos y moralistas, los que han de implantar el nuevo régimen reformatorio en las escuelas de la República. Hay que reformar más con el ejemplo que con la palabra.

El ejemplo tiene una poderosa fuerza psicomotriz, que debe ser utilizada por el educador. No es cuestión de teorías abstractas, sino de prácticas de virtud, la obra educacional.

Y luego, la comunidad de vida, el acercamiento constante del muchacho á un padre muy moral, á un superior muy virtuoso, producirán en él sugestiones benignas, duraderas tanto como la existencia.

El espíritu de imitación de pueblo á pueblo y de individuo á individuo, es un fenómeno incontrovertible.

Una rígida selección se necesita en el personal docente, bajo el punto de vista de los hábitos morales, para que esa saludable reacción se realice. Hay que fijar la mirada en ideales más altos que la mísera conservación de un puesto retribuído; que sacrificar vanidades y codicias á la obra grandiosa de regenerar las costumbres públicas y preparar para la libertad á las generaciones que llegan. Si no se siente uno capaz de acometer la magna empresa, no engañe á su patria, ni perjudique á su raza, ni envenene á la juventud. La responsabilidad es tremenda. Un pueblo se desmoraliza y una raza se deforma, cuando no se la defiende y educa: así descendieron en la escala de la civilización Judea y Roma, Grecia y Cartago; así ascienden á empuñar el cetro del mundo, agregados étnicos de reciente organización.

La religión y la moral, constituyentes del principio educacional, andan juntas por la tierra. Cuando se alejen un tanto, habrá sufragio universal, y telegrafía sin hilos, y automóviles, y rotativos; pero no genios como en la Grecia antigua, ni artistas y literatos como en el siglo de oro: habrá Bajo Imperio en Francia, cantones en España, estancamiento de la civilización en Oriente, y tiranías disfrazadas de Repúblicas en Sur América; nada grande, perdurable, imperecedero, divino.

***

Todo asilo es corruptor. Toda reunión de jovenzuelos de distintas edades, es un peligro social. Aproximaciones considerables de individuos, insanas para el espíritu y para el cuerpo; reglas estrechas, imposiciones duras, matan los anhelos de la voluntad y las armonías de la imaginación.

Un rebaño enchiquerado es campo propicio á la depravación de los instintos. El desarreglo fatal de las facultades genésicas, es el más serio mal de nuestro sistema de corrección. Aterroriza considerar el perjuicio que causará á la familia cubana ese desarreglo.

La depravación moral no es condición instintiva, las más de las veces: es resultado de la enseñanza, del hábito y del ejemplo. Cada individuo—dice Guyau—deprava ó desmoraliza su posteridad, como él ha sido moralizado, ó pervertido por sus antepasados.

Esto sentado, diríjase la mirada al porvenir; represéntese la sociedad cubana de veinte años, de diez años más tarde, cuando los mil quinientos chiquillos que han pasado por la Escuela Correccional, estén confundidos con el resto de la población; escudríñese en el fondo de las costumbres futuras, y se sentirá el ánimo aterrado ó dolorido.

Antes del desenvolvimiento intelectual, antes del físico, debe procurarse el desenvolvimiento moral de las generaciones cubanas. Y ningún método se emplea aquí para regenerar al niño de la escuela pública, ni menos del Correccional.

La renuncia de toda creencia espiritual, que es la endemia reinante, se ha llevado como dogma de civismo á la educación. Y es un crimen poner un niño enfrente del horrible espectro de la duda.

Guyau, que no era ortodoxo, que escribió *La irreligión del porvenir*, y penetró con su escalpelo en el fondo de las religiones positivas, á fuer de honrado dijo: «no podemos admitir que se deba declarar guerra á las religiones en la enseñanza, porque ellas tienen su utilidad grandísima en el actual estado del espíritu humano».

Y como si previera las resoluciones de sus paisanos Combes y Clemenceau, pocos años después, y el tiránico influjo de la Masonería francesa allá, y sus serviles imitaciones acá, añadió: «ellas, las religiones, constituyen uno de los elementos que impiden al edificio social deshacerse; y no hay por qué despreciar á

ningún elemento de unión, ante la tendencia individualista y anárquica de nuestra democracia».

Ya en Cuba se ha dicho que es preciso llegar á impedir la enseñanza clerical en establecimientos particulares. Y eso que los más de nuestros personajes estudiaron en Belén ó los Escolapios, y ahora mandan sus hijos á colegios católicos ó metodistas de los Estados Unidos.

Nuestros legistas dejan el laicismo exagerado para los pobres de las aldeas y los recluídos del Reformatorio. Los hijos suyos, de manos de curas reciben el pan de la vida. Y dicen que eso es equidad y pedagogía.

Renán adquirió sus primeros conocimientos en una escuela católica establecida en el pueblo bretón de su nacimiento. «Se respiraba en aquella casa un perfume de virtud», escribía él años después.

¿De dónde nos han salido estos pujos de irreverencia, á nosotros, los cándidos, los hospitalarios, los buenos, los que hemos temido pecar siempre, y hemos tenido piedad de todo?

El fanatismo anti-religioso encierra tantos peligros como el fanatismo clerical. Huyendo prudentemente de ambos, educaremos bien á nuestros hijos.

El Estado cubano hace algo por instruir: nada por educar. Sus pretensos pedagogos se cuidan más del libro que de las modificaciones del carácter.

Ahí la Escuela Correccional. En ella, el amor al trabajo sería el éxito. La ocupacion manual, ordenada, en determinada cantidad diaria, es un poderoso elemento educativo. El muchacho que aprende un oficio podrá ganarse honradamente la vida cuando esté libre. El ejercicio muscular contribuye al desarrollo de las facultades intelectuales, físicas y estéticas. Desordenado, sin método, excesivo como el trabajo de un jornalero, prepara á los niños para groseros y no les deja tiempo para formar su *yo* moral.

La reforma de la raza, su salud y su vigor, han de ser objetivos capitales de la educación nacional.

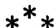
Un asilo reformatorio no es un presidio de condenados á cadena perpetua: es el purgatorio de pequeños pecadores, cuando más; es hospital de jóvenes desequilibrados; ante todo y sobre todo es una escuela. Y las escuelas no se rigen más que por estos dos principios: ciencia y moral.

Sepan nuestros educadores que toda acción es provocada por un estímulo. Las sensaciones se producen á virtud de un choque exterior. Se exasperan ó se dulcifican á influjos del medio ambiente. El hábito es la regla de la vida. La conciencia es el grito del alma en presencia de peligros que presiente y teme. Cuando no se cree, no hay temor á nada. No temer á nada ni á nadie, y ser bueno por convicción ó por cálculo, es cosa superior á las facultades de esos neuróticos chiquillos de la Escuela Correccional.

La educación debe presentar á vista del niño las ideas más universales, ofrecer los casos típicos, los modelos normales de su raza y de su especie, para despertar en él propósitos de emulación.

Sin la fe en lo ultraterreno, sin ejemplos de normalidad que imitar, sin estímulos interesados que le inclinen al trabajo, ni esperanzas de recompensas que modifiquen sus costumbres, ¿cómo pedirle abnegaciones que los cerebros debidamente conformados no serían capaces de realizar?

El Estado tiene el deber de reformar el sistema correccional, para salvar seres del presidio y prevenir contra el contagio del vicio á la sociedad cubana del porvenir.



Sí; el contagio del crimen es tan axiomático como la extensión de la luz en los espacios. Si en el seno de la sociedad la sugestión se produce de manera rápida, cuando la crónica escandalosa vocifera y desmenuza los detalles de hechos salvajes; si hay épocas de secuestros, y violaciones, y temporadas de suicidios y raptos, en que á un hecho repugnante sucede otro más repugnante; si es notorio que cuando aparecen la viruela y el cólera, en distintas localidades se repiten casos, así se producen análogos fenómenos de perversión moral en determinados períodos de la vida nacional, merced al vehículo de la publicidad.

Y con mayor razón se realiza el contagio del vicio en esos barracones de muchachos pecadores, donde comen, duermen y juegan, juntos, depravados impenitentes y simples desequilibrados, locos y traviesos, caracteres casi podridos y voluntades apenas torcidas.

Hay que separar debidamente del cesto de la podredumbre, manzanas que sólo tienen daño en la corteza. Mucha entereza, mucha perspicacia y gran dosis de fe ha de tener quien asuma el difícil cargo de curar á los pequeños desequilibrados.

Personas que ejercen evidente autoridad moral en el concepto público, débenlo principalmente á la intensidad de sus creencias. Los que en nada creen, fuera de los groseros prosaísmos de la vida, mal pueden dirigir bien la conciencia ajena.

Elevar á un humilde en el concepto de los demás y en su propio concepto, es elevarle realmente. Tratar como á un criminal á un predispuesto al crimen, es lo mismo que impulsarle á cometerlo. No se debe encariñar al niño con la idea de que es malo. Admitir el vicio equivale á producirlo. La estimación manifestada públicamente es un gran medio de corrección. La dulzura de la frase es eficaz instrumento educacional.

Proclamar incorregible la maldad de un muchacho, es calumniar los sentimientos del sér humano. En la cárcel y en el presidio hay condenados sobre los cuales no tiene nunca que descargar golpes el cabo de vara.

Los niños aman la firmeza del carácter, aun cuando contra ellos se ejercite. La debilidad destruye la noción del respeto. El niño admira la fuerza física y sueña con poseerla. Pero admira también la fuerza moral y se rinde al imperio de una recta voluntad.

Hagamos que los pequeños reclusos sueñen también con adquirir esa gran fuerza que regula los actos conscientes: la convicción del bien.

Renán ha dicho que lo que se llama indulgencia no es, generalmente, más que justicia. Ser indulgente con las pequeñas faltas de los muchachos, es hacer justicia á los ímpetus de la edad y reconocer los extravíos de la educación.

Organizar talleres, reglamentar el ejercicio corporal y educar las potencias espirituales, será salvar parte importante del tesoro de juventud de la patria.

Oigamos á Guyau:

«Qué ruido el ruido de los piececitos del niño. Es el ruido ligero de las generaciones que llegan. Acaso nosotros mismos decidimos del porvenir, por la manera como educamos á las generaciones nuevas.»

El obrerismo en Cuba

I

Escudriñando con mirada serena de observador en el fondo de las agitaciones obreras que, á intervalos, se producen en nuestro país,—huelga de tabaqueros del *Trust*, de los estibadores de bahía, mitins de protesta contra el proyecto de Inmigración—recibiendo en el oído, libre de prejuicios, y en el corazón, ajeno de pasiones, ecos de indignación, frases de discursos, interjecciones de ira, palpitaciones del alma popular, descontenta y recelosa. fuerza es estudiar el problema por fase distinta, de la que se ofrece á las conveniencias de clase, al desarrollo de intereses mercantiles, lesionados, y á la normalidad de la vida social, sensiblemente perturbada.

Desde que el obrero cubano ha elevado su nivel intelectual y moral por la educación, siquiera sea ella superficial; desde que ha tenido discernimiento para apreciar todas los inconveniencias y la injusticia del endiosamiento de las nulidades, resulta pueril exigirle una resignación evangélica con su estado de inferioridad y un exceso de patriotismo sano, una heroicidad sobrenatural, de que no se sienten capaces las clases más elevadas de la sociedad.

El obrero no es aquí el liberto recién emancipado, que lleva en la mente todas las tristes remembranzas del cautiverio y en el corazón todas las sombrías ansias de una justa venganza; no es

el siervo de la gleba arrojando sus cadenas al rostro del feudalismo vencido, derribando á golpes de puño la Bastilla y estremeciendo á las caducas monarquías con el estridente ruido de sus carcajadas, lanzadas desde lo alto de la guillotina, puesta la planta sobre la ensangrentada cabeza de un rey infeliz; no son nuestros obreros los detritus de la vieja Europa, impulsados á través del océano por el hambre y el crimen; entregando á las llamas la ciudad de Chicago, sembrando en New Orleans el terror, regando el contagio de la locura en la democrática nación americana y haciendo sucumbir bajo sus accesos al honrado Garfield, al ilustre MacKinley, muy más dignos del respeto de los proletarios que el Czar de las Rusias y el Sultán de las Turquías; ni siquiera son ellos los mineros de Francia, los tejedores de Silesia, los canteros de Austria, los pescadores de Sicilia, eternas víctimas de la miseria, huérfanos eternos del derecho, con todas las tristezas de una inferioridad hereditaria en el recuerdo y ante la vista todas las negruras de un porvenir sin auroras ni esperanzas, embrutecidos en la bodega, sofocados por el *grisú* en la excavación, semidesnudos siempre, menospreciados siempre por la nobleza, temidos por los gobiernos y atropellados por la fuerza pública.

Los obreros cubanos, en su inmensa mayoría, son nobles y buenos, laboriosos y honrados, porque á serlo les inclinan la raza á que pertenecen, el ambiente en que se han criado, la dulce y tibia tierra en que viven.

Ellos son los inmigrantes de las provincias peninsulares, los hijos de los humildes labriegos del norte de España, que llegan á Cuba en la suave primavera de la vida, sin odios de castas, en toda la virginidad de pasiones de la adolescencia, á confundirse con la población nativa en el disfrute de las más sencillas y democráticas costumbres; los que huyendo á la ley de quintas y á la desesperante monotonía de la misérrima vida de la aldea, con su alimentación deficiente, su pobre indumentaria, su ausencia de toda satisfacción espiritual y de todo engrandecimiento para el alma, surcaron el océano, dejando en la tierra natal las flores de la inocencia, el encanto del hogar, los besos del padre, las acerbas lágrimas de la madre amorosa, corazón de paloma envuelto en tosco sayal de estameña, y vinieron á sufrir ultrajes tras el mostrador y humillaciones en el taller, á cambio de una modesta posición, la de industrial ó detallista, á cambio de una san-

ta esperanza, la de retornar al patrio suelo para recoger allí el último suspiro de sus mayores, la de traer un día á la amada viejecita, para que pudiera pasar las últimas horas de la caduquez en el nuevo hogar y morir tranquila entre los cuidados de la nueva hija y las caricias de los traviesos nietecitos.

Los otros obreros somos nosotros, los hijos y los hermanos de esos inmigrantes, los que de ellos heredamos mansedumbre y caridad, resignación y laboriosidad, amor al hogar y culto á la virtud; los nativos de esta tierra edénica, donde ni los irracionales hacen daño, en cuyos bosques no hay fieras, ni plantas venenosas en sus jardines, ni nevadas en sus inviernos; donde todo, vegetación exuberante, airecillo fecundador, limpidez del cielo, poesía de las noches de luna, rumor de cañaverales y armonías sin fin de la naturaleza, convidan al hombre á sentir y á la mujer á amar, graban en las costumbres el sello de la ternura, llevan al corazón los encantos del afecto y pueblan la imaginación de ensueños y de esperanzas.

Los que de Iberia no descienden, los obreros de la raza africana, esos son los hijos de nuestros antiguos esclavos, de nuestros caleseros y criados de mano, de aquellos viejos leales que, después de ser consejeros y acompañantes de nuestros padres en las aventuras de la juventud, nos durmieron sobre sus rodillas, nos acompañaron hasta las puertas de la escuela, participaron de nuestros juegos, rieron de nuestras travesuras; de aquellas negras cariñosas y fieles, que pusieron á media ración, á ellos, los hijos de sus entrañas, para amamantar á sus pechos á los hijos de la aristocracia cubana; que nos amaron tanto como nuestras madres, y tuvieron para sus amos un manantial inagotable de respeto y de ternura.

Unos y otros, los blancos como los prietos, los nacidos aquí como los nacidos allá, ni por temperamento, ni por educación, ni por agravios profundos de superioridad, podremos dejar de ser tranquilos y confiados, generosos y buenos, pese á las malas artes de la política, á la absorbente conducta de los *Trusts* de la industria, á las resistencias desordenadas del capital, y á la nefanda labor de media docena de perturbadores, que, confundiendo al obrero cubano con los detritus de la vieja Europa, y nuestras dulces costumbres con el vaho de las bodegas y las tristezas de la vida minera, empéñanse en encontrar Czogolzs y Angiolillos y Malatestas, donde no existen más que razonadas quejas, aspira-

ciones naturales de mejoramiento, sin nada de odio ni de venganza, que son plantas exóticas en estos jardines tropicales de benigna vegetación, que son sierpes venenosas que no viven bajo los rayos de este sol fecundizante, ni al soplo de este airecillo embalsamado, que predispone al perdón y al olvido, que prepara las almas para la lucha del progreso, despojándolas de cuanto puede haber en ellas de instinto de fieras y obcecación de irracionales.

II

El trabajador cubano se ilustra cada día más.

Ya, bajo la Colonia, era uno de los obreros más educados del mundo. En contacto constante con el resto de la población, no habiendo para él paseos reservados, espectáculos prohibidos, lecturas vedadas; abiertas para él las puertas de Sociedades y Academias, las perspectivas del trabajo y los horizontes de la perfección moral, no le alcanzó jamás la condenación de las clases enriquecidas por el comercio, ennoblecidas por el linaje, dignificadas por el talento.

Como capa social, no fué la inferioridad su característica.

De aquel estado de las relaciones sociales proviene el estado actual de imperio democrático y fácil acceso á todos los puestos públicos. Del taller pasa el ciudadano á la oficina, del banco de la carpintería á la dirección técnica de la enseñanza ó al encauzamiento de la opinión pública; de una Tenencia de Partido á la escuela y de la escuela á la Presidencia de la República; y ello sin transición violenta, sin alarmas ni protestas.

Ni por el traje, ni por los hábitos, ni por los gustos científicos ó artísticos, se distinguen el linajudo y el plebeyo, el proletario y el patrono, el que ostenta un título académico y el que lleva en la diestra las callosidades que produce la herramienta.

Con la República, el nivel intelectual del obrero ha ascendido considerablemente. La enorme circulación de la prensa, numerosa en cantidad de factores y generalmente bien inspirada, facilita la difusión de la cultura.

El obrero conoce al dedillo la historia del país en que vive, aprecia todos los fenómenos políticos que á su alrededor se desa-

rrollan, se da exacta cuenta de la mala inversión de las rentas, públicas, á costa de sus esfuerzos amasadas; estudia, compara, discierne: eso es todo; de ahí las sacudidas periódicas del obrerismo.

Sus huelgas y protestas no tienen otro origen que la convicción en que vive de que sólo le alcanza pequeñísima porción de los beneficios de la Revolución, porque si trabaja tanto como en los tiempos coloniales, el ahorro le resulta más difícil porque la vidá es triplemente costosa.

Él ha perdido la esperanza de labrarse un asilo para la vejez y abrir porvenir para sus hijos por medio del trabajo del taller, como hicieron los Murias, los López, los Rabell, los Estanillo; esos centenares de hombres laboriosos, activos, emprendedores, inteligentes que no necesitaron de las intrigas de la política ni de los fraudes de las Aduanas, para conquistarse lauros y comodidades, las consideraciones de la sociedad cubana, el respeto y la estima de las nuevas generaciones.

Siente el obrero cubano la desilusión anticipada del vencimiento, en presencia del imperio arrollador de los *trusts* extranjeros, adueñados ya de la industria local; entristécese viendo cómo los nuevos gobernantes, á la par que abren las puertas de la patria á los artefactos de la mecánica extranjera, á los sobrantes de la producción manufacturera de otros países, ahogan con impuestos y multas á la industria nacional, cobran igual exacción á la botella de cerveza que á la de agua medicinal, y al rico tabaco de la lujosa marca que al que elabora en su domicilio el artesano sin trabajo, ó la viuda infeliz, encarecen la vida, matan las iniciativas nacionales para sostener un parasitismo fatal y atender á ridículos dispendios, y jamás vuelven el rostro hacia los pobres trabajadores cubanos, como no sea para ordenar cargas de la Guardia Rural ó acusarlos de defraudación ante los Jueces Correccionales.

Saben nuestros obreros que á ellos, como tales, de la libertad civil, de la implantación del régimen republicano, apenas si les resultan otras ventajas que las de poder gritar en la plaza pública el día del mitin, y poner una banderita tricolor en la ventanilla del mísero bohío, de ese bohío sin higiene ni luz, por el cual ellos siguen pagando desproporcionada renta, porque de los veintidós millones de pesos que se recaudan, no se destina nada á viviendas para trabajadores, á barrios de estructura moderna

para residencia de los que son fuente de la riqueza pública y nervio de la vida nacional.

No se dictan leyes que garanticen su derecho como clase social, que les amparen contra los accidentes del trabajo; no se crean instituciones que en los últimos días de la caduquez les pongan á cubierto de las desesperaciones del hambre.

Cuando el obrero no pueda trabajar, pedirá limosna de puerta en puerta. Cuando no pueda pedirla, morirá atenaceado por las chinches en un hospital, en la misma sala de los vagos y los borrachos, que los rateros y los crapulosos que fueron carga de la sociedad y descrédito de la familia, mientras él luchaba, abnegado, por ser honor de la raza y sostén de la patria.

Una colectividad donde hace presa la desesperanza, es elemento propicio para ciertas propagandas, dúctil para ciertos estímulos, fácil á determinados arrebatos, cuyo origen es preciso buscar, más que en los accidentes de la superficie, en el fondo mismo de su organización, en las verdaderas fuentes de su malestar.

El obrero cubano sabe que él es de la madera misma de que se hicieron ayer Generales y se hacen hoy caciques.

Cierto de la mediocridad de su cultura, no se siente avergonzado de ella en presencia de la cultura de ciertos legisladores y estadistas. Y de comparación semejante resultan deducciones poco tranquilizadoras para el crédito de unas instituciones, donde no es la justicia lo que impera, ni el mérito lo que priva, sino el favoritismo y la osadía.

Cuando él presencia una sesión legislativa, que no se parece en nada á aquellas otras cuyos extractos ha leído en libros y periódicos; cuando ve elevados á la cumbre del Poder á convecinos que él conoce íntimamente, de cuyas deficiencias morales se ha hecho lenguas muchas veces; cuando comprende que fuera del taller están las perspectivas de la comodidad, que vale más ser Ordenanza ó Vigilante que obrero; que los que huelgan arrastran coches y los que sudan mueren de anemia, porque la vida del pobre es más cara en Cuba que en todas partes y la del parásito de las oficinas más sabrosa que en parte alguna; entonces él, que también aspira y ambiciona, y tiene derecho á la vida, ó arroja las herramientas para entregarse á las intrigas de la politiquilla, ó interrumpe el tráfico comercial de los muelles, no importa valiéndose de qué pretextos absurdos.

Que de sus primeros golpes se resienten los derechos legítimos del capital, no importa: es el elemento que está más próximo, en contacto más directo con él.

Su malestar es más hondo; sus dolores nacen de la impotencia de su situación, de la pérdida de toda fe en el mañana, de la desigualdad irritante del destino, mediante la cual no se le esclaviza á él sino que se endiosan los que de él se avergüenzan y olvidan.

No fuera nuestro proletario hijo de razas humildes y buenas; no viviera él en esta tierra tibia, donde aire, luz, cielo, vegetación, paisajes y armonías predisponen á la ternura y el amor, y vientos de tempestad sacudirían instituciones y organización civil, falaces como los espejismos de la tarde, movedizas como el castillo de arena que levantan las manos del niño inocente en la proximidad de las olas encrespadas.

No pretendas que me ría
en el carnaval grosero
en donde gasta el dinero
caretas de hipocresía.
Averiada mercancía
envuelta en rica envoltura;
amor trocado en locura;
los pudores en camisa:
eso en vez de darme risa,
me produce calentura.

¡Ah, teatros!

HAY EN el léxico vulgar una frase que es todo un problema; la he oído más de una vez á las comadres del barrio: «desengáñese usted, ahora los muchachos nacen sabiendo».

¿Sabiendo qué?, me he preguntado.

¿Es que empiezan á hablar los niños de estos tiempos conjugando verbos ó resolviendo ecuaciones de tercer grado? No; sabiendo picardías. Me lo he explicado después, oyendo á las comadres exclamar: ¿de dónde habrá sacado el niño esta palabra? En casa no la ha aprendido, porque nosotros nos guardamos mucho de ciertas cosas en presencia de los muchachos. Eso debe de haberlo oído en la escuela.»

¡Hipocresía, pura hipocresía! Se nace ahora como se nació siempre, sin noción del mal. Lo que ocurre es que las costumbres se relajan, los pudores se quiebran y estas sociedades que creen haberse civilizado mucho, están insensible pero constantemente, descendiendo en la escala moral.

El niño, especie de fonógrafo que recoge y repite lo que ve y oye, hace acopio de gestos y de frases indecentes, se desarrollan prematuramente sus instintos maliciosos, y viene á ser fotografía en miniatura de los hábitos descocados del hogar y de las escenas repugnantes de la calle.

El teatro, sin ir más lejos, es ya foco de infección moral.

Un vecino capitaleño me escribe sentida carta á propósito del argumento, chistes subidos de color y *couplets* desvergonzados, de

cierta obrita de que acaban de hablar con encomio los revisteros, que también tienen hijas y hermanas.

No concretaré porque no voy contra el autor tál ó la empresa cuál. En defecto de obras artísticas—que no todos pueden oir á la Barrientos y á Caruso—inclinado el ánimo al abandono de las enseñanzas de la virtud, y refractario á las observaciones científicas, el mercantilismo administra venenos á las familias honradas y las va acostumbrando á soportar altas dosis de desvergüenza.

Siquiera el drama, pasado de moda, por eso, porque nos civilizamos mucho y tomamos la vida por el lado que parece más bello, siquiera el drama describía extravíos pasionales, planteaba problemas psíquicos y sociológicos, elevando la misma indignidad con lo serio de la escena y lo culto de la frase; fatigando tal vez el cerebro, estrujando el ánimo, pero no pudriendo el corazón con el despertar de apetitos lascivos, ni engolfando las imaginaciones en el delirio sexual, ni siquiera fecundo para el mejoramiento de la especie animal; incapaz de aportar recurso alguno al desenvolvimiento de los grandes ideales de patria y libertad, ciencia y honor, cultura y fortaleza; enemigo temible de la paz del hogar.

Hay mucha amargura en esta frase de mi comunicante: «que ganen mucho oro las empresas; pero, ¡por Dios!, no á costa del pudor de nuestras hijas; no á cambio de nuestra infelicidad y vilipendio!»

Y aquí lo que priva es eso: la pornografía, la frase de doble sentido, la seña picaresca, el gesto de impudicia, la alusión cínica á actos de alcoba y á secretos de la vida conyugal.

Seráficamente ríen los padres bonachones; las mamás comprimen los labios con el pañuelo para no desternillarse; la pudorosa, la inocentona chiquilla, recién tomada la primera comunión ó estrenado el primer vestido largo, se cubre taimadamente el rostro, de nariz abajo, y goza de labios adentro, lo que no es decible.

Ella ha aprendido algo nuevo en el *couplet* cínico; por lo menos se ha explicado ciertas dudas y completado deducciones en asuntos que la habían hecho pensar á solas. Volverá al teatro cuando los revisteros le anuncien otra novedad, para acabar de comprender cosas que no se explica bien todavía.

¡Y luego dirán las comadres del barrio que los muchachos nacen sabiendo, porque ellas se cuidan mucho de su presencia!

Baturrillo

DESDE el día 3 de mayo de 1907, año 7º del vigésimo siglo de Cristo y 6620 del Período Juliano, cesaron en Rusia los consejos de guerra sumarísimos para juzgar delitos políticos. ¡ Esperar fué, vive Dios !

El oso polar ha resistido, más que ningún otro país de los que llamamos civilizados, el influjo de las ideas de equidad y amor que mantienen el concepto de la justicia legal, dentro de los límites de represión y garantía social, compatibles con el derecho á la vida y el respeto á las manifestaciones lícitas de la conciencia humana.

Siempre será una vergüenza para el pueblo de Catalina Segunda este dato, escrito con sangre de rusos en la historia mundial: durante tres meses de 1906 y cuatro de 1907, en la nación que acababa de ser ignominiosamente vencida por los pequeños nipones, mil ciento dos personas, hombres y mujeres, padres de familia y jóvenes del porvenir, fueron ejecutados de manera vil, en nombre de la justicia del Czar, por no estar conformes con el régimen de gobierno y con los procedimientos ultrajantes de la autocracia.

Si algún día se repite, por permisión divina, el castigo horrendo de Sodoma, y fuego del cielo llueve sobre las guaridas del oso polar, prohibido será á los hijos de Kosciusco y Tolstoi volver la cara hacia la ciudad maldita; y obligados estarán á levantar nuevos benéficos patriarcados, á orillas de aquellos ríos y en el

fondo de aquellas estepas, tantas veces teñidas con el jugo de las venas de generaciones mártires, que sólo cometieron el delito de dejarse esclavizar por instituciones caducas, y embrutecer por explotadores sin alma.

El concierto atronador de gemidos y maldiciones de los miles de ciudadanos, sacrificados á la codicia de los Grandes Duques y al placer de Emperadores tiranos, será el terror de los déspotas del mundo, tan luego como el sol de la reivindicación ilumine las conciencias de aquellos ochenta millones de esclavos voluntarios.

***

Según noticias recibidas de Panamá, dice el cable, la situación política de Guatemala es caótica, y se espera que ocurran sucesos extraordinarios con el propósito de suprimir al Presidente Estrada Cabrera, cada día más repulsivo á su pueblo.

No, no es la República la libertad. No; no es la Presidencia lecho de rosas cuando de las simpatías populares se carece: es lecho de Procusto, suplicio y maldición, cuando se ha falseado la democracia, pisoteado el derecho y escarnecido la justicia; cuando la conciencia acusa y el rumor de las indignaciones populares amenaza.

Lilí, Francia, Rosas, Santana, Guzmán Blanco, Andueza: qué pocos Presidentes de Repúblicas latinas han podido dormir con la tranquilidad de un rey efímero—Amadeo de Saboya—y salvar la frontera, hecha total abdicación de sus derechos, tan luego han comprendido que no se les amaba!

¡Ah; sí: Estrada Palma sería todavía Presidente de nuestra República, con el apoyo de los Estados Unidos y el aplauso del mundo si, cuando tuvo miedo y se refugió en la Cabaña, hubiera recogido las palpitaciones de la opinión, enmendado los más graves yerros de su gobierno y, luego de hecha justicia, hubiera presentado la renuncia formal de su cargo!

Guatemala, Estrada Cabrera, Barillas; todo Centro América y casi todo el Continente meridional: qué bien necesitásteis unas cuantas décadas de preparación cívica, para que hubiérais sido capaces de comprender la libertad y de practicar la soberanía!

¿De qué sirve que suprimierais los consejos de guerra suma-

rísimos antes que Rušia, si no conocéis tampoco el valor de la justicia, ni tenéis clara noción del patriotismo?

***

Renunciamos á la esperanza de volver á ver al sér amado, cuando le dejamos encerrado en negra caja, sobre hombros de cuatro amigos, camino de la casa de los muertos.

Pero su fisonomía, su voz, el recuerdo de sus besos y la música de sus risas, nos quedan —agentes de consuelo inefable—por toda la existencia.

Así son los ideales de la felicidad de la patria: los despedimos con el corazón desgarrado; pero ellos vivirán—culto y ensueño—como deleite de los sentidos y religión de los llorados encantos de otros días.

No ama más el hijo que prefiere quedarse con el cadáver podrido, contemplando en él la obra devastadora de los gusanos. Lo que amábamos no es lo que apesta sino lo que sobrevive.

Allá los que puedan comer y dormir entre el escarabajear de las bajas pasiones, y el hedor de las concupiscencias que están devorando la soberanía de la patria.

Por mí, que se la lleve el sepulturero, si ella no ha de resurgir tal como la soñó la fantasía, en las horas de la lucha, tras los sonrosados espejismos del ideal: sana, hermosa, purísima...

***

Dicen los necios que es tarea cómoda erigirse en crítico y moralizador. Pero ellos no aprovechan esa comodidad. Les gusta más halagar los instintos de un déspota ó las pasiones de la turba ignara.

El crítico no recoge más que enemistades y anatemas; el incensador cosecha aplausos y oro. Por el un camino se alcanza popularidad y puede llegarse á cacique; por el otro, tras el ultraje del iracundo, vienen la miseria material y el peligro de la vida. ¿Cuál camino es más cómodo?

Pues así y todo, Fabio, siquiera por diferenciarte de los necios, adopta el segundo. ¿Qué nombre de bufón de reyes ó alabador de la plebe ha pasado á la posteridad, como los de tantos sociólogos, educadores y moralistas, que en el mundo han sido?

Dios nos ha dado, Fabio, intelecto, sentimientos y voluntad, no para engordar como la bestia, anidar como el ave, y secarnos como el árbol. Todos los brutos de una especie se parecen en la pluma ó el pelo. Todos los bufones se parecieron, como todos los monos. Todos los egoístas se parecen, como todos los buitres. Pero para algo la humanidad aprendió á escribir, y dominó las ciencias, y conoció la moral de la vida.

El crítico y el educador llevan plumaje distinto al bufón.

***

Hay una inmensa diferencia entre el valor personal y el valor moral.

Todos los días se pregona algún heroísmo, se eleva á las nubes el nombre de algún guerrero, y se considera super-hombre al que da tajos y mandobles.

Fuerza bruta, irritabilidad de nervios, tenacidad ante el peligro material, propensión á la violencia, obstinación en el propósito: eso no es sublimidad de espíritu ni disciplina del carácter.

Heroísmo es volver la cara en torno y ver la prole haraposa, la mesa escasa, el hogar misérrimo, comparar lo propio con la abundancia ajena y sustrayéndose uno á las solicitaciones del medio, no ceder á ninguna tentación de indignidad.

Los que son fuertes cuando los hijos han hambre, y puros cuando todo se alquila ó se vende en la almoneda nacional, no tienen nada que envidiar á los héroes de la guerra ni á los bravos de la política.

A esa entereza del carácter el mundo apellida tontería. Pero ¡cuántas listezas no son, á la luz de la moral, otra cosa que indignidades!

***

Al que para rechazar mis ideas ó demostrar el error de mis apreciaciones, emplea frases que son insultos, á ese no contesto.

Desde que él voluntariamente, se ha colocado en nivel de educación inferior al mío, me ha dado el derecho de menospreciarlo.

Callando, no hago más que ejercitar ese derecho.

***

Ya podéis estar haciendo favores á un desagradecido todo el año; regalándole oro y sacándole de apuros. El día que os canséis, ó no podáis servirle, echará pestes de vuestra tacañería, y os negará el saludo.

Así en el periodismo. Ya podéis estar un año loando á un personaje, que ni siquiera se tomará el trabajo de dar las gracias; ó á una colectividad, que se creerá de mayores alabanzas merecedora.

El día que discutáis un acto del uno ó censuréis una actitud de la otra, de charlatán para arriba se agotará el vocabulario de los dicterios.

Y es que el malagradecido se cree dueño de la bolsa ajena, y el vanidoso se considera intangible como Dios. Ambos miran al escritor como á un ente asalariado, bastante feliz con cantar ajenas grandezas y humillarse ante ajenas soberbias.

Por eso entiendo que el incensario sólo está bien en manos de monaguillo: las imágenes, ya que no expresen su complacencia, son incapaces de ingratitud.

El periodista que no se hace valer y respetar, porque adula á engreídos, empequeñece una profesión respetable.

***

Leí en *Letras*, simpática Revista literaria de los hermanos Carbonell, un hermoso artículo necrológico acerca de Francisco Sellén, firmado por Lincoln de Zayas. Y sufrí honda emoción.

Sellén fué una gloria cubana. Joya de oro puro; no de falso brillo; erudito, pensador y poeta.

Cruzó por caminos accidentados y peligrosos en pos del ideal, y murió mísero, entre el torcedor de sus recuerdos dolientes, y el pesar por la suerte de su país.

¡Su país...! Oigamos al Dr. Zayas:

—La República, fiel á su norma de no recompensar al mérito ni premiar á sus grandes hijos, le encerró en una habitación fría y malsana, con números y datos estadísticos. El Gobierno cubano, que á tantas nulidades encumbró, no tuvo nada mejor para Sellén, el traductor de Göethe y Dante, que el cálculo de promedios por defunciones de cólera infantil.

«Pegaso, tirando del carretón de legumbres; un león, cuidando del pomo de mucilago.»

¡La República; el Gobierno cubano... sí; tiene razón Lincoln: la patria no!

Esa infelíz no tiene ni el derecho de enaltecer á sus hijos y acariciar sus puras glorias.

Y gracias que Sellén no murió en el hospital; y gracias que no tuvo necesidad de saltarse la tapa de los sesos, para liquidar con acreedores y desagradecidos!

Alguien tendrá peor suerte que Sellén, amando mucho á Cuba también. Borrero la quería entrañablemente.

La República; el Gobierno: valientes intérpretes de la conciencia nacional; valientes tutores de la dulce patria...!



Arranco la hoja de mi almanaque, y leo:

«La calumnia es un asesinato moral.»—*Constant.*

Por eso nuestras reputaciones políticas y literarias manan sangre.

Porque: ¿á quién no ha herido aquí una calumnia grosera en los últimos años? ¿Sobre qué nombre de cubano intelectual no ha arrojado la protervia el lodo de alguna indignidad?

La prensa impúdica, muchos periódicos, dirigidos por intrusos y audaces, han servido de puñales para esos asesinatos morales. Y la plebe estúpida ha creído lo más inverosímil, lo más vergonzoso.

Desde que he visto acusar de traidor á quien no ha dejado

un solo momento de sentir con su patria; tildar de aristócrata á quien no ha dejado un día de ganar el pan con el sudor de su frente, y calificar de ambicioso á quien ha vuelto diez veces la cara á la fortuna, feliz con su medianía, siempre que veo pasar á un cadáver moral, político, gobernante, literato, me descubro con respeto y recogimiento, y oro por la paz de mi espíritu.

Lástima grande es que no haya en nuestros códigos un precepto— reminiscencia de barbarie, pero honrado y justo—que ordenara colgar de la lengua á los asesinos de la reputación ajena!

Me dicen que me ofendes duramente:
no he de leer por eso lo que escribas.
Yo no bajo al arroyo, solamente
por miedo á las salpicas.
Cuando me digan que con frase culta
la buena senda del hablar me indicas,
sin pensar para nada en mi persona,
yo buscaré, sediento, lo que escribas.

Te rompiste la sien con una bala:
en paz con medio mundo.
El otro medio es el hogar que dejas
en llanto eterno, y en eterno luto:
la viuda, que tal vez tropiece y caiga,
huerfanitos que acecha el infortunio;
quizá una viejecita inconsolable
para quien eras todo en este mundo.
¿En paz? Mentira; lo que te has llevado,
era de tu familia; no era tuyo.

"Ideas y Colores"

Después de *El hampa afro-cubana* y *Alrededor de nuestra psicología*, sorprendióme *Cuba y su evolución colonial*, lo mejor que se ha escrito en el país acerca de sociología é historia local, aun incluyendo las obras de Borrero, Carrera Jústiz, Garrigó, Collazo y otros observadores; aun recordando notables estudios publicados á fines del siglo pasado, y prescindiendo de obras puramente didácticas, como las de Varona.

Después de la hermosísima colección de cuentos morales, instructivos, sabrosos, *De tierra adentro*, de Jesús Castellanos, correspondía al joven autor de *El Pantano* la gloria de hacer un libro que la crítica respetara, y pudiera figurar como rica presea de intelectualidad, en la biblioteca criolla.

Ideas y colores es ese libro, prologado por *Pepe* de Armas, y acogido con merecidos homenajes de simpatía en nuestro pequeño mundo de conscientes. Artículos escritos en ocasiones distintas, bajo la influencia de una actualidad dolorosa ó alegre; palpitaciones del alma nacional, por encontrados motivos agitada, á veces estudios del medio, observaciones de psicólogo, sensaciones particularísimas de un alma sensible, que piensa en lo alto y escudriña en lo profundo; el libro de Mario Muñoz-Bustamante, digno hermano menor de *El Pantano*, tendrá tantos amigos como lectores, y será siempre un fiel exponente de las ansias de mejoramiento y de las altiveces de espíritu de unos cuantos cubanos, en esta hora caótica de concupiscencias, laxitudes, torpezas y encanallamientos.

No son cuentos de la tierruca como los de Jesús Castellanos, de tropical poesía y dulce conmovedora filosofía: son notas de una queja social, películas del espectáculo humano, trazos de artista sobre el lienzo de la vida presente, cortos, ceñidos, precisos, rápidos; como si el pintor tuviera sueño y cansancio, y no quisiera gastar más tiempo y aceite que el necesario para avivar un color ó pronunciar una sombra.

Ellos me han conmovido con el relato de las tristezas de *La alondra ciega*, la dulce Mercedes Matamoros, la de los versos tiernos y las ricas melodías, agostada por la miseria y el desamor; sensitiva, delicada, marchita en el tabuco miserable: ellos me han pintado á Abelardo Farrés, tuberculoso y ebrio, desgarbado y mal oliente de cuerpo, pero pletórico de imaginación y grande de espíritu, echando sus penúltimos sueños en el Parque, y dando á la literatura cubana sus últimos arpegios. Por ellos he creído ir, de manos con Narciso Carbó, de tumbo en tumbo, por los derrocaderos del infortunio, al postrer derrocadero, el de la tumba, donde todo ruido exterior se apaga y todo eco de la vida humana se extingue, para que sólo impere, tétrico, sublime en su horror mismo, el escarabajear de los gusanos en la materia corrompida.

Todo eso dicho en un lenguaje, á veces acerado como filo de hacha vengadora, á veces lúgubre como esquila de dolor; en un estilo brillante y con un léxico, si no rebuscado, impecablemente culto, colocan á *Ideas y colores* al lado *De tierra adentro*, y de ambos libros hacen algo así como el sonido suave que alternando con la nota dura, con el tono grave de los libros de Figueras, Benjamín Céspedes, y Márquez Sterling, constituyen el himno majestuoso de una intelectualidad que se impone al vocerío de las miserias presentes, y quiere llegar, cual la Marsellesa de las letras, á los confines lejanos de una posteridad justiciera.

Mas ¿será que Mario Muñoz logre, con su privilegiada pluma, conquistar gloria y pan, crearse una posición respetable é independiente, ganar oro para satisfacer las imperiosas necesidades de su cuerpo, á cambio del manantial de ideas que su inteligencia derrama sobre corazones enteleridos y anestesiadas voluntades? ¿Como á Hugo y Tennyson, la literatura le enriquecerá? ¿Como Núñez de Arce y Pi Margall, será fuerza política, símbolo y bandera, en el desenvolvimiento de las actividades nacionales? No; de ningún modo. De oficinista no pasará. Se comerá en

la fonda y se beberá en el café las pesetas que su libro produzca.

Y no hará doble edición de él.

Aquí—como dice *Justo de Lara*—no hay príncipes protectores del arte que mantengan á Cervantes y socorran á Racine; ni el público que puede pagar ama las letras.

Y no hay príncipes, porque la aristocracia de estas Repúblicas latinas de América, vive abajo, en la vecindad del muladar, entre analfabetos y corrompidos, que tienen horror al libro. Y no hay público, porque el que tiene dinero, que es el burgués, hace números y no entiende de versos; y el que cobra á fin de mes, ríe los *couplets* de la *Ola verde*, ó hace revoluciones en busca de generalatos y destinos.

El genio: valiente porvenir le espera, en los negros días que vienen, tras esta liquidación última de los ideales nacionales!

Las cuentas de tu rosario
se parecen á mi vida,
pues por cada Padre-Nuestro,
rezas diez Ave-Marías.
Yo por cada pan que alcanzo,
apuro diez mil fatigas,
loando á una sociedad,
que no es tu Virgen Santísima.
¡ Ah: tu rosario es consuelo;
pero el mío, hipocresía !

¡Justicia humana...!

Alfredo Dreyfus, reo de alta traición á la patria, es ahora Caballero de la Legión de Honor de la Nación francesa. Con inusitada pompa, en presencia de grandes personajes de la Milicia, le fueron colocadas las insignias, y, precisamente en la Escuela Militar donde, doce años há, un soldado le arrancó los galones en nombre de la Ley, y muchos otros contemplaron, no sé si gozosos ó lastimados, su degradación y vilipendio.

Doce años, doce minutos apenas, en la vida de un pueblo; menos de doce segundos en la marcha del mundo!

¿Alguien hubiera podido predecir entonces que el traidor abominado, que el desterrado á la Isla del Diablo, que el infeliz sobre quien acumularon sus iras altas clases sociales, sentimientos religiosos heridos, una justicia torpe, y las viles preocupaciones de una época, había de levantar la arrogante cabeza, mientras la bajaron sus enemigos, había de vestir el uniforme del ejército francés, mandar un escuadrón y ostentar en la solapa la honrosa insignia que sólo es permitida á artistas y sabios, á valientes y prestigiosos?

Un Zola generoso, dirigiendo el sublime reto á todo un país; la conciencia nacional abriéndose á la piadosa duda; honrados que declaran la verdad, simpatías que rodean á la heroica esposa del mártir; la revisión, la justicia, la apoteosis ¿no os parece mucho todo eso para un período de doce años?

¿Qué pensáis de la condenación social, del fallo de los pueblos; qué del amor y la justicia de los hombres?

En cambio hé ahí á Stoessel, el héroe malaventurado de Puerto Arturo, por quien deshojé un día todas las flores de mi admiración, arrastrado por el respeto y los aplausos del mundo.

Rusos y japoneses hacíanse lenguas de su temerario valor; loaban los grandes militares del mundo su disciplinado carácter, su devoción al honor de la patria, su espíritu de resistencia y ejemplar abnegación.

Fué la figura militar más saliente del principio del siglo, la reproducción exacta del clasicismo caballeresco de los viejos luchadores.

De todas partes surgieron himnos de amor; su caída fué enaltecida por todas las consideraciones del vencedor; sancionada por su Soberano y bendecida por la humanidad; ya no morirían más padres japoneses ni más hijos rusos, ya no se vertería más sangre de hombres ni se enlutarían nuevos hogares en los dos soberbios Imperios.

Pues bien: ese Stoessel, ese grande y patriota Stoessel, acaba de ser condenado á muerte, como traidor cobarde, por la Justicia Militar de su país y entregado su nombre al desprecio de su pueblo; de un pueblo donde se matan á los hombres á latigazos en la vía pública, y se entregan las mujeres al frío y al hambre de la Siberia.

Dreyfus, Stoessel; rehabilitado el uno y condenado el otro, en los mismos días, en el mismo continente, en nombre mismo de la patria, del honor, de la organización social, de la Ley.

¡ Coincidencia elocuentísima !

Vivieran mucho tiempo más estos dos hombres que han atraído la atención del mundo, y ocupado algunas páginas de la historia contemporánea; siguieran siendo tal Stoessel y tal Dreyfus algunos minutos más de la vida mundial y ¿quién nos dice que no volvería á ser degradado el segundo y rehabilitado el primero, para tornar á ser despreciado el uno y enaltecido el otro?

Amores populares, juicios humanos, todo es falso y tornadizo, convencional y mudable.

Sólo es medio verdad el amor del hogar; sólo es juez medio justo la propia conciencia; sólo es verdad, Dios.

....

Descendamos ahora de lo grande á lo pequeño, como de la sierra al montículo, ya que son iguales en su esencia, origen y estructura, la peña y el guijarro. Pasemos de *L' Ecole Militaire* de

París y del Consejo de Guerra de Petersburgo, á la política cubana.

Decíame ayer un buen amigo mío, moderado ferviente y estradista devotísimo, funcionario él:

« No, no admitiré á mis ordenes á ningún liberal, por apto y probo que sea; les compadeceré como padres de familia, si tienen hambre; pero no les ayudaré á ganar el pan.»

Y no lo decía por odio; decíalo por sinceridad política.

Dirigí la vista en torno; ví sentado ese criterio por muchos de mis más cultos paisanos; fuí más atrás y observé parecidos procedimientos seguidos por el liberalismo en los primeros años de la República y tuve lástima de la obcecación de los hombres.

Porque ¿es eterno algo en el mundo? ¿Hay Ulises inmortales en el siglo de Marconi? ¿Reyes, presidentes, partidos, jefaturas, todo no pasa, se transforma y muere, y quedan la patria, la humanidad, el amor, la piedad, Dios?

¡Cuántos de estos republicanos de ahora, no creyeron morir luchando por la autonomía; cuántos impenitentes revolucionarios no han modificado el carácter y son genuinos conservadores ahora!

Yo conocí autonomistas convencidos que, en pleno bloqueo, amaban la libertad con España, y ahora se avergüenzan de su origen étnico. Yo no me atrevo á juzgar de los antecedentes, españolísimos ó de la devoción al ideal de la independencia absoluta, de esos que ahora suspiran por la segunda intervención y ansían el arriamiento de la bandera nacional.

¿El moderantismo no es efímero?

¿El radicalismo no es falso? ¿Qué puede ser perdurable en las sociedades enfermas? ¿Y dónde está la salud moral de la nuestra?

¡Quién sabe si más pronto de lo que á nuestro honor convendría, será un antecedente vergonzoso, haber luchado por la independencia de Cuba!

¡Quién sabe si el Stoessel del patriotismo revolucionario será sentenciado á desprecio por nuestros hijos y por muchos de nosotros mismos!

¡Quién sabe si, después de un hondo trastorno intestino, doblada la rodilla ante el éxito, el Dreyfus del liberalismo sea condecorado en el mismo sitio en que ahora se le expone á la picota pública!

¡ La política, ramera vil ! ¡ Los partidos, asociación de vanidades y codicias ! ¡ El odio entre hermanos, cruel como la guerra entre rusos y japoneses ! ¡ El exclusivismo, la pugna de destinos, todo eso pequeñísimo, que revela obcecación é impiedad: fallo revisable como la condena contra el capitán Dreyfus !

Después de todo lo actual, ¿quién sabe lo que viene? Pasará todo, menos la familia, la humanidad, el amor, la paz del espíritu.

Sólo es medio justa la conciencia, sólo es medio santo el cariño del hogar: sólo es bella la moral y sólo es eterno Dios.

1906.

Por la puerta de mis labios
van al aire, en raudos giros,
los quejumbrosos suspiros
del fondo de mis agravios.
Decid, psicólogos sabios,
si es que lo podéis decir:
¿dónde se van á extinguir,
ó á unirse á qué vibraciones
esos misteriosos sones
de la angustia del vivir?

—

Pero llega á mí en cascadas
de luz y de poesía,
la deliciosa armonía
de mis creencias sagradas...
Busca en tus obras sonadas;
dime, pensador profundo:
¿dónde está el centro fecundo
de deleites celestiales,
que arroja la fe á raudales
sobre la escoria del mundo?

Malditos...

Muy de agradecer fué la generosa intervención del Gobierno de los Estados Unidos en nuestro sangriento pleito; y torpe ó perverso sería quien osara negar que una delicadeza exquisita, que rara vez emplean los fuertes con los débiles, fué la característica de su actitud.

Acaso nadie creyó que amonestaciones tan suaves, excitaciones tan cariñosas á la paz, fueran el lenguaje de Roosevelt, precisamente cuando debía suponérsele enojado por nuestra conducta, y preocupado por la violación de responsabilidades contraídas por él ante el mundo en el Tratado de París.

Mas así y todo, blanda la reprimenda, leal el consejo, desinteresada la advertencia, no debimos nunca dar lugar á ella; ingratos y necios hemos sido desatentiéndola.

Estábamos en tiempo de sacrificar vanidades, acallar agravios, ceder y perdonar, entendernos y reconciliarnos, desde que la hermosa carta fué conocida de nuestro pueblo, hasta que los señores Taft y Bacon arribaron á nuestras playas.

Figuraos qué delicioso panorama se había trazado la imaginación patriota para la mañana del 19 de septiembre de 1906.

Desde que el semáforo del Morro había anunciado la proximidad del *Des Moines*, repicaban todas las campanas de las iglesias, se desparramaba por calles y paseos la multitud jubilosa, estallaban cohetes y voladores, flotaban al aire cortinas y gallardetes.

Atraca el soberbio crucero, y las orquestas de la capital rompen con el himno americano, saludan las fortalezas de la plaza, se agitan sombreros y pañuelos, palmotean las manos, laten los corazones, los labios ríen y los ojos se humedecen.

Llega la bandera estrellada á la Capitanía del Puerto, desembarcan los ilustres visitantes, y cien mil bocas prorrumpen en una bendición de paz, y el júbilo de cien mil almas reproduce, en todas las formas que el sentimiento dicta, el agradecimiento de un pueblo, la reconciliación de una sociedad, el éxito de una nación libre, la gloria de una raza viril.

Al asomar en la explanada, son Taft y Bacon, Morgan y McKoy los que se conmueven y alborozan. A uno y otro lado, Guardias Rurales sin fusiles é insurrectos sin machetes, doblan la rodilla, descubren la cabeza, inclinan la frente ante la majestad augusta de la enseña de Yara y Baire, que ondea al soplo de las marinas brisas.

En frente, allí por donde los comisionados de la paz han de penetrar en la opulenta urbe, Palma y Gómez se dan un abrazo, y Zayas y Capote, cogidos de las manos, trémulos y palpitantes, exclaman:

—Sed bien venidos á esta fiesta fraternal, sincerísima é inolvidable.

Nobles representantes del más grande de los pueblos modernos, vedlo: ha bastado el amistoso consejo de vuestro Roosevelt, para que el patriotismo renaciera en nuestros corazones, y el almo sol de la justicia irradiara de nuevo en el cielo de la patria.

¿Verdad que hubiera sido eso hermoso, sugestivo, encantador?

Ah; pero esos espectáculos no se dan en los pueblos fanatizados; no se producen esas explosiones del sentimiento allí donde ha degenerado el patriotismo y han muerto desinterés y abnegación.

Confiésolo: suelo ser iluso en muchas ocasiones de la vida; suelo engañar á mis propios pesimismos, cuando de la suprema felicidad de mi tierra se trata.

Con avidez leí los diarios habaneros del 20 de septiembre; parecíame que iba á leer, apartando de mis ojos rebeldes lágrimas de alegría, la descripción del espléndido cuadro. Figurábame ver en la plana de honor de *La Discusión* y *La Lucha*, á Palma y Gómez, á Capote y Zayas, sonrientes los americanos,

engalanado el muelle, majestuosa y linda la bandera de los incruentos sacrificios.

Delirio infantil; realidad cruel: pueblos que descienden en la escala del patriotismo, sociedades sectarias, nacionalidades fundadas sobre la movediza base del favor extraño, ¡cuán infortunadas son!

Todos los diarios traían declaraciones de jefes revolucionarios: ó se cumplían todas las cláusulas del programa que les llevó á la guerra, ó el desastre de la nacionalidad sobrevendría; ó todo ó nada; ó vencedores de Palma, ó esclavos del yanqui. Por su parte, la obstinación del gobierno no podía ser más torpe y cerrada.

Preguntaba Taft:

—¿Ha ofrecido usted medios de realizar algún pacto; fórmula de avenencia, concesión alguna para solucionar el conflicto?

—No señor; he dejado que otros laboren, sin facultad para resolver, pero yo no transijo.

—Respetada su personalidad ¿aceptaría usted alguna combinación?

—No señor: ó quedan todos los mios, ó se encargan ustedes de todo.

Creedme: el corazón me dió un vuelco; sentí frio en el alma; experimenté un síncope; hubiera llorado mucho por la suerte de la patria, si íntimos, agudísimos, dolores no hubieran secado ya la fuente de mis lágrimas.

Unos lo querían todo; otros no cedían nada; intransigencia y ceguedad neutralizaron los esfuerzos de Menocal, apagaron la voz de Sanguily, y desatendieron el consejo de Roosevelt.

No pudo ser conjurado el conflicto entre cubanos, por los cubanos mismos. Fué preciso soportar el dictado de incapacidad, sufrir la humillación, devorar las amarguras propias y las burlas ajenas.

Arrojé de mí los periódicos del día, y traje á la memoria este párrafo de la carta del gran estadista:

«Quien quiera que sea responsable de la revolución armada y de los desmanes que en ella se cometan; quien quiera que sea responsable, en cualquier sentido, del actual estado de cosas de Cuba, es enemigo de ella; y resulta duplicada la responsabilidad del hombre que, alardeando de ser un campeón especial de la independencia cubana, dé un paso que puede hacer peligrar esa misma independencia.»

Desde entonces me suena sin cesar en los oídos, con repiqueteo atroz:

«Quien quiera que sea responsable de la revolución armada y de sus desmanes, es enemigo de Cuba.»

Y desde entonces no ceso de pensar: quien quiera que tenga la culpa de una paz humillante, impuesta por cañones y bayonetas; quien determine con sus violencias la ocupación militar indefinida y la pérdida total de la soberanía, será verdugo de su raza, traidor á su patria; mil veces indigno de la libertad y mil veces merecedor del anatema de la historia.

Bueno: arráncame los ojos;
despedaza mi cerebro;
corazón, y lengua; todo,
arrójaselo á los perros.
Pues nada habrás conseguido,
si es alejarme tu intento:
en cuánto coman mi carne,
irán tras de ti los perros.

El líquido de mis ojos,
lleva el río al mar inmenso,
y en las ráfagas del aire
van mis suspiros envueltos.
Quizá si la dura perla
que guarda el mar en su seno
es lágrima congelada;
quizá si en los roncos ecos
de la tempestad, mis ayes
corren, en forma de truenos.

Paladares estragados

Lo relató en gruesos caracteres de imprenta Eduardo Varela Zequeira. Y yo, no sabiendo cómo tratar el asunto sin lastimar al cubanismo militante, lo comento, porque se trata de un detalle tan significativo, que basta él para juzgar del conjunto.

Se representaba en Payret el drama *¡Expiación!* por la compañía Burón-Casado, formada en su mayoría de artistas cubanos que, en distintos países, han honrado el nombre de su patria.

La obra, profundamente moralizadora, es producto de un talento cubano, que quiso con ella abrir las puertas del estímulo á la estudiosa juventud.

La función era en honor de ese Varela Zequeira, flor de repórters, que tantas veces ha puesto su pluma al servicio de causas nobles; que ha ayudado eficazmente la acción de la justicia, y por quien se han salvado del presidio algunos inocentes, víctimas del error legal.

Esta última consideración, ya que no aquéllas, parecían determinar una gran afluencia de espectadores cultos, un gran respeto á la escena y al autor; y hasta una verdadera explosión de cariño hacia la intelectualidad cubana, representada en aquella ocasión por el dramaturgo y los actores.

Pero, hé aquí que unos necios—no sé si extranjeros despechados por nuestro florecimiento intelectual, ó si cubanos avergonzados de la propia dignificación—esparcieron por la sala del

teatro polvos que curan, en sanatorios y hospitales, úlceras de origen crapuloso.

Me parece que no puede darse más grosero mentís de confraternidad, ni más salvaje demostración de menosprecio al mérito.

Y no se diga de analfabetismo, ni se argumente con la viciosa educación colonial. Los analfabetos no van al teatro, por lo menos á ver dramas, que no entienden. Para esos se han traído ahora cinematógrafos, equilibristas y bailadores de *cake-walk*.

En los pueblos del interior, el Circo de Caballitos se llena, y el espectáculo lírico se suspende por falta de público. Yo mismo he recogido limosnas en mi pueblo—un pueblo de soberbios mítines y muchas conspiraciones—para que un grupo de instrumentistas pudiera reembarcarse.

Y cuando se llena el Circo, es de ver á nuestros guajiros, abriendo tamaña boca por las contorsiones del descoyuntado, oyendo con religioso silencio los diálogos del negrito y la mulata, y aplaudiendo frenéticos á la bailarina que saluda ó al caballo que extrae el pañuelo del cajoncito preparado al efecto. No; los analfabetos no usan iodoformo cuando van á divertirse.

Escaso era el público de palcos y lunetas en la función á beneficio de Varela Zequeira: en aquel momento rebosaría Alhambra, y un palmotazo compacto, ensordecedor, coronaría el más picante *couplet* de la Conesa: una fresca muchacha, que es lástima que no la hubiera tenido para su recreo Nerón, ó para sus fiestas Luis XIV.

La *chulería* flamenca triunfaba, y la literatura cubana gemía. Los tiempos son estos, y estos los gustos de las multitudes.

De creer es que la concurrencia, en su gran mayoría cubanos intelectuales, familias decentes, por enaltecer al periodista fueran; pero también cabe admitir que por admirar una vez más las situaciones conmovedoras, las animadas escenas, trama y finalidad de una obra copiada del natural; estudio sociológico de un pensador criollo, gran conocedor de la vida y los hábitos de su pueblo.

Y allá fué, no sé quién, un cubano tal vez; acaso si otro escritor; no sé si la envidia, probablemente el *choteo*, y esparció la hedionda substancia, y trocó aquel ambiente de intelectualidad, en ambiente de clínica, en transpiración de gangrenados y de sifilíticos.

Cuando, frente á las semi-obscuridades tentadoras de los ci-

nematógrafos, se desarrolla el arte sicalíptico, en el teatro ligero de todas partes, entablándose una lucha corruptora—dice Eduardo—á las nobles familias que van á alentar el fomento del teatro nacional, se las salpica con el polvo que seca las úlceres.

Ningún revistero condenó en letras de imprenta el hecho: bien está. Se dice que eso sería vilipendiar nuestro nombre y ofender patrióticos sentimientos. En cambio, al día siguiente se cantarían los primores de la nueva película. La muchacha que se desnuda en su alcoba; el sátiro que atisba por el ojo de la llave; el soldado que besuquea á la nodriza en el parque; el *clown* que se quita los pantalones y la pareja que baila el can-can. ¿Hay grandes risas? Es que los personajes corren por laderas y pedruscos, cayendo aquí, enseñando las piernas allá; es que el adúltero ha escapado de la persecución del marido, ó la jovencita ha burlado la vigilancia de la mamá para irse con el raptor.

¡Sublime película; grandioso espectáculo; movidas escenas; incidentes graciosísimos! ¿Arte? El de los antiguos títeres y las cabezas parlantes. Y allí no se reparten polvos; allí hay ambiente de cultura y honestidad.

Rigurosamente histórico esto: pregunté, hace días, á una niña de once años:

—¿Qué tal las vistas de anoche?

—Muy pesadas; casi todas se vuelven besos. Las más cochinas, ó son fijas ó el público obliga á repetirlas. No vuelvo más á eso.

El angelito había ido creyendo ver mariposas, perros sabios, flores, escenas de niños, mares azules y acciones conmovedoras; y se había encontrado con una cosa que no comprendía: la relajación grosera de la vida.

¡No vuelvo más á ver eso!... Sí volverás, pobrecita. Te conducirán tus padres ó te llevará la amiguita. Tendrás curiosidad por saber si han cambiado las vistas. Leerás que son muy graciosas las nuevas películas. Querrás reir, y volverás. Acabarás por gustar del espectáculo, á medida que vayas penetrando en el secreto de esa prosa.

Hace poco, se me acusó porque dije que cuando sea lícito á la mujer honrada, asistir á los espectáculos de la degradación, muchas virtudes sucumbirán al contagio. Me ratifico. ¿Por qué, si no, los preceptos de la moral, los cuidados de la familia, el aislamiento de los viciosos y la guarda de los pudores femeniles?

Por una copa empieza el borracho y por una desvergüenza el cínico. Todo el secreto de la virtud está en el apartamiento de la corrupción. Donde el pudor muere, no hay mujer honrada. El hombre puede escoger el camino del deber, después de conocer otros caminos y cansarse de ellos; pero en los convencionalismos sociales que sirven de base á la paz del hogar, la mujer no puede andar por vericuetos ni elegir á destiempo. Es un cristal, que el más leve soplo de impudicia empaña; que un golpecito raja.

Y volviendo á *¡Expiación!*, no se me culpe de exagerado censor si digo que el teatro Nacional no puede nacer todavía, porque no hay amor á la nacionalidad ni gusto artístico. Hay que aguardar á que desaparezca el público de los panoramas y las *chulaperías* madrileñas.

Concurrencia escasa; recompensa monetaria, ninguna; críticas sordas; envidias ruines...¿qué incentivo para la juventud estudiosa?

Y, por fin de fiesta, hediondos polvos sobre los vestidos de los concurrentes.

Pensando en eso, heme llegado á figurar que se trataba de algún médico cubano que—pues el espectáculo era genuinamente nacional,—creyó ocasión de arrojar el poderoso desinfectante, con mano piadosa y patriótica intención, por si podía curar así las profundas úlceras del organismo popular, que á la pobre patria tanto duelen...

¡Qué de amigos tenía en la fortuna!
¡Qué risueños semblantes!
Mi nombre rodeaban de adjetivos
los chicos y los grandes.
Fuí vencido en la lucha por la vida;
ya no me mima ni conoce nadie;
se han puesto sordos todos los amigos,
temiendo que los llame.

¿Con qué se ríe?

TE ENGAÑAN los que te dicen que estás redimido, pueblo mío; que eres apto para la libertad; que tendrás civismo para exigir del extranjero, cuando el caso llegue, el reconocimiento de tu soberanía.

Yo te vi una mañana desenganchar los caballos del coche de un caudillo y tirar de él, como tiraron en España de la carroza de Fernando VII, los reaccionarios. Y unos días después te vi emprenderla á pedradas con el coche del mismo caudillo. Yo te oí gritar y maldecir contra los que asolaban tus propiedades y perturbaban tu hogar, y te oigo ahora referir la activa cooperación que tomaste en aquellos hechos que tienes por timbre de honor.

¿El disimulo y la versatilidad, son signos de rehabilitación?

Cuatro siglos de mal gobierno y pésima educación, no pudieron ser borrados con cuatro machetazos y dos latas de petróleo.

Ni eras dueño de tus destinos antes de Baire, ni lo fuiste con Estrada Palma, ni por el camino que vas lo serás nunca. Créelo.

Donde relució una espada de Toledo, aparece ahora un uniforme amarillo. Al gesto avinagrado de Polavieja, sucede la sonrisa impenetrable de Magoon. No sé si has ganado ó perdido en el cambio.

Viviste resignado durante tres siglos. Vacilaste entre la independencia y la anexión. Bajo la Intervención, no pediste

al tutor que te organizara bien: le pediste empleos para tus codiciosos y perdón para tus criminales.

¿Y así pensaste alcanzar la grandeza?

La soberanía nacional es dón difícil de obtener cuando no se tiene plena conciencia de los deberes que ella entraña.

La libertad no es el sufragio, hecho extensivo á niños y pordioseros. Venezuela no es libre, ni Colombia feliz. Santo Domingo no puede ni cobrar su renta de aduanas.

Cuando el respeto al orden legal y la transigencia con el ajeno derecho no son para el individuo casi dogmas, paz y fraternidad andan lejos.

Pueblos que no se aman á sí propios, viven en la peor de las esclavitudes: la de las malas pasiones. El que odia es desdichado. Y tú, cubano, al cubano aborreces, más que odiabas al español. Infierno es el hogar donde los hermanos se repelen.

El alma necesita estar en paz consigo misma para conocer el lado bello de la vida. Cuando la discordia hace presa en las entrañas de una sociedad, entendimientos se oscurecen, nervios se excitan, la mirada se aparta del objetivo nacional, y toda la colectividad sufre y teme.

Como tú vives, no es progresar, ni siquiera vivir. Si sólo te nutres de leyendas, estás enfermo de añoranzas.

Para morar en las serenas regiones del ideal, allí donde los egoísmos se embotan y se crecen las nobles facultades del espíritu, es necesario no descender al mundo de la realidad.

Lo grande no está abajo, en el muladar; sino arriba en el éter.

No en la cuadra: en la alcoba se acomodará la familia.

Discutiendo en el bodegón nunca hicieron la felicidad de su país los carreteros de un lugar.

Fué en la Convención donde se rompieron las cadenas del feudalismo, y fué en la Constituyente donde se proclamó la República española; efímera y todo, más bella que el pasado de cetros y coronas.

Educándose y moralizándose, asciéndese.

Arriba, en la atrevida cúpula de San Pedro, se admira el arte glorioso de viriles generaciones. Bajo los cimientos de Estrasburgo y el Escorial, no hay más que tierra. De la superficie hacia el cielo, está la belleza. ¿Sabes cómo se redimen los pueblos? Estudiando y trabajando. Creyendo, se hace patria.

La empleomanía, la holganza, la ambición desapoderada del mando y la ardiente sed del vicio, matan la felicidad colectiva.

A su nación lo dijo Núñez de Arce:

—Perseguirás la libertad en vano—pues cuando un pueblo la virtud olvida—lleva en sus propios vicios su tirano.

Cuando dejas, marido, que tu esposa bese á otro hombre, mozo ó viejo, porque es héroe, y cuando llevas la hija al pudridero de la pornografía, eres infame. Cuando dejas, padre, que tu hijo pase el día en el juego y la noche en el lupanar, y que mueran los pudores de la adolescente en el baile africano, eres imbécil.

Hay que ser fuerte de cuerpo y de alma. Ni vicioso, ni idólatra; ni excéptico ni fanático; ni quijote ni servil.

Sumisión no es grandeza; pero tampoco lo es la eterna rebeldía.

Tienes, pueblo, que reconstruir el hogar que derrumbaste, para que los chicuelos se cobijen bajo el techado, resguardados del nortazo que se avecina.

¿Y con libertad de bandidos, juegos embrutecedores y rapiñas oficinescas, que es lo que al Interventor pediste, pensabas regenerarte?

Necesitas imprescindiblemente restaurar tu propio sér, minado por una morbosa educación, en cuyo álgido período te encuentras.

Si no te elevas á la altura de la dignidad por el trabajo y el amor, por la cultura y la tolerancia, estás perdido.

No tengas ídolos de carne, porque se pudren; pero no rompas tampoco las figuras más salientes de tu historia.

Redimirse es renacer. Disponte á renacer á la vida de la virtud, y entonces te salvarás.

Ya lo has visto: Magoon rió de tus amenazas de revoluciones, como de tus manifestaciones callejeras en pro del bárbaro juego de gallos, y de tus lascivos bailes y de tus alborotosos mitins.

Y se ríe más cuando pones cara más feroche.

Si tú supieras lo que son las risas de estos yanquis... !

Oración masónica

(Fragmento)

Congrégase la doliente familia en torno del féretro que guarda los restos del sér amado. Con ojos que escalda el llanto y la ansiedad hace parpadear, quisiera ella penetrar en el recinto del no ser, violar los arcanos de la muerte, sorprender las misteriosas combinaciones de la metamórfosis, saber si aún viven, si sufren, si descansan, si lloran, las energías del sér querido que la mano de la fatalidad dividió en dos: el cuerpo que permanece y el espíritu que dejó su envoltura y fué, no se sabe á dónde...

¡Qué de conjeturas, temores, confianzas, cálculos tristes y esperanzas bellas, en revuelta confusión, agitan el cerebro, ignorante del ulterior destino de aquella alma, encanto que fué de nuestro hogar, sostén de nuestra vejez, consuelo de las grandes tristezas, alegría de muchas horas, compañera de nuestra alma, vida de nuestros pensamientos y calor de nuestros amores!

¡Si padecerá eternamente, y no podemos consolarla! ¡Si habrá desaparecido para siempre, ó si perdurará por toda la eternidad! ¡Si la veremos algún día con los ojos del espíritu, ya que no con estos ojos de la materia deleznable, que un insecto cerrará y millares de otros despedazarán!

En esta hora triste de insuperables angustias, en que un lecho queda vacío, abandonado un asiento y un hogar enlutado, la

solidaridad del dolor enlaza los corazones, y la comunidad del sentimiento estrecha en un solo abrazo de hermanos todos los cuerpos y en un ósculo santo de piedad todos los espíritus.

....

Día de inmensa pesadumbre es éste para mi Logia.

No es un hermano, meritísimo, pero uno solo, el que yace en el fondo del negro ataúd. Son trece cuerpos, disgregados del hermoso conjunto de la Fraternidad; trece pedazos arrancados violentamente á la gran alma humana; trece obreros que faltan del Taller magnífico, que ya no pulen la piedra, ni cobran salario; trece Arquitectos del Bien, hundidos bajo las losas del Templo por la mano implacable de ese Jubelum omnipotente que se llama el Destino.

¡*Hiram*, multiplicado, reproducido, metamorfoseado, trece veces vivo y trece veces derribado, antes de que viera irradiar sobre la cúpula augusta del *Oriente*, la estrella flamígera, que ha de iluminar al cabo, en el sendero de la vida humana, las grandezas del ideal coronando la obra de los hombres de buena voluntad!

....

Hermanos queridos, los que fuísteis ornamento de *Luz de Occidente;* cooperadores entusiastas en la dulce labor; obreros inteligentes y virtuosos; dormid en paz.

Caísteis, cuando aún no se habían repuesto vuestros ojos de la impresión que les produjo el titilar de la verdadera luz, ni se había apagado en vuestros oídos el eco de esa música divina, que forman las sensaciones después de cumplido el deber; cuando ardiendo en la fe primera, arrullados por las caricias del entusiasmo y palpitando al unísono los corazones, os disponíais á escalar las gradas del saber y poníais la planta, reposada y segura, en el primer palmo de terreno de ese *Oriente* magnífico, término de nuestras ansias, tabernáculo de nuestro credo, tesoro de las virtudes y reflejo bendito de la divina Sabiduría.

Rodasteis al abismo, arrastrados por el turbio oleaje de la Revolución.

Os sepultó la horrible catástrofe.

¿Cómo podía estar *Hiram* entre el humo de los combates y el gemir de los moribundos, si él es todo amor y mansedumbre?

....

En esos días de imborrable recuerdo, de hambre, de destie-

rro, de incendio, de fusilamientos y de horrores; cuando el demonio de la adversidad cubría con sus negras alas toda la tierra; en ese lapso de tiempo, conjunto de todos los dolores, resumen de todas las infamias, desde la delación al macheteo, desde la traición hasta el envenenamiento y la muerte por sed, entonces cayeron, uno á uno, no sabemos cómo, no se sabe dónde, los amados cuya rememoración hacemos hoy, más que con palabras y ceremonias, con lágrimas y suspiros.

En la página sombría de la historia, que consigna el desastre de dos pueblos, hay un renglón ocupado por trece signos dolientes: ¡ son ellos !

¿ Pero, es que han desaparecido para siempre, es que les hemos por siempre perdido? No; mentira: viven, y con nosotros asisten á este acto fraternal. Helos ahí, queridos hermanos, helos ahí, resucitados por nuestro amor, revividos por nuestra piedad; reunidos en este recinto al mágico conjuro de nuestra voluntad, tendiéndonos los descarnados brazos á través del espacio, para que nos precipitemos en ellos como en los alegres días de las fiestas masónicas; é inclinando las cabezas, donde se elaboraron pensamientos de justicia, para que depositemos sobre los pelados cráneos, el beso de paz que tantas veces hizo concurrir en un latido dos corazones, fundió dos deseos y soldó dos voluntades.

Conjunción misteriosa de los destinos; danza extraña de vivos y muertos en torno del Altar de los votos, fusión incomparable de espíritus sueltos, bajo la supervisión del Gran Arquitecto; lo que es y lo que fué, el pasado y el presente, el ser y el no ser, luz y tinieblas, todo junto, confuso, amalgamado, girando sobre el haz de la tierra á impulsos de la Voluntad Omnipotente: eso es nuestra fiesta.

Luz de Occidente escucha en estos momentos la voz imponente del Padre Universal que la bendice; siente extremecerse de gozo sus entrañas al agrupar en su seno á los queridos hijos, los que son y los que fueron, unidos ayer en vida, en el esfuerzo por la redención humana; unidos hoy por la santa religión del recuerdo; unidos mañana por las leyes incontrastables de la Naturaleza, en la metamórfosis de la materia, y en la supervivencia del espíritu.

....

Hermanos los que fuísteis: henos aquí continuando perseverantes la fecunda labor, interrumpida por vuestra desgracia; cada

vez más serenos, más decididos, más llenos de fe y rebosantes de esperanza. Henos aquí siguiendo estrictamente la estela de luz que vuestras virtudes trazaron sobre el accidentado camino de la existencia. Henos, recordando vuestros nombres, evocando vuestras fisonomías, aprovechando enseñanzas, sondeando con mirada inquisitiva el porvenir, y tratando de acercarnos al fin de este período de prueba, con la conciencia sana y el corazón puro, á fin de compartir con vosotros las delicias de ultra-tumba.

¿Por qué no, materialistas? ¿Por qué no, masones? Hermanos, ¿por qué no? ¿por qué no habéis de estar vosotros en espíritu en alguna mansión de eterna luz donde todo lo bueno se estime y todo lo noble se recompense? ¿Por qué no habéis de vivir, flotando á nuestro alrededor, ó reencarnados en algo viviente; pensando con los grandes benefactores, poblando el aire de armonías con el ruiseñor, perfumando las brisas con la azucena, murmurando con el arroyuelo, irradiendo con la estrella de la tarde, poetizando la noche con los rayos melancólicos de la luna?

Por qué habréis muerto de una vez; ¿cómo estaréis muertos, si mis oídos perciben el eco de vuestras palabras en el susurro de las cañas y en la melodía de los pinos, si mi corazón recoge los latidos de los vuestros, en el heroísmo de los boers luchando por su independencia, en el silbido del vapor, en el chispear de la electricidad, en todo lo que significa honor, progreso, regeneración, ardimiento, vida?

Y allá donde estéis, en forma compacta como el granito, en moléculas como el polvo, juntos ó disgregados, pero siempre vivos y siempre eternos, allá iremos nosotros, cumplido el plazo de la fatal peregrinación.

Idos, pues, tranquilos, y satisfechos de nuestro amor. Idos, esperadnos confiados: la virtud no nos abandonará, y el Gran Arquitecto volverá á unirnos en esa Gran Logia, inmensurablemente augusta, que se llama la Eternidad, donde irradia su omnipotencia, creadora y conservadora de lo infinito.

FIN

Indice

	Páginas
PRÓLOGO	V
PREFACIO	1
Martí	3
La vejez	6
Apóstrofe	10
La casa de la Condesa	13
Habló un Grande	16
Mariel	19
Tres tumbas	23
Homenaje de cariño	26
Hablan las piedras	30
Paisajes vueltabajeros	33
Masó, vivo	36
Masó, muerto	40
Flor de nieve	44
La ola negra	47
El cementerio viejo	51
Degenerando	55
Tradicionalismo—I	59
Tradicionalismo—II	63
Leed, siquiera	67
A mi tierra	71
Un Principito	74
El ramito misterioso	77
El Panóptico	80
Un suicida	84
El cuadrito de Magoon	88
Carta abierta	92

	Páginas
Ultimo tributo	96
Egolatrías	100
Leyendo á Juan Rivero	104
Olvido criminal	108
Juventud sana	112
Resurrexit	116
Honores póstumos	118
Presentimientos	122
Historia antigua—Izarra	125
Por idiosincrasia	138
Por gratitud	141
Sursum Corda	144
Recordando	148
Leyendo á Cronau	152
Por los míseros	156
Historiando	160
Voces de aliento	164
Un laureado	168
J. M. Gálvez	172
Inmigración borinqueña	174
Por los grandes	178
Ante el peligro	182
A otras épocas...	185
Costumbres aldeanas	188
Madres-gatas	192
Laboremus	195
¿Quo vadis?	199
Historiando	203
Suplicando	207
Migajas	211
La primera comunión	214
Histórico	218
Obrero regenerado	222
Claveles rojos	226
El mejor patriotismo	230
Derecho justificado	234
Pasaje histórico	238
Del pasado	242
Visión	246
Por esos campos	249
Narciso López	253
Un episodio	257
Negro crimen	261
Coincidencias y avisos	264
Para la Historia	268
Dolencia rebelde	271

	Páginas
Dos banderas	275
«El Pantano»	279
Tiempos y costumbres	282
«De tierra adentro»	286
Con el ejemplo	289
Filosofía del arroyo	292
Loando y sintiendo	296
Nacionalismo	300
El atroz problema	303
Santerre en acción	306
Renegados, no	310
Duelos forzados	317
Magnífico obispo	321
No calumniéis	325
Por la región	328
De una biografía	331
Pedagogía reformatoria	334
El obrerismo en Cuba	341
¡Ah, teatros!	348
Baturrillo	352
«Ideas y Colores»	359
¡Justicia humana...!	362
Malditos	366
Paladares estragados	370
¿Con qué se ríe?	374
Oración masónica (Fragmento)	377

RIMAS—intercaladas en varias páginas.